triunfo

AÑO XXXVI • 6.ª EPOCA • NUMERO 16 • FEBRERO 1982 • 200 PESETAS

LA CHAPUZA NACIONAL

QUINO

triunfo

AÑO XXXVI ★ FEBRERO 1982 ★ 6.ª EPOCA

SUMARIO

PORTADA

Lorenzo Goñi es uno de los dibujantes de España que traza con más seguridad y claridad sus líneas; y decir «de España» es, probablemente, quedarse corto en la comparación. Hubo tiempos, malos tiempos, en que tuvo que firmar «Suárez del Arbol»; cuando a muchos no les quedaba ni siquiera la libertad de su propio nombre, y el de Goñi había aparecido firmando algunos de los mejores carteles de nuestra guerra civil. La seguridad y la claridad de los dibujos de Goñi es tal que puede permitirse el difícil lujo de desbordar su fantasía, de tal manera que lo imaginario se vuelve real. Ha ilustrado tantas veces, con arreglo a su propia creación, el desquiciado y disparatado mundo de lo que ogni llamamos «la chapuza nacional» que su creación para la portada de este número viene con toda naturalidad.

LA CHAPUZA NACIONAL

4 LA «CHAPUZA» UNA FORMA DE REACCION.
5 **LA CHAPUZA NACIONAL**, Juan Cueto.
10 **GENEALOGIA DE LA CHAPUZA**, Eduardo Haro Tecglen.
14 **LA HISTORIA COMO CHAPUZA**, Manuel Vicent.
17 **CHAPUZOCRACIA**, Fernando López Agudín.
19 **ROMEU.**

20 **MUSEO DE LA DERECHA**, Francisco Umbral.

25 **BESTIARIO**, Manuel Vázquez Montalbán.

28 **EL HOMBRE DE CAL, LA DAMA DE HIERRO Y LA NIEVE POR LOS TOBILLOS**, Emilio López Méndez.

30 **MANUAL DE URBANIDAD QUO VADIS, OPUS?**, Luis Carandell.

32 **OPTIMISTA**, Pozuelo.

35 **CONVERSACION CON JESUS AGUIRRE, DUQUE DE ALBA. UN DUQUE CON GRAN GOETHE**, Víctor Márquez Reviriego.

45 **LA LLAVE DE HIERRO**, Pere Calders.

51 **A CADA UNO SU POLONIA**, Eduardo Haro Tecglen.

60 **LOS JSU TAMBIEN ENVEJECEMOS**, Teresa Pàmies.

66 CRONICA DE GENTES: **VAZQUEZ DIAZ: NOTAS PARA UN CENTENARIO**, Víctor Márquez Reviriego.

70 **LOS SILENCIOSOS PIANOS DE BRUMA**, Ramón Chao.

73 **LA VOCACION TARDIA DE ALFREDO ALCAIN**, Carmen Fernández Ruiz.

78 **DE VIRGENES Y SANTOS**, Eduardo Galeano.

80 **CIEN AÑOS MAS TARDE PINOCHO, ESE DESCONOCIDO**, Ramiro Cristóbal.

84 **DALLAS**, José María Marco.

88 **EL TEATRO ANTE LA COLECTIVIDAD**, Ignacio de la Vara.

90 **LA IGLESIA DEL SILENCIO**, E. Miret Magdalena.

92 **DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN.**

DIRECTOR: José Angel Ezcurra. SUBDIRECTOR: Eduardo Haro Tecglen. JEFE DE REDACCION: Víctor Márquez Reviriego. REDACCION: Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. COLABORACION: Juan Alcaraz, Juan Aranzadi, Demetrio de Arrizabalaga, Pablo Beltrán, Thomas O. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Corredor Matheos, Ramiro Cristóbal, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nepomuceno, Cristina Peri Rossi, Pozuelo, Joaquín Ribagorda, Ignacio Romeu, Américo Rivera Espejo, José Ramón Rubio, Roberto Salmón, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. ILUSTRACIONES: Fuendetodos del Año, Guillén, Honorio, Ricardo Zamorano. HUMOR: Feiffer, Quino, Ramón, Romeu. DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castelo. CONFECCION: Luis M. Tomás. FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez.

ADMINISTRACION: CEMPRO Fuencarral, 80. Teléfonos: 221 29 08-09. MADRID-4. SUSCRIPCIONES: Ver pág. 90. PUBLICIDAD: Joaquín Moreno Lago. Rafael Herrera, 3-1.º A. Telfs. 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilio Becher. Avda. Príncipe de Asturias, 8. Telfs. 218 42 95 y 258 81 71. BARCELONA-17. IMPRIME: ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12,450. Fuencarral. MADRID-34. Tel. 734 71 00. Depósito Legal: M. 1.773-1958. ISSN 0211-2868. DISTRIBUCION: Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, km. 12,350. MADRID-34. EDITA: Prensa Periódica, S. A. Plaza Conde Valle Suchil, 20. MADRID-15. Tel. 447 27 00. Cartes PRENSAPER. Telex. 45240 TRFO E.

©COPYRIGHT BY TRIUNFO 1982. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos en cualquier forma sin autorización previa. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados, 200 pesetas. Precio Canarias (Servicio aéreo): 205 pesetas.

-TRIUNFO- es miembro de la Asociación de Revistas de Información, ARI, asociada a la Federación Internacional de Periódicos y Prensa, FIPP.

La «chapuza»

UNA FORMA DE REACCION

SE ha corrido el rumor de que los españoles somos ineptos para un gran número de cosas. Se dice que «no estamos preparados». Antes era un rumor deliberado, político: el español «no está preparado para la democracia». Se ha visto que quien sí está preparado es un cierto núcleo, un conglomerado de poder. No quiere perder sus prerrogativas; no quiere ceder los fragmentos –o los totales– de soberanía. Puede ocurrir lo mismo con otras muchas sapiencias. Hay una clase dotada de atributos sacerdotales –en el sentido general de la palabra, y no el del clero– que ha pretendido no enseñar. Nuestro conservadurismo viene de antiguo y no se extingue, y puede haber trazos de aquellas precauciones antiguas de que el pueblo no sepa, no entre demasiado por las vías del conocimiento y de la cultura para que no tenga en sus manos los secretos de la dirección del país; o para que no averigüe que la clase sacerdotal no sabe demasiado. Esta política se extiende por razones menos previstas. Por ejemplo, no hay aprendices en los oficios: los artesanos que aún quedan no tienen ya el «chico» que antes iba adentrándose –con penas muy duras, con una vida amarga– por el camino del oficio emprendido muchas veces sin vocación, por necesidad, pero por el que llega a oficial y luego a maestro. Cuando se ha tratado de que «el chico» pase penas menos duras y aprenda antes ha habido un rechazo en esa clase media que no quiere pagar seguridades sociales, salarios mínimos, vacaciones o fiestas. Desde el chico del oficio al sabio investigador hay todo un «continuum» de dificultades. Es mucho más fácil acusar a la juventud de que se entregan al pasotismo, o a la delincuencia y a la droga que ayudarla a abrirse camino.

El español sufre de siglos y siglos de incuria: de las verdades eternas de la religión sustituyendo al pensamiento lógico, analítico o racionalista; de las Universidades forjando continuadores del pensamiento y la organización clasista en lugar de universalizar las enseñanzas. De un retraso considerable –por algunas de esas razones– en la entrada en la era industrial; y de un retraso probablemente ya irrecuperable de la entrada en la electrónica, y en la microelectrónica.

Se ha acusado al español del viejo vicio de la pereza; del desinterés por el trabajo; de la falta del pensamiento abstracto que necesita la ciencia. Se ha comprobado que no es verdad. Los obreros emigrantes españoles han demostrado igual capacidad e iguales dotes de trabajo que los del país desarrollado al que han acudido. En los Estados Unidos hay y ha habido científicos españoles de diversos órdenes del saber que han contribuido notablemente a la civilización contemporánea, y han demostrado su capacidad para lo abstracto como para lo concreto. Es innecesario decir que el mundo de las artes está repleto de nombres españoles, que brotan no de una demografía culta, sino a veces contra ella: hay nombres en la pintura y en la música que son todavía los primeros de nuestra contemporaneidad.

Dentro, todo este drama de la supuesta incipiencia española y de los obstáculos que se oponen a su desarrollo ha ido perpetuando un país difícil y áspero; y unos brotes de ingenio sustitutivo que es lo que se ha denominado «chapuza». La chapuza ha sido durante mucho tiempo un elemento positivo: el ingenio y la destreza suficientes como para colmar un vacío que no daban las clases dirigentes y que no facilitaba la organización de la sociedad ni el fondo económico del país. Ha ido derivando hacia un contenido negativo: la conversión del trabajo, del estudio, de la aplicación y de la reflexión en una confianza en la inspiración divina o privada. Hemos entrado en una era democrática con la herencia de un régimen falso y absurdo que ha cultivado, adorado, propagado y enaltecido los grandes vicios del país con unas finalidades de dominio. Cuando tratamos de desembarazarnos de él, se nos quiere echar encima por sus supervivientes y sus vástagos. Por todos los medios. Uno de los cuales es el de conservar el secreto sacerdotal –el árbol de la ciencia del bien y del mal–, de cortar como puedan –y todavía pueden– todas las tendencias de modernidad del país, de incorporación a formas de vida de las que ellos mismos nos han privado; de condenar las puertas de las artes y los oficios, y el acceso directo y claro a la soberanía popular.

En la condena de la «chapuza nacional», como forma y estilo de vida que se nos quiere imponer y al mismo tiempo sirve para denigrarnos, está el deseo inaplazable de salir de este estadio. Está la necesidad de bastarnos por nosotros mismos; si ahora con torpeza –quizá con «chapuza»– más adelante con seguridad. Que no nos ampare, que no nos proteja, que no se nos salve. Por favor, que nos dejen desarrollarnos por nosotros mismos. Será un problema de años, quizá de algún siglo; no se borra en un día una lejana tradición de incuria, de inquisiciones y autos de fe, de paternalismos y de explotaciones.

Hay en las páginas que siguen unos cuantos análisis, actuales o históricos, con mayor o menor profundidad de pensamiento o de superficialidad del tema. Se pretende, con ellos, entrar a fondo en un problema nacional que tiene muchos aspectos. Y que no es, naturalmente, irreversible. No «somos» así. Nos estaban obligando a serlo. Y tratamos de sacudirnos esa falta de libertad disfrazada. ■

LA CHAPUZA NACIONAL

JUAN CUETO

HARA cosa de tres años, en un memorable artículo periodístico, Julio Caro Baroja proponía como hipótesis de trabajo la interpretación cochambrosa de la historia del país; deseando que la misma se viniera a unir a otras interpretaciones, con fama, como la materialista, o el montón de aquellas otras de similar grosor producidas por figuras más o menos decimonónicas: Ganivet, Valera, Menéndez y Pelayo, Unamuno, Menéndez y Pidal, Ortega, Sánchez Albornoz, Madariaga, Américo Castro, Marañón... No sólo le parecía posible a don Julio seguir el hilo de la historia a la luz del concepto fundamental de cochambre, término tan castizo, sino que ofrecía como muestra una serie de acontecimientos españoles que, vistos desde el catalejo cochambroso, adquiría ricas significaciones. «También la observación de la cochambre actual –escribía– nos da una línea de investigación, que la une a la de 1898, a la fernandina, a la del siglo XVII. Contamos con datos para saber cómo era la cochambre en tiempos de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V. Podemos hacer una interpretación cochambrosa de aquellos gloriosos reinados y preparar serios estudios doctrinales sobre *La cochambre en la Celestina* o *La cochambre en el Quijote.*» Pocos hechos decisivos de nuestro pasado quedarían fuera de la tutela de la cochambridad. La mística, la picaresca, los procesos inquisitoriales, las cuentas de la Real Hacienda, las sátiras políticas, los desastres militares sucesivos o las incesantes crisis políticas y económicas del siglo, podrían estudiarse sin graves problemas de conciencia nacional en función de esta *sugerente teoría cochambrosa de la historia.*

LA CHAPUZA NACIONAL

Lamentablemente, la seductora y revolucionaria propuesta del antropólogo de Vera de Bidasoa cayó en el olvido, y los profesionales del género famoso «España como problema» han preferido seguir llorando los males de la patria –los enumerados por don Lucas Mallada y algunos más– desde las prestigiosas tradiciones agoreras del «no tenemos remedio», «me duelo esto», «apaga y vámonos» y otras célebres retóricas decadentistas. Retóricas, dicho sea de paso, ciertamente cochambrosas en la metodología, incluso en el estilo, pero provistas de una lamentable *palafito* a poco que rasquemos en la superficie de esas nuevas versiones subidueladas del popular sentimiento trágico de la vida española que diariamente y desde hace tres siglos, con ejemplar insistencia que no viene a cuento, intentan sobresaltar al personal para que la industria del pesimismo no decaiga y la dimisión civil prosiga su larga marcha triunfal. Que eso son tradiciones con solera y flojera mental.

La cochambre del carácter nacional

Pero es lógico que así haya sido. A fin de cuentas, la interpretación sugerida por Caro Baroja, además de no desdeñar el sentido del humor, atentaba directamente contra los fundamentos sagrados de las sucesivas, innumerables, metodologías decadentistas que han tiranizado el hipermercado de las teorías dominantes de nuestra historia, desde aquellos lejanos ayes de Juan Ginés de Sepúlveda hasta el previsible derrotismo del editorial de mañana por la mañana. Hay que admitir que la brillante hipótesis de trabajo de Caro Baroja no resultó lo suficientemente desgarradora y patética para el gusto nacional. Para que aquí se ponga de moda una interpretación de la historia particular, al margen de su verosimilitud, empiria o ingenio, es normativo que no ose transgredir la vasta tradición del pesimismo patrio; religión profesada con igual fervor por afrancesados y castizos, conservadores y progresistas, providencialistas y deterministas, gentes de orden y políticos de izquierda, ultramontanos y regeneracionistas. No creo ni mucho ni poco en los hechos diferenciales, pero como a lo largo de los siglos a los españoles razonantes les ha dado por insistir machaconamente que lo nuestro es lo trágico, la postración, el adiós Madrid, el alma doliente y otras tontologías por el estilo, mucho me temo que el dichoso «rasgo psicológico» empiece a funcionar como si se tratara de un verdadero «hecho científico». Lo cual quiere decir que sólo ni la nueva teoría histórica se emite desde la idea de una lejana decadencia uniformemente acelerada, y se emite además con gesto de honda amargura irremediable, tendrá posibilidades de triunfar.

Y como se comprenderá, la idea de cochambre es demasiado demoledora, escasamente favorable para con el intocable mito del *carácter nacional* y, por si esto fuera poco, provoca la ironía inmediata para con esas graves industrias del ser, el quién y el no sé qué de los españoles, que por estos pagos misteriosos han llegado a ser estimadas como paradigma cultural. O negocio editorial, que viene a ser lo mismo.

Se hace necesario, por consiguiente, encontrar otra idea tan gráfica, alegre, sencilla y corrosiva como la de cochambre: que sea capaz de interpretar de arriba abajo nuestra historia, pero que no levante sospechas. Y no sólo porque desde hace mucho tiempo, acaso desde el confuso asunto aquel de Madariaga acerca de la honda psicología española, no se han producido teorías nuevas, año porque ya empieza a detectarse una especie de *revival* de aquellas metáforas literarias con pretensiones generalizadoras –totalizantes– que brotaron como champiñones a finales y principios de siglo, a modo de consoladores más o menos cochambrosos de la secular angustia por la decadencia. O inventamos sin perder más tiempo una filosofía barata de la historia, que compita en régimen de mercado con las tradicionales hipótesis *palafíticas* o mucho me temo que la absurda salud pesimista que en estos momentos disfrutamos haga resurgir aquella sarta de espeluznantes interpretaciones agraristas del porqué y el cómo de esto. Porque así entendí yo la divertida propuesta de Caro Baroja de elevar la cochambre a categoría histórica privilegiada: como sagaz manera de impedir en tiempos tan canovistas como los actuales la resurrección de las viejas ofertas del «¡ay, España!», llámense *misticismo* de Ganivet, *fisiografismo* de Mallada, *germanismo* o *austracismo* de Picavea, *quijotismo* de Unamuno, *genio católico* de Menéndez y Pelayo, *cervantismo* de Sánchez Albornoz, *castellanismo vertebrador* de Ortega o *hispanidad racial* de Maeztu.

Urge hacer algo para evitar que este insoportable vacío de poder –me refiero aquí al terrible poder metafórico de la historia– provoque un golpismo de hipótesis decimonónicas que nos puede dejar consternados hasta la mayoría de edad de los nacidos el año de los Mundiales. Tampoco nada heroico ni genial, algo tan simple, por ejemplo, como el ajuste de cuentas de Cambó el pesimismo insoportable de Cánovas en cierta conferencia altamente higiénica (*El pesimismo español*, Madrid, 1917), cuya lectura debería ser texto de cabecera para nuestros actuales políticos y periodistas hiperestésicos.

Ni oficio de la historia ni arte de la prehistoria

La idea de chapuza, pongamos por caso. Postular como interpretación de recambio la constante histórica de la chapucería nacional. Ya estoy viendo los escaparates de la patria mía: *La chapuza, un enigma histórico, En torno al casticismo chapucero, La realidad histórica de la chapuza, La chapuza incontrolada, Idearium chapucero, Sobre el ser y el quién de los chapuceros, Me duele la chapuza, Historia mágica de la chapuza, lo que queda de la chapuza, La chapuza necesaria, Estado de chapuza y chapuza de Estado*. Lo que se quiera. No hay asunto histórico o problema de actua-

lidad «rabiosa» que de entrada rechace la penetración chapucera.

Frente a la sin duda más noble y sólida idea de cochambre de Caro Baroja, ésta de chapuza posee algunas ventajas nada desdeñables a la hora de competir ferozmente con el resto de las grandes interpretaciones fantásticas urdidas en los tres últimos siglos como consecuencia de este pertinaz estado de angustia por la decadencia paria. Es necesario reconocer, en primer lugar, que si bien no todo ha sido cochambre en nuestra historia, casi nada escapa a la tutela moral de la chapuza. Después está el apabullante casticismo que emana del término, a prueba de academias del bien decir, libros de estilo, puristas a la violeta y otros fielatos ideológicos de la lengua. Aunque la voz proceda del antiguo francés dialectal *(chapuis:* «tajo, pedazo de madera grueso, asentado al suelo o sobre una mesa, que se emplea en el trabajo del tonelero, etc.») muy pronto su uso se extendió en España, y sólo aquí, a lo moral y a lo abstracto. Surgió espontáneamente, popularmente, como vocablo único para nombrar la obra mal hecha, realizada con poco esmero, desaliñada, tosca, inacabada, provisional, etcétera. Por extensión, se aplicó también a los trabajos escasamente profesionales que se hacen libremente fuera de las horas de jornal. El caso es que la voz cobró desde antiguo un sentido genuinamente nacional, incapaz de ser reflejado con idéntica precisión por cualquier otra lengua civilizada, a pesar del parentesco en tercer grado, en tercera acepción, con el famoso *bricolage* francés. Oficialmente y desde 1721, *chapucero* es el tipo que «hace las obras sin arte ni método, y las forma o remienda con lealdad y descompostura» *(Diccionario de Autoridades)*. Mucho más que el *imperito faber*, como es evidente.

Por ese lado no hay problemas, que hasta sabemos de la existencia en el Madrid de finales del siglo XVII de un Gremio de Chapuceros, separado del gremio de los Herreros y de los Carpinteros. No hacen falta muchas entendederas filológicas o psicoanalíticas para saber que cuando un pueblo produce de la nada y usa masiva, espontáneamente, una palabra de tal calibre semántico es que la realidad flotaba en el aire de lo cotidiano a la espera de un nombre. Que esta vez fue primero la cosa que el nombre de la cosa, con permiso de los discípulos numerosos de Cratilo.

Pero hay más. Está el asunto de la espléndida intraducibilidad de la chapuza. No hay vocablo en el mundo que se haya molestado en expresar la muy compleja idea de chapucería, esa difícil cualidad entre farfullera e ingeniosa, a veces catastrófica y otras genialoide; obra hecha deprisa y corriendo para salir del paso, pero que en ocasiones logra resistir el paso de los siglos, a caballo entre lo improvisado y la tradición, que no se sabe muy bien si pertenece a los oficios de la historia o a las artes de la prehistoria. Una actividad que ni es ocio ni es negocio, ni lógica ni mágica, ni del todo peyorativa ni, claro es, favorecedora; que no pertenece al infierno del caos aunque tampoco al imperio del orden. Una cualidad humana, en fin, intraducible, que sólo tiene forma rotunda en lengua española, y digo yo que por algo muy nuestro será este privilegio/desgracia.

Me duele la chapuza

Pasado el examen de lo castizo y superada la reválida del inexcusable mito del carácter nacional por irrefutables procedimientos filológicos (qué más diferenciadísimo que el de la lengua) nos queda el grave doctorado del pesimismo. Tampoco desde esta perspectiva parecen existir graves problemas. Basta incorporar clínicamente la idea alegre de chapuza a la desmesurada y lacrimógena biblioteca que archiva todas las tristes ideas que han intentado explicar la decadencia española, desde el citado Juan Ginés de Sepúlveda hasta el tipo que mañana nos llorará en la Prensa con acento de Cánovas que esto no tiene remedio, para verificar que nuestra hipótesis también resiste las comparaciones más ilustres. Porque, en definitiva, tan «científico» resulta afirmar que España entró en declive por

LA CHAPUZA NACIONAL

culpa de la constante chapucera, como hoy sostenemos, que asegurar que la debacle nacional se produjo en razón del africanismo de los íberos primitivos, el germanismo de los Austrias tardíos, el clima (quiero decir el clima propiamente dicho, el atmosférico que tanto preocupaba a Feijoo y Masdeu), el contagio europeo, la heterodoxia, la promiscuidad racial, el complejo del Cid, los moros y los judíos, el toro, la picaresca, las masas huérfanas de minorías, la decadencia de los héroes, la hegemonía de ciertas partes de la Península, la falta de sangre aria o la manía que por ahí fuera nos tienen: que de esta calaña teórica son las interpretaciones históricas o genesíacas que se manejaron y todavía se manejan, no en la más completa impunidad, sino con todos los predicamentos y honores académicos.

Ya tenemos situada la hipótesis de la chapuza nacional en la retórica de las grandes interpretaciones diferencialistas de nuestro complejo yo histórico, y sin desmerecer en casticismo, intraducibilidad, raza, pesimismo, originalidad, patriotismo y ciencia del resto de las demás mercancías teóricas al uso. Ahora sólo queda hacerla arrancar sin complejos, y como siempre ocurre en estos menesteres, demostrar que es hipótesis capaz de reducir de un plumazo a todas las demás.

Remiendos, parches y cataplasmas

Ahí quería llegar yo. A demostrar que con esta línea de la chapucería, estrañamente inédita en los anales de la gran mayoría literaria española, se puede hacer un *travellin* glorioso y reductor por la mayor parte de las famosas interpretaciones habidas. Porque cuando desde el siglo de oro hasta ahora mismo la tropa de humanistas dolientes denuncia la ociosidad, el genio improvisador de la raza, los ideales anacrónicos imperiales, el espíritu de picaresca, el apasionamiento racheado, la anarquía religiosa e intelectual, la incapacidad para la ciencia y la filosofía (recordemos las preguntas de la famosa polémica levantada por el artículo que la *Enciclopedie* dedicó a España, firmado por Masson de Morvilliers: «Pero, ¿qué se debe a España? Y en dos siglos, en cuatro, en diez, ¿qué es lo que ha hecho por Europa?»), la mezcolanza de culturas, el quijotismo, el desastre colonial, la incapacidad vertebradoras, el desbarajuste económico, político y social, los remiendos constantes y sonantes en la idea de Estado arcaico, la falta de un verdadero feudalismo, de un verdadero liberalismo, de un verdadero industrialismo, de un verdadero capitalismo, de un verdadero socialismo...; cuando esto se dice a modo de interpretación generalizada, y se ha dicho bastante más crudamente, se está aludiendo sin duda al concepto de chapuza. Porque chapucería, en rigor, es eso mismo: improvisación, falta de profesionalidad, incapacidad para concebir o terminar un proyecto, utilización de materiales de segunda mano o de ocasión, la ausencia de un concepto global de la realidad, el recurso de la cataplasma de sor Virginia como remedio, el hágalo usted mismo, la provisionalidad, el vuelva usted mañana, el lo mismo da, el que inventen ellos, la incertidumbre como meta, el fingimiento como principio, la incompetencia como método, la intuición/conocencia y el mito del carácter nacional como coartada para evitar odiosas comparaciones.

Es suficiente con ponerse las gafas chapuceras, los quevedos, para leer con esa nueva óptica los textos de Gracián, Saavedra Fajardo, Navarrete, Sancho de Moncada, Las Casas, las apologías de Quevedo, Forner o Antonio José de Cavanilles, las explicaciones farragosas de Cadalso, Llorente, Martínez Marina, Adolfo de Castro, Blanco White, Usoz del Río, Castelar, Pompeyo Gener, Gumersindo Laverde, Núñez de Arce, Revilla, Costa... para sólo citar ahora *algunos* autores que aún no habían sido nombrados aquí y que vienen a repetir lo mismo que los otros. Se roza, se acaricia, se rondla la idea de la chapuza nacional, pero que yo sepa no se la menciona explícitamente y en ningún caso es utilizada como hipótesis de trabajo. Pero es obvio que tanto en las opiniones dominantes pintorescas acerca de nuestra decadencia, desde las que hablan del genio improvisador de nuestra raza hasta los juicios de esos nuevos «rloceanistas» que andan a la búsqueda de otra Inquisición para justificar su falta de ideas, como en los libros de esos literatos de prestigio que se dedican o dedicaron *full time* a esta curiosa industria, se corneja inconscientemente la interpretación chapucera.

Entre la miseria y la genialidad

Basta analizar someramente las grandes polémicas culturales para encontrar en todas ellas la constante idea de España como chapuza, es decir, como pueblo que no ha sabido incurrir en normalidad por falta de «profesionalidad histórica», digámoslo así. Es lo que se discutía en la época de Forner y Masson, de Feijoo y Masdeu, de Gumersindo Azcárate y Menéndez y Pelayo, de Costa y Picavea, de Cánovas y Cambó, de Unamuno y Ortega, de Sánchez Albornoz y Américo Castro. Uno de los bandos en lid, no siempre el derrotista, aducía en la discusión los rasgos chapuceriles del pueblo español como prueba de la decadencia, mientras que el otro utilizaba esos mismos rasgos para argumentar la genialidad. Que si la improvisación, la bastardía, la inconstancia, la alegría de carácter, el casticismo, la vehemencia, la irracionalidad, lo visionario, lo espiritual, el espontaneismo, la autosuficiencia, lo mítico, la inconclusión o la inconexión. Tal parece que están recitando nuestras glorias literarias la lista completa de las voces sinónimas y afines de chapuza. Si aplicamos aquella útil

regla de la sustitución enunciada por el gran Juan de Valdés, si colocamos el término chapuza en lugar de las famosas palabras cumbre manejadas como interpretaciones brillantes, comprobaremos que nada cambia en los razonamientos. España invertebrada, inacabada, aislada, intuitiva, mezclada, improvisada, desmembrada, híbrida, apasionada, castiza, diferida... *España chapuza*, para ser precisos, y con la venia de Ortega, Unamuno, Castro, Marañón, Albornoz, *et alii*.

Y si de las glorias intelectuales descendemos a los llantos numerosos de ahora mismo, el truco resulta apabullante. No creo que exista en el diccionario otra palabra más matemática que la de chapuza para adjetivar la transición a la democracia, la redacción del texto constitucional, los programas de los partidos la estructuración de las autonomías, el intento de Tejero y compañía, el consenso que no cesa, esa retórica siniestra de la disuasión permanente, de tan útiles resultados para favorecer el continuismo y lograr el anonadamiento de la pluralidad, el problema de la investigación científica, la enseñanza, el parcheo económico, la dependencia tecnológica, la defensa del consumidor, la colza, las centrales nucleares, la ecología, la ley electoral, las crisis gubernamentales, RTVE, la televisión privada, la LOAPA, la ley para la defensa de la democracia, el juego de la OTAN y un montón de puntos suspensivos políticos, sociales, económicos y culturales que cualquiera puede rellenar en honor a sus innegables cualidades de chapucería, pastelen, atropellamiento, tusquedad, barullo, fulería, parcheo, remiendo, provisionalidad o *bricolage*. Hasta el punto de que leyendo lo que por ahí se escribe o sermonea del momento es muy difícil precisar si vivimos en un constante estado de chapuza o bajo una chapuza de Estado. Asunto que también explica satisfactoriamente esos ramalazos de genialidad que deja boquiabierto al mundo, como por ejemplo el haber llegado sanos y salvos aquí, a 1982, contra todo pronóstico y sobre todo, contra toda esa literatura pesimista que no calla desde el siglo XVI. Un ramalazo, o sea, como los del Quijote, la picaresca, Goya, la mística o Picasso, de los que confirman la regla de la excepción nacional.

El pensamiento salvaje

Pero si en el terreno de la *empiria* la hipótesis de la chapuza es competitiva con todas las demás; de idéntica categoría «científica» que cualesquiera de las famosas dominantes, agobiantes, incluso 100 veces menos metafísica si hacemos excepción de la de *cochambre*, en el plano de la *teoría* antropológica arrasa, dicho sea sin modestia alguna. Porque la chapuza es una actividad que no pertenece al universo de la ciencia moderna, sino de la primitiva, que se sitúa entre la historia y la prehistoria, más próxima de la mentalidad prelógica que del pensamiento industrial. No es casualidad que Levi-Strauss hay utilizado la tercera acepción de chapuza –o sea, el *bricolage*– para ilustrar brillantemente su teoría de la distinción entre el conocimiento mítico y el científico. Según Levi-Strauss, el *bricoleur* o *chapucero* es un ser capaz de ejecutar un gran número de tareas diversificadas; pero a diferencia del ingeniero, «no subordina ninguna de ellas a la obtención de materias primas y de instrumentos concebidos y obtenidos a la medida de su proyecto: su universo instrumental está cerrado y la regla de su juego es siempre la de arreglárselas con *lo que uno tenga*». Es decir, emplea materiales finitos, heteróclitos, de segunda mano u ocasionales; manejando los residuos de construcciones y de destrucciones anteriores, «construye sus palacios ideológicos con los escombros de un antiguo discurso social.» No tiene un proyecto definido el chapucero, de ahí la aleatoriedad de su instrumental, la continua improvisación y experimentación y de ahí también que no tenga necesidad de un equipo y de los saberes acumulados por la civilización. Es la suya, por tanto, una actividad *mitopoética*, y como ocurre con la reflexión mítica, a veces puede alcanzar en el plano intelectual resultados brillantes e imprevistos.

«Se sentiría uno tentado a decir –continúa Levi-Strauss– que (el ingeniero) interroga al universo, en tanto

LA CHAPUZA NACIONAL

que el *bricoleur* (el chapucero) se dirige a una colección de residuos de obras humanas, es decir, a un subconjunto de la cultura». La ciencia, por entero, se ha construido apoyándose en la distinción de lo contingente y lo necesario, por tal razón las cualidades que, en el momento de su nacimiento, hacia suyas eran *exteriores*, no formaban parte de la experiencia vivida, y extrañas a los acontecimientos. Pero lo propio del pensamiento mítico y de la chapucería «consiste en elaborar conjuntos estructurados, no directamente con otros conjuntos estructurados, sino utilizando residuos y resto de acontecimientos; *odds and ends*, diría un inglés, o, en español, sobras y trozos, testimonios fósiles de la historia de un individuo o de una sociedad» (C.L.S. *El pensamiento salvaje*). En fin, el pensamiento mítico, al igual que la actividad chapucera, es incapaz de construir nuevas ideas o formas, siempre está dando vueltas y más vueltas a lo existente, remendándolo, parcheándolo, sin apenas modificarlo; incluso destruyéndolo para volver a construirlo a partir de los escombros, de los materiales de segunda mano, como dice F. Boas, otro antropólogo; «Los universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas formados, para que nuevos universos nazcan de sus fragmentos.»

Sería redundante seguir estirando la analogía entre el pensamiento mítico y la actividad chapucera. Incluso sería demagógico, de pésimo gusto para con el resto de las hipótesis y señores aquí mencionados. Sólo pretendía mostrar que funciona la teoría de la chapuza como interpretación de esto. Mejor dicho: que funciona con la misma solidez y fluidez que cualquier otra de las que tanta fama, honores y polémicas han merecido. Todo lo cual no quiere decir, como se comprenderá a poco que se tenga un grano de sentido del humor, que yo pretenda vender como *verdadera* esta hipótesis; ni siquiera intento plantear la teoría de la chapuza nacional más allá de lo rigurosamente literario y metafórico. Lo único que afirmo, eso sí, y con la mayor seriedad rotunda de la que soy capaz, es que toda esa vasta literatura de sigios y lágrimas que suscita el problema de España como problema es el mejor ejemplo gráfico que puede ofrecerse de la actividad chapucera. Naturalmente, la mejor manera de demostrar eso que digo es firmando el más chapucero y cochambroso artículo sobre el asunto.

J. C. Ilustraciones de Honoré ■

BAUTISMO DE MOROS EN GRANADA (AÑO 1499). *El arzobispo Talavera iba cristianando con dulzura, en Granada, la conversión de muchos; pero los intransigentes eran partidarios de obligarles a bautizarse sin dilación, siendo el cardenal Cisneros de quienes abundaban en este parecer, y a la postre ciudad se la envió para que ayudara con la predicación a Talavera, logrando convertir de momento a muchos, hasta el extremo de que hubo ocasión en que se recurrió a la aspersión para bautizar a la multitud.*

GENEALOGIA DE LA CHAPUZA

EDUARDO HARO TECGLEN

HUBO una vez un país que mantuvo una guerra de ocho siglos para reconquistar lo que creía ser su propio territorio. Durante ese tiempo se formó una poderosa y valiente clase guerrera; y una abundantísima clase religiosa, porque a la guerra de reconquista se le dió el valor de la fe. En torno a los señores de la guerra se formaron cortes, aristócratas que alentaban a los guerreros y sostenían a sus damas. Las gentes del pueblo formaban las mesnadas que acudían unas veces al servicio de la guerra por huir de las faenas domésticas y de sus engorrosas familias, otras veces llevados por las levas forzosas. Había también una gran abundancia de poetas, trovadores, músicos y teólogos, que cantaban unos las excelencias de los guerreros, y desmenuzaban otros las pruebas indubitables de que estaban en la verdadera y única religión posible.

Cuando terminó la larga guerra, los grandes señores se repartieron las tierras conquistadas por sus manos, y con ellas a los enemigos que no habían podido huir. Las fueron muy útiles: sabían trabajar, y sabían los oficios y las ciencias. Los vencedores podrían seguir dedicándose a la guerra, a la religión, a la teología y al cántico. El problema de la guerra era engorroso: no había ninguna próxima. Entonces un navegante al que habían contratado encontró unas tierras nuevas donde felizmente la única y verdadera religión era desconocida: eran enormes y bastante pobladas. Esto atrajo inmediatamente a los guerreros y a los religiosos, con la idea de que algunas riquezas que pudieran encontrarse allí compensarían, al menos, sus esfuerzos misioneros, que a veces requerían matanzas de los que se resistían a la verdadera iluminación, o vivían en tal error que suponían que sus riquezas, sus mujeres y sus tierras podrían valer más que el mensaje de la verdad. Por si el esfuerzo no era suficiente en los países aledaños brotaron también problemas, dudas, discusiones religiosas, que reclamaron una vez más su generosidad de intervenir.

Mientras tanto, en el país continuaban trabajando e investigando, o sea, dedicándose a cuestiones menores, cotidianas y sin ninguna grandeza, los antiguos conquistados y sus descendientes. Entonces los expulsaron o los quemaron vivos, en beneficio suyo; porque seguían manteniendo una fe equivocada. Muchos huyeron, murieron otros; los que pudieron se convirtieron a la fe de los vencedores, que no siempre se fiaron de que esa conversión fuese desinteresada. Muertos, huidos o conversos, los trabajado-

res y los científicos dejaron sus bajas faenas. Nadie las hacía y nadie las sabía hacer. Ciencias y oficios dejaron un vocabulario propio del idioma de los vencidos, unos aperos que habían construido y sabían manejar. Era cuestión de tomar palabras y aperos, en la confianza de que el trabajo se haría. No se hacía solo. Comenzó a ser un menester de las gentes menos dignas de entre los vencedores, de los que no servían para la religión, la corte, la guerra o la poesía, o no eran descendientes de quienes habían realizado los oficios nobles y poseían las tierras. Los mismos que realizaban estos trabajos eran conscientes de su indignidad, y comenzó a producirse una curiosa situación: ya no se sabía si eran indignos porque trabajaban y el trabajo les convertía en eso, o si trabajaban porque previamente eran indignos. Por si acaso, comenzaron a odiar su trabajo, que les distinguía de las clases nobles y generosas, que entregaban sus vidas en defensa de la religión y de lo que ya empezaba a llamarse patria. Todo el que trabajase, descendiese de donde descendiese, se convertía en indigno aunque no lo hubiera sido antes, puesto que ejercía el oficio que antes hicieron las razas malditas, y que los seguían ejerciendo los que se solapaban en una supuesta conversión en la que nadie creía. El trabajo estaba naturalmente mal pagado: no merecían nada mejor aquellos que habían caído tan bajo. Los cuales comenzaron a odiar el trabajo: primero, porque no remuneraba su esfuerzo; segundo, porque les hacía indignos e inferiores. Lo hacían, por consiguiente, mal y pronto: cuanto antes terminasen más podrían dedicarse a la vida contemplativa, o a ciertos juegos que sustituían a las guerras, que con el tiempo vendrían a llamarse deportes; es decir, imitaban como podían a las verdaderas clases nobles, generosas, decididas a dar su vida por la patria y por la única, verdadera y pura religión. Cuando los viejos aperos construidos por los infieles se rompieron, los remendaron como pudieron, con cuerdas y palos, o con la forja que hacían otros que querían también acabar pronto su trabajo que tanto les rebajaba.

Como las leyes de la demografía, que ellos ignoraban —entonces se creía que la población del mundo estaba decreciendo, y se creyó durante muchos siglos, hasta que a alguien le extrañó por primera vez que hubiera más y más personas cuando debería haber muchas menos— estas clases indignas fueron superando en número a las otras. Se produjeron algunos fenómenos sociales de imitación: los indignos comenzaron a imitar a los dignos con verdadero frenesí, en sus trajes, en sus fiestas, en su ocio. Al mismo tiempo, los dignos imitaban a los indignos, que habían comenzado a parecerles simpáticos, graciosos y originales. Llegaron tiempos en los que las fiestas populares estaban concurridísimas por las clases dominantes, que apenas dejaban divertirse al pueblo, creyendo que se mezclaban con ellos. Sus poetas escribieron bucólicas, geórgicas, églogas, en las que las metáforas eran generalmente pastoriles y menestrales y artesanas. Fue algo enormemente divertido, que continuó así durante muchos siglos, puesto que la demografía no cesaba de equilibrar las diferencias, añadiendo número para conseguir calidad (uno de los descendientes de la antigua raza perseguida hablaría después del paso de lo cuantitativo a lo cualitativo).

Así las cosas, el trabajo fue cada vez

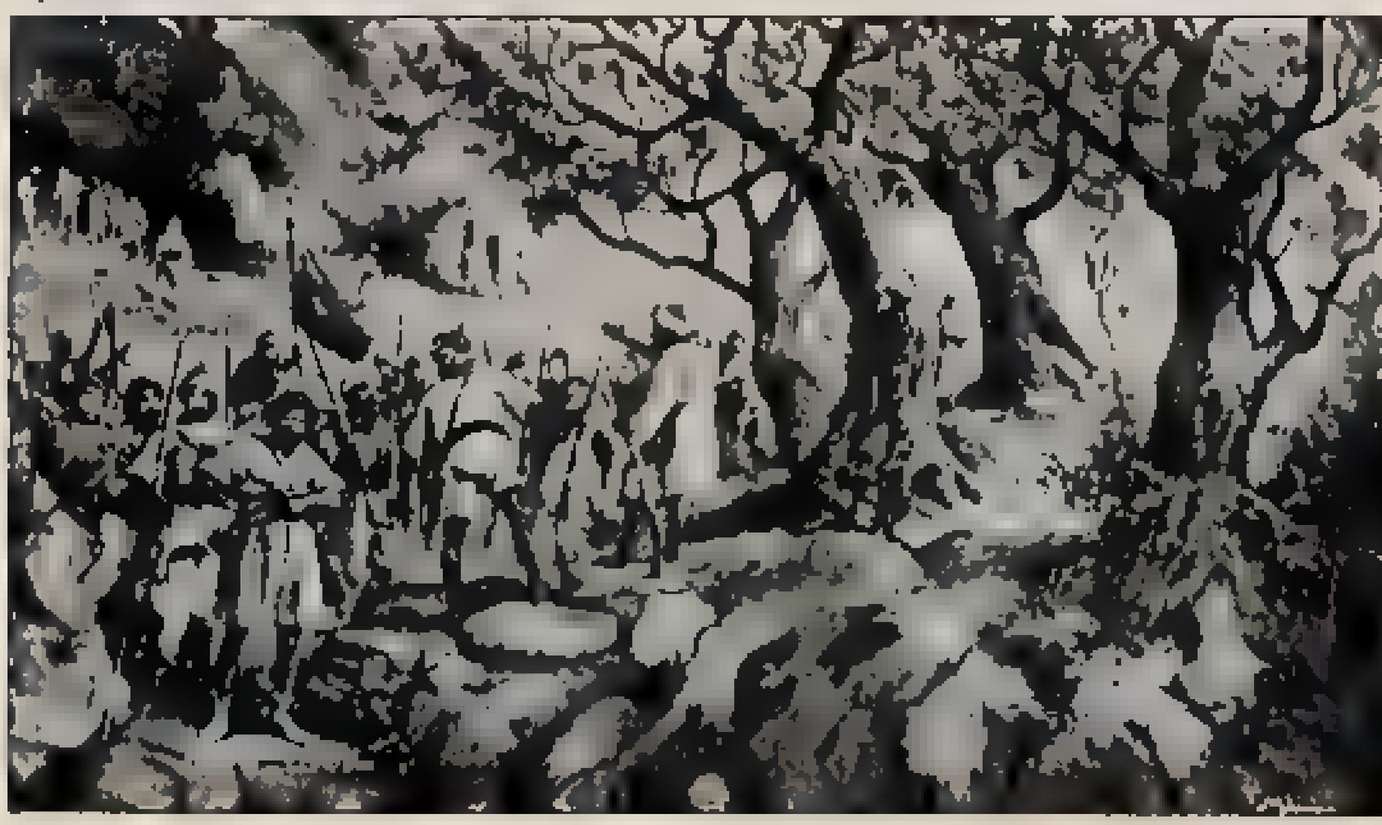
FAMILIAS HEBREAS HUYENDO DE CASTILLA AL IMPLANTARSE LA INQUISICION.—El establecimiento de la Inquisición en Castilla fue retardado [illegible] doña Isabel, hasta que la intransigencia de un judío, que publicó una obra contra el catolicismo [illegible] que ya no pudiera detener más que entrara en funciones, siendo en Sevilla donde se celebró el primer auto de fe, haciéndolo seguidamente en otras poblaciones, por lo que, ante la persecución de que eran objeto, huyeron muchos hebreos, quedando sólo en Andalucía unas cuatro o cinco mil casas.

GENEALOGIA DE LA CHAPUZA

más y más considerado como indigno y como maldito. Las clases dirigentes, que durante un tiempo habían estimulado a las otras clases a que hicieran el trabajo, tuvieron que pasar a ejercerlo ellas mismas. Les entró la misma repugnancia, las mismas ganas de dejarlo pronto y terminarlo mal. Se abandonaron a ellas. Como con el transcurso del tiempo habían aparecido nuevas industrias y artilugios, los que aún se consideraban como dignos y como generosos defensores se vieron estimulados a poseer estas mañas en las que trabajasen los otros, y a dirigirlas, encauzarlas y mantenerlas. Como encauzaban desde los puestos de mando la vida toda de la nación. Contagiados de este santo y prolificado horror al trabajo y poco acostumbrados a las ciencias que eran cada vez más complejas, se vieron más y más estimulados a terminarlo pronto y mal. Sobre todo porque sabían que la mayor parte de los productos que así fabricaban iban destinados a personas de la clase indigna, que no merecían nada mejor, o en todo caso a los extranjeros que, al no estar en posesión de la ciencia infusa que da la verdadera fe, serían incapaces de distinguir entre lo malo y lo bueno y lo aceptarían todo. Y que, a fin de cuentas, no merecían más, puesto que al final de sus días irían a parar a un infierno seguro, donde nada importaría el uso que habían hecho de sus bienes terrenales. Podría ocurrir también que esos extranjeros infieles, que ni siquiera tenían patria puesto que difícilmente podría darse ese nombre al territorio en que habitaban, puesto que verdadera patria, como verdadera fe, no hay más que una, inventasen ellos algo, y que ese algo resultase mejor. No importaba. «Que inventen ellos», dijo uno de sus supuestos pensadores. La idea general era que si realmente inventaban algo mejor, nada sería más fácil que quitárselo mediante una guerra. O incluso pagárselo en oro, puesto que la verdadera patria había que considerarla como rica y generosa.

De esta forma la peculiar manera de trabajar de aquellas gentes, unidas ya en esto —y no en otras cosas, porque clases siempre hubo y siempre habrá—, les fue pareciendo un verdadero hallazgo. Y una prueba de su propia genialidad, y del toque divino de la providencia. En aquello que los antiguos infieles y los actuales extranjeros empleaban horas, días o años, las gentes de ese país sólo necesitaban minutos. Su ingenio era superior a todo. Un hilito y un palito eran suficientes para dar un resultado parecido. Probablemente lo realizado con esta forma de trabajo ofrecía perfiles extraños o irregulares que los extranjeros miraban con mas curiosidad. Probablemente también, esos objetos —o esos campos, esas casas, esos puentes— duraban también menos que los de otros países o los de las obras de infieles que todavía están en pie. Apenas podía importar. Por el contrario era una ventaja, dado que el ingenio fecundísimo y el amasijo de alambritos, cordelillos y maderitas podían volver a realizar lo destruido en muy poco tiempo, lo cual daba siempre un aire de novedad al país. A veces con las casas se perdían vidas, con las acequias ocurrían inundaciones o sequías, pero a todo ello se le daba el valor de «lo natural». Dios lo quería así, la naturaleza estaba hecha de esta

SUBLEVACION DE LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS (AÑO 1499). —Sabedores los moros de la serranía de las Alpujarras de cómo se [illegible] a los [illegible] de Granada, al no respetarse su religión, alzaron pendón de rebeldía, y de nuevo en las asperezas [illegible] a los cristianos [illegible] a aquellos fanáticos, contra los cuales se mandó un ejército a las órdenes de Fernando de Córdoba, quien les infringió dura castigo en Guejar, [illegible] luego de [illegible] don Fernando con numerosas fuerzas.



LOS REYES CATÓLICOS DECRETAN LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS DE SUS REINOS. *El 31 de marzo de 1492 fue promulgado el decreto de expulsión de los judíos en el reino castellano y aragonés, dándoseles de plazo cuatro meses para salir del país. Habiéndose ofrecido por los hebreos a los Reyes Católicos 30.000 ducados si revocaban la tremenda orden, pero sabedor Torquemada de que el encargado de realizar esa gestión había sido recibido por don Fernando y doña Isabel, irrumpió en la estancia en la que se celebraba la entrevista y sacando un crucifijo de debajo de sus hábitos lo arrojó sobre la mesa, según exclamaba: «Judas Iscariote vendió a su maestro por 30 dineros de plata; vuestras altezas lo van a vender por 30.000; aquí está, tomadlo y vendedlo». Por fin, [illegible] a los halagos de ese [illegible] [illegible].*

forma y de esa otra, y contraseñada sería si en contra de verdades que estaban suficientemente comprobadas. Había muchas apariciones celestiales que lo corroboraban, e incluso algún que otro labrador había sido compensado en oro por la aparición de un santo que le hacía su trabajo.

Al mismo tiempo, el país se empobrecía. Nadie tenía necesidad de relacionar esta pobreza creciente con la forma de trabajar propia de los habitantes del país porque, evidentemente, no la había. Fue entonces cuando principalmente disfrazar esa pobreza, sobre todo en las clases dignas —porque podía parecer que era un signo de que Dios les había abandonado—, y, con arreglo a su estilo peculiar de trabajo, remendaban trajes, sustituían los ricos lienzos [illegible]tes por nada ni por cualquier estameña, iban descalzos por la casa para conservar sus únicas botas a la hora del paseo, inventaban comidas extrañas, hechas de restos, de pequeños de cada cosa, en las que no podía faltar el cerdo, porque los infieles nunca lo comieron.

Todo esto se fue haciendo un estilo de vida. Lo que en principio era un comportamiento frente al trabajo, como afirmación de religiosidad y patriotismo, fue convirtiéndose en una manera de estar en el mundo: feliz, rápida, sin necesidad de reflexión, resolviendo los problemas a base de espontaneidad y de ingenio. Si nadie relacionaba la pobreza creciente con ese estilo de vida fue indudable que podía hacerse la relación contraria: cuanto mayor era la pobreza, más necesario era ese tipo de trabajo que Dios había dado a sus elegidos. Había que solventar penas materiales, formas, por lo que se tuviera a mano. Cuanto más crecía la pobreza, más necesario era el ingenio.

El estilo de vida había llegado a ser algo grande. Ya no se detenía en los pequeños o grandes talleres, sino que, en su poderoso impulso de abajo a arriba, alcanzaba a las castas guerreras, a los administradores, a los políticos. Hacer las cosas mal no podía ser malo, si se hacían pronto. Todo ello se completaba con una fraseología heroica y cristiana, y cuando alguien dijo que «más vale honra sin barcos que barcos sin honra» hizo época: estaba definiendo la verdadera esencia del país. Porque había mantenido a salvo su honor —patrimonio del

RECIBIMIENTO DE COLÓN EN BARCELONA POR LOS REYES CATÓLICOS (AÑO 1493). *Cuando los Reyes Católicos recibieron la noticia del regreso de Colón y de que era una realidad lo que les aseguraba, ordenaron se trasladase a Barcelona, donde a la sazón estaba la corte, y donde se le dispensó tal recibimiento que salieron a esperarle los nobles a la puerta de la ciudad, que recorrió entre vítores hasta llegar al sitio en que aguardaban los soberanos, a quienes hizo una relación del viaje, mostrándoles los productos y los indios que traía consigo.*

GENEALOGIA DE LA CHAPUZA

alma, a la vez patrimonio de Dios, como dijo uno de los bardos– a salvo del trabajo con las manos. Lo importante fue el honor, y ningún infiel se atrevió jamás a disputar ese patrimonio. Se limitaban a continuar haciendo sus trabajos pesadamente, lentamente, cuidadosamente, a probar una y otra vez sus invenciones antes de darlas por buenas. Si alguien intentó alguna vez relacionar esa indigna tarea de los otros, de los extraños, con la riqueza y prosperidad de que parecían gozar, fue inmediatamente castigado. O fue declarado herético. Los teólogos del país habían advertido desde mucho tiempo atrás –y el tiempo de atrás nunca mintió– que la pobreza, el ascetismo, el estoicismo, eran verdaderas virtudes. Los ricos extranjeros no se salvarían por su riqueza, y su trabajo tan terminado, tan comprobado, daba risa. Además, si se quería se compraba. Bastaban unos minutos y unos créditos para comprar, por lo menos, las fórmulas, las patentes, los secretos que a aquellos desgraciados les había costado tanto tiempo experimentar. Incluso se podían introducir en sus artilugios notables mejoras: cordelitos, alambritos, chorritos, grifitos, cordelitos, palitos. Lo propio del país. Y funcionaban a las mil maravillas.

Así se formó, probablemente para siempre jamás, un país peculiar, con un sentido de la vida auténtico y propio; capaz incluso de transmitirlo a otros países por la vía del idioma y de la religión.

Alguien buscó una vez una palabra para dar nombre a este estilo de vida, a esta relación del hombre –portador de valores eternos– con la materia –perecedera–; porque ya se sabe que un estilo que no tiene nombre no existe realmente. La historia no guarda recuerdo de este lingüista, de ese semántico singular, quizá fuera una forma colectiva de invención, algo que nació en el seno del pueblo, modificando una palabra ya hecha en el latín –como había modificado el latín entero– con terminaciones, partículas, pronunciaciones que iban dándole su verdadera forma. Es algo que no se sabe quién inventó. Pero la palabra permanece con toda su belleza, y el estilo se acentúa cada vez más, al mismo tiempo que se va acentuando la pobreza. La palabra que dió nombre al estilo tiene una maravillosa resonancia en el mundo entero. Es la palabra «chapuza». ■ E.H.T.

Las ilustraciones de este trabajo y sus correspondientes pies pertenecen a la «Historia de España», original de Manuel Rodríguez Cadelá, publicada por M. Seguí, en Barcelona.

LA HISTORIA COMO CHAPUZA

MANUEL VICENT

De mismo modo que el hombre, según el existencialismo, es un ser-para-la-muerte, el español, considerado históricamente, es un ser-para-la-chapuza. En ella se ha forjado el genio de la raza. La historia de España es una larga y sostenida improvisación, con ciertos momentos estelares en que el remiendo heroico ha alcanzado categoría de gesta. La primera chapuza fue la Reconquista, que se inició como una guerra a pedradas contra los árabes en los altos de Covadonga. La última ha sido el zarrapastroso asalto al Parlamento por parte de Tejero y sus compadres. La historia de España, desde la colonización de América hasta la reciente visita del fontanero que viene a desatascar el lavabo de casa, está constituida por la carne de la inspiración instantánea, entre el cabreo y la euforia.

Fueron ocho siglos de Pancho Villa con coraza, sin orden ni concierto. No se puede llamar Reconquista a algo que empieza con pedradas de pastor y termina ochocientos años después con la promesa de una renta de no cambiarse las sayas hasta ver desalojada la Alhambra. El hedor chotuno de Isabel la Católica, que se esparcía en el aire de la vega granadina desde el campamento de Santa Fe, obligó a unos árabes aguistas a abandonar su balneario con una pinza en la nariz y a refugiarse en la Alpujarra con lloros y aspavientos. El carácter español cristalizó en aquella algarabía profundo galimatías y desordenados envites o arrastres de ocho siglos de duración. De esa chapuza quedaba el orgullo de saber que los moros jamás habían hollado los montes de Asturias. Mil años después los moros fueron traídos expresamente en camiones o en ferrocarril hasta el pie de Covadonga para aplastar la Revolución de Asturias y los mineros descendientes de Don Pelayo, en lugar de piedras, se defendieron mandando a las trincheras del enemigo pollinos cebados con dinamita. Pero estos burros explosivos no impidieron que los musulmanes pisaran con pie franco el último territorio vedado a sus abuelos.

Luego vino el descubrimiento de

América, una empresa que comenzó con el afán económico de encontrar canela, clavo y mostaza en Goa o en Ceylán, por el camino más corto y terminó a cristazos en las mantiguas de Cuba, exportando frailes, importando loros, bautizando infieles con taparrabos. La aventura americana es un caso glorioso de cómo se hace historia a la pata la llana. El pueblo español trasladó la guitarra, el impulso genético, la sed de oro y la fe en Dios sin plan preconcebido al otro lado del océano, a ver lo que sale, ramando corridos en medio de la rapiña, el extremado valor y el salto de mata. El tiempo gestó por su cuenta un producto híbrido, una civilización espontánea según el cálculo más riguroso del azar. Entonces Europa ya era renacentista. El feudalismo se había desarrollado biológicamente hasta concentrar el capital necesario para implantar las primeras industrias y el protestantismo había consagrado el trabajo como una moral y la riqueza como una bendición de Dios o señal de predeterminación, cuando Isabel la Católica amaneció en la historia redescubriendo todavía dos ideas medievales: el oro y el bautismo. Aquella señora confundió económicamente la riqueza con la acuñación de moneda y el imperio políticamente con la conversión de los infieles. Sin embargo, los Reyes Católicos fueron

LA HISTORIA COMO CHAPUZA

los primeros en adoptar la formación moderna del Estado, de modo que no hay quien se entienda. A continuación, España se hizo cargo de los restos del Imperio de Carlomagno a la deriva contra los embates de la Reforma y consumió todo el oro americano en un ideal periclitado, en una empresa inútil.

Imagínese toda clase de apaños, remedios, parches y arbitrios durante trescientos años de decadencia hasta llegar al siglo XIX donde España alumbra dos chapuzas más: la guerrilla y el pronunciamiento, marca exclusiva de la casa. La guerrilla ha llegado a convertirse en un verdadero arte marcial. Aquellos labriegos analfabetos que escondían el arcabuz en la alharda y araban tranquilamente el barbecho canturreando, cuando en esto pasaba por el alcor la caballería de Napoleón y en un rapto de furor en la cabeza ellos sacaban el arma y disparaban como contra un bando de patos silvestres, fueron los antecesores de esos diminutos y sutiles vietnamitas que han humillado al poderoso ejército norteamericano. Hacer la guerra un rato por la tarde para volver a cenar a casa, formar una partida de paisanos armados con tenedores que golpea en la curva del camino y se esfuma volviendo al arado o a la tertulia de la botica fue una chapuza típicamente nuestra que viene ya en todos los libros de estrategia. En este tiempo la guerrilla es un valor consagrado, porque esas pequeñas bandas armadas, dotadas de inspiración, audacia e improvisación han convertido en cacharros sin rentabilidad a las bombas más gordas y atómicas.

Durante el siglo XIX, que en España no termina hasta el 23 de febrero del año pasado, aunque todavía no está claro, el pronunciamiento, asonada o cuartelazo era algo que se gestaba en el malhumor de la sala de banderas entre dos jugadas de garrafina. A un general del siglo XIX, le ahogaban el seis doble y de pronto se le ocurría salvar a la patria de lunes a martes. Sin pensarlo dos veces se echaba a la calle con un manifiesto escrito en papel de barba y los riñones en la punta del sable. En el siglo XIX, con una cadencia liberal o moderada de siete años, se suceden las cataplasmas constitucionales, los remiendos políticos, los parches económicos y sociales hasta desembocar en la gran chapuza sangrienta del año 1936.

El alzamiento del 18 de julio fue una chapuza. Por eso vino la guerra civil. El levantamiento militar, típicamente decimonónico, fracasó. Y de ahí partió la idea de hacer una revolución social a río revuelto matando al cura del lugar o de engendrar sobre la marcha un movimiento católico - integrista - conservador - pseudo fascista en el calorazo del estío bajo un sol de justicia. Hay chapuzas que ma-

tan. Hay chapuzas que te salvan, por ejemplo, la de Tejero y sus compadres en el asalto al Congreso. Esta vez la democracia no se ha salvado por sus propios méritos, sino merced a la mala dinámica de ese chusco engendro de golpe de Estado. Creo que las personas más recalcitrantes de extrema derecha con un mínimo de estética, al margen de sus convicciones, se sienten íntimamente avergonzados de aquel espectáculo embarullado, garrulo y precipitado.

La chapuza puede operar por deducción o por inducción. No se sabe si la chapuza general, que ha informado la actuación histórica de las altas esferas, va cayendo en rascada a través de ministros, subsecretarios, directores generales hasta desembocar en constructores, contratistas, comerciantes y albañiles o es esa rutina diaria en que el ascensor no funciona, el cerrojo se te queda en la mano, el alero se cae, la grúa aplasta al coche, la cañería revienta, la ventanilla no sube y el tabique se viene abajo, lo que va creando un tejido social que, a su vez inspira la desidia del funcionario, el bebedero de patos de la Administración, el descosido político y las leyes más insignes. Tal vez el español tenga el riego sanguíneo demasiado rápido, una circulación violenta que estrella las ideas contra los parietales. De hecho el lento amor a la obra bien pensada, bien acabada es entre nosotros un lujo de artesano medieval, algo que sólo se conserva en las viñetas de xilografía. Este país ha sido grande en algunas chapuzas geniales. En ciertos momentos estelares el arrebato ha dado en la diana. El resto no es más que un acta sanguínea de pequeñas e incontables chapuzas, ahora invadidas por el plástico. ■ M. V.

CHAPUZOCRACIA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

EN algún momento de su larga labor presidencial el primer presidente democrático y constitucional después de 40 años autoritarios, Adolfo Suárez, empleaba un símil para intentar definir la tarea política que llevaba a cabo desde que Dios tuviera a bien llevarse al otro mundo al anterior Jefe del Estado: más o menos el dirigente de la reforma política decía, no es una cita textual, que equivalía a una casa que cambiara la instalación eléctrica, sustituyera la red de cañerías, pintara los muros o paredes al mismo tiempo que continuaran funcionando la luz, los grifos y habitara el propietario o un inquilino en ella. Quizá esta analogía metafórica del señor Suárez sea la mejor definición que exista sobre la concepción chapucera de la política, ampliamente desarrollada en la práctica por él mismo y por la casi totalidad de los líderes políticos, que desde la derecha o desde la izquierda colaboraron con él en lo que describía, a los seis años de este ejercicio no profesional de la actividad política las bombillas están fundidas, los grifos no funcionan, las paredes se caen y el techo amenaza con venirse abajo.

Con la excepción de tres textos y media docena de políticos todo cuanto se ha hecho a lo largo del último quinquenio democrático ha estado presidido por tal visión de la función política; más aún, esta concepción de la política ha sido glorificada, desde un lado y otro de los escaños parlamentarios, como una hábil muestra de la habilidad y olfato político del «condottiero» de turno. Al margen de la Constitución, la ley de divorcio y la reforma fiscal; al margen de la jefatura del Estado, del propietario de la expresión derecha civilizada, del heredero de Azaña y de los exponentes del nacionalismo catalán, el resto de las medidas políticas y de los políticos han caído en esta tentación permanente o coyuntural. La rivalidad política, teñida de un electoralismo y politiquería de la peor especie, se ha transformado en una carrera por ver quién ascendía más rápido y de la peor manera en la cúspide política: tanto en el plano general de la política como en el particular de los partidos políticos.

Alarmante constatación que hay que acompañar de otra, para ser justos y ecuánimes, que la matiza extraordinariamente: nuestros políticos no son, en su mayoría, más o menos chapuceros que la generalidad de la sociedad española. En su descargo, y sin intentar hacer de abogado del diablo, hay que decir que la política en última instancia no es más que el reflejo político de la global chapuza nacional en la que están inmersas las clases sociales de nuestro país. Las mismas excepciones que señalábamos reflejan, asimismo, que existen núcleos en nuestra sociedad que tienen una concepción profesional de la actividad económica, social o cultural. Si reluce más el engendro político se debe a las características un tanto singulares de quienes hacen de la política su medio de vida: «es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente; abeja en el chupar, repul en el serpentear, mimbre en lo flexible, aire en el colarse, agua en seguir la corriente, espino en el agarrarse a todo, aguja imantada en girar siempre hacia su norte, girasol en el mirar al que alumbra.» (Larra)

Una cronología inquietante

Antes de que muriera el general Francisco Franco, las vísperas de la normalización democrática apuntaban un síntoma no muy alentador para el nuevo sistema que estaba a punto de nacer: la transición política en lugar de estar presidida por quienes habían protagonizado desde la derecha o desde la izquierda la lucha por las libertades democráticas, la denominada derecha civilizada o el partido comunista, iba a ser dirigida por quienes se habían transformado en demócratas o en oposición de izquierdas realmente activa en la hora veinticinco de la dictadura. No es que de haber ocurrido lo contrario se hubiera evitado la tentación, a la vista está cómo

CHAPUZOCRACIA

uno de estos dos desplazados en la lucha por la hegemonía en el cambio ha caído en ella, sino que la falta de profesionalidad política democrática iba a generar un desarrollo alarmante de estas prácticas en la vida política española.

A partir de ahí todo fue coser y cantar en este fácil ejercicio, desde la misma salida de la dictadura, donde el arte alcanzó sus más altas cumbres, hasta la presentación de una moción de censura parlamentaria, la más torpe de cuantas se hayan podido cometer en cinco años, pasando por líneas políticas partidistas que pretendían encerrar en un «sandwich» a este o aquél partido político o tácticas políticas que buscaban bloquear al nacionalismo periférico por las buenas de las autonomías para todos o las malas de la LOAPA, no se sabía muy bien dónde empezaba un político y terminaba un chapucero. Error tras error que desembocan en un intento de golpe de Estado; afortunadamente el telón de fondo nacional también alcanzó a la puesta en marcha de la tentativa golpista y el 23 de febrero de 1981 quedó en un trabajo mal hecho de la subversión de los golpistas.

Cronología inquietante que no finaliza esa fecha sino que, desgraciadamente continúa, un Gobierno débil que desconoce la gravedad de las amenazas que penden sobre las cabezas de los demócratas; una oposición que rehusa jugar su papel paralizada por el peligro que antes igualmente desconocía, unos ayuntamientos de izquierda que oscilan entre la incompetencia y el navajeo político entre sus componentes; la experiencia del 23-F no ha disminuido la tentación, al contrario la ha incrementado considerablemente. No se busca, al menos hasta el momento, sortear la conspiración subversiva desde un enfoque profesional sino desde una perspectiva opuesta, se vuelve a incidir en el error que facilitará la tarea política a los enemigos de la democracia.

«Mea culpa» colectivo y particular

Este reincidir antes en y después de la tentativa de golpe de Estado, obedece —siempre sobre el escenario global de la sociedad española— a causas objetivas y causas subjetivas, es decir, hay las que responden a un «mea culpa» colectivo y las que responden a un «mea culpa» particular: todas las fuerzas políticas y sociales participan en la responsabilidad de las primeras, pero no todas tienen porque responsabilizarse de las segundas.

Obviamente sería injusto cargar sobre un partido u otro, sobre un líder de derecha o de izquierda, la culpa por la forma en que el país salió del régimen anterior; aquí la chapuza no era más que la expresión de un empate en la correlación de fuerzas sociales, ante la imposibilidad de abrir un cauce político normal, la apertura de un proceso constituyente sobre la base de un gobierno provisional, hubo que recurrir —volens nolens— a la técnica chapucera. La reforma política, en lugar de la ruptura, y el particular período seudoconstituyente, en sustitución de un proceso constitucional, era el recurso que la sociedad española tenía a manos para salir del callejón sin salida en el que había desembocado la pugna entre los rupturistas y los reformistas. Aquello era inevitable y más de uno, aunque no más de media docena, tuvo que resignarse al triste oficio de chapucero político.

Pero ahí acaba el «mea culpa» colectivo, el resto tiene nombres y apellidos concretos y sonantes. No reflejan unas tablas en la lucha sociopolítica sino una ausencia de profesionalidad en una nueva clase política que emergía después de 40 años de vacío democrático: los aprendices de fontaneros en la política autonómica han sido centristas y socialistas, los aprendices de electricistas en los municipios de izquierda han sido socialistas y comunistas, los aprendices de brujo en la subestimación del golpismo han sido los centristas, los aprendices de pintores en los partidos políticos han sido quienes en todos los colectivos se han preocupado más por renovar la fachada que por reformar democráticamente el local, etc.

«Establishment» chapucero

Todo ello ha creado, sobre todo después de un quinquenio de prácticas de tal tipo, una clase política diestra en este oficio, hay ya verdaderos profesionales que han llegado a identificar la política con este viejo arte. La ausencia de profesionalidad política es tal, en la mayoría de quienes viven de y para la política, que el amplio desarrollo de las técnicas que comentamos ha creado la nueva profesión de los chapuceros; que rehusan dejar su sitio a los escasos profesionales de la cosa pública, que también los hay, y sobre todo impiden que el sistema democrático pueda remontar el vuelo después de haber sido tocado de ala por la escopeta nacional del golpismo.

Ahí están, todavía a estas alturas, quienes trabajan lo suyo y lo ajeno para que Unión de Centro Democrático no se reencuentre con sus bases sociales acabando con ese peligroso divorcio entre la derecha social y la derecha política; ahí están quienes persiguen hacer del PSOE un permanente Sagasta colectivo que arroje al basurero de la historia toda la tradición socialista de este país o quienes no quieren que el PCE continúe existiendo como partido político para convertirlo en unas siglas fantasmales. Toda una «chapucerocracia», que abarca desde la derecha a la izquierda, que es el mayor peligro para la democracia, mayor aún si cabe que el golpismo porque minan el porvenir y la credibilidad de las formas democráticas desde el interior del sistema de libertades públicas.

Y es que una cosa es que hayamos tenido que pasar por ellas, en virtud de datos objetivos y de notorias insuficiencias subjetivas, y otra muy distinta que se haga de ella una virtud: una cosa es haber caído de vez en cuando en este nefasto vicio y otra muy distinta es instalarse en él. Si se instala la hegemonía de estos seudopolíticos, la democracia estará herida de muerte; es imposible desterrar esta práctica, mientras a su vez no desaparezca del horizonte nacional, pero sí es posible lograr que no presida la actividad pública. Que durante la coyuntura de la transición haya sido necesaria, aunque no en el grado y en la extensión que alcanzara, no debe derivarse la conclusión de su permanente estructura en el quehacer público. En esta confrontación, hacerla retroceder o no, le va la vida a un sistema democrático tan frágil como el español; la consolidación de la democracia sólo será posible desde una visión profesional de la política. ■ F.L.A.

YO, DON NICO, DEMOCRATA
(de toda la vida)

ROMEU

MUSEO DE LA DERECHA

FRANCISCO UMBRAL

NO es el Patrimonio Artístico Nacional ni una subasta Durán, lo que aquí sale, sino el Museo de la Derecha que algún día habrá que escribir-describir completo, pero que, por mi parte, se va a quedar en esta muestra, precatálogo o cosa, como Antología Nacional del Mal Gusto o enunciado de Usos y Costumbres que todavía disfruta una clase mental –más que social– en sus Fielatos. He ahí algunas piezas perdidas y encontradas, sueltas y sigmas –por casuales– del posible Museo Nacional de la Derecha Auténtica (r).

La letra picuda

La calidad de un artista se define por la cantidad de picudo que contenga su obra.

Juan Gris

El Museo de la Derecha, en el que todavía vivimos muchos españoles como figuras de cera de cirio rizado de Semana Santa, es un museo imaginario, algo malrauxiano y, en todo caso, manuscrito con esa letra picuda de todas las señoritas bien de España, que escriben como la monja madre, y que tienen, asimismo, una ideología picuda (si ■ que tienen una ideología), una sexualidad picuda (o sea, que no tienen una sexualidad) y un alma picuda. Quiero decir un alma que iba para ojival o gótica, pero se quedó en picuda por deformación y poquedad de las monjitas. Porque lo picudo no es sino un gótico fracasado. El gótico que baja de Europa como un bosque adherido a la piedra (como la hoja invernal se adhiere al parabrisas), en España fracasa y se queda solamente en picudo, socialmente, sociológicamente. España es el rompeolas, el fracaso de cristales de casi todos los movimientos europeos de la modernidad, desde el primero, el gótico, que aquí se queda en picudo (salvo tres catedrales). Así, la reforma se nos hace picuda de contrarreforma; Erasmo se torna picudo de jesuitismo, y la hermosa escritura femenina y provenzal de las Cortes y las cartas de amor, aquí se queda en letra picuda de las niñas bien que han ido a las monjas.

Uno cree que se lleva –al altar o al río– una niña gótica, y resulta que sólo se lleva una niña picuda. (La picuda de hoy es la bruja de mañana, Dios y Goya mediante). Lo picudo español (en política, en religión, en convivencia, en grafología) es el fracaso de la ojiva europea.

Los pregoneros

No me refiero a los lañadores, paragüeros, colchoneros, *arregladores* de cosas en general, chamarileros, bulloneros y niqueleros de la Alcarria que perfumaron con su pregón matinal nuestra infancia provinciana, y que todavía meten algún dulce cuchillo de pastor por entre la sangre negra, el petróleo y la cuiza de Madrid.

Me refiero, obviamente, a los pregoneros literarios de oficio –tampoco a los de ocasión o compromiso–, a ésos que están en un café o una oficina de Madrid esperando que les llamen de alguna provincia para pregonar lo que sean los caldos de la tierra, la altura de los picos de la región, la calidad compacta y local de las señoritas, la prudencia del señor gobernador, la Virgen (recambiable) de las cosechas, ■ alcalde de Zalamea, aunque no estén en Zalamea (para ellos es Zalamea todo el año), la traída de las aguas o la exportación corchotaponera comarcana.

«El Museo de la Derecha es un museo imaginario, manuscrito con esa letra picuda, de ideología picuda, sexualidad picuda y alma picuda.»

«Me llamaron una vez a hacer un pregón en una capital y se me pasó la reverencia a las autoridades y el soneto a la reina del rollo.»

Son una literatura residual del franquismo que entienden la palabra como adorno y no como incendio, la retórica como situación fasta del lenguaje y el clasicismo como Pemán. A mí me llamaron una vez a hacer un pregón en una capital y se me pasó la reverencia a las autoridades y el soneto a la reina del rollo, lo cual que era muy mona y me la hubiese traído a Madrid de grgó, a una discoteca, pero yo es que sonetos no sé hacer. Me salen en prosa. Más que un pregón, me salieron las memorias de un niño de derechas/izquierdas. Lo cual que ahí comenzó/terminó mi carrera de pregonero, y por eso les meto ahora, con resentimiento, en este esbozado/improvisado Museo de la Derecha.

Lo sicalíptico

El erotismo es el mantenido peligroso de la sensualidad.

Umbral

Porque la palabra «sicaliptico» es espúrea y no existe. Porque la derecha pensante e impensable encuentra siempre horribles eufemismos para hablar del sexo (dicê Cela que, todo eufemismo, en castellano, es de origen judío), porque sicalíptico nace, simplemente, de una erratа de imprenta, porque nuestra pequeña burguesía (es pequeña aunque tenga derechas hereáreas), si es inculta, dice sicalíptico o verde, y si es semiculta-bera, lo dice en francés, como *grivoise*, e incluso en latín, cuando se trata de madre expectante, sin saber latín ni saber de verdad lo que es una madre expectante.

«La galería de lo sicalíptico va desde la pulga de la Chelito a la mantequilla del último tango.»

En nuestro Museo de la Derecha, la galería de lo sicalíptico va de la pulga de la Chelito a la mantequilla del último tango, que se pone en todas las cenas bien (8 mm.), a los postres, como antes se ponían las diapositivas del veraneo y luego se ha puesto el videotejero.

Lo que quiere decir, en fin, que nuestra derecha nunca sabe qué hacer después de la cena, o sea, que se aburre también antes de la cena), y ese aburrimiento histórico sólo conoce dos salidas o sublimaciones: hacia lo sicalíptico, por abajo, y hacia el motín, el pronunciamiento o la asonada, por arriba.

La nieve

«Tía Nu no se a nevar más, porque han echado sal en las calles».

(De una tía de Marcel Proust)

La nieve es de derechas, sí, y muy de derechas, porque la nieve –como la música, la ciencia, la luna, Bach, *Platero*, El Greco y las puestas de Sol– ha sido manipulada por la derecha.

Hay una intoxicación ideológica de la nieve. «Los niños terribles» de Cocteau comienza con un golpe de bola de nieve en el pecho enfermo de un niño, «como el puñetazo de una estatua». Lope en sus villancicos, Adriano del Valle en los suyos, los cronistas municipales que escriben lo del «blanco sudario de la nieve». Dickens en sus cuentos navideños (la novela burguesa/antiburguesa es «un compromiso burgués») y el cine de Hollywood siempre que mete unas navidades con nevadón en Nueva York, han efectuado esta manipulación de la nieve, que era lírica como la música de Bach o la blancura de los blancos de Zurbarán, que son abstracción pictórica, casi *mental*, y hoy ■ derecha cree que son suyos.

Porque debemos distinguir entre objetos segregados naturalmente por una cultura de derechas (conservadora, inmovilista, inmanentista, finalista, reaccionaria) y objetos saqueados por la derecha, reconvertidos y reciclados a partir de la cultura de la izquierda, de la cultura simplemente, e incluso de la naturaleza, como la nieve.

El atrezzo de nieve que se le pone a un Dios palestino en todo Occidente es una insolente militarización de la nieve por parte de la teología. La derecha necesita ya de la nieve –que parece una cosa tan tonta– como la izquierda del caviar, hasta ■ punto de que en todos los grandes almacenes navideños hay nevadones de nieve sintética, acrílica, poliestérica o de silicona.

En *Annie*, naturalmente, cuando las cosas no van bien, nieva.

Los muertos

Hay día ya no hay muerte:
sólo hay sepelios.

Ramón Gómez de la Serna

Los muertos son todos de derechas, claro. Es de derechas morirse, incluso, porque es darles la razón a quienes nos pronosticaban un mal fin por nuestra mala vida y nuestras ideas francmasonas.

Los muertos de izquierdas también son de derechas, pues que enseguida los recicla la derecha, le da color al difunto, se apropia de Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Machado, Lorca, Miguel Hernández y Picasso, y mete a Largo Caballero por Cartagena.

La derecha comercia mucho con sus muertos y los ajenos, y no sólo con los ilustres, sino también, y sobre todo, con sus muertos particulares, familiares. Desde *El libro de los muertos*, de los egipcios, hasta la crónica de los fieles difuntos, en el *Ya*, que hace balance del personal que ha ido a la Almudena a merendar con el ocioso, los muertos son ocasión de tener a raya a los vivos.

Charles Maurrás se atrevió a decirlo de una manera respingona, al hablar de «la tierra y los muertos», que no era sino el rizoma que estaba en el subconsciente colectivo y jungiano de la derecha. Desde la voluta mortuoria y barroca de las pompas fúnebres al rizoma psicoanalítico de Jung, los muertos son la autoridad a que se remite la derecha para someter a sus vivos, abusando, sobre todo, de que los muertos son poco dados a opinar. La derecha tiene más soltura que nadie para sacar a sus muertos de paseo el día del Corpus, por Navidades o Semana Santa, y hasta les llevan a votar cuando la ola de erotismo electoral nos invade, que en las últimas notaciones nacionales, constitucionales y municipales han salido muchos votos de gente que estaba muerta (hasta yo me he encontrado algún difunto en la cola del colegio electoral), y siempre el voto de la muerte es voto a la derecha.

El general Franco, no sabiendo qué peana histórica ponerle a su falta de juridicidad, se sacó el Valle de los Caídos, o sea, un soporte de muertos. Yo no se lo reprocho, que lo mismo habían hecho los egipcios, con ser los egipcios, pero ya dijo Albert Camus que las pirámides están construidas «con sangre y langazos», y no sé si la retórica de Camus es aplicable a la redención de penas por el trabajo franquista, que Damián Rabal estuvo picando piedra en Cuelgamuros, y no por entusiasmo faraónico, hasta que se escapó a Riscal de cazatalentos para el cine:

–En una noche pasé de los chicharros al caviar. Paquito.

El reúma

Llevo siempre ante mí el pálido
rebaño de mis enfermedades.

Quevedo

El reúma es de derechas y se merece un icono reumático en el Museo imaginario de la Derecha, en cuanto que el reúma físico suele aparecer en el ciudadano al mismo tiempo que el reúma intelectual o del alma, y no es sino expresión articular de éste.

A cierta edad, entre los 40 y los 50, todos tenemos ya la edad de nuestro siglo. A cierta edad, sí, toda mujer es el símbolo simbolista, con piernas, de su época, como el hombre es –ay– la caricatura con tirantes de esa época. A cierta edad, entre los 40 o los 50, al hombre le entra el reúma de alma, la pereza mental, el amaneramiento (que no hay que confundir como en manierismo) en lo que hace o en cómo lo hace: política, sinfonías, export/import, pintura neoexpresionista, sonetos.

A cierta edad, el hombre, o crece o muere. O cambia de manera y salta fuera de sus pantalones, o se queda ya para siempre en un clisé reumático de lo que fuera su juventud. Fraga Iribarne, con toda su marcha, no es sino un ministro de Franco al que le ha cogido una mala postura, un mal aire, y se ha quedado para siempre en eso, y todo su vertiginoso franquismo no es sino la manera que tiene de disimular que lo suyo era emborronar de almagre los muslos de Rita Hayworth y prohibir las novelas de Carlos Fuentes.

Calvo Sotelo, presidente de la cosa, es el modelo incluso excesivo de reumatismo político, de quietismo bancario, de conservadurismo marengo y de un entendimiento de la gran música –la gran subversión del hombre frente al cielo y la tierra– como un grato intermedio hasta la hora de la cena. Nuestro teatro de pretensión más revolucionaria padece el viejo reumatismo realista que le dejaron las humedades y muchas lluvias del siglo pasado, y puede que el realismo, en arte, no sea sino eso, un reumatismo que inmoviliza la vida, el pensamiento y la primera actriz en una sola postura. Rusia aún no padecía los reúmas de Breznev cuando Nijinski, agilísimo, podía mantenerse unos momentos en el aire, contra la gravitación, Newton y su manzana, Kant y su paloma.

El reumatismo corporal que tratan los reumatólogos no es sino la expresión expresionista de un reumatismo biográfico e ideológico que agarra al

«Hay una intoxicación ideológica de la nieve, que la derecha necesita tanto como la izquierda el caviar.»

hombre en la edad crítica, salvo cuatro Picassos que hacen la revolución permanente hasta la muerte, para que, al fin, don Iñigo Cavero los embalsame en una urna de cristal del Casón, que ya hemos visto en esta lección de cosas, o silva de varia lección que es el Museo de la Derecha, como esta se da quedándose con los muertos de todos y dándole color al difunto.

El estilo literario

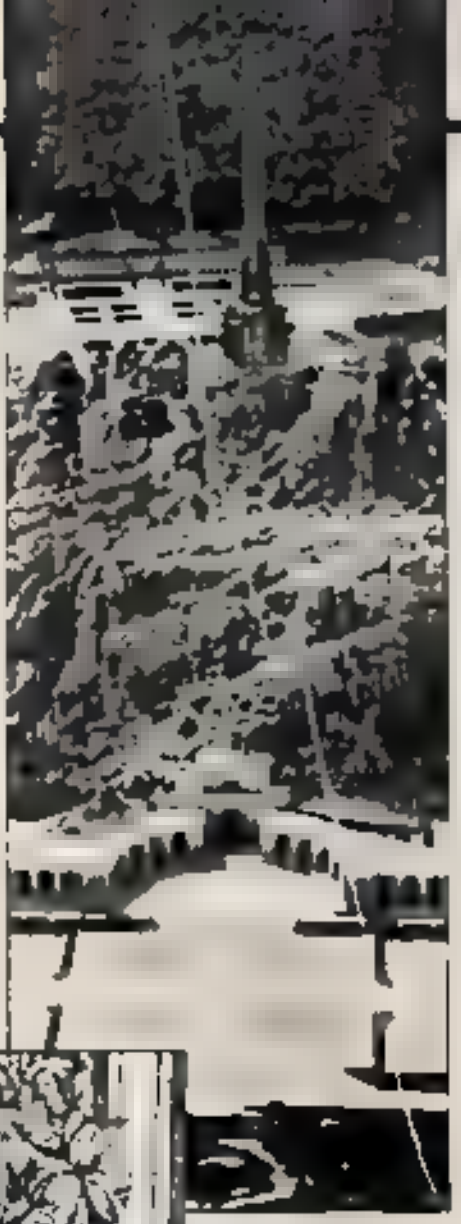
No le demos al mundo armas contra nosotros, porque las utilizará.

Flaubert

Digamos finalmente que tener un estilo literario es de derechas. Como tener un estilo artístico, oratorio o vital. Esto, naturalmente, es un tópico, una acuñación española de cierta izquierda que [illegible] por lo [illegible] izquierda. Georges Bataille habla de la escritura «profundamente poética» de Marx. Aparte marxismos, he echado siempre de menos un estudio estilístico de aquel romántico de los números, cuya creación de un dialecto literario, económico y sociológico propio justifica ya aquello de los poetas españoles: «La poesía es un arma cargada de futuro». Baudelaire está presente en toda la poesía que se ha hecho después de él, hasta hoy mismo, como Marx está presente en todo el ensayismo de un siglo, incluido por supuesto, en ensayismo antimarxista. Sobre todo el antimarxista. Es lo que a nivel nacional pasa con Ortega y los antiorteguianos.

Así pues, quienes no han leído a Marx o sólo le han leído como si fuera una estadística o un panfleto o un machihembrado de ambas cosas, creen que tener un estilo es de derechas, y lo es en la medida en que la derecha literaria, recreativa, cultural y artística ha confundido *estilo* con *preceptiva*. La oratoria, la retórica, la elocuencia, que son las tres virtudes teologales de un estilo de derechas (Pereda es un novelista oratorio, Revello es un pintor retórico, Fraga es un político *elocuente*), deben ser violadas y violentadas, como las tres Gracias, por un estilo macho que suponga el *momento peligroso* de la escritura, el otro lado del habla, el dialecto lírico y secreto interior al lenguaje.

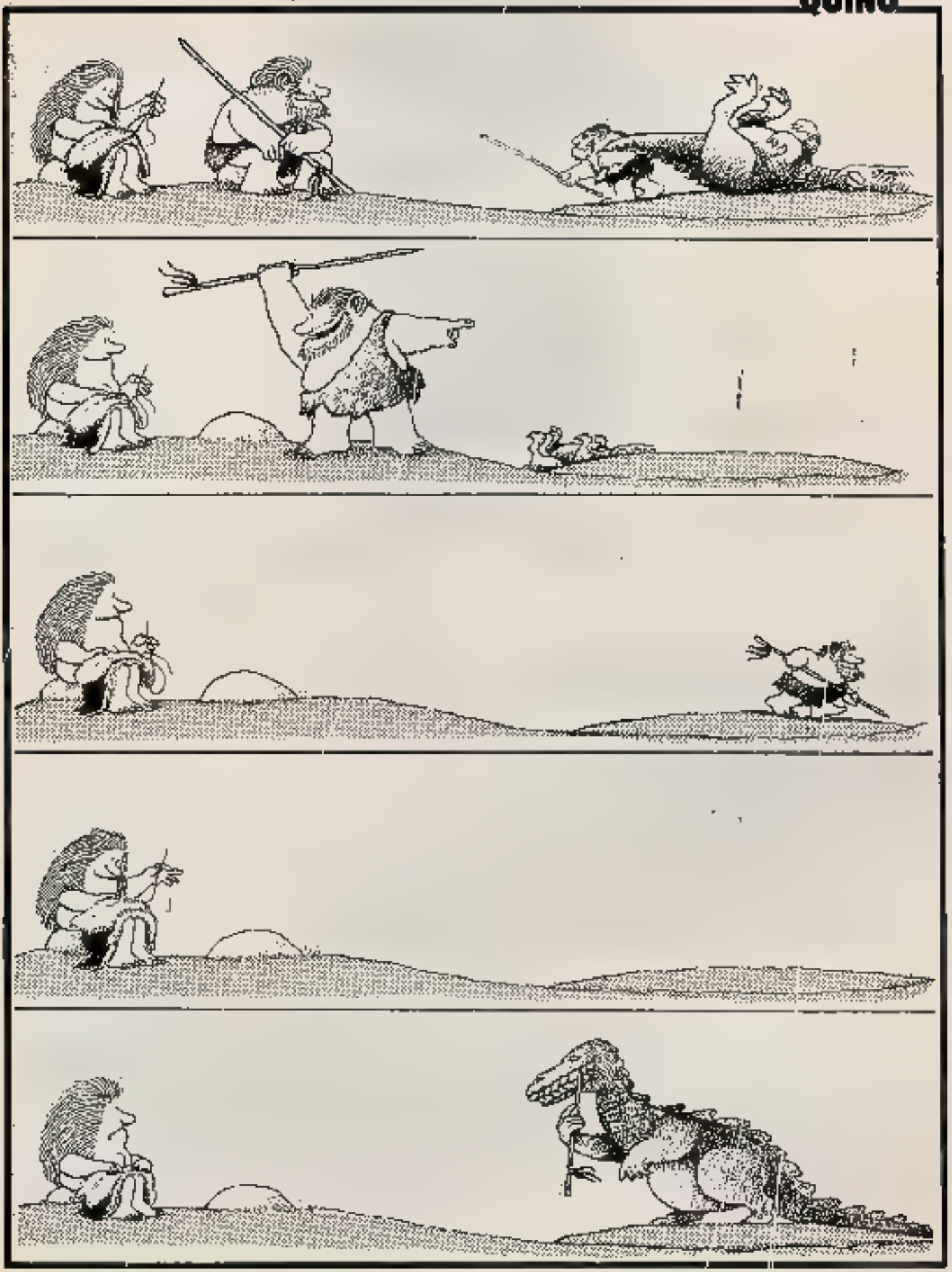
Tienen un estilo los pregoneros de juegos florales que hemos revisitado en este Museo de la Derecha. Hay incluso un estilo de editorial de periódico y una «voluntad de estilo» en la manera de confeccionar periodísticamente «voluntad de estilo» que llegó a su plenitud en el *Arriba* del Movimiento, sin suponer, y donde la modernidad técnica y estética (modernidad de entonces, años 50/60) eran tanta y tan [illegible] que daba que pensar. Aquella movilidad estética estaba encubriendo un letal inmovilismo ideológico o esa inmovilidad absoluta que es el vacío. A la inversa, ha habido publicaciones que mediante la fijeza de su estética han querido transmitirnos la invariabilidad de su pensamiento. Tener un estilo es como tener un traje para los domingos, hoy, una ropa *informal*, denotadora de que toda la semana hemos sido *formales*) es de derechas. Pero ser un estilo (en literatura, no sólo el estilo es el hombre, sino que incluso el género es el hombre, no hay teatro y novela, sino Shakespeare y Cervantes) consiste en «una vasta y poderosa literatura», como quería Borges de Quevedo, eso es vaciarse en la obra, derrocharse en contra del economicismo estético burgués, eso es perderse jubilosamente o sea salvarse del Museo de la Derecha. ■ F. C.



«No sabiendo que pena histórica ponerle a su falta de juridicidad, el general Franco se sacó el Valle de los Caídos, o sea, un soporte de muertos.»

«A cierta edad entre los 40 y los 50, al hombre le entra el reuma de alma, la pereza, mental, el amaneramiento.»

«Hay un estilo de editorial de periódico, una voluntad de estilo" que llegó a su plenitud en el ARRIBA del Movimiento.»



BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

La mano enguantada en blanco retira el guante de la otra mano y un dedo largo, ancho, muy ancho, diríase, con la uña recortada por una manicura sin prisas pero sin pausas aprieta el timbre con seguta decisión. Cataclac. Se abre una mirilla. Ojos desperezahados, acuosos, parpadeantes. Es la puerta la que se abre lo suficiente como para dejar pasar a un cuhano abrigo de cachemir azul marino.

–Buenas noches, don Pablo.

–¿Han llegado?

–Están donde siempre.

Olor a lavandas inglesas, pequeños callos de músculos viejos bien tratados por un masaje reciente. Mesas semiocupadas en torno de una pequeña pista sobre la que hacen parejas jóvenes en plena digestión de *cocido al horno* y *redondo en a la buena mujer*. Orquesta de jóvenes viejos: *La cucaracha*.

–Su patria está lejaaaaaaaaaaaaa –canta un socialista, recién cumplido el servicio militar.

–Buenas noches, don Pablo.

Saluda el mujerío al hombre que decididamente cruza la estancia y va en busca de la puerta del fondo para reparar sobre ella con los nudillos. Se entreabre. Una cara de tractorista crítico que abandona la crítica para adoptar la sonrisa.

–Pase, don Pablo.

Y entra don Pablo, don Pablo Porta en un cuarto sin otra luz que la lámpara metálica cónica central que avuda a redondear la mesa redonda tapizada de verde y el ambiente de los sentados a su vera: José Luis Núñez, Joao Havelange, Luis de Carlos. Sombreros de fieltro descansando sobre las respectivas nucas calvas semiapagadas en las fronteras de los labios apretados, manos apalpadas sobre la baraja.

–¿Habían empezado sin mí?

–Para ir calentando las manos, jefe.

Se disculpa Núñez. No ha tenido tiempo de acabar de decirlo. Una mano enguantada en blanco le coge por la aflojada corbata y le pone en pie.

–Os he dicho muchas veces que no se empiece a jugar si yo no he llegado.

Se quita el gabán Pablo Porta y queda en smokin lila, con las solapas de satén del mismo color, mate. Se apartan las sillas para dejarle sitio. Luis de Carlos rehace el mazo de cartas para empezar la distribución. Pablo Porta le detiene el gesto con una simple elevación de cejas.

–Antes hay que hablar. ¿Ha llegado Ricitos de Oro?

–Todavía no.

–¿Y Einstein?

–No sabemos si vendrá.

–Dije que o por las buenas o por las malas.

–Ya dí el recado de que si a las nueve no había venido por las buenas le fueran a buscar por las malas.

–Suma puntos Núñez.

–¿Qué hora es?

–Las nueve y media.

El dedo desnudo de Porta golpea sobre el pecho de Núñez.

–Ya tendría que estar aquí.

–Paciencia, Pablo. No tardará en llegar.

Y como si los dioses del tiempo le hicieran caso, se abre la puerta y por ella entra la rousca del salón. El tractorista crítico y un elevado y agabardinado hombre que avanza hacia la luz empujado por otros dos. El rostro de Pablo Porta queda entre la expectación y la indignación. Escupe las palabras.

–Os dije que no me utilizarais los árbitros para esos trabajos.

–Son de tercera división.

–¿Sois de tercera?

–Sí, jefe.

Contestan a dúo los hombres que han empujado al doctor Cabeza hasta el centro de la habitación. Pablo Porta busca y rebusca en los fondos de sus bolsillos y finalmente extrae dos llaveros con Naranjito, el símbolo del Mundial.

–Tomad, para vuestros chavales.

–Yo tengo dos.

Otro llavero de Naranjito en la mano de Porta. Se van los árbitros.

–¡Qué mano izquierda tiene el jefe!, comenta Núñez admirado.

–Eso es un atropello. Te lo advierto, Pablo. He dejado una carta en un sitio seguro. Si a las once no estoy en casa, lo del 23 de febrero va a ser una broma al lado de la que se va a armar.

–No te alteres, Einstein. Te he hecho venir para que lleguemos a un acuerdo.

–Hay acuerdos y acuerdos.

–A cambio de no insultarme de aquí al Mundial, ¿qué quieres?

–Siete penalties a favor y ninguno en contra, ni una tarjeta roja, un máximo de cinco tarjetas amarillas en lo que queda de competiciones españolas, la dimisión de Pluto, que el De Carlos ese (le señala despectivamente) sea desterrado al Polo Ecuino.

–¡A mí usted déjeme en paz! Y si tú, jefe, le das todo lo que te pide, yo exijo lo mismo doblado porque somos más entidad, más equipo.

–Y yo quiero la concesión de coberturas de cristal para todos los campos de fútbol de España.

Se ha levantado Núñez y se ha sacado la computadora japonesa del bolsillo.

–¿A callar?

El grito de Porta les hace enmudecer.

–Sois unos pernas. Nunca aprenderéis. Yo quiero paz en el fútbol *español* para dejar bien alto el pendón de *España* y para no darle disgustos a doña Soledad. Dentro de un momento va a llegar y quiero ofrecerle una paz duradera, una paz que nos permita celebrar los Campeonatos del Mundo sin escándalos.

–Llegan tarde a don Pablito. Eu sóy un testigu de los seus deseus de pasificaçao do fútbol español y mondial.

–Muchas gracias, Joao. Tú entiendes lo que estoy pidiendo. De esos Campeonatos del Mundo depende la estabilidad democrática de España. No mi sólo voluntad mía como vais a ver.

Pablo Porta se dirige imperativamente a uno de los acompañantes del doctor Cabeza.

–Que pasen esos caballeros.

Se dirige a una puertecilla de fondo, la abre y por ella entran Calvo Sotelo, Felipe González, Carrillo y Fraga Iribarne. Saludos con las cabezas y con las manos.

–Les he hecho venir a todos ustedes para que sean conscientes de los esfuerzos que estoy haciendo para la pacificación de los espíritus. Ante nosotros, el doctor Cabeza, el señor De Carlos y José Luis Núñez van a firmar un pacto de no agresión para que España pueda celebrar los Campeonatos del Mundo con paz y serenidad democráticas.

–No sabe cómo se lo agradezco, don Pablo –tomó la palabra el jefe de Gobierno– Esta fue una de las condiciones secretas de los golpistas de febrero de 1981: «Que haya paz durante los Campeonatos del Mundo, y si España se enfrenta a la URSS, que Santillana marque dos goles de cabeza».

–Vaya si los marcará –dice Carrillo en un seco tajante– Aunque sea prestándole mi cabeza. Es mucho lo que nos jugamos en estos Campeonatos del Mundo. Con Franco fuimos cuar-

tos en Río de Janeiro y campeones de Europa en 1964. Si quedamos por debajo de esas clasificaciones, el golpismo tendrá un motivo fundamental para volver a las andadas.

Y en estas estaban cuando penetró en la estancia, precipitadamente, un camarero.

–¡Ha llegado Ricitos de Oro!

Perplejidad en los políticos. Carraspeos en los otros.

–¿A qué se refiere?

–Es el nombre cariñoso que le damos a nuestra ministra, doña Soledad Becerril de Atienza.

–Muy cariñoso, muy bonito (Calvo Sotelo).

–Paizana mía, cazi na (Felipe González).

–Como decía Tocqueville: Oro en el seso, plata en el corazón (Fraga, naturalmente).

–España ha dado un ejemplo al mundo entero poniendo al frente de su cultura y su deporte a doña Soledad (Carrillo).

–¡*Vivaepoña*! (Pablo Porta).

–¡Viva! (todos).

Salen de tan estrecha y humeante estancia para recuperar la amplitud iluminada del salón. Bruscamente se hace la oscuridad y Fraga se coloca ante Carrillo, protegiéndole con el cuerpo. «Cuidado, Santiago, que van a por ti.» Porta recomienda calma y silencio. El proyector envía un chorro de luz hacia una esquina de la pista donde aparece Soledad Becerril con un traje de lamé. Si melena más melosa que de costumbre y una pierna asomante de la tubular falda, terminado el apéndice en un zapatito rojo de charol. Boquilla de carey, cigarrillo turco, canción en los labios barnizados por un suave rosa prerrafaelista. Canta:

Me voy al Nepal,
marino de barcos hundidos.
Yo no quiero amar
al que morir haya podido
en combate naval.
Yo amo a los desertores de todas
las batallas, a los que han
aprendido a caminar de espaldas,
que entierran los paisajes en cada
madrugada y no dejan otro pago
que huellas de su amor.
Me voy al Nepal
porque no tengo marido,
ni he de dar de mamar
a un hijo de cautivo,
leal y principal.
Yo amo a los desertores de todas
las batallas, los que no dejan
rastro, palabras ni miradas, tan
sólo tacto y cárdenas huellas
digitales en rincones privados que
no voy a enseñar.
Me voy al Nepal,
marino de barcos hundidos.
Yo no quiero amar
al que morir haya podido
en combate naval.

Fin, aplausos, luces. Doña Soledad saluda a diestro y siniestro. Su mano es besada con ligereza por el centro, izquierda, y devorada por Fraga Iribarne. Pablo Porta se limita a darle una rosa y un llavero con el Naranjito. Con la ceja que no ha empleado hasta ahora, Porta reclama una mesa privilegiada y el maître la busca al lado de la pista.

–Doña Soledad, aquí tiene usted hermanados al fútbol y a la política. Usted lo ha conseguido. Una pacificación como nunca había existido en la Historia de *España*.

–Gracias, don Pablo. Es maravilloso. Estoy emocionada, no sé qué decir.

Se emocionan todos.

–Si usted fuese ministra a meu Brazil, la haríamos Renha, Renha dos brasileiros; y la orquesta se arranca con una samba que João Havelange aprovecha para doblar el brazo, ofrecérselo a Soledad Becerril y llevársela a la pista.

–Luego que pongan un vals, que a mí me sale muy bien (Carrillo).

–Yo quiero una polka (Fraga).

–Un rock duro para mí (Felipe).

–Un bugui-bugui es lo mío (Calvo Sotelo).

Porta asiste satisfecho al buen clima creado, aunque de vez en cuando tiene que pegar patadas bajo la mesa para llamar al orden al doctor Cabeza o a Núñez o de Carlos, empeñados en darse pellizcos, puñetazos ocultos bajo las servilletas, derramamientos de líquidos, aparentemente fortuitos, sobre las braguetas. Inclina la cabeza Porta y masculla con la voz en sordina.

–O os estáis quietos o mañana tenéis la noche de San Valentín.

Y en estas, un grupo armado que penetra en la sala y grita.

–Que nadie se mueva!; ¡que nadie ■ asuste!; ¡no va ■ pasar nada!

El que lleva la iniciativa del grupo propone:

–Griten conmigo: ¡Olé los cojones de Tejero!, y nos iremos por donde hemos venido.

–¿Es un golpe de Estado? (pregunta Núñez a Calvo Sotelo).

–No. Imposible. El golpe de Estado es imposible. Se trata de un efecto estadístico. Es la representación sociológica del uno por mil de españoles dispuestos a dar ■ golpe de Estado.

–Déjenmelo a mí.

Dice Pablo Porta, se levanta, va hacia el comando armado, coge el cañuto de la ametralladora, tira de él, pierde el equilibrio el asaltante y cae al suelo de bruces. Entonces se ve que bajo la gabardina lleva el uniforme de árbitro. Grito de sorpresa generalizado.

–Vete por donde has venido, Morales. Te he reconocido.

Porta se dirige a los allí reunidos.

–Es un árbitro resentido, al que expulsamos por pitar penalties a los porteros que no le enviaban cestas de Navidad. Música, maestro. Salgan a bailar.

Retrocede Morales a gatas y huye el comando, no sin que en su huida dejen de lanzar ráfagas de ametralladora que ocultan algo el grito de Morales.

–¡Me las pagarás, Pablo Porta!

Busca un aparte con doña Soledad Becerril el presidente de la Federación Española.

–Tranquila, señora. El mundo está lleno de enajenados. No se trata de la enajenación material de la que hablaba Marx, sino de la enajenación mental a secas. Tampoco me estoy refiriendo a la enajenación como seudónimo de alienación en el sentido en que lo emplea Adam Shaff.

–Lo he comprendido desde el primer momento en que lo vi.

–No podía ser de otra manera.

–Pablo.

–¿Qué?

–Yo...

–Diga, ministra.

–Admiro su valor.

Entregados al diálogo no advierten que en el salón se ha filtrado un árbitro japonés kamikaze, que se acerca japonesamente a la pareja y cuando está a poca distancia esgrime un poderoso cuchillo y se lanza sobre Soledad Becerril al grito de:

–¡Tanakatá!

El cuchillo es un rayo que va hacia la garganta de la ministra, pero allí está el brazo poderoso de Porta atenazando el del kamikaze y su cuerpo encajando sin un grito una feroz puñalada en el vientre. Aún le quedan fuerzas al presidente de la Federación para desarmar al kamikaze e interrogarle hábilmente. Luego se va hacia la mesa sin perder un paso, con una mano en las tripas y la otra sosteniendo un cigarrillo correctamente ahumado.

–¡Un médico!; ¡un médico!

Gritan los políticos. Pero Pablo Porta contiene las precipitadas búsquedas y se sienta a la mesa, se llena un vaso con bourbon y lo apura de un trago. Rictus de disgusto y de agonía.

–Ganaremos a Yugoslavia por tres a cero y nos clasificaremos.

Una convulsión le hace abatirse sobre la mesa, pero aún reúne ánimos para levantar la cabeza y decir.

–*Vivepatria.*

Luego el desplome, la caricia piadosa de doña Soledad sobre la cabeza, que sigue bien peinada, y el comentario culto de Fraga.

–Qué lástima. Ha muerto sin saber que España lleva una ese. ■ **M.V.M.**
(Ilustraciones de Guillén).

EL HOMBRE DE CAL, LA DAMA DE HIERRO Y LA NIEVE POR LOS TOBILLOS

EMILIO LOPEZ MENDEZ

EN Escocia, los 25 eran bajo cero. La nieve ascendía pegajosa tobillos arriba y de cuando en cuando soplaban remolinos y ventiscas que convertían a las calles de Londres en una peligrosa aventura: uno podía esperar que, al doblar una esquina y detrás de la nube de polvo de nieve que se levantaba, apareciese el Klondike y un aullante trineo cabalgado por Jack London cruzando Alaska. O Aníbal pasando los Alpes a lomos de elefantes, que hay gente para todo.

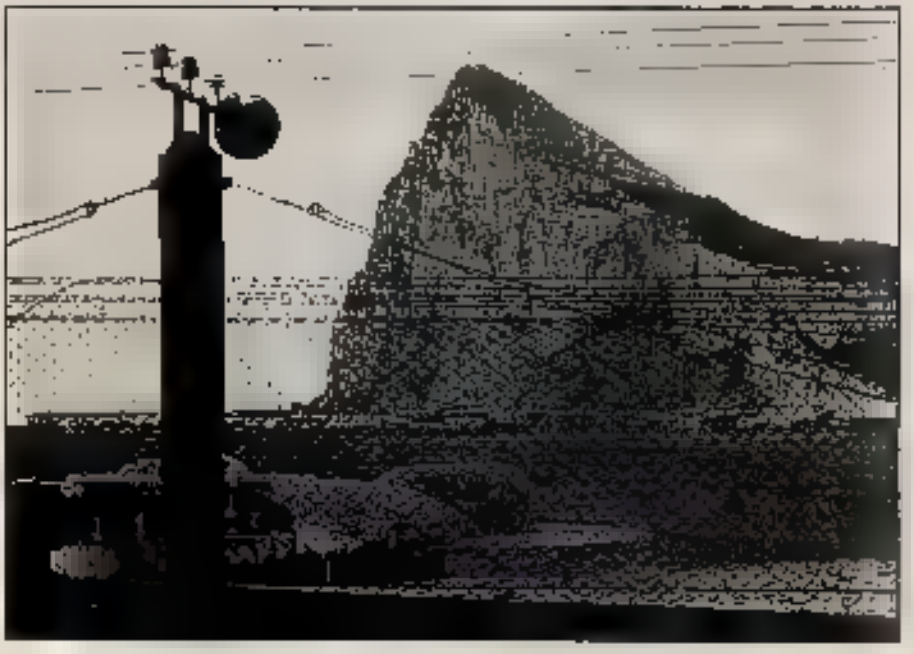
Casi igual, pero sin elefantes —a lo sumo un acartonado caballo de Troya—, llegó a Londres el presidente Calvo Sotelo y un séquito de ministro de Asuntos Exteriores, secretario de Estado para la Información, funcionarios varios y periodistas trotamundos. Día: 8 de enero; plan de acción: entrevista fugaz con la Primera Ministra Margaret Thatcher; almuerzo de trabajo; cuatro cositas para contentar a la prensa; aeropuerto y vuelta a Madrid que esta nieve no hay quien la aguante. Los tres temas que figuraron en la agenda del presidente viajero fueron: uno, adhesión de España a la Comunidad Económica Europea; dos, la invitación (le juro jefe, se ha utilizado esa palabra, invitación, no vea plumeros donde no los hay) a España para formar parte de la OTAN; y tres, Gibraltar. De acuerdo, jefe, no haré comentarios jocosos, como usted les llama, sobre la entrada de España en el Mercado Común, y ya sé que el tema OTAN es harina de otro costal. O sea, Gibraltar.

Hotel exquisitamente lujoso el de la rueda de prensa, calor insoportable y control inglés a la puerta: la tribu se ha puesto en movimiento, de los bolsillos surgen libretas, las tapas de plumas y bolígrafos sufren una impaciente chupada, se encienden focos, zumban magnetofones, se enfocan cámaras y se cambian objetivos. El calor aumenta por momentos mientras la nieve continúa abalanzándose sobre Londres. La función va a empezar. Todavía unos momentos y la tribu hispana —que, por otra parte, es la única que sabe español más o menos correctamente—, rodea a un audaz miembro del séquito embozado en capa toledana y dispuesto a relatar hasta los chistes en el 10 de Downing Street: «Y ella dijo que tenía muchas ganas de visitar España, pero no como turista (...) y él comentó, "así como la nieve no ha impedido que nos podamos reunir" (...) y ambos reconocieron que "nuestras dos naciones tienen paralelismo y muchos puntos de coincidencia en la Historia, ambas han sido naciones imperiales y, aunque ello tenga algunos aspectos negativos, nos ha permitido tener una amplia perspectiva de comprensión de la problemática mundial."» Dicho esto, van y hablan de Polonia, agárrese esa, jefe, unos días antes de que el feroz Haig arremetiese con improperios, advertencias y amenazas aterradoras en Bruselas, el hombre de cal y la dama de hierro departiendo amigablemente sobre Polonia.

Sigo. Sobre el escenario de madera forrada por una alfombra morada, una mesa alargada con copas vacías para aguas que calmarán sedes oratóricas; ceniceros de fondo publicitario y un par de rosas delante de una bandera española cuidadosamente colgada. Se hace la luz. Más luz. Silencio.

Entra en escena un señor (clic, clic, clic) con ese inconfundible aire areilzaleso que confieren las cunas nobles, en traje azulmarino de chaqueta cruzada, y en inglés de andar por casa dice: «Señores, soy el secretario

«El gobierno español, y la misma voluntad he visto en la señora Thatcher, está dispuesto a hacer todo lo posible para la reintegración de Gibraltar a España.»



«En el Tratado de Utrech se exigía para la cesión del Peñón que no fuera cobijo de moros y judíos; pero cuando se cerró la frontera en 1969 los gibraltareños trajeron trabajadores marroquíes.»

de Estado para la Información, stop, tenemos 45 minutos para la rueda de prensa, stop, el presidente leerá un comunicado sobre la entrevista que ha mantenido esta mañana con la señora Thatcher, stop. iré nombrando uno a uno los nombres de los periodistas que han solicitado hacer una pregunta al presidente, stop. digan su nombre y el medio a que pertenecen.» Silencio. Se van acomodando los que faltaban, don Calvo Sotelo, don Pérez Llorca, el embajador don Arias Salgado, Fernando y el intérprete con acento de Oxford (clic, clic, clic, clic). Las cámaras contraatacan.

–A ver, el primero, fulano de tal del «Guardian», pregunte. –dice el arcilbalesco personaje.

–Señor presidente, Prime Minister...

–Bueno –responde inmutable el hombre de cal–, y no diría tanto. Mi Gobierno, y la misma voluntad he visto en la señora Thatcher, está dispuesto a hacer todo lo que esté en sus manos para la reintegración de Gibraltar a España.

–El siguiente –lee el nombre del preguntador, y hace éste su pregunta.

–Me remito al comunicado que he leído. Nada más. Otra pregunta –responde el presidente.

Así se va desgranando un racimo de preguntas y unas respuestas que más parecen guillotinas y uno tiene la sensación de que allí no se dijo nada, que con las dos hojas entregadas al principio hubiera sido suficiente y todos habríamos retornado al calor del hogar después de caminar en la nieve hasta el metro más cercano. Pero la tribu tiene que informar, mantener viva la ilusión de que las personas importantes siempre dicen cosas importantes. Por eso, cuando el presidente abandona la sala que es una sauna, se produce una carrera a empujones hacia los teletipos, los teléfonos (¿tienes monedas sueltas?, y siempre da el sablazo el bien remunerado jefe de sección de periódico importante de Madrid y traje-chaleco-corbata de seda para las circunstancias).

Cuando logro hablar con el jefe, me siega el tartamudeo inicial con un «dijo más» «eso ya lo dicen los teletipos. Qué más, qué más», y uno debe reconocer apesadumbrado que «nada más. Se lo juro», para hilvanar la historia de que en el Tratado de Utrech de 1713, una de las condiciones que se exigían para la cesión del Peñón era que «no sería lugar de cobijo para moros ni judíos», y fíjese lo que es la vida, jefe, que cuando el general cerró las puertas en 1969 y los trabajadores de La Línea ya no pudieron entrar en la Roca, los gibraltareños trajeron trabajadores marroquíes, pasándose por allí la letra escarlata..., pero el jefe ya había cortado con una ilusión al güisqui que no venía a cuento, por lo que no pude contarle la pregunta que le hice al presidente sobre los tejemanejes de la OTAN y eso de la conversión de Gibraltar en una base de utilización conjunta hispano-británica bajo tutela del Tratado del Atlántico Norte, que tanto ha comentado la prensa británica. Pero el teléfono se había convertido en una potente taladradora de mi oído izquierdo.

Le aseguro, jefe, que con la estufa al máximo, la bombilla al mínimo, escribiendo a máquina con guantes, dos pares de calcetines y aún tiritando, con el país cubierto de nieve, paralizado por esa ola de frío que más que ola es un maremoto y que dicen que viene del Ártico y que tienen la culpa los americanos, unos sólo piensa en los grandes titulares de los periódicos de Londres: «El hijo de Maggie perdido en el Sahara», y en lo agradable que sería que me enviara al Sahara para cubrir la noticia del niño de la Thatcher, automovilista él, lanzado en un coche especialmente preparado, condicionado, parrocinado, asegurado y con una señora estupenda de copiloto, a correr el rally París-Dakar, (lo cual, dicho sea de paso, es una de las cosas buenas que se pueden hacer en esta época del año y con este frío que pela), y dejar Londres y sus nieblas y sus nieves y esas visitas que se avisan, se convocan, se aliñan, se cuecen y luego, cuando se sirven, son como el soufflé: todo aire. Casi ná, ni chicha ni limoná. ■

QUO VADIS, OPUS?

LUIS CARANDELL

HAY algunas personas que a sus cuarenta años aún no saben lo que van a ser cuando sean mayores. El Opus Dei acaba de cumplir cincuenta y cuatro, desde su fundación en 1928, y se halla sumergido en un galimatías canónico y jurídico que hasta hoy le impide tanto ser lo que desea ser como dejar de ser lo que no desea ser en el futuro.

En estas últimas semanas se ha vuelto a hablar de la cuestión del Estatuto del Opus Dei. Desde que, en 1947, la Iglesia, por medio de un Decretum Laudis emanado de la Constitución Apostólica Provida Mater Ecclesia, dio personalidad jurídica a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei como Instituto Secular, los responsables de aquella Obra de Dios en la tierra comenzaron a mostrarse en desacuerdo con la calificación jurídica que se les había dado.

Hay que decir que la Provida Mater había sido dictada expresamente para reconocer al Opus Dei en un tiempo en que su actual presidente, el sucesor del Padre Escrivá, Alvaro Portillo, así como algún otro canonista del Opus como Salvador Canals, formaban parte de la Congregación de Religiosos que fue la institución eclesiástica que preparó esta Constitución Apostólica.

En la confección, por tanto, del traje a la medida para el Opus participaron los discípulos del Padre. Pero tan pronto como el traje estuvo terminado y la fundación de Escrivá fue considerada como Instituto Secular, el fundador y sus «hijos» comenzaron a decir que aquel traje les venía demasiado estrecho o demasiado ancho. En la lista de Institutos Seculares aparecida en el Anuario Pontificio figuraban, junto al Opus Dei que se mencionaba, en primer lugar, otros Institutos como el de las Teresianas del Padre Poveda y esto no parecía ser muy del gusto de los opusdeinas.

¿Cómo vamos a ser nosotros igual que las teresianas?, se oyó ya decir por entonces a algunos de los representantes de la Obra de Dios. En las décadas siguientes, y sobre todo a partir de 1960, comenzaron a aparecer estudios doctrinales de los canonistas del Opus, tales como el citado Salvador Canals y el autor de un opúsculo sobre esta cuestión, Julián Herranz, desmintiendo que el Opus fuese un Instituto Secular. A pesar de que esta calificación jurídica aparecía bien claramente establecida en el Anuario Pontificio, el mismo Padre Escrivá se dedicó a negar sistemáticamente que su Opus Dei tuviera tal condición.

El Opus se ha pasado la vida negando ser lo que se dice que es o hacer lo que se dice que hace. Es una institución que está, desde el inicio de su expansión, en los años cuarenta, en los que puede situarse de hecho el nacimiento del Opus al amparo de las condiciones favorables emanadas de la guerra civil española, profundamente incómoda en la consideración pública que de ella se tiene. Su identidad es ambigua y su calificación canónica también lo es porque los Institutos Seculares constituyen un intercambio entre las meras asociaciones del tipo de la Acción Católica y las congregaciones o órdenes religiosas cuyos miembros están ligados por votos públicos.

Dejando aparte el umbrella canó-

Desde su fundación en 1928 el Opus ha venido negando ser lo que se dice que es o hacer lo que se dice que hace. En la foto, Alvaro Portillo, sucesor del padre Escrivá, con el Papa Juan Pablo II.

■ *Opus trata ahora de reforzar su autonomía dentro de la Iglesia. En la foto «el Padre», José María Escrivá de Balaguer, fundador de ■ Obra.*

nero, conviene mirar al fondo del asunto para ver que si al Opus no le conviene ni quiere ser una mera asociación, porque necesita mantener con sus socios vínculos mucho más estrechos, tampoco le conviene confundirse con una orden religiosa porque en ella la relación de la institución con sus miembros es pública, y, en consecuencia, la responsabilidad derivada de las actividades públicas de los socios alcanza a la institución en su conjunto. De ahí que el padre Escrivá pusiera todo su empeño en demostrar que ni él ni sus hijos eran «religiosos» en el sentido canónico.

La diferencia esencial que separa a los Institutos Seculares de las congregaciones y órdenes religiosas es que en aquellos, los votos de los miembros –pobreza, castidad y obediencia– tienen carácter privado mientras que en las segundas lo tienen público, de forma que no es posible saber quiénes son los socios del Instituto. Y así, mientras es posible conocer los nombres de los dominicos o de los jesuitas que ejercen su actividad en un momento dado, el Opus nunca ha publicado las listas de sus socios, los cuales, sin embargo, están ligados al Instituto por votos, con las implicaciones jurídicas, políticas y patrimoniales que ello entraña.

El Opus no pedía ser una mera asociación como Acción Católica porque eso no correspondía a la organización de la Obra, e, incluso, hubiera podido plantearle problemas de funcionamiento al tener que ser reconocida por las leyes de asociaciones de los países donde trabaja. Pero tampoco desea ser confundido con una orden religiosa, ni con nada que se le parezca, porque eso responsabiliza al Instituto en su conjunto de las actividades públicas de sus miembros. Cuando, en pleno período de dominio del Opus Dei en la política española, el ministro López Rodó decía que él era miembro del Opus Dei lo mismo que era socio del Club de Tenis del Real Madrid, pasaba por alto el hecho de que los socios tenistas del Real Madrid no tienen con su club compromisos semejantes a los contenidos en los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Tomando también como ejemplo el Real Madrid, en los últimos sesenta y primeros setenta se contaba en España un expresivo chiste. Según la interpretación del Opus, se decía, los goles que le meten al portero del Real Madrid no se los meten al equipo del Real Madrid sino sólo a su portero. Del mismo modo, en la práctica y gracias a la ambigüedad de su calificación jurídica, el Opus no es responsable de las actividades políticas ■ patrimoniales de sus socios, aunque los socios estén allí para parar los goles, o para meterlos, a mayor gloria de la Obra.

De ahí que moleste al Opus Dei la calificación que le dio la Provida Mater Ecclesia por la semejanza que tiene con la situación de las órdenes y congregaciones religiosas. Daniel Artigues, el mejor estudioso de las relaciones jurídicas y canónicas del Opus con sus miembros, hace un detenido análisis de estas cuestiones que resulta muy iluminativo ahora que vuelve a hablarse de la crisis del Estatuto de la Obra. Y cuenta muy bien los repetidos intentos que los opusdeístas han hecho para negar y hacer olvidar que su Obra tiene en la Iglesia la consideración de un Instituto Secular, procurando por todos los medios establecer que el Opus es una asociación de fieles «de carácter muy especial», algo, como dijo uno de los socios al corresponsal de «Le Monde», Marcel Niedergang, «no sin la *sonrisa desfachatez* que los caracteriza, «parecido a la UNESCO o a la FAO».

Ahora, y en vista de que el Opus no puede dejar de ser un Instituto Secular, porque no hay otra figura canónica en que acomodarlo, la Obra trata de obtener de un Papa conservador y decidido a apoyar las estructuras de poder en la Iglesia una independencia de movimientos que como Instituto Secular no tiene. Y así, parece estar a punto de lograr, si es que no lo ha logrado ya, una «prelectura personal» que le permitirá regir las relaciones internas de la Obra sin someterse a la autoridad de los obispos. No habiendo resuelto su problema de dejar de ser un Instituto Secular y estando muy lejos de encontrar en la sastrería canónica un traje a la medida de una «asociación muy especial», trata de reforzar su autonomía dentro de la Iglesia. En la maraña canónica, el futuro del Opus no deja de ser bastante incierto. ■

UN OPTIMISTA

POZUELO

AL despertar le oprimió un cielo de plomo que parecía que iba a meterse por el ventanal. Se sintió sobrecogido; percibió el principio de un mal humor que podría durarle todo el día; día «se dijo» de perros. Ya no recordaba que sólo unas mañanas antes había visto al despertar un azul purísimo y unos primeros rayos de Sol que le habían aburrido y desesperado: «No acabará nunca la sequía... Pobre país. Y pobre ciudad que apenas es una ciudad sino un inmenso poblachón calcinado...» Añoró entonces la niebla o la lluvia. Pero la niebla de Londres, la lluvia de París, el cielo negro de Nuremberg: ciudades donde el clima forma parte de la civilización.

Pasó hacia el cuarto de baño; el espejo del vestidor le envió la imagen de un soltero en batín —una especie ya rara—, el del lavabo una cara abotargada que lavó rápidamente —«como los gatos», pensaba cada día— y pasó el peine por los cabellos grises en torno a la calva central, brillante y terminada como en punta. ¡El viejo rostro! Debería poderse cambiar de vez en cuando. A los solteros se les debía permitir divorciarse de sí mismos. Es grave despertarse cada mañana junto a una mujer que envejece; es más grave despertarse sólo viéndose a sí mismo envejecer. Le esperaba el desayuno, los periódicos. Pensó que el café estaría demasiado frío, los bollitos demasiado duros, la mantequilla demasiado blanda y, en efecto. La vida le confirmaba continuamente todas sus sospechas. Se quejó suavemente, con la queja resignada del hombre ante el destino aciago. Y recibió la respuesta de siempre, el «hago [redacted] que puedo». Bien sabía él que la señora no era culpable. Había que ir más allá: los panaderos, los fabricantes... Y, más allá de ellos: la corrupción, la falsificación, la adulteración, ¿el Gobierno, el Parlamento, la herencia del franquismo, la crisis mundial? Iba poco a poco ascendiendo en la busca de los culpables y llegaba, siempre, invariablemente, al famoso pequeño demiurgo. Una vez había leído que Dios no puede ser nunca mezquino. Arañó su memoria para encontrar la cita. ¿Goethe, quizá? No, pero la cita se le vino al recuerdo en alemán: «Der Herr Gott ist raffiniert, aber boshaft ist Er nicht». Claro, de Einstein. Luego el demiurgo no es Dios, y Dios tiene apenas que ver con esta tierra. Sólo un ente menor puede tener esa pequeña malicia de estropear la vida a los humanos con sus mezquindades. Un humorista, que endurece los bollos y enfría el café de los hombres. «Herr Gott», el Señor Dios... Ya no se llama «señor» a nadie más que a quien no lo es: otra mezquindad. La señora se lo confirma:

«Las otras señoras, en el Metro, dicen que [redacted] han subido a 400 pesetas la hora... Yo, claro, por estar con usted... Las digo que vale más cobrar poco pero estar en la casa de un hombre solo... El era «un hombre»; ella, ellas, las señoras. Ya no se llama señoras —¡en este país!— más que a las asistentas, y señoritas a las dependientes de los grandes almacenes, a las telefonistas. Qué curiosas vías tiene el clasismo para manifestarse; incluso invirtiendo totalmente el vocabulario. Los títulos han cambiado de manos; las situaciones de dependencia siguen siendo las mismas. Los porteros son «empleados de fincas urbanas»; las basuras, «residuos sólidos». Todo ello, sin cambiar de naturaleza o de condición. [redacted] mismo ya debía ser «un carroza»; quizá, «una porcelana». En Francia le llamarían «*un vestige*». Y si alguien pudiera decir de él «es mi tronco», quizá su vida cambiase...

Los periódicos. Un par de secuestros. «La industria del secuestro consiguió más de 3.000 millones de pesetas en Italia durante el pasado año», decía un titular. Por lo tanto, algo cotidiano. ¡Lo de siempre! «Se caen de las manos», pensó. Polonia puede ocasionar la guerra mundial. Reagan está dispuesto a eliminar el comunismo de América Central, Israel se queda con otro trozo de algo que no era suyo, por lo menos en los últimos 2.000 años. Calvo Sotelo dice algo: lo de siempre. Con su rostro impávido de cine mudo, entre Buster Keaton y Harold Lloyd. Se va a abrir la verja de Gibraltar. Recuerda, hace años, una zambullida al Sol en la breve piscina de un hotel de Gibraltar, la tiendecilla donde compraba té y «scotch», la tela inglesa que le llevaba a [redacted] sastre. Algo que se va a acabar. Recuperamos Gibraltar a cambio de dar toda España a la OTAN; y a los americanos. Toda España será, ahora, Gibraltar. Pero sin Hornimans fresco y aromático, sin un buen corte de cheviot. Felipe González, con su cara de morito distinguido, en Centroamérica, en el Caribe... El Opus Dei cambia de estatuto. El Atlántico está en bancarrota... ¡Se caen de las manos! Cuando hay una noticia interesante, apenas se destaca. Hay que buscarlas en ABC, por dentro. Hay una que dice que «Las mujeres de Moscú están aterrorizadas por un sádico asesino»; es interesante. La vieja revolución ha conseguido llegar ya a los tiempos de

la Reina Victoria: ya tiene su «Jack the Ripper», el viejo y querido destripador de Whitechapel. Pero a veces hay noticias más interesantes sin salir de España: ni de Madrid: «Se presentaba ante sus víctimas con unos extraños pantalones». Sólo un periodismo decantado durante muchos años en una vieja redacción puede conseguir un título tan maravilloso. La noticia: «... casado, y sin antecedentes, que vestía unos extraños pantalones abiertos en sus partes interior y posterior, sin calzoncillo ni prenda interior alguna...». Una vez en la Comisaría, la Policía le preguntó las razones por las que llevaba esos extraños pantalones. «Manía que tengo», contestó. «La Policía le ocupó un miembro viril de madera...». «Lo llevo sin ningún fin concreto y, además, es un simple palo»... En otro periódico hay otra noticia: un hombre se corta los testículos después de una discusión con su familia. Uno a la antigua usanza. La noticia no explica nada; pero es fácil suponer el proceso mental de un hombre que llega a convencerse de que no es hombre y por lo tanto, lleno de absoluta lógica, se desprende de lo que antes se llamaban «los atributos». Había un soldado italiano, en un cuentecillo de Hemingway, que hacía lo mismo. Era otra historia; o la misma historia, nunca se sabe. El muchacho iba al hospital de campaña y le pedía al doctor que le castrase. «No puedo hacer nada para dominar este deseo terrible...». «Es un pecado de impureza. Es un pecado contra Dios, nuestro Salvador». ¿No es otra aparición del pequeño ser mezquino al que Cioran llamaba «el aciago demiurgo»? «Nadie te va a castrar –decía el médico al soldadito atormentado–; tienes un cuerpo normal, estás perfectamente hecho: no tienes que pensar en eso». Pero como el muchacho no puede dejar de pensar «en eso», se mutila a sí mismo con una navaja de afeitar... Pero los doctores son siempre los mismos: la noticia no acaba ahí, continúa: trasladado a un sanatorio, el médico reimplantó con éxito los genitales perdidos. A fin de cuentas, como decía el médico de Hemingway, eso sirve «para cumplir un sacramento». ¿Para qué sirve en ■ Salvador? Había oído a un salvadoreño en un espeluznante reportaje de Televisión, conducido por una mujer, cómo se llama, Carmen Sarmiento, explicar lo que hacen *ellos:* llegan al pueblo, cogen a los hombres, les cortan los testículos y ■ los ponen en la boca, antes de matarlos. Polonia no ha llegado a eso, pero tiene más editoriales, más espacio en la televisión, más trenes de Murcia cargados de víveres. Imagina el tren que sale de Murcia, cargado de frutos espléndidos, de turrones y mazapanes; y de panes y peces, y de carnes. El tren va atravesando los campos de España unos están asolados por la sequía, otros por las inundaciones. Pasa sin detenerse por los pueblos donde los hombres están acuñados en la plaza pública, esperando que alguien no les contrate, esperando que no les den un trabajo municipal; donde las mujeres van al campo a coger caracoles y orugas para poder hacer un guiso...

Pasa por los suburbios de Madrid, entre las chabolas inundadas. O por los campamentos de gitanos asolados por el fuego que prendió un payo, o una tribu enemiga, con los niños desarrapados bajo el frío de diciembre y ■ lluvia de enero... Lleva sus ropas de abrigo, sus frutos y sus dulces, a través de Francia y de Austria, para

UN OPTIMISTA

llegar a Polonia, donde dirán qué amables y generosos son los españoles: y en sus mentes se dibujará la imagen de una España eternamente soleada y verde, con palmeras ondulantes y muchachas redondeadas... Puede ser un regalo de Iglesia a Iglesia. Pero, ¿por qué no a la Iglesia de Monseñor Romero, asesinado en El Salvador?: ¿o a las pequeñas parroquias de los suburbios, donde infinitos padres Llanos se enloquecen cada día? «Me estoy volviendo un demagogo», piensa el solterón en su baño, inquieto por el café demasiado frío y los periódicos que se le caen de las manos. «Hay que vigilarse».

En el fondo de la casa se oye el ruido del aspirador. La señora no canta. Cantaban, antes, las muchachas, cuando se llamaban y eran muchachas. De plumero y escoba. Eran adictas a Quintero, León y Quiroga. Ahora las señoras no pueden cantar. ¿Cómo iban a cantar las cosas de los Ramones? Perderían su augusta dignidad.

La señora se acerca.

–Digo que ya tiene usted el despacho preparado... No fuma usted ni nada... Y tenga cuidado con la ceniza, que lo llena todo...

Cuando a Saint-Simon le despertaba su criado, le decía: «Apresúrese a levantarse, señor conde; hoy tiene que hacer cosas transcendentales para la humanidad.» No era una adulación. Engels llamaba a Saint-Simon, sin necesidad de haber estado a su servicio, «la cabeza más enciclopédica de su tiempo», junto con la de Hegel. Pero Saint-Simon no lo supo nunca: hasta por lo menos 10 años después de su muerte no comenzó el «saint-simonismo». Otra broma del aciago demiurgo. El contemporáneo es siempre el enemigo del contemporáneo. No sólo en España, como creemos los españoles. Recuerda un párrafo de Moratín, leído en un ensayo de Andrés Amorós –enciclopédico también, aunque no enciclopedista–: «Sea influjo del clima, sea efecto de las circunstancias, sea el demonio que en todo se mete, lo cierto es que nuestra dulce patria no permite que ninguno de sus hijos sobresalga en ella impunemente, y paga con amarguras los esfuerzos del talento y la aplicación, al paso que recompensa con premios y honores la ignorancia, el error y los delitos». Ya pasaba eso a principios del XIX... El «diablo que en todo se mete» habitaba ya aquí; ya era el mismo aciago demiurgo. El que ganó la lucha histórica y derribó al «Angel Caído»; que era, sin duda, el bueno, el que podría haber mejorado nuestra condición. Habría que elaborar un misticismo al revés.

Cuando va al despacho –él prefiere llamarle el estudio, pero la señora jamás aceptará esa designación– busca un libro de Saint-Simon para que le inspire. Abre al azar «L'Organisateur» «Hasta ahora –traduce– los hombres no han ejercido, por decirlo así, sobre las naturaleza más que sus esfuerzos puramente individuales y aislados. Más aún: sus fuerzas se han destruido entre sí en enorme parte, aunque la especie humana haya estado hasta ahora dividida en dos fracciones desiguales, de las cuales la menor ha empleado constantemente sus fuerzas –y a veces una porción de las de la mayor– en dominar a esta naturaleza; mientras que la última ha consumido una parte considerable de las ciencias en rechazar el dominio». Y Saint-Simon, aquella mañana, estimulado quizá por la ayuda de su criado –¡ánimo, señor conde, que tiene usted cosas importantes que hacer–! consideraba que ya el tiempo era otro: había llegado el tiempo de la organización, el de «aplicar lo mejor posible en satisfacer las necesidades del hombre los conocimientos adquiridos por las ciencias». Lo estaba viendo en torno suyo: «A pesar de esta enorme pérdida de fuerzas, la especie humana ha conseguido en los países más civilizados un grado bastante notable de comodidad y de prosperidad. Que se juzgue de ello a qué punto llegaría si no tuviera que perder ninguna fuerza, si los hombres cesaran de mandarse los unos a los otros, organizándose para ejercer sobre la naturaleza los esfuerzos combinados, y si las naciones tuvieran el mismo sistema entre ellas». Saint-Simon, con su criado entusiasta, seguramente que con un buen café con leche de la de verdad, alimentado por los «croissants» todavía calientes, por la mermelada que le había enviado su tía desde el campo –hecha por ella misma...– llegaba a la conclusión de que el mundo... Bien, con todo, se equivocaba. Ahora nos dicen que de ninguna forma hay que luchar contra la naturaleza. Los progresistas de hoy no quieren el progreso. La naturaleza, en cambio, les parece la fuerza de la sabiduría máxima. Creen en la ecología, es decir, en una organización preestablecida antes de que naciera Fourier, antes de que Saint-Simon comiese sus tiernos «croissants»...

El solterón del baño se sienta en su poltrona y toma en sus manos el micrófono de la «casseue». Le han pedido un texto optimista, que dé la verdadera medida de hasta dónde ha llegado nuestra civilización, y de cómo se transforma España. Da unos golpecitos en el micrófono, dice tontamente «Undostres»: no se oye nada. No funciona. Se sienta a la mesa, toma la pluma que le han traído los Reyes; se mancha las manos de tinta que rezuma. Toma un holígrafo, cuyo extremo parpadea –tiene un relojito que va dando cuenta de cada segundo que pasa: como antes los escritores tenían un reloj de arena, que pasaba grano a grano– y comienza a escribir. Y va y pone:

«Al despertar le oprimió un cielo de plomo que parecía que iba a meterse por el ventanal. Se sintió sobrecogido; percibió el principio de un mal humor que podría durarle todo el día...» ■

Ilustraciones de Joan Cruspinera.

Jesús Aguirre hojea el prólogo que escribe a la obra de Karlk Kraus. El Duque de alba es hombre que escribe mucho y publica poco.

Conversación con Jesús Aguirre, Duque de Alba

UN DUQUE CON GRAN GOETHE

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

El ducado de Alba fue siempre un título importante, incluso antes de que lo llevara don Jesús Aguirre. Don Jesús Aguirre es un personaje importante, incluso antes de ser duque de Alba. Fundidos ahora duque y personaje, parecen hechos el uno para el otro.

Porque si la vida –según señalaba Dilthey, filósofo que no pertenció a la Escuela de Frankfurt pero que tampoco está mal– es un entrecruzamiento de azar, destino y carácter, en la vida de Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate, el azar hipostasió destino y carácter.

Esta entrevista (que ha salido un poco larga y ustedes perdonen) es el resultado de varias sesiones matinales en el Palacio de Liria. El despacho o gabinete de Jesús Aguirre está en una habitación de la primera planta donde residió S.M. la Reina Doña Victoria Eugenia del 7 al 12 de febrero de 1968, durante su última estancia en España después de 37 años de destierro. También ocupó S.M. el Rey Don Juan Carlos I los días 5 a 10 de julio de 1957 cuando era Príncipe de Asturias y cadete de la Real Academia Militar». Todo eso lo dice un pequeño cartel discretamente colocado junto a la puerta. Tarda en reparase en él, pues la mirada va hacia los dos grandes armarios llenos de libros, a la chimenea encendida bajo un retrato de Romney, a los ventanales que dan al jardín inglés, a las muchas fotografías (los Reyes, Cayetana de Alba y su padre, Aranguren, Américo Castro, Virginia Woolf, Walter Benjamin...), a la gran mesa... Y además la mirada viene ya cargada –muy cargada– con pinturas del noble milenio más pictórico de la historia del arte. El último cuadro llegado aquí es un Chagall, anécdota contemporánea en una casa donde las anécdotas son a veces capítulos de la historia de España sedimentados en sus salones. Y así vemos por ellos una mesa que usó Franco en el castillo de Villuelas, sede de la Jefatura del Estado antes de serlo El Pardo, la armadura del Conde-Duque de Olivares («No se la pondría mucho tiempo» «Por lo menos cuando Velázquez le pintó el retrato, sí»), un costurero de la Emperatriz Eugenia (que vivió muchos años en el Palacio de Liria y aquí murió), una fotografía de la Reina Victoria Eugenia ante la que hay siempre una roja y fresca rosa votiva ofrecida por la Duquesa... La Emperatriz, la Reina y la Duquesa son las tres grandes presencias femeninas de esta casa (la Reina alhijada de la Emperatriz y madrina de la Duquesa).

En la tercera planta está un estudio, más amplio, con la antigua biblioteca de Jesús Aguirre. En la pared hay varios cuadros de Cavetana, que estudió pintura con José Caballero, y cuartillas autógrafas enmarcadas. Aranguren. Julio Caro. Leemos allí el último pensamiento escrito por Américo Castro el mismo día en que murió.

Carmen Castro, su hija, lo entregó luego a Jesús Aguirre («Parece que don Américo, inconscientemente porque aquel día se levantó muy bien y no sabía que iba a morir, puso aquí el compendio de su pensamiento»). El texto, «casi como el mismo» dice así: «La verdad de una creencia indemostrable está en razón directa del número de quienes creen en ella o tienen que hacer como que creen en ella por unos o por otros motivos».

En sus estudiosas y casi latísticas mocedades («Física, Metafísica, Derecho, Medicina después, y Teología») Jesús Aguirre y sus leídos amigos se embromaban y zaherían con una frase dorsiana («Si alguno de nosotros presumía de bien surtido de haber pinchado aquí o allá, rebajábamos sus infulas diciéndole que era duque sin Gran Goethe»). Los ciegos amigos jóvenes de ayer no podrían aplicar hoy la frase dorsiana a Jesús Aguirre: un duque con Goethe incorporado.

–Yo empezo siempre por el principio...

–Por la A.

–Sí, por la A de Aranguren. Tú naciste un 9 de junio, el mismo día que Aranguren.

–Sí.

–Eso fue casi como una predestinación.

–En realidad, lo descubrimos mas tarde. Yo estaba entonces soltero y José Luis, por supuesto, estaba casado con la bonita y encantadora de Mary. Y Mary fue la que puso en seguida el comentario. Digo: «¡Se va notar se os nota a los dos que sois Géminis!» Y nos felicitamos sinceramente los días 9 de junio.

–Naciste aquí en Madrid.

–Sí.

–En una clínica.

–No. Nací en Madrid por casualidad en casa de mis abuelos.

–En la calle Zurbano.

–Sí.

–Pero, como José Hierro, eres santanderino.

–Sí. Trasplantado a Santander. De lo cual estoy muy contento, porque Santander proporcionó entonces un paisaje de adolescencia que no se ha borrado todavía...

–... y un incendio.

–Un incendio del año cuarenta y uno, suceso terrible, sobre el cual después «aludiendo a este incendio y al Machichaco la catástrofe del diecinueve» Julio Maruri, uno de los poetas de «Proel», escribió el siguiente verso: «Santander nunca para nada y cuando para toda la ciudad se abrasa.»

–Maruri está ahora en Francia.

–Está en Francia pintando. Sé que acaba de adquirir un cuadro suyo el museo de Arte Moderno de París. Y se que quiere publicar –un amigo común, Pablo Beltrán de Heredia, es el que me lo ha dicho– y yo voy a hablar a algún editor exquisito e inteligente para ver si esa edición de versos de Maruri puede ponerse en pie.

–¿Hasta qué edad estás en Santander?

–Hasta los diecisiete, hasta que acabo el bachillerato.

–¿Quiénes son tus amigos entonces?

–Mi compañero de pupitre durante siete años de bachillerato se llamaba entonces Ramiro Pérez Maura, hoy Duque de Maura. Como amigo de colegio estaba Mario Camús. Con Ramiro Maura comparto el pupitre y las paradas en los urbillos: etcétera, etcétera de todo colegio de frailes.

–¿Qué frailes eran?

–Lasalle. Camus estaba en el colegio y tenía una aureola entonces inasequible –no tanto por la estatura que ya había alcanzado, más alto que todo el colegio junto– sino porque ya era un gran jugador de baloncesto. Era una persona que tenía el pedestal de su estatura y podía colgar, hacer cesta con la mano.

La aventura de leer

–En un artículo autobiográfico de «*El País*» («Educación sentimental y aprendizaje de Goethe») hablas de la lectura de unos libros y dices «con ellos nace yo mi extrañamiento».

–Pienso que la lectura –sobre todo si se practica con pasión y se practica con pasión desde pequeño– es un cierto extrañamiento. No negativo. Primero, porque lo que hace es aumentarte los horizontes para el ensueño para la escapada imaginativa, y, por tanto, hay ya paisajes, parajes, nombres, distintos a los que te rodean en la vida diaria, real... real por llamarla así, quizá sea más real la otra. Y, por otro lado, un cierto extrañamiento porque yo me iba dando cuenta poco a poco de que esos libros, entonces, no se «debían» leer; y yo los leía. He de agradecer que nadie me persiguió en mi casa por leerlos, aunque sí me consideraban un pedante, cosa que probablemente era cierta.

–Dices en el artículo que «esa fue la primera vez que sufrí persecución, por sabida por cierto por la inteligencia». «Has sufrido muchas persecuciones por la inteligencia?

–Yo creo que no. Las normales. No hay porque vestirse de héroe ni de víctima. Toda persona que intenta pensar –yo no sé si yo lo he conseguido o no– siempre tiene dificultades, aquellas que en el fondo le incitan a uno a seguir pensando, a seguir pensando...

–También hablas del conflicto entre ética y literatura.

–Creo que ese conflicto sigue preocupando mis lecturas, incluso lo que escribo. Ahora, precisamente, estoy escribiendo un prólogo a la edición de Karl Kraus que hará mi querida Editorial Taurus de la que siempre sentiré nostalgia.

–¿Nostalgia o añoranza?

–¡Ja, ja, ja! Nostalgia, nostalgia... Ya veo que has leído mi discurso de Salamanca.

–Sí, sí.

–El conflicto entre ética y literatura en Kraus es muy importante. En «*La literatura demolida*» –que es una idea de juventud suya, y en «*Moral y comunidad*» está el conflicto entre literatura y ética planteado de manera original e intensa. De modo que no me ha abandonado ese conflicto. Pienso que el estilo de las personas al escribir es bastante revelador respecto a la contextura moral de cada una de esas personas.

Los años bávaros

–Vas a Munich en mil novecientos cincuenta y

– y seis. 1956.

–Y llevas una beca de la Fundación Humboldt.

–No, no. Yo llevo una beca entonces de la Dirección General de Relaciones Culturales cuyo director general era Antonio Villacieros, actual conde de Villacieros. Beca que él me dio por recomendación de Pedro Laín. Esa beca –yo llegué a Munich un 4 de noviembre– me fue pagada, por los problemas que siempre hay en la Administración, el 15 de junio. Hasta entonces vivía de un dinero que me regaló mi madre y de mi trabajo.

–¿Qué trabajo?

–Primero me vendí romántico, y cuando llegó la época de las grandes nevadas en la ciudad me alisté, como hacían otros muchos estudiantes, en los equipos para quitar nieve en la

El Duque de Alba en su despacho de la primera planta del Palacio de Liria. Al fondo, una fotografía de Cayetana de Alba.

ciudad. No tenía nada de heroico porque lo hacían muchos. Lo que pasa es que quizá mi complexión física nunca ha sido especialmente robusta, y me di cuenta de que era una exageración inútil. Un heroísmo sin parco era una exageración inútil. Y entonces busqué un trabajo.

–Pagado.

–Un trabajo pagado, claro está. Ese trabajo lo hice en vacaciones. Y fue colaborar en la edición de la «*Vetus latina*», de la Biblia llamada así...

–Ya, ya.

–De la «*Vetus latina*» que se hacía entonces en la abadía de Beuron, en donde se habían descubierto los famosos poemas dramáticos del siglo XIV, los «*Carmina Burana*», sobre los cuales construyó una música tan endeble...

–Carl Orff.

–El señor Orff... Tan endeble y tan del gusto del público de Madrid. Sin embargo, es una música muy endeble, porque simplemente es un plagio.

–¿Plagio de quién?

–¡De todo! Lo que tiene esa obra, evidentemente, es el pasmo que todo lector siente ante el texto latino.

–Tú vas a Munich a estudiar Teología.

–Sí... Y pasado ese año primero es cuando consigo la beca Humboldt.

–Felizmente suculenta, según has dicho... En Munich, vas a hacer también una tesis sobre Guillermo de Occam, que murió en Munich, por cierto, como Marsilio de Padua.

–Sí. Murió en Munich y llegó el día 9 de junio a su exilio en Avignon.

–Otro 9 de junio... Después estuvo en Munich con Luis de Baviera.

–Bueno ¡cuidado! hay que advertir que es el Luis de Baviera de entonces.

–El antiguo.

–No el rey wagneriano.

–No. Este es el de la «Corona de hierro».

–Exacto.

–¿Cómo fue lo de Occam?

–Primero me interesaba el siglo XIV, porque me parecía que era un siglo mucho menos oscuro de lo que la historiografía trivial decía o disputaba, que había en él todos los gérmenes del Renacimiento. Yo no había leído entonces a Duby, que tiene un espléndido libro sobre este asunto, sobre cómo el germen del Renacimiento está en el XIV. Y me interesaba porque era la crisis de toda una época, un mundo, que era el mundo medieval. Crisis interiorizada por muchos de los que la vivieron como crisis de final, de ruina total, derrumbamiento del mundo medieval, cuando en el fondo yo lo que iba es a intentar probar que esa crisis –modestamente, claro está–, como luego lo ha hecho Duby –que esa crisis lo que era es una crisis, como diría Ortega, nutritiva. Ahí se abre el Renacimiento. Occam es uno de los primeros renacentistas... Evidentemente: siempre hay un canto del cisne en todos estos personajes y en todas estas épocas. Pero muchas veces el canto del cisne se convierte también en un canto de mañana. Y esa ambigüedad es lo que me interesaba de ese señor. Como una época en la que, generalmente, se piensa que se hunde un mundo entero sí ¿es verdad!, se hunde, pero para transformarse en el Renacimiento. Y el germen ya estaba en el siglo XIV.

–¿Llegaste a hacer la tesis?

–Sí. No la he publicado y me daría terror releerla en este momento.

–Pero tú no miras el pasado con terror...

–No, no. En absoluto. Lo asumo totalmente. Siempre con ironía, por supuesto.

La ironía como método

–La ironía es una defensa ¿o es un método de conocimiento?

–Yo creo que un método de conocimiento más que una defensa. No se puede conseguir saber adónde va un camino si no se ha intentado andar también por otro.

–No recuerdo adónde, pero en alguna parte habla ti de la autoironía.

–¡Ahí voy, ahí voy! Siempre he hecho una interpretación, etimológicamente falsa, de ironía. Que es poder coger (y conste que sé perfectamente que es etimológicamente falsa)...

—Cuenta, cuenta.

—Que es poder coger dos caminos al mismo tiempo. Uno, aquel que realmente te interesa, pero pienso que para saber por dónde vas tienes que haber ido por más de un camino varias veces. Y después saber cuál es el tuyo.

—¿Conociste entonces a Ángel Álvarez de Miranda o lo conocías de antes?

—No. Lo conocí antes, en Madrid. Es más, el día que a mí me entregaron el decreto de la beca de Villaviciosa me dan la noticia de la muerte de Ángel Álvarez de Miranda.

—¿Te influyó a ti mucho Ángel Álvarez de Miranda en esa época?

—Sí. Era imposible que no influyese.

—¿Era un personaje tan sugestivo como se ha dicho?

—Yo creo que era el hombre más sugestivo de su generación. O de su grupo, porque ya sabemos que es preferible hablar de grupos que de generaciones. Realmente, lo que ocurre también es que no lo conocía a Ángel ya [illegible] todo fue [illegible] en una [illegible] pensar que por otra [illegible] que la cabeza [illegible] en un pulmón de acero. Pero desde ahí, desde esa cama, que salía del pulmón de acero cuando intentaba Ángel Álvarez Miranda podía hablar [illegible] tantas cosas.

—¿Dónde estaba él?

—Estaba ya en la Clínica de la Concepción cuando yo me fui a Munich.

—En Munich llevabas un jersey amarillo con mucha frecuencia, como esa chaqueta que llevas ahora.

—Probablemente. No me acuerdo. ¿Por quién se te ha dicho?

—Ah, Las Dueñas tiene secretos. Bueno, esto es una historia. Me lo dijo en la Facultad de Filosofía una compañera que por lo visto había coincidido en Munich [illegible]. Se llamaba, se llama, Mercedes Vera.

—Sí. Sacó el número uno en unas oposiciones a Lectores de Alemania y eso fue un gran escándalo en aquellos tiempos entre los hombres, que una mujer sobrepasara a todos.

—Así fue. Pues te recordaba de Munich con el jersey y un fular.

—Yo es que de los fulares tengo una teoría que es la siguiente: es que lo más cómodo para [illegible] llevar toquillas o echarpes, lo que quieras llamarle.

—Chales.

—Dicho en un castellano [illegible] una toquilla... Hasta el punto de que me cuesta [illegible] cada día me pongo con una especie de bufanda que despliego y me la pongo, porque en primer lugar es acogedor. Evidentemente, todo aficionado barato al psicoanálisis diría que lo que uno está buscando es el abrigo uterino, intrauterino.

—El claustro materno.

—El claustro materno. Es posible. No digo que no. Y desde luego es lo que menos pesa y lo que más calor da. Siempre he tenido esa teoría. Nunca he entendido por qué los señores no podemos llevar toquillas. Yo las llevo. En casa.

—Tu encuentro con Goethe es anterior a Munich.

—Sí. Es muy temprano.

—Llega a través de Ortega.

—Llega leyendo «*Pidiendo un Goethe desde dentro*», concretamente.

Liria y Las Dueñas

—En Sevilla, en el palacio, tenéis los versos de Machado del «Retrato» y ahí uno, el segundo, que es casi igual a una frase de Goethe en el «*Viaje a Italia*»: «la tierra donde florece el limonero» y...

—«y un huerto claro donde madura el limonero». La historia de esa placa es una historia interesante de contar. Es un azulejo, no es una placa, como corresponde a Sevilla.

—Es lógico. Y a lo mejor hasta de Cerámica Santa Ana.

—Eso ya no te lo puedo asegurar. Mi suegro en el año 1948 toma tres decisiones y además las toma en Las Dueñas. Primero, reconstruir el Palacio de Liria que, como sabemos todos perfectamente, después de la guerra civil se había convertido en cuatro fachadas milagrosamente enhiestas de Ventura Rodríguez que contenían o abrigaban...

—¿Eso fue bombardeado?

—Eso fue incendiado. Esa es otra historia. Bueno. Dentro no había más que una suntuosa teoría de ruinas.

—¿Cuadros no había?

—Cuadros había parte que mi suegro había depositado ya en el Banco de España, antes de marcharse, antes del verano. Parte que se perdió, por supuesto, como se perdió parte del archivo y parte de la biblioteca, y otra parte que fue evacuada en el momento del incendio. Hay una bomba, eso es cierto. Y hay persona viva que vivía en la casa en ese momento y lo puede atestiguar. Hay una bomba que viene del Cuartel de la Montaña. Entonces esa bomba cae en el cuarto de niña de Cayetana, concretamente, y destruye ese cuarto en cuya cabecera de la cama estaba la Virgen de Rosales, la famosa Virgen de Rosales. El cuadro fue destruido por esa bomba. Y ese cuarto, también. Pero nada más. La bomba no incendia el palacio. Corre la voz por el Madrid de entonces «se ha bombardeado el Palacio de Liria» y poco tiempo después alguien prende la tea. Porque evidentemente la bomba no incendió el palacio. Conviene dejar las cosas en su sitio.

—Sí, sí.

—Hubo la bomba y después hubo un incendio. ¿Ese incendio provocado por una mano políticamente interesada que pudiese decir «puesto que los otros han tirado una bomba ahora vamos a decir ante la prensa internacional o la opinión internacional que una de las joyas más importantes de Madrid ha sido destruida por los otros»? Es posible. ¿Una mano fortuita sin ninguna intención política? Es posible también. ¿Dónde estaba esa mano, ¿de quién era? Eso no se sabe. Pero los hechos son esos.

—Y ahora volvamos a 1948.

—Bien. En el cuarenta y ocho, por tanto, mi suegro toma la decisión primero de reconstruir Liria, una vez consultado con su hija, si su hija asumía la responsabilidad de esa reconstrucción y de lo que significaba vivir aquí en cuanto peso, sacrificio económico, etcétera. Bueno. Toma otra decisión, a petición de su hija también, de Cayetana, que es escribir sus memorias y las empieza a escribir en Las Dueñas. Las memorias deberán seguir inéditas durante un cierto tiempo... Y empieza a tomar notas sobre el azulejo que hay que poner en Las Dueñas conmemorando lo que él entonces piensa, en el año cuarenta y ocho, que es el nacimiento de los hermanos Machado en Las Dueñas.

—¿Allí nacieron los dos?

—Él, en ese momento, piensa que son los dos hermanos. Y aquí, en el archivo, están conservadas las notas: «A los poetas Manuel y Antonio Machado». Entonces descubre que es absolutamente seguro que Manuel no ha nacido en Las Dueñas. Manuel ha nacido en la calle San Pedro Mártir. Estamos en el año 1948, en donde evidentemente lo cómodo políticamente era dedicar el azulejo a Manuel y no a Antonio. O solapar el de Antonio poniendo también el nombre de Manuel. Como, evidentemente, allí no nació Manuel, el Duque de Alba en el año 1952 pone el azulejo a Antonio Machado. Creo que es interesante el gesto.

—Antes, acabada la guerra mundial, después del Manifiesto de Lausanne tu suegro dimitió como embajador en Londres.

—Sí.

—Y en 1947 es cuando no le dejan ir a Estoril, ¿me parece, no?

Con Américo Castro, Pedro Sáinz Rodríguez y Arturo Fierro (éste aparece de espaldas). El último texto de don Américo, «castrismo al máximo», lo escribió su autor el mismo día en que murió.

«Sí, es cuando dice «por primera vez un Duque de Alba no puede ir a ver a su Rey». Pero vamos a seguir en el asunto de Las Dueñas que es interesante, muy curioso de cómo las parcas no siempre hilan con hilo negro. Entonces él pronuncia un discurso en el año 1952, un año antes de morir, cuando se coloca el azulejo. Y dice que la tradición familiar y ciudadana de Sevilla asegura que Machado, don Antonio, ha nacido en Las Dueñas, pero que no se ha podido probar y que su escrúpulo de historiador le obliga a decir que no se ha podido probar. Bien.

«Está la prueba en verso ¿no?

«Bien, bien; pero esa prueba ya veremos cómo se aporta, que es muy divertido. Primero, es evidente que hoy está probado porque se han encontrado las partidas de bautismo diciendo que nació en la calle Dueñas, tal, tal tal... Tanto en el expediente administrativo de su oposición a cátedra en el Instituto como en su boda. Pero es que además, hay una prueba absolutamente ya de mano del poeta. Todas las ediciones del famoso poema al padre «Esta luz de mi infancia es el palacio donde nací con su rumor de fuentes...», hasta la primera edición aparece sin título. ¿Qué palacio es? Bueno, se supone que es el de Las Dueñas, pero sin pruebas. Bien. Yo hago en Taurus –muchísimo antes de conocer a mi mujer– la primera edición fácsimil y completa, íntegra, de los cuadernos de don Antonio de «*Los complementarios*». Bueno, pues ahí, en esa edición, ese poema, el del palacio, tiene de mano de don Antonio un título: «Al Palacio de las Dueñas.» Lo curioso que como editor yo soy el que aporta la prueba... Por tanto las parcas no siempre hilan con hilo negro.

Teoría de la revista

–En tus años bávaros de aprendizaje «como alguna vez dijiste» «la música fue un regalo frecuente». Por ejemplo en los conciertos semanales de la Herkules Saal y en más sitios. Pero tengo entendido que antes, en España, también asistías a otra música muy diferente. Me refiero a las revistas.

–Sí... je... je... Esas fueron escapadas de adolescencia colegial con Ramiro Maura, con Dionisio Campos, con su primo Luis Campos... Nos escapábamos al teatro Pereda, que como estaba tapizado en verde y era un teatro muy viejo lo llamaban «el viejo verde» los santanderinos. Nos escapábamos y veíamos a Celia Gámez, por ejemplo...

«Hombre, no tan por ejemplo. Lo de Celia Gámez era casi obligatorio.

–No solamente era obligatorio, sino simple y llanamente era algo sumamente interesante y divertido. Yo siempre he tenido una gran admiración por Celia Gáez.

–¿Qué revistas viste; ¿*Yola*...?

–Todas, todas, todas... «*Yola*», y luego aquella revista metafísica y gnethiana que se llamaba «*Si Fausto fuera faustino*», en donde canta el famoso asunto de «Contigo iré donde me lleves tú... mi luz será reflejo de tu luz». Hay una peripecia, muy rápida, que es algo así como «El Sol huyó, no hay luz en mi jardín luego de repente el sol llegó, ya hay luz en mi jardín»...

–Tenía una fijación fotosmática.

–Como Goethe.

«¡Luz, más luz!» ¿Te acuerdas de «*El águila de fuego*».

–El Rastro, el Rastro de Madrid, estuvo lleno durante años de las plumas que habían quitado, cuando ya la revista se arrumbó, a Celia y a toda su «troupe», de los trajes de «*El águila de fuego*»... ¿Y «*La Cenicienta en Palacio*»?

–¡Ahí no llegué yo!

–¡No, por Dios! «*La Cenicienta en Palacio*»! ¿No?: «*La Cenicienta del Palace*», perdón!... del Hotel Palace. Y luego «*Su Excelencia la Embajadora*», donde la astadía del ripio queda consagrada en categoría literaria. «*Su Excelencia la Embajadora*» comienza con toda la chinda-chinda, llega el nuevo embajador, etcétera, etcétera, las «girls» y los «boys» y toda esa historia que doña Celia ha montado, entonces hay un gran chirrido de la orquesta, se abren las puertas o baja las escaleras (no me acuerdo)... Creo que se abrían unas puertas violentamente...

–Las escaleras solían ser al final, en la apoteosis.

–Sí, sí, al final. Era fatigosa, para ella, la bajada de las escaleras. Fatigosa, sí... Natacha Seseña imita muy bien esa bajada de escaleras. Y llega con sus arreos y dice «Yo soy el nuevo embajador y pienso hacerlo mucho mejor que el anterior.»

–Ja, ja, ja...

–Pero, en fin, sí. En Munich hay un contacto trisemanal con la música. Allí conozco a Pierre Boulez, allí conozco a Hermann Scherchen...

España, otra vez

–¿En qué año vuelves a España?

–¿Definitivamente?

–Sí.

–En el sesenta y dos. Digo definitivamente porque yo volvía durante las vacaciones. Y además como mis vacaciones semestrales alemanas coincidían con período lectivo aquí en España, la Facultad estaba abierta cuando yo venía.

–La Facultad de Filosofía de Madrid.

–Sí. Es cuando yo empiezo a asistir a las clases de Aranguren.

–¿En esos años conoces a Aranguren?

–No. A Aranguren le conozco mucho antes. Yo a Aranguren le conozco en el año 1952. Y tengo cartas suyas del año cincuenta y dos, tengo una copiosa correspondencia con Aranguren. Y una copiosa correspondencia con Laín, de todos mis años alemanes.

–La amistad con Ignacio Fernández de Castro, Eduardo Ohregón y esta gente, ¿es de esa época también?

–Es el año cincuenta y... No podría fijar ahora si es el cincuenta y cinco o del cincuenta y seis.

—Cuando vuelves estás con Sopeña en la Ciudad Universitaria, en la iglesia de Santo Tomás.

—Sí [illegible]. No inmediatamente, pero muy pronto; no pasó un año. Creo que comienzo a trabajar con Federico a los cuatro meses de llegar aquí. Y continúo con él, pues hasta que Dios quiso. Hasta que Dios y el señor arzobispo quisieron. El señor arzobispo, en este caso era don Casimiro Morcillo que relevó a Sopeña en el cargo —decisión sobre cuyo acierto o desacierto yo no entro— pero lo que sí es cierto es que ninguna de las personas que trabajábamos con Sopeña nos incorporamos al equipo nuevo.

—En esta iglesia estrenan Cristóbal Halffter y Joaquín Rodrigo, según cuenta Sopeña en «*Defensa de una generación*». La «*Misa ducal*» de Halffter y la «*Música nupcial*» de Rodrigo. ¿Sabes por quién está encargada la *Misa ducal*?

—No [illegible].

[illegible] es para la primera comunión de Carlos y de Alfonso, de los dos chicos mayores de esta casa, del duque de Huéscar y del duque de Aliaga.

—¿Y se estrena aquí o allí?

—Eso no puedo asegurártelo. Debió estrenarse aquí porque fue encargada para la primera comunión.

—Sí, porque habla de casi estreno. El estreno real fue el de Rodrigo. Teresa Berganza también canta allí.

—Teresa Berganza canta muchas veces [illegible] yo [illegible] y su hija mayor, que conocemos [illegible] se ponía al órgano Teresa y cantaba.

—En «*Defensa de una generación*» dice Sopeña: «Lo de la poesía no puede ser desdeñado como hace Jesús Aguirre.» No dice más, aunque sospecho que se refiere precisamente a Valverde.

—Federico escribió «*Defensa de una generación*». Me lo dio a leer [illegible] y yo le dije: «Tiene usted editor» —y efectivamente [illegible] Taurus, de la editorial que yo dirigía [illegible] que el libro salga al público tendrá [illegible] publiqué en «*Cuadernos para el Diálogo*» un artículo largo de recensión y al mismo tiempo crítica, a mi modo de ver. Siempre, por supuesto, respetuosa, pero en la que [illegible] mi disconformidad con puntos de vista de Federico en ese libro.

—¿A qué o a quiénes alude ahí?

—Él se refiere ahí no a que yo despreciase la poesía (más bien al contrario, como toda persona medianamente lectora, ¿no?, medianamente sensible). Sino que tenía menor aprecio por la [illegible] a ciertos fenómenos, a los que determinada poesía era propensa y a las que Federico en su propio libro también era propenso.

[illegible]

—El primer libro que yo compré de Taurus, *La peste*, será de entonces.

—Sí, el de Camus. Luego llega Antonio Garrigues, luego llega el Banco Ibérico a través de los Fierro y concretamente a través de Arturo y es el momento de mi incorporación. Es precisamente Arturo quien en un momento determinado como presidente del consejo de administración me nombra director literario y pocos meses después me nombra director general. [illegible] publicaciones, de publicaciones críticas, [illegible]

—Sí.

[illegible] porque creo que la revista y su entonces y actual director José Ángel Ezcurra [illegible]

—En 1971.

—Era una sanción mortal. José Ángel Ezcurra viene a verme y yo le [illegible] pagó religiosamente en los plazos que había estipulado para los pagos. Pero [illegible]

[illegible] vosotros y os dije: «Tened tranquilidad que...»

[illegible]

[illegible] libros no todos les gustaban. Siempre, [illegible]

[illegible] a lo que más se une es a la Escuela de Frankfurt. [illegible] que eras como su embajador en España.

Con Aranguren cuando este publicó sus «Memorias y esperanzas españolas». Con ellos Josep Maria Castellet y Xavier Rubert de Ventós.

–Respecto a la Escuela de Frankfurt yo pienso que también hay que hacer justicia a Manuel Sacristán que consiguió traducir y que se editara, en Ariel, un libro de Adorno. Ese libro pasó desapercibido, fue un libro puntual, uno y no más, pero hechos son hechos.

–Pero antes de todo eso hubo un libro de Marcuse en la «Revista de Occidente», que fue *«El marxismo soviético»*, un libro, por cierto ignorado por casi todo el mundo.

–¡Cierto! Eso es cierto. Lo que ocurre es que mi simpatía intelectual por Marcuse es muy escasa. Considero que es el pensador de todo ese grupo más, más...

–Endeble.

–Más endeble, más difuso y más escritor para el consumo, para el gran consumo.

–Tus preferencias van por Adorno y Benjamin.

–Los dos. No me interesa tanto Horkheimer, porque me parece bastante aburrido... Me interesa mucho Bloch, por supuesto, que de alguna manera se le puede asociar a ese fenómeno, aunque no estrictamente a la escuela. Y no me interesa nada el señor Marcuse, absolutamente nada. Absolutamente nada. Bien. Hemos señalado el hecho de Manolo Sacristán. Después ya viene, sí, la publicación sucesiva de originales de estos pensadores en Taurus. Concretamente la publicación de obras de Benjamin, que esas sí las traduzco yo directamente, y las anoto yo y las prologo. El primer prólogo apareció, antes que en el libro, en *«Triunfo»*.

–Así es. Adorno lo tradujo Sánchez de Zavala, en *«Sarmiento»*.

–*«Sarmiento»*, que es de Adorno y Horkheimer. Lo tradujo Víctor Sánchez de Zavala, como siempre responsablemente, como todo lo que ha hecho y sigue haciendo Víctor Sánchez de Zavala desde el punto de vista intelectual. Quizá porque yo huya de las estereotipaciones, bueno, ¿por qué se olvida que en el Taurus de mi tiempo aparece uno de los libros más estremecedores que se han escrito en la España de los últimos años?

–¿*«Los Baroja»*!

–*«Los Baroja»* de Julio Caro. Yo estoy muy orgulloso de haber sido el editor de *«Los Baroja»*. ¿Por qué se olvida –bueno no es que se olvide, pero ya digo que huyo de los estereotipos– la colección de crítica literaria que dirigía y dirije Ricardo Gullón, ese personaje que para la cordialidad y para la educación de la inteligencia si no existiese habría que inventarlo?

–¿Tú conocías a Gullón de Santander?

–Sí, sí.

–¿Allí qué era: registrador de la propiedad, juez...?

–Fiscal, fiscal... Un fiscal que absolvía, generalmente. Contradictorio con su oficio.

–¿Cuándo abandonó este hombre la carrera?

–Yo creo que en el cincuenta y ocho.

–¿Y qué hace?; ¿se marcha a América?

–Se marcha a Puerto Rico, primero, a trabajar con Juan Ramón. Y de ahí, después, pasa a Austin en Texas, donde estuvo bastantes años. Y luego a Chicago, que es donde está...

–Le conoces pronto.

–Yo con él tengo una relación muy de infancia... vamos: de adolescencia. Recuerdo que temblorosamente acudía a su casa del muelle, en el paseo de Pereda, para decirle lo que me había parecido el libro que me había recomendado para leer y que me recomendase otro. Ir a su casa era siempre encontrar a una persona importante, afable, con una enorme cultura... Yo, por ejemplo, mi introducción a la literatura inglesa se la debo a Gullón con un libro de juventud suyo de novelistas ingleses, que prologa Antonio Marichalar, marqués de Montesa, que es un libro muy bonito. Y a ese libro le debo yo mi conocimiento de Virginia Woolf, de muchos escritores ingleses que luego he seguido releyendo... Y luego tenía la ventaja de una hija, que sigue teniendo, que ya es abuela, creo... sí, creo que sí... que es Soledad, enormemente simpática y ¡con coletas!

–Lo nuyo con Virginia Woolf es casi fijación. Tienes hasta una foto en esta mesa.

–Me ha interesado mucho siempre la escritura. La vida como escritura que es la vida de Virginia Woolf.

–Esa foto no le recuerdo yo de la otra casa. La de Aranguren sí.

–También estaba la de Virginia.

–Tu amistad intelectual quizá más importante ha sido la de Aranguren.

–En España, durante muchos años, sí. No digamos más importante en el sentido excluyente del término, cosa que hasta el mismo José Luis le molestaría.

–Por supuesto, por supuesto... Tu epistolario es abundantísimo.

–Hay un epistolario abundante con José Luis, en esa época, y con Pedro Laín. Vengo a España. Y mi epistolario con Pedro Laín disminuye. Mientras que Aranguren salta ya el charco a América y continúa la correspondencia. Lo que ocurre es que también en esa época es cuando Aranguren deja de escribir morosa y dedicadamente, y cuidadísimamente. Empieza a escribir más de prisa y más informativamente, con un concepto de la escritura distinto al que tenía antes. No se pueden comparar los libros últimos a un libro como *«Crítica y meditación»*, por ejemplo. Y ahí se ve que hay una cesura en la manera de escribir... Más que en la manera, en la postura que Aranguren tiene frente al hecho mismo de escribir él.

–¿A qué se deberá eso?; ¿a la influencia americana?

–Diríamos que a las experiencias vitales que él hace en América y al cambio mismo de postura que frente a sí mismo y a su obra él adopta en esos años. Hay clarísimamente una cesura.

UN DUQUE CON GRAN GOETHE

–¿Tú tienes muchos amigos?

–No.

–Digo amigos como Javier Pradera.

–Amigos íntimos, por tanto.

–Sí.

–Tengo los suficientes. Los buenos amigos tienen dos ventajas: una que son buenos y otra que son pocos.

–Alguna vez has hablado de «nuestra década marxistizante».

–En primer lugar es el momento en que el marxismo consentía aún producir heterodoxias y por tanto producía intelectuales importantes. Es decir, pienso que el marxismo produce resultados intelectuales importantes en los momentos de creación de la ideología: que después se pasa al catecismo oficial, que carece absolutamente de interés desde el punto de vista intelectual, y en el momento en que aquí empieza esa especie de tontalidad es cuando fuera se producen los primeros desgarramientos del sistema. Por tanto, compromisos intelectuales aparte. Eso por un lado. Por otro lado, claro, cómo era el fruto prohibido para suponer amargo o suponer dulce o se llegase a morder o no lo que se llevaba era, por lo menos, tenerlo en la mano. Dudo mucho que se leyesen los textos originales, desde luego.

–Tus contactos con el «Felipe» fueron muchos.

–Muchos, personales, muchos. Con personajes importantes, como pueden ser Cerón, Fernández de Castro, más tarde Nicolás Sartorius, César Alonso de los Ríos, José Pedro Pérez Llorca, Antonio Alonso Tacheles...

–¿Tomás Ramón Fernández también fue?

–No te lo puedo decir. Con Tomás Ramón mi amistad es posterior.

–Yo es que a Tomás y a Antonio los gemelizo siempre.

–Sí iban juntos siempre. Los dos son rubios. Tomás más que Antonio.

–Yo los gemelizo por su etapa del bufete de Enterría. ¿Cuándo conoces a Emilio Lledó?

–De los tiempos en que yo estaba en Munich y él estaba en Heidelberg. Es donde yo conozco al personaje, mi amigo también de Lledó que es Lucio García Ortega.

–Tú llevaste en tiempos, al menos, una especie de diario íntimo.

–Y llevo.

–¿Amenazas con publicarlo alguna vez, aunque sea desde ultratumba como Chateaubriand?

–No.

–Ni como, digamos, «Diario de ultratumba».

–Pongámosle un título bíblico: *La luz fue* o *el edificio*.

–Lo mantienes con constancia.

–Sí. Para inquietud de mis amigos.

–Y de tus enemigos.

–Salen menos.

–¿Es casi preferible ser enemigo mío, que amigo entonces?

–Yo creo que no. Yo creo que ser amigo.

–Bien. Vamos con algún amigo. En el citado artículo cuentas de tu etapa de Tarrasa que con la ayuda «carismática» mía –o menos– en bufidos, de Javier Pradera trasladarla –te refieres a la editorial de Tomelloso a Frankfurt. ¿Tus relaciones con Javier, cuando empezaste?

–Son muy antiguas. Y son diarias, e lo siguen siendo, hasta hoy. Hoy almuerzo por ejemplo con él. Aunque no solemos almorzar juntos con mucha frecuencia, no vernos con mucha frecuencia, pero sí nos hablamos todos los días por teléfono.

–Vamos con los bufidos.

–Bueno. Cuando Javier está con uno cariñoso has que sospechar no que Javier le vaya a pedir a uno algo, porque es enormemente soberbio y nunca pide nada; sino que le va a sacar a uno algo. Que eso es distinto. En eso es un maestro. Entonces cuando Javier llega con un bufido por lo menos lo que te da es eso: un bufido. Y por tanto tienes esa ventaja.

–¿Sigues asistiendo a una tertulia cercana a la Castellana en la «pecera» de José Luis?

–La tertulia primera se hizo en «Parsifal».

–Ya.

–Y luego se trasladó a la «pecera» de José Luis. Realmente yo estoy mucho menos en Madrid ahora que hace unos años y voy poco. Lo que ocurre es que me cuentan las tertulias. Después de haber hablado la tertulia, los unos y los otros me dan sus impresiones, fenómeno que luego en la tertulia siguiente les da pie para arrearse de espías y de servidores del Duque y esas cosas.

Je, je. ¿Quiénes van a la tertulia?

Al que más acusan es al pobre Juanjo García Hortelano porque es el que más habla. Entonces, yo me quedo enterado y le llamo a Juan García Hortelano. Y Juan García Hortelano con esa pasión comunicativa que tiene, cuenta y ¡sé que le llaman «El topo de Liria»!

–¡El topo de Liria», eso está bien! Si Juan hubiera escrito la mitad de lo que ha hablado habría escrito muchísimo más que Balzac y Baroja juntos.

¿Ya ha escrito bastante?

–Claro. ¿Quiénes van?

–Va Javier Pradera, va García Hortelano...

–Clemente Auger.

–Clemente Auger, va Elías Querejeta. Bueno los fundadores de la tertulia somos esos. Después ya se incorpora Juan Benet, que le molestaría mucho reconocer que no es de la primera de la primera.

–De la junta de fundadores.

–De la junta de fundadores. Pero va Juan y se le ha acogido con cariño. Y va Julián García Candau, a veces cuando has problemas de deportes.

Después va Aguilar de vez en cuando José María Guelbenzu; alguna vez, cuando se atreve a soportarlos, pasa Jaime Salinas por allí; si está en Madrid Semprún, va también Jorge Semprún... En fin, es una tertulia abierta aunque no mucho.

–A ti te hubiera gustado vivir en el siglo XVIII? Por las tertulias, por los salones, mejor dicho. A ti se te suele adjudicar una imagen dieciochesca.

–Bueno, siempre he dicho que es el siglo que más me interesa desde el punto de vista intelectual.

–¿Pero el francés, el español, el alemán?

–Los tres, los tres. Tanto el alemán que nada tiene que ver con el francés; como el francés, que tiene muy poco que ver con el español pese a las miles influencias que son bastante menores de lo que la opinión ahí en boga ha venido diciendo, ¿no?

–¿Quién te interesa de personajes?

–Si me interesan además los personajes. Me interesa siempre me ha apasionado Jovellanos, por ejemplo, una imagen del XVIII español, un dieciocho contrastado, pero sin embargo trabajador. Siempre he tendido cuando acabo cuando he terminado un trabajo o una situación o un año, mismo el que acabamos ahora de terminar (ese año que ha estado a punto de terminar él con nosotros, no nosotros nos él de despedirnos él a nosotros y no nosotros a él) como leía una frase de Jovellanos que dice: «En fin descansemos de estas fatigas para poder entrar en otras».

–¿Tú escribes mucho?

–El diario es un buen ejercicio de escritura. Y, en cambio, publico poco. Y creo que eso va a seguir siendo así.

–¿Qué has publicado de libros?, ¿solamente los «Sermones en España»?

–Esta «Crítica y sermones» que fue un libro colectivo, pero el «editor» en el sentido inglés del libro soy yo (el «publisher» en el sentido inglés es Pradera). Y se han publicado después historias sobre asturianos también colectivas. Y conoces mis artículos, veo que mejor que yo... je, je.

¡No tanto, no tanto!

Y están los prólogos, ¿no?

–Trato con políticos, ¿has tenido mucho?

Con Felipe González en la presentación de un libro de escritos de Besteiro, preparado por Fermín Solana. Con ellos: Pancho Pérez González, Jesús de Polanco y Manuel Jiménez de Parga.

–Algunos más...

–Bueno, pues ¡¡¡!!!. Esto es el tiempo. Y en el espacio, pasas de preocuparte de tu mundo a preocuparte además de El Carpio, del palacio de las Dueñas, de Monterrey, ¡qué sé yo! de cuarenta mil cosas más! Se te amplía la responsabilidad en el tiempo y en el espacio.

–Sí. Pero es una responsabilidad, primero, compartida con mi mujer, y segundo con ejemplos inmediatos en la historia y en la cronología que son sumamente importantes, que es el ejemplo de mi suegro, como Duque de Alba, como importantísimo Duque de Alba, el ejemplo de Luis ■ primer marido de Cayetana, como discretísimo y eficacísimo Duque de Alba..., en fin, creo que hay ahí ejemplos en los cuales uno se puede apoyar, aunque naturalmente hay que serlo hoy y no entonces.

–¿En qué consiste serlo hoy?

–En tener un sentimiento de responsabilidad por todo aquello que significa insertar en el futuro una tradición. Ni renunciar jamás a un ápice de la tradición, ni tampoco convertir a esta tradición en cartón piedra. Insertarla en perspectivas que no la anulen nunca, porque en el momento en que una perspectiva de futuro intente anular la tradición es que no es una perspectiva de futuro, es una perspectiva de mera improvisación. Dicho así un poco intelectualmente entre comillas, ¿no? Y bueno: yo tengo muchas más cosas que hacer ahora que cuando era soltero, evidentemente. Pero son cosas importantes. Restaurar Monterrey, por ejemplo, es una cosa importante.

–Hace tiempo me contabas que cuando nació Cayetana estaban en esta casa Ortega, Marañón y Pérez de Ayala. Es decir, que estaba aquí la «Agrupación al Servicio de la República» en una casa tan monárquica.

–Bueno. No estaba la «Agrupación al Servicio de ■ República». Estaban tres intelectuales importantes, que luego formaron la Agrupación...

–El que faltaba allí era Machado, que nació en Las Dueñas.

–Pero no olvidemos luego ■ evoluciones posteriores de las tres personas

–Sí... pero no en cuanto políticos. En cuanto personas. Yo no he estado nunca adscrito a ninguna ideología...

–Por ejemplo: a Gil Robles sí lo tratasteis bastante.

–Sí, pero no como político, sino como persona también.

–Y como editor.

–Sí, porque le publiqué «*La monarquía por la que yo hubo*», los famosos diarios. Ahí fue de una enorme generosidad conmigo, don José María. Porque los diarios –que ya de suyo me fueron entregados autocensurados, en fin una serie de cosas que el propio don José María y Pablo Beltrán de Heredia, que en ese momento era el mediador, consideraban que eran demasiado duras contra personas vivas, y yo censuré más. Y yo le pedí permiso, y luego le dije «Bueno, pues yo haré una serie de puntos en el original y se los pasaré a usted». Y me dijo: «No, no; los puntos que usted haga están bien»... Entonces, insisto, yo nunca he tenido tratos con políticos en cuanto políticos; puesto que yo no he estado nunca adscrito a un partido político, y esta casa, la Casa...

–¿Y no ha habido ofertas o tentaciones?

–Sí, sí, sí... Muchas veces. ¡Ofertas, sobre todo! Las ha habido antes y las hay ahora.

–Vamos con la Casa.

–Desde esta Casa no se tiene más que una ideología: la monárquica. Y como la monárquica es una ideología muy amplia, en la que caben muchas corrientes como está demostrando en este momento de una manera fehaciente el Rey, pues es una ideología flexible y, por tanto, liberal que es la tradición de esta Casa... Esta Casa, por ejemplo, en los tiempos de la monarquía anterior no fue nunca maurista: fue liberal. Y por eso –como contaré yo en Santillana este verano, porque se hace allí una exposición sobre Menéndez Pelayo y la Casa de Alba, en la Fundación Santillana– la Duquesa de Alba, la abuela de mi mujer, de Cayetana, pudo intervenir muy eficazmente –porque era Gamazo entonces el ministro– para que nombrasen director de la Biblioteca Nacional a Menéndez y Pelayo, en contra de una campaña de Prensa difamatoria que se había lanzado contra don Marcelino.

–¿Cómo ves tú la función de la aristocracia en los finales del siglo veinte? Si es que la tiene, claro.

–Yo pienso que la aristocracia como cuerpo social compacto no existe. Existen aristocracias y existen casas aristocráticas, que en el fondo son la permanencia viva de una tradición...

–Pero entre esos títulos hay algunos que obligan a más que otros. Concretamente éste de Alba.

–Este obliga a lo que obliga y otros obligan a otras cosas.

–No se puede ser Duque de Alba «impunemente», digámoslo así.

–No parece fácil.

–¿A ti te es muy difícil serlo?

–No, no. Tengo una persona al lado, que es mi mujer, que lo es desde que nació y que ha estado educada para serlo bien, para serlo inteligentemente, en la que naturalmente me apoyo y a la que pido constantemente consejo.

–Para ti el hecho de ser Duque de Alba supone que te echa encima de pronto 500 años del pasado.

en concreto, sobre todo la evolución de Marañón

–Estaban cenando aquí, ¿no?

–Sí, estaban cenando. Y es Soledad Ortega, a la que tú has entrevistado, la que me ha contado que para ella la palabra «parto» estaba siempre asociada a Cayetana porque Ortega volvió de Liria y volvió como de lo acostumbrado y doña Rosa le preguntó: «¿Qué tal por Liria?», y don José le dijo: «Hemos estado de parto y ha sido una niña». Y fue la primera vez que Soledad oyó la palabra parto.

–Tu suegro tenía mucha relación con los intelectuales.

–Sí.

–Perteneció a varias Academias.

–Fue académico de las tres Academias y director de la de la Historia, durante muchos años. Fue académico, primero de la de la Historia y director después de Bellas Artes, y la última Academia en la que fue elegido fue la Lengua.

–Cuando se hizo el Instituto de España, en plena guerra, que creo Baroja de París, cuando el obispo o arzobispo –que lo cuenta también Julio Caro en *«Las Barojas»*– le pregunta aquello de «Usted ¿jura o promete?», a ver si pillaba a don Pío. Y el socarrón de don Pío respondió: «Yo lo que sea cosumbre.» Pues no recuerdo quién, porque fue hace muchos años, no creo que Baroja estaba antes en la puerta y pasaban unos y otros un tanto sorprendidos con malos ojos [claro] el año anterior había tenido casi que escapar por pies y se salvó gracias al Duque de la Torre. Bueno no sé si Carlos Martínez de Campos sería ya Duque de la Torre?

–Sí, sí claro quizá no lo fuera en ese momento quizá lo fuese su padre.

–Bueno el hecho es que pasaron unos académicos y otros porque eran muchísimos pues el Instituto de España era de todas las Academias.

–¡Otro aristócrata Carlos la Torre que hace honor a su título, trabajador, inteligentísimo un personaje de una honestidad!

–Recuerdo sus artículos de *«ABC»*.

–Fue un importante personaje que tuvo una gran influencia sobre el actual Rey.

–Sí. Entonces pasaban los académicos y todos mirándolo con desvío. Y llegó tu suegro, le cogió del brazo y le dijo algo así como «Baroja, entremos que se hace tarde» y allí va no rechistó nadie.

–Eso me recuerda otra anécdota, muy parecida, aunque de ámbito más privado. Mi suegro había invitado a comer a Walter Starkie, que iba siempre vestido pues

–De Walter Starkie.

–¡De Walter Starkie, claro! Por tanto andrajoso, etcétera. Singularísimo personaje. Mi suegro tenía un gran afecto y enorme estima por él.

–Llevaría grasa, ceniza, cochina.

–Grasa, ceniza y yo creo que hasta humos de vela. Entonces llegó aquí y llamó a la puerta a la vecina y dijo que venía a comer con el Señor Duque. Entonces el portero llamó a la casa y dijo: «Bueno, aquí hay un personaje que supongo que no hay que tomar en serio y se marchará en seguida no será tan pesado, que dice que almuerza con el Señor Duque, eso no es posible...» Bien. El personaje no se marchaba a pesar de que le hacían constantes...

–Desvíos.

–Desvíos y ceños cerrados. Y va, por fin le pasan el aviso a mi suegro y le dicen «Mire usted que es que hay aquí un señor muy raro que dice que viene a comer con usted y que está vestido de una manera extraña, una facha...» Y entonces mi suegro dice: «¡Por Dios Starkie. Qué pase!

–¿En qué año estás en el colegio mayor César Carlos?

–Hay dos etapas. Hay una anterior a mi vuelta definitiva a España y luego los primeros años de mi vuelta a Madrid.

–El grupo del César Carlos ha sido muy importante, lo es, en la vida contemporánea española. ¿Quiénes estuvisteis? Tú, Raúl Morodo, Matías Cortés García Añoveros.

–Elías Díaz, Manuel Olivencia, Pío Cabanillas, Gabriel Cañadas, luego hay muchísimos catedráticos...

–Pepe Vida Soria, por ejemplo.

–Fue rector.

–Jovencísimo sería rector.

–Sí, bueno lo éramos todos. Vida ahora tendrá 42 años, cinco menos que yo.

–¿Cuántos años estás en el César Carlos?

–No creo que más cuatro.

–Pío ya había salido.

–Sí. Ya era subsecretario de Fraga. Pero iban por allí.

–Pío fue subsecretario en 1962.

–Tuvimos gran amistad con Pío.

–Sí. Pío es una persona con la que me muy gusto por ejemplo viajar es un excelente compañero de viaje (no me estoy refiriendo a la política) sino al viaje de verdad. Y con el cual es muy agradable charlar porque tiene sentido del humor.

–¿Y que tal trabajar?

–Trabajar ya es más difícil. Porque como Pío suele expresarse a base de puntos suspensivos hay que descifrarlos, corriendo el riesgo de descifrarlos mal.

–El dice, sobre todo, cuando no dice.

–Bueno, la gente piensa que esa manera de ser de Pío es una «pose», un disfraz... No, no: ¡es así!. Es su naturaleza. También la gente exagera. Pío tampoco se pasa el día incognito ¿no es verdad?

–Sólo medio día.

–Otras veces... Pero no. Es su hombre con su saber ser espontáneo y querer serlo. Lo que ocurre es que si a Pío un día le da por cenar en Casa Llama, por ejemplo, y Pío va pues a tomar café con un amigo a la acera de enfrente, ya empiezan a pensar todos «Y que hará Pío en la Casa-llana...?»... Nada. Cruzarla para no mas nada.

–Volvamos al César Carlos: ¿era colegio mayor de postgraduados?

–Era un colegio mayor de postgraduados, donde se ejercía una crítica izquierda feroz, que había que ir siempre con el paraguas abierto, donde se trabajaba mucho, estudiando cada uno en su carrera y en su especialidad, y donde se vivía con enorme molestia, enorme molestia económica, y un poco como en una obra de Benavente que se llama *«La escuela de los princesas»*. Un poco el «Cesar» era eso. Porque claro, claro es que como gracias a Dios pues príncipes en España no hay más que uno que es el de Asturias, pues había que rebajar los humos y entonces pues se han quedado en obispos, en subsecretarios, en diplomáticos, en registradores, en gente [claro] que supone que «nos Habrá que hacer la historia del César Carlos». Son muchas etapas pero se mantiene un espíritu de continuidad incluso en la diaria pelea que había constantemente en el colegio. Comíamos. Era agotadísima la lengua de todos y cada uno de los colegiales. Sin embargo, es curioso muchos colegiales que se cultivaban, que nos enriquecíamos unos con otros después en la calle en la vida social, en la vida profesional, siempre con una persona del César Carlos (pues ya perder cabezas ganados cuando tienes que tratar con él, aunque le hubieses llevado mal.

–Había un espíritu de cuerpo ¿no?

–Sí, aunque le hubieses llevado mal.

Vamos a terminar. ¿Eres optimista o pesimista respecto al futuro español?

Desde luego no soy desencantado. El desencanto es una figura más del consumo. No soy optimista ni pesimista, porque tengo que ser esperanzado. ■ **V.M.R. (Fotos Ramón Rodríguez y Archivo)**

LA LLAVE DE HIERRO

PERE CALDERS

A media tarde, cuando la conversación decayó, uno de los amigos se levantó del sillón y recorrió lentamente toda la estancia, contemplando los muebles y los objetos con una curiosidad que ninguna norma social podía reprimir.

—Tienes una bonita casa —dijo.

El otro sonrió, halagado. Lo acompañaba con la mirada, aguardando el instante en que, tras haber descubierto la vitrina, se sintiera intrigado por su contenido. Efectivamente, el visitante se detuvo frente al pequeño aparador y dedicó una prolongada atención a lo que guardaba. Por fin, preguntó medio en broma:

—¿Las tres llaves sirven para cerrar el cerrojo del libro? Me parece excesivo y de un tamaño exagerado, a no ser que el *Diario de Elena C.* tenga un interés excepcional. ¿Pertenece a algún miembro de tu familia?

—Te responderé siguiendo el mismo orden —dijo el amigo fingiendo una divertida gravedad—: las llaves, como puedes juzgar por ti mismo, no corresponden al libro, pero se relacionan de manera muy directa con él. El diario posee, en cierto aspecto, un interés excepcional. Y Elena C. no es ninguna dama de la familia, pero se halla estrechamente vinculada a los recuerdos de mi padre, y no en el sentido que enseguida pretenderás imaginar.

Y, dirigiéndose hacia la vitrina, añadió:

—No creas que se trata de un diario trivial típico de una señorita de la época. Mira.

Cogió el libro y lo abrió por el punto indicado por una cinta amarilla. Una letra menuda, de educación conventual, llenaba una reducida parte de la página dejando amplios márgenes: «4 de febrero de 1902. Hoy he abierto el armario. ¡Oh, es horrible! Comparto un secreto que jamás hubiera deseado descubrir. En vano busco las palabras adecuadas para contarlo; mi pluma se seca al intentar describir lo que han contemplado mis ojos.

LA LLAVE DE HIERRO

Renuncio a ello, ahora, y creo que nunca seré capaz de hacerlo.»

—¿Qué te parece?

—¡Qué estilo! Tendrás que dejarme leer todo el diario.

—El resto no te interesaría. Rebosa una afectación insoportable. Pero más adelante recobra el tono misterioso.

Pasó algunas páginas y señaló las siguientes líneas: «20 de febrero de 1902. ¡O sea que, realmente, contenía algo! ¿Pero, cómo [redacted] posible que yo no lograra verlo?; ¿se trata de un doble fondo que la policía no ha descubierto hasta ahora? Me he comportado estúpidamente. Hoy le han detenido, y todo el mundo cree que me veré implicada en la investigación. Mis amigas, a pesar del gesto compungido que adoptan en mi presencia, me tienen una envidia tremenda.»

—¿Y no hay más?

—No.

—¿Y las llaves?

—Las llaves y el diario fueron útiles a [redacted] padre en un proceso que, en su época, le dio gran notoriedad. Alguien pagó un alto precio por un crimen del que se le acusaba.

—Cuéntame.

—No puedo decirte casi nada. Mi padre nunca quería referirse al asunto. Muchas veces me daba la impresión de que seguía albrigando dudas lo suficientemente importantes como para mantenerlo inquieto. Imagínate la relevancia que todo esto debió tener en una época determinada de mi infancia. ¿Ves? Hay dos llaves de oro y una de hierro. Una de las de oro es [redacted] original, y las otras son copias.

—¿Cómo lo sabes?

—Las sometieron a peritaje y parece que eso, al menos, quedó fuera de dudas. Mi padre atajaba cualquier pregunta que le formulábamos y, a veces, incluso reaccionaba con violencia, hecho de veras extraordinario teniendo en cuenta su carácter pacífico. Pero yo, a pesar de los rapapolvos, insistía sin ningún resultado. En cierta ocasión, mi padre cedió a un impulso que me dejó atónito. Me cogió del brazo, me condujo ante la vitrina, y dijo, como dirigiéndose más a sí mismo que a mí: «La llave de hierro podría explicar el misterio. Lo presiento desde el primer día. Pero intuyo, también, que nunca nadie logrará esclarecerlo.» Pronunció estas palabras con un tono profético. Pocos días después murió —ya sabes en qué circunstancias— y, desde entonces, me he mantenido en la convicción de que se trataba de una verdadera profecía.

—Esto no es justo. Si no estáis en condiciones de satisfacer la curiosidad de los visitantes, no deberíais despertarla exhibiendo la vitrina. Estaba muy tranquilo y, en cambio, ahora, me inquietará el desconocimiento de un drama que no me afecta y del que nos separa una distancia de cuarenta y cinco años.

Los dos amigos se sentaron de nuevo y la cordialidad no impidió que una actitud pensativa los acompañara durante el resto de la velada.

¿Pero quién nos impide, a nosotros, saber algo más al respecto?

Todo empezó en una pequeña ciudad burguesa, donde las buenas costumbres no dejaban lugar a la murmuración y en la que una plácida existencia era motivo de que no ocurriera nada extraordinario.

Un ciudadano insignificante, al que una regular fortuna protegía de las preocupaciones materiales, experimentó el despertar de una ambición que lo impulsaba a destacarse y se inventó un artificio con el que, al principio, triunfó. Conocedor de la necesidad de crearse un clima de misterio, fingía saber mucho más de lo que podía decir, y cuando lograba tener intrigados a sus interlocutores, bajaba lentamente la mano que había posado en el pecho y la dejaba resbalar por el chaleco floreado hasta dar con la cadena que llevaba colgada entre dos bolsillos. Se enroscaba el dedo índice con ella, mostraba discretamente [redacted] llave de oro que colgaba de una de las anillas y accionaba el dedo de modo que le daba un movimiento pendular.

Esperaba. A veces, la conversación todavía tomaba algunos giros pero siempre había alguien que acababa por preguntar:

—¿Y esta llave de oro?

Entonces, simulaba que un escalofrío lo estremecía. Soltaba bruscamente la cadena y con la misma mano, que avanzaba como si intentara detener algo, imponía silencio con un gesto y decía:

—¡Eso no, por favor! Todos tenemos un íntimo comportamiento para el que pedimos la discreción de los demás.

Y la llave y las palabras le iban proporcionando un prestigio que le servía para prosperar.

Se creó una técnica de asambleas, de comité y de consejo. Insinuaba soluciones seguras que el peso de un juramento le impedía revelar, y, antes de las votaciones, solicitaba turno y se entregaba a un juego: había desprendido la cadena de los ojales que la sujetaban y la apretaba con fuerza dentro del puño cerrado, dejando que la llave sobresaliera entre los dedos. En pie, en medio de una reunión de gentes sentadas, giraba alrededor de un eje invisible y mostrando la mano cerrada, pronunciaba un discurso incoherente, y, al final, pedía que la inteligencia de los oyentes intentara realizar el esfuerzo de leer o de entender entre líneas lo que la discreción no le permitía decir a las claras. Siempre había alguien que traducía en ideas y proyectos elevados sus frases desconectadas.

Después, abatido por la tensión empleada, se levantaba los faldones de la levita y se sentaba, semicerrando los ojos mientras devolvía [redacted] cadena a su lugar habitual, fingiendo que el trenzar y destrenzar de dedos y anillas eran un desahogo inconsciente de los nervios.

Casi siempre salía elegido. Poseía cargos municipales, presidía toda clase de juntas, y puesto que era el único ciudadano con una leyenda, tenía fama de ser el más interesante.

Vivía en un palacete rococó, estucado de color de rosa, con caras de ángel de piedra y espirales y trabuzones florales, alternando con cestos y capiteles insolentemente inútiles. En el jardín, al pie de las gradas que conducían a la entrada de la casa, se erigía la figura de un perro de bronce, con las orejas tiesas y la rigidez de una vigilancia metálica.

Cuando alguien mostraba interés por la figura, él manifestaba la vanidad del amo que habla de las singularidades de la raza canina y de antecesores ilustres, y con el bastón señalaba la inscripción, en relieve, del pedestal: «Fonderia del Pignona Firenza».

La casa tenía dependencias para todos los usos y necesidades. Pero la más importante era la que albergaba el armario isabelino, el que abría la llave de oro.

Al instalarlo allí, llamó a todo el servicio y dijo:

—Sabéis que gozáis de mi confianza, el sólido bien pensar de las gentes rectas. Os dejo hacer y deshacer según el trabajo de cada cual y tenéis llaves que abren todos los cerrojos. Nunca os he preguntado por qué entráis y salís de una estancia ni qué polvo escondido os lleva a registrar cajones. Pero de ahora en adelante, os prohíbo una cosa: nadie se acercará a este armario, ni siquiera con el pretexto de la limpieza. ¡Mantened todo en buen estado, que el brillo de las maderas caras, de la plata y del mosaico den cuenta del bienestar de este hogar, barred, fregad y pasad gamuzas por todas partes, pero que nadie se acerque a este armario! Que vuestra solicitud alargue la vida de los objetos, que todo presente el rostro de la pulcritud, aunque estos cuidados pongan más en evidencia el abandono en que mantendremos el armario. Sólo yo tengo la llave que puede abrirlo (la mostró). Si alguien intentara forzarlo, mis buenos sentimientos se convertirían en maldad y no descansaría hasta poder tomar venganza. Ahora, dedicaros a vuestras obligaciones y recordad siempre mis órdenes.

Así nació la leyenda. Los criados la divulgaron y las demás gentes tomaron a su cargo la tarea de completarla.

En la ciudad había hombres ilustres por su sangre a quienes todos respetaban. Había otros que, por su talento y estudios, o por su riqueza, o por haber trabajado en cualquier orden que sirviera al interés colectivo, recibían honores y consideraciones. Pero sólo él poseía un armario prohibido y una llave de oro para abrirlo.

Muchas imaginaciones se habían empleado en la tarea de dar una explicación a lo que él sugería. Las personas poco amigas de esforzarse le atribuían una fortuna celosamente guardada, pero el choque con la lógica más elemental los desarmaba. Otras se inclinaban a creer en la existencia de unos documentos que no podían ver la luz pública sin explicar por qué razones. Pero como el caso del dinero, ¿qué sentido tenía sustituir la caja fuerte por el armario?

También circulaba la versión de un amor desafortunado y, en este caso, el mueble guardaría sus reliquias, cartas y regalos sentimentales, miniaturas con retratos quien sa-

LA LLAVE DE HIERRO

de qué flores secas, y quizá, trocitos de tela con poder evocador. Los partidarios de esta suposición aplicaban su ingenio en relacionar la figura poco galante del protagonista con una historia romántica.

Un pequeño círculo se inclinaba a creer que el armario contenía un cadáver, hábilmente embalsamado, y que transcurrirían años antes de que se pudiera averiguar a quién pertenecía. Y los más sutiles decían que todo aquello escondía una vergüenza, sin que ni ellos mismos regatearan el prestigio que significaba guardarla bajo llave de oro.

Y él, el guarda del misterio, conocía todas las interpretaciones y flotaba en la fama que le creaban, manteniéndose a flor de una situación envidiada.

No podía evitar tomar partido; él mismo, y completamente a solas, se sentía poseedor de un secreto de sangre derramada, y, mientras vivía esta íntima visión, se conducía de manera sombría, pasándose a menudo la mano por la frente mientras apretaba los labios. En una ocasión, encamando el papel, dejó atónitos a un grupo de amigos con el siguiente soliloquio.

–Por débil que sea el vínculo entre la vida y la muerte, sólo Dios puede romperlo. ¡Sólo Dios! Quien se atreva a coger con sus manos esta prerrogativa divina conocerá el peso de una maldición terrible...

Y agachó la cabeza, rehuyendo la mirada de todos los presentes durante un buen rato.

Otras veces, se inclinaba a favor de quienes creían en documentos ocultos, y actuaba como si les diera la razón. Adoptaba un aire ausente y decía, por ejemplo: «¡Qué poder el de la palabra escrita! ¡Algunas líneas de tinta roja sobre el papel amarillo cambiarían el curso de las cosas si alguien las divulgara! La responsabilidad de quien tenga a su arbitrio mantenerlas en secreto o darlas a conocer es una triste herencia.»

Pasaba por temporadas en que su modo de actuar desorientaba y el armario se veía revestido de una importancia mítica. Parecía que contuviera a la vez las reliquias de un amor, el cadáver, los documentos de interés público y el dinero.

Pero dado que sus facultades de apasionamiento eran escasas y no podían dispersarse, el hecho de concentrarlas en un solo objeto acabó por dominarlo. Alrededor del armario, en su imaginación, se iba formando un halo que lo alejaba de las cosas conocidas.

Sin poder adivinar los motivos, un miedo lleno de pureza se convertía en el tema central de su vida. Por las noches, cuando el sueño de todos los objetos inanimados acentuaba el silencio en la casa, él se cubría el rostro con el embozo de la sábana y veía, como si pudiera penetrarla con la mirada, la oscuridad de todos los aposentos, el rostro enemigo de los muebles y de los ornamentos acechando alguna presa indefinible y, centrándolo todo, irradiando fosforescencia, el armario con la gravidez de un auténtico misterio.

«Es miedo gratuito –se decía–. El miedo de siempre que acompaña a la noche. La leyenda es una creación tuya y puedes arreglarla ahora mismo y clarificarla para abrir tu espíritu a la llegada del sueño.»

Pero su fantasía, incapaz de emplearse en dos actividades contradictorias, se empeñaba en suministrarle los elementos necesarios para mantenerlo inquieto. Le faltaba coraje para cerrar los ojos, por temor a que las cosas inmóviles aguardaran el instante en que la voluntad lo abandonara para entregarse a terribles acometidas.

Cuando la luz del día devolvía su habitual aspecto a la casa y a todo lo que contenía, se hacía unos levísimos reproches, porque el orgullo de saber que la leyenda tenía fuerza suficiente para dominarle incluso a él le proporcionaba una visión más extensa de la manera de utilizarla. A pesar de ello, la compañía de los criados le resultaba insuficiente y, de un modo lento y no confesado, como si quisiera darse una sorpresa, se le ocurrió la idea de casarse.

Se dedicó a una elección en la que el sentimiento amoroso carecía de participación alguna, y estableció un plan de acuerdo a la técnica que le resultaba más familiar. Eligió una señorita acomodada, poco solicitada, y pidió su mano de manera singular en el curso de una entrevista con la muchacha y sus padres.

«Todavía no he decidido tomar nuevo estado –les dijo–. Pero el día en que lo haga, mi esposa entrará en posesión de un pequeño imperio. Ciertas indiscreciones por parte de mi servicio, que la bondad me impide reprimir, son motivo de que sean públicamente conocidas la buena instalación de mi casa y la liberalidad que reina en mi administración doméstica. Mi mujer lo compartirá todo conmigo y sólo le prohibiré una cosa: nunca hará ninguna pregunta respecto al armario ni, muchísimo menos, intentará abrirlo. Ni siquiera se acercará a él, dentro de lo que le sea posible. ¿Creen que, con estas condiciones, podré encontrar esposa?»

La damisela accedió, y cuando sus amigas le recordaban cómo distaba lo prometido de los ideales que se habían forjado, ella provocaba su envidia respondiendo que estaban en lo cierto, pero que tendría la oportunidad de averiguar algo respecto al armario.

Celebraron la boda cumpliendo con todas las conveniencias y comenzaron una corta vida matrimonial.

Un día, el marido, mientras se dedicaba al repaso de unos oficios, oyó un grito de miles de púas que se clavaron por toda la casa. Se levantó de un brinco y la borla de su gorro de terciopelo quedó bailando ante sus ojos.

«Procede de abajo –pensó–. ¡El armario!» Instintivamente, relacionaba cualquier hecho insólito con aquel mueble. Corrió, recogiéndose los faldones de la bata con las manos, y bajó la escalera a saltitos.

Los criados corrían llevándole ventaja, y, al ver, de lejos, el armario con una hoja medio abierta, los detuvo con la voz: «Que nadie avance un paso más!»

Los sirvientes se quedaron quietos, y él se abrió camino apartándolos con los codos. Su esposa se hallaba tendida en el suelo, desvanecida; un remolino de ropa y de encajes finos rodeaba la poca carne visible: los brazos, con la piel escalofriada, y el rostro tan pálido que la muerte podía reflejarse en él.

Saltó por encima del cuerpo y cerró la puerta del armario, sin atreverse a mirar el interior. Introdujo la llave de oro en el cerrojo y dio dos vueltas, inseguras por el desconocimiento de lo que guardaban.

Se agachó para asistir a la dama y al hacerlo indicó a los criados que lo ayudaran. Condujeron a la señora hasta un sofá y alguien fue en busca de sales aromáticas.

El marido observó que ella mantenía cerrado el puño derecho apretando con fuerza algo. Se lo abrió y retiró una llave de oro como la suya. «Una copia —pensó. ¿Cómo es posible? ¡Ah, sí! El molde de cera. ¡El aprovechamiento de la intimidad para pillarme por sorpresa!»

Cuando la esposa dio muestras de recobrar el dominio sobre los sentidos, hizo bailar la llave delante de sus ojos y le preguntó:

—¿Qué significa esto?

—¡Oh, monstruo! —gritó ella—. ¡Quiero volver enseguida al lado de mi madre!

Hete aquí que esto le desconcertó. A lo largo de múltiples reflexiones, había planeado la actitud adecuada para todas las situaciones que podía prever. Sabía cuán difícil resultaría dominar el estupor del curioso que, furtivamente, comprobara la ausencia de elementos misteriosos en el armario, y de qué insinuaciones debería valerse para dar a entender que la apariencia de normalidad encubría con frecuencia los secretos más impenetrables.

Se retiró a un rincón de la sala, y, sosteniéndose el mentón con la mano derecha, inició el curso de unas meditaciones frente a un busto de Julio César que le sostuvo una mirada de mármol sin pupilas, tan ausente como la suya. «Así pues —pensó—, la versión del cadáver oculto debe de ser cierta. Ni dinero, ni documentos, ni recuerdos habrían producido semejante efecto al ser descubiertos. ¡Soy un hombre devorado por su propia leyenda!»

La dama se levantó atropelladamente; se dirigió hacia su habitación de donde salió, acto seguido, envuelta en un chal.

—Mañana mandaré a recoger lo que me pertenece.

—¿A dónde vas?

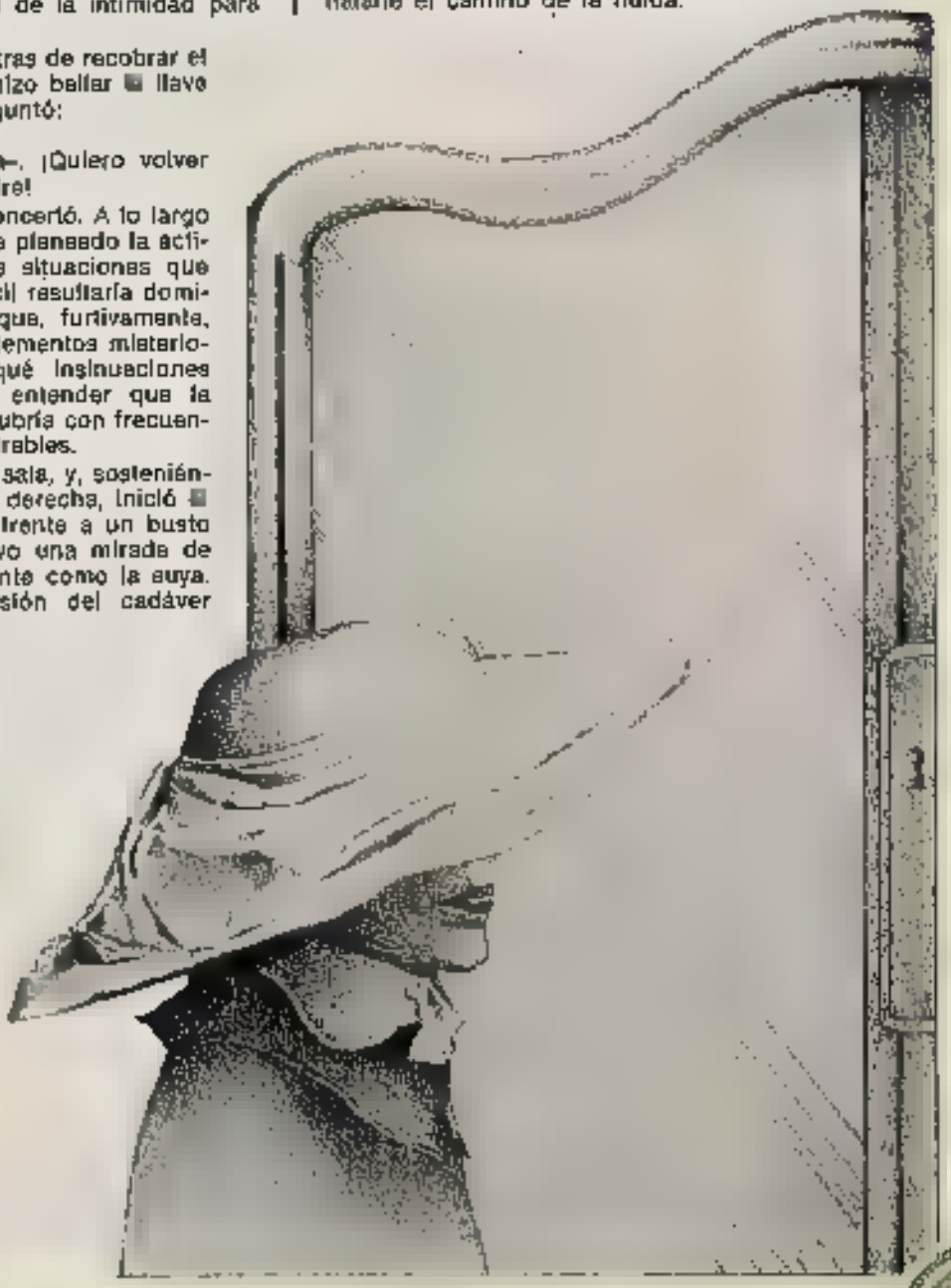
—¡A casa!

Tuvo el impulso de decirle que quería acompañarla, que no podría resistir a solas la proximidad del armario, pero ella le detuvo, expresándole la repugnancia que le inspiraba.

Después del portazo, los criados se retiraron y él experimentó una sensación de soledad y desamparo ante aquel enigma encerrado entre paredes y madera.

Por un instante se le ocurrió la posibilidad de abrir el mueble y enfrentarse valientemente con lo que encerrara. El simple relato de una desgracia le restaba salud, y sólo pensar en la existencia de un cuerpo muerto en su propia casa le producía vértigo y se veía obligado a apoyarse en la mesa o silla más próxima.

Siguieron algunos días durante los que una nueva angustia se apoderó de él. El encuentro regular de la pulsación arterial se sincronizaba oscuramente con un palpitar que, a su juicio, se originaba en el armario y establecía resonancia por toda la casa. Con una amarga sonrisa, evocaba la imagen de un explorador perdido en la selva, perseguido de noche y de día por un «tam-tam» que le indicaba un peligro sin señalarle el camino de la huida.



LA LLAVE DE HIERRO

Por la mañana, a la luz del sol, intentaba serenarse prestando un aspecto favorable a sus reflexiones, y se repetía que él mismo compró el mueble, disponiendo su colocación, y que él mismo, también, era el autor del primario engaño al que debía su prestigio. Pero el recuerdo de la conducta de su esposa rompía bruscamente las amables cogitaciones, y se cogía la cabeza con las manos. «¡No, no! —murmuraba. El grito y el desmayo fueron motivados por algo al margen de mi fantasía. He oído decir que, con frecuencia, el hombre queda atrapado en las trampas que tiende a los demás, y eso es lo que me ha sucedido.» Conocía, ahora, la curiosidad que durante tanto tiempo había cultivado en los demás, pero se trataba de una curiosidad mucho más pujante.

Esperaba que su mujer explicara la experiencia vivida y que alguien, llevado de buenos oficios, le diera a conocer el secreto.

La noche misma de la separación, los padres mostraron una insistencia lógica por saber las causas que la habían motivado, pero ella evitó las preguntas con las siguientes palabras:

—A nadie diré lo que ha ocurrido. No quiero regresar jamás junto a mi marido, y las personas que me quieran de veras, no deberían hacer ninguna referencia, a partir de ahora, a mi boda.

Después, se encerró en su habitación, se sentó ante un pequeño escritorio y abrió el cajón donde guardaba su diario. Lo hojeó amorosamente, releyó algunas líneas, borró algo, y, al fin, escribió: «El armario estaba vacío. Hasta esta tarde no he tenido la copia de la llave. He esperado un momento propicio, lo he abierto y, al comprobar que no contenía nada, que lo único que me había impulsado a contraer matrimonio con un hombre como él era un engaño, he lanzado un grito de rabia y he perdido el sentido. No diré nada a nadie, porque mis amigas me asociarían para siempre a una historia grotesca. Pero jamás volveré con mi esposo.»

Mordió con delicadeza el mango de la pluma y alzó los ojos en actitud meditativa. De repente, se le ocurrió pensar que la intimidad de los diarios siempre acaba por resultar violada (¿qué gracia tendría, de lo contrario, escribirlos? —pensó—), y tomó una nueva decisión. Arrancó la página a ras del pliego y la quemó.

«Hoy he abierto el armario —anotó—. ¡Oh, es horrible! Comparto un secreto que jamás hubiera deseado descubrir. En vano busco las palabras adecuadas para contarlo, mi pluma se seca al intentar describir lo que han contemplado mis ojos. Renuncio a ello, ahora, y creo que nunca será capaz de hacerlo.»

Esta vez, experimentó una auténtica satisfacción. Guardó el diario y extendió los brazos para dar la bienvenida al sueño. Se desnudó soñolienta y se metió en la cama.

Quince días después, el amor propio le pasó una preocupación. Para liberarse de ella, silabeó una nota corta, la protegió con un sobre cerrado y la dio a una sirvienta de confianza para que se la entregara a su marido.

Los rítmicos latidos no habían cesado ni por un momento. En un intento por evadirse de ellos, iba de un lado a otro de la casa cantando con voz delgada y asustada las melodías con las que pudiera sentirse más acompañado.

¡Pero qué engaño tan débil para una obsesión tan importante! El armario estaba allí, espiándole, y el miedo que le infundía le acompañaba por todas partes. A veces, cediendo a un arranque provocado por la desesperación, se acercaba al armario dispuesto a abrirlo, pero le faltaban el coraje y se abandonaba en cualquier asiento, con la cabeza gacha y las manos cogidas apretando los dedos.

Así le sorprendió la criada que le llevaba la carta. Oyó una breve discusión en la puerta, la voz de alguien que insistía en entregarle algo personalmente y, un instante después, la de

«Sorprendí tu secreto. Sé que el armario no contiene ningún elemento misterioso o, mejor dicho: no contiene nada. He sentido la necesidad de decírtelo para que no especules alrededor de una pretendida bobada. Y, además, porque he de conminarte a que mantengas tu historia indefinidamente; mi reputación, en este caso, está tan ligada al armario como la tuya, y la verdad me cubriría de oprobio. Quema esta carta, considera definitiva nuestra separación y toma cuantas precauciones sean necesarias para que la farsa inventada mantenga vivo como hasta ahora el interés de la gente.»

Seguían unas frías palabras de despedida, pero ni las vio. Se levantó radiante, llenándose los pulmones con un hondo respiro. «¡Así pues, eran manías mías!» —exclamó. Rompió la carta, atónito, y la arrojó al hogar encendido.

Pasó del abatimiento más profundo a una euforia que lo abocaba a las mayores esperanzas. Se hizo el propósito de ir al club inmediatamente y volver a ver a los viejos amigos, movería pendularmente la llave de oro y se mostraría más sutil que nunca. Se acercaba la elección de nuevo alcalde y recobró una antigua ambición.

Se puso el abrigo de cuello de pieles y el sombrero de color café. Antes de salir, se detuvo frente al armario y pensó: «Mañana por la mañana lo abriré, en un acto simbólico de la pérdida de todos los temores.» Con una mano le hizo un gesto mimoso y al acercarse, pisó un charco de sangre. Por la grieta inferior de la hoja de la puerta caían lentamente las gotas y la mancha del suelo crecía. Pero él ni siquiera lo advirtió.

Dejó huellas rojas en el mosaico del vestíbulo, y en la pequeña alfombra de la entrada. La grava del jardín le limpió las suelas, y al cargar su peso sobre la piedra de la calle, con el paso seguro del hombre que huía de una pesadilla, ya no lo delataba la señal de ningún rastro.

Pensó que la noche era agradable y se reafirmó en el propósito de ir al club con la asiduidad de antes. Pero estaba escrito que nunca más volvería a ir.

Traducción: Ana María Moix. Ilustraciones de Fuencisla del Amo.

«Contra el reparto del mundo establecido en Yalta, en febrero de 1945, se alzan ahora, precisamente ahora, algunas conciencias del mundo.» En la foto, Winston Churchill, Franklin Delano Roosevelt y Stalin, en el palacio de Livadia, en Yalta.

A CADA UNO SU POLONIA

EDUARDO HARO TECGLEN

La enfermedad polaca nos invade. A veces –y quizá cada vez con más frecuencia– los individuos se obsesionan por uno de sus problemas o de sus malestares, que no tiene por qué ser el mayor de ellos, se dejan dominar por él y todo lo ven desde ese único punto de vista. ■ una forma de enfermedad mental. Con los grandes conjuntos humanos sucede más de una vez este mismo hecho. Una neurosis, ■ una psicosis, o como se quiera llamar –y el nombre va cambiando con el tiempo– no es sólo una manifestación patológica aislada: es una forma de dar nombre y personalidad a lo que de otra manera sería difuso y, por lo tanto, difícil de localizar. Muchas veces se elige, como subterfugio para no tener que hacer otras acciones que repugnan, porque no se les ve una salida tan clara.

El caso de Polonia, la enfermedad polaca, reúne en sí misma los elementos suficientes para centrar la neurosis obsesiva del mundo occidental. Es un punto de encuentro. Los distintos sectores de las sociedades occidentales creen que están de acuerdo en repudiar la situación planteada por el general Jaruzelski; en el fondo, no lo están, y todos proyectan sobre Polonia sus propios complejos. Los dos partidos eurocomunistas de Italia y España –por ejemplo; otros partidos comunistas mundiales siguen la misma pauta– condenan lo sucedido en Polonia y –aparte movimientos de conciencia– lo que están haciendo ■ limpiar su propio comunismo de cualquier duda o sospecha. Lo vienen haciendo desde hace años, y a ello se le ha dado el nombre de eurocomunismo. Están demostrando que son distintos, que no quieren el modelo soviético ni ningún otro modelo que comporte una forma de dictadura –Dictaduras, ni las del proletariado– dijo una vez, ya hace años, Santiago Carrillo– y que sus propósitos de insertarse en el poder de las democracias que les contienen no tienen como finalidad llegar a una forma clásica del comunismo tal como se contenía en el «Manifiesto», tal como lo describieron las primeras Internacionales; o tal como se practica en cada uno de los países comunistas del mundo –y ya hay opciones muy variadas, muy diversas–.

De este movimiento se exceptúa el comunismo francés. Está en una posición muy delicada. Participa en un Gobierno en el que no tiene más fuerza que la que le quiera dar la mayoría socialista que gobierna, y que podría gobernar perfectamente –desde el punto de vista de la seguridad en la Asamblea Nacional y de la opinión pública– sin necesidad de él. Ha ido perdiendo votos, elección tras elección; y militantes, año por año. Su entrada en el Gobierno parece ser una mera jugada del partido socialista: la de demostrar que el comunismo ya no representa una fuerza importante, y que se puede contar con él sin riesgo de ninguna clase. El partido comunista francés –y vuelvo a repetir, cuestiones de conciencia aparte– necesita demostrar que, aun

A CADA UNO SU POLONIA

dentro de esta coalición en la que está prisionero, tiene su fisonomía propia, y puede adoptar una postura en el caso polaco distinta de la del Gobierno. Tanto el PCF como el sindicato en el que tiene mucha fuerza –la CGT– mantienen la postura de que el movimiento Solidaridad de Polonia está infiltrado por extremistas de la derecha, por servicios extranjeros, por un reaccionarismo religioso, y que había que ponerle coto.

Ninguna de las dos posturas es cómoda. En España y en Italia hay militantes –y votantes– que reprochan su «derechismo» a los partidos. Son países pobres, o con zonas enormemente pobres, donde crece el paro y menguan los salarios –por su diferencia creciente con el aumento de los precios– y son países donde una derecha con más o menos aspecto de centro gobierna y pretende seguir gobernando. Las clases menos favorecidas en esos países esperan de sus partidos comunistas ya que no la revolución –que ya hace años apareció como imposible– sí una acción dura y revulsiva, o por lo menos un refugio para sus necesidades y angustias. No comprenden fácilmente las estrategias ni las coyunturas. El documento de Berlinguer que ha precedido en Italia la comunicación del Comité Central es una piedra más en el lentísimo y quizá imposible edificio del «compromiso histórico», del levantamiento de los veto extranjeros y nacionales que pesan sobre él. Mientras en Francia los militantes, los votantes y los intelectuales repudian también a un partido que no comparte con ellos la angustia y la preocupación por lo que pasa en Polonia. Incluso le sucede en el seno de la dirección; y los ministros comunistas están mucho más próximos a la posición del Gobierno socialista y de Mitterrand que a la de su propio partido. También en este caso el desgarro es importante.

Otra izquierda, más extensa y menos definida que la de los partidos comunistas, pero con unos propósitos generales muy claros, ve sobre todo en Polonia una contracción de los sistemas y el miedo a que las dictaduras militares entre en Europa (como si Turquía no fuera Europa, aunque sea sólo un poco). Ven que Polonia avanzaba rápidamente en un camino que coincide con su concepto de democracia –es decir, de soberanía popular, de un conjunto de libertades– y que ese proceso se ha detenido por una dictadura militar. En España, que es donde los rumores y algunos hechos han producido más especialmente este temor, Polonia aparece como una metáfora. Al mostrar lo que sucede en Polonia, incluso si exagerarlo dando crédito a toda clase de informaciones parciales, están combatiendo su propio problema. Una dictadura conduce a campos de concentración, prisiones, supresión de toda clase de libertades, y no alivia los problemas económicos y sociales: simplemente construye unos diques para evitar la salida natural de esos problemas.

Lo cual no responde de ninguna manera, al pensamiento de la derecha. Para ella lo que ha sucedido en Polonia no es más que un reverdecimiento del comunismo: un comunismo que no tolera ninguna clase de democracia o de libertades. De ahí la indignación del general Haig, tan compartida en los medios derechistas del mundo, cuando oye comparar el tema polaco con los temas latinoamericanos –Argentina, Chile– o con el de Turquía. Haig no puede ser más claro: las dictaduras de los países comunistas, incluida naturalmente la de Polonia, son precisamente comunistas, y las otras son anticomunistas. No se pueden mezclar ni confundir. La represión de las libertades en Polonia conduce directamente a un comunismo sin fin: la dictadura no es un medio, sino una finalidad. La de Turquía o la de Chile son sólo medios para impedir que el comunismo se apodere de sus países, como se ha apoderado en Cuba; cuando eliminen el riesgo, devolverán el país a la democracia. Toda la política de los Estados Unidos –no sólo a partir de Reagan, aunque él la haya acentuado, sino ya la de los últimos tiempos de Carter, que quería salvar sus elecciones de esta manera– se basa en la vieja lucha entre comunismo y anticomunismo, la que ya se produjo en los tiempos de un fantasma que recorría el mundo y se cristalizó a partir de 1917: y se ha personalizado entre la URSS y los Estados Unidos. Todo lo que sucede en el mundo sería consecuencia de ese enfrentamiento; el tema de Afganistán ya fue así, y el

«Al general Haig le indigna que se compare el tema polaco con los temas latinoamericanos. No se puede mezclar ni confundir, dice, el que las dictaduras comunistas sean precisamente comunistas y las otras sean anticomunistas.»

«La URSS está viendo que desde que murió Stalin su esfera imperial se reduce y no se le ve otra salida que la guerra mundial.» En la foto, el Estado Mayor soviético con Brezhnev.

tema de Polonia lo es con mucha mayor claridad. De donde las imposiciones de sanciones a la URSS y la necesidad de arrastrar a ellas como pueda a todos los países europeos, teniendo en cuenta el arrastre de conciencia de la cuestión polaca.

Cada uno tiene su propia Polonia. La de los gobiernos europeos consiste en no dejarse llevar a una guerra y en no interrumpir sus relaciones económicas con la URSS; continuar negociando, preparando el gasoducto de Siberia; y continuar recibiendo –o luchar por recibirlo– el asentimiento de sus movimientos pacifistas. La de los Estados Unidos es la de centrar sus problemas en un solo enemigo, llamado URSS. Se ha dicho alguna vez que los Estados Unidos tienen un «imperio involuntario»; que llegaron a esa situación por avatares históricos que no pretendían, buscando solamente su seguridad, por una parte, y la expansión de unas ideas democráticas que emitieron por primera vez hace dos siglos. Es una interpretación dudosa; pero, aunque se acepte, lo cierto es que los Estados Unidos tienen hoy un imperio irrenunciable. Toda su economía, todo el basamento de su cultura y de su sociedad, dependen de una forma de colonización de otros países: en unos casos por asegurarse suministros vitales, en otros casos por erizar militarmente sus defensas lejos del territorio nacional. Los imperios no renuncian: caen. En Estados Unidos hay toda clase de estudios sobre el destino de los imperios históricos, desde Roma y Grecia –o Egipto, o el largo imperio chino– hasta los de Inglaterra y Francia: no quieren caer en la misma sima. La versión que ha traído Reagan consigo –y, a su vez, Reagan es un producto de fuerzas económicas y militares que piensan así– es que si no puede mantener firme y compacto ese imperio, o si está amenazado, es por la existencia de unos movimientos revolucionarios locales unas veces, generales otras; pero que no podrían existir sin la existencia, a su vez, de la Unión Soviética, su influencia moral y su ayuda en armas y en dinero. Por lo tanto, hay que demostrar a la URSS que no se la deja dar un paso más, aunque cueste la guerra mundial. Se intentó así en Afganistán –antes de Carter–, se intenta así en Polonia.

Es difícil que en un concepto tan, digamos, totalitario del mundo, tan en blanco y negro, tan de buenos y malos, puedan caber otra clase de razonamientos. La evolución del pensamiento político de Estados Unidos arranca, sobre todo, de Cuba. En Cuba se implantó un régimen comunista y ese régimen es dependiente de la URSS en muchas cosas, y trata además de que otros países colonizados se liberen de su colonización liberándose de la URSS. La presencia de soldados cubanos en Angola o en Etiopía, las de otros elementos de ayuda en Nicaragua o en El Salvador, suponen para el Departamento de Estado –y, sobre todo, para el Pentágono– y por lo tanto, para la Casa Blanca– una prueba de la expansión del comunismo. Tratan de explicárselo así al mundo: parece que exageran los datos y la importancia de esas intervenciones, y sobre todo un carácter resolutorio, y terminan creyendo ellos mismos en esa importancia. Es otra mezcla de neurosis y política: es decir, una forma patológica de enfrentarse con los problemas del mundo. La gravedad de esa óptica consiste en que cuando no se ven los problemas reales no se adoptan soluciones reales. El tema de Cuba no se repite ni puede repetirse, entre otras cosas porque todo es irrepetible, y sobre todo porque había que plantearse unas revisiones históricas nada convenientes como, por ejemplo, dónde está la verdadera culpabilidad –o la verdadera razón– de que la revolución cubana contra la tiranía de Batista –de la que hay pruebas suficientes– y de una colonización de Estados Unidos que tenía como intro-

A CADA UNO SU POLONIA

[illegible] y representante [illegible] de la Mafia –las casas de prostitución, el juego, el «relajo»– se dirigiera hacia la URSS y necesitase cada vez más de ella. O la de que en Vietnam no se celebrasen a tiempo las elecciones de reunificación, se impusiera la tiranía sangrienta de Ngo Din Diem y se buscase la ayuda de la URSS –y de la China de entonces– contra quienes evitaban la normalización del país después de la descolonización francesa. Esa ceguera deliberada –esa neurosis, esa salida– impide ver cuál es el problema del Irán y su salto de una dictadura a otra sin ninguna participación comunista; o que el problema esencial de los países árabes en la zona del petróleo es un problema de opresión, antigua, expoliación de sus riquezas, convertido todo ello en una revolución islámica o de la nación árabe en conjunto, sobre la que puede o no influir la Unión Soviética, pero que tiene una serie de factores genuinos. No ver la realidad de El Salvador, no ver la de Turquía –realidades basadas en la miseria y en la explotación– puede ser una forma de defensa psicológica basada en una conveniencia política.

Desde la URSS el punto de vista es naturalmente distinto. Está sintiendo desde hace años la situación como un cerco. La posibilidad de complacer a quienes la cercan aceptando sus propuestas generales está fuera de sus manos; podría no ayudar ciertas revoluciones en marcha, pero no puede impedirlas porque no dependen realmente de ella. La URSS está viendo que desde que murió Stalin –aunque sólo sea una coincidencia, pero probablemente es algo más– su esfera imperial se va reduciendo. Dejó inmediatamente de disponer de China como aliada, con el paso del tiempo la vio ya convertirse en su adversaria y después –ahora– como aliada de sus peores enemigos. Los partidos comunistas del mundo en los que quizá basar [illegible] gran parte de su fuerza mundial– las Internacionales, la Kominform, la Komintern– se fueron separando poco a poco buscando el «multicentrismo» o los comunismos nacionales dependientes [illegible] del contexto en que se desenvuelven para llegar a ser sus enemigos directos, que denuncian el «modelo soviético» con la misma insistencia con que lo hacen, también, sus enemigos capitalistas a los que si no se [illegible] es precisamente por [illegible] –los capitalistas– no quieren o no les convienen. Las democracias populares [illegible] desgajarse [illegible] y económica.

primero fue Hungría, luego Checoslovaquia, ahora Polonia (sin contar los sucesos históricos más tenues de forma, pero no menos importantes de Yugoslavia y Albania); Rumania sigue su vía propia de independencia. Alemania Democrática es la más firme, pero busca caminos de entendimiento con la otra Alemania y desde luego no puede confiar en su población. Y la disidencia crece en el interior, donde los beneficios de la revolución que transformaron indudablemente el país [illegible] de barro y nieve en una potencia mundial se han detenido hace años: no se progresa. No hay nada por lo tanto menos real que la posición de Reagan de combatir a la URSS porque esta continúa un proceso [illegible] de expansión y de dominio mundial; sucede todo lo contrario. El proceso es de decadencia y de [illegible] salida a la URSS a no ser la de una guerra mundial; y esa salida, aparte de los riesgos generales que sabemos todos que correría la humanidad, tiene el riesgo muy seguro de la desaparición de la URSS.

Una salida que parece apuntarse es la militar. El caso de Polonia sería el de un microcosmos de todo el bloque soviético. Algo de lo que los Estados Unidos no desean ver, ni quieren que vea nadie, es la del carácter [illegible] mente militar del movimiento polaco –o sea, el uso de la fuerza nacional para terminar con una situación nacional– que al mismo tiempo que corta el proceso de democratización corta también el dominio del partido comunista. No sería una situación muy distinta de, por ejemplo, la de Argentina, al suprimir por una parte el peronismo y por otra el izquierdismo, o de la de Chile, que no sólo se limitó a derrocar el Gobierno de Allende, sino que impidió e impide que los partidos de la derecha –como la Democracia Cristiana– vuelvan a tener cualquier clase de influencia. La novedad es que esto sucede en un país comunista por primera vez, y cuesta algún trabajo verlo; sobre todo, [illegible]

En el terreno de las especulaciones está el hecho de que este movimiento haya podido ser inspirado, propiciado y ayudado por la URSS; pero no por el PCUS precisamente, sino por los militares soviéticos, que habrían creado ya un sistema de defensa interior en el cual estaría condenar al partido porque la dirección de este ha conducido a una pérdida total de la imagen de la URSS en el mundo y a un recrudecimiento del adversario. Es decir que, tras Polonia, podría haber [illegible] dictaduras militares que [illegible] resolver sus problemas por la vía militar; y que la propia Unión Soviética podría llegar, en un momento determinado, a la sustitución de Brezhnev por un militar, si es que no se ha dado ya el «golpe blando» según la terminología española. La posibilidad de que el comunismo soviético –y del bloque– pudiera terminar o evolucionar por la acción de sus propios militares no es, por lo menos, descabellada si se toma así el ejemplo de Polonia. Pensemos en China, donde la nomenclatura y la organización del Estado siguen coincidiendo con la organización comunista, pero donde el comunismo [illegible] no [illegible] prácticamente más que en la forma de dictadura que mantiene una forma de explotación de sus ciudadanos.

Lo que puede ser más importante, a la hora de producirse ese hecho, y continuando con las especulaciones, es que todo el sistema soviético en Europa se convierta en una dictadura militar. No sería lo mismo el enfrentamiento o la negociación actual de Occidente con un régimen comunista cercado y en decadencia que con una serie de dictaduras militares, para establecer las cuales existe ya el esquema del Pacto de Varsovia. Parece que esta misma especulación es la que divide los puntos de vista entre Europa y Estados Unidos. Europa en general –con Schmidt a la cabeza– pretendería que hay que ayudar al régimen comunista soviético a sostenerse con la esperanza de que sea cada vez más débil y que su transformación se haga por vías civiles. Es decir, que su evolución siguiera más o menos –aun teniendo en cuenta lo irreparable de los sucesos por la vía chona; quitando la sensación de cerco mediante una apertura comerciando, negociando. Serviría al mismo tiempo para modificar a la URSS y para contentar al pacifismo europeo. Es sabido que precisamente Reagan supone lo contrario. Ha llegado a la presidencia asumiendo que hay que perder todas las esperanzas de entendimiento con la URSS –que hay que renunciar a la doctrina de Roosevelt– porque desde que se intentó no se ha conseguido nada. Reagan no pretende ni puede ver todo lo que ha perdido la URSS en estos tiempos. Apenas le interesa la evolución interna de un régimen, aunque no cese de mirarlo; lo que le interesa es que deje de estorbar en lo que considera vital para su imperio. Puede que no le disgustase nada la posibilidad de unas dictaduras militares sustituyendo al

«Cada grupo ideológico, cada grupo ideológico, cada individuo, ve Polonia como una metáfora de lo que le parece problema general. En la fotografía, desfile de marinos polacos en las calles de Varsovia.»

comunismo, aunque fuera con su mismo nombre: unas dictaduras que se dedicasen a la guerra interior –al desmantelamiento de las oposiciones– y renunciasen a la expansión exterior. Incluso podría regresar al sistema de bloques; es decir, al reparto del mundo establecido en Yalta en febrero de 1945 contra el cual se alzan ahora, precisamente ahora, algunas conciencias del mundo. Como la del Papa, a quien su fundamentalidad de polaco impide a veces la representación de la catolicidad en el sentido de universalidad: cuando alude, como hizo a mediados de enero, a la injusticia de Yalta y a la necesidad de que cada país pueda elegir su propio régimen y su propia pertenencia a unas alianzas o a ninguna, está simplemente aludiendo a su deseo de que Polonia pueda salir de la órbita soviética, aunque los propósitos generales sean completamente suscribibles.

Precisamente uno de los motivos de Reagan es que cree que el pacto –no sólo el escrito, sino el implícito– de Yalta no se está cumpliendo, y en detrimento de los Estados Unidos; cree que su propia zona de influencia en Latinoamérica ha sido alcanzada por una traición a Yalta, y lo mismo en la zona del Mediterráneo. Volvamos a repetir que no tiene ni quiere tener la capacidad suficiente como para atribuir estos problemas crecientes a otras cuestiones, locales unas –cada país como problema–, generales otras –el despertar y la resistencia de las naciones colonizadas–. La URSS no deja de ver todo el caso de Polonia como una acción de Occidente, una traición a sus fronteras exteriores; como Estados Unidos piensa que el caso de El Salvador es una manipulación soviética. Es probable que una militarización soviética –que respondería a una militarización creciente del mundo occidental o, por lo menos, de Estados Unidos, donde el secretario de Estado es un general de famosa actividad y donde el Pentágono tiene una influencia decisiva en el desarrollo de la política– pudiera entenderse mejor con los Estados Unidos.

Europa no sólo no lo cree así, sino que no lo desea. Sus objetivos políticos para con la URSS son de otra índole: 1, propiciar la evolución civil del régimen soviético; 2, evitar que el mundo se divida de nuevo en dos grandes bloques, enfrentados y totalitarios, porque perdería la influencia que ha ido ganando, la independencia que cree que puede lograr; 3, evitar una guerra, porque se considera no sólo la primera víctima, sino tal vez la única, entendiendo que bien podría suceder que Estados Unidos y la URSS hayan llegado, o puedan llegar, a un acuerdo de respeto mutuo de sus territorios y a la decisión de convertir Europa en un teatro de operaciones, donde los dos se enfrentasen con riesgos limitados.

A cada uno su Polonia. Es decir, que cada grupo de naciones, cada grupo ideológico, cada individuo, ve Polonia como una metáfora de lo que le parece problema general. Dado el gran contexto mundial y el particular polaco se tiñe con esta metáfora. Y se piensa que la solución del caso polaco, sea cual sea, va a alejar los riesgos mundiales. No es así ni puede ser así. El problema general va mucho más allá, y tiene móviles propios y soluciones –o falta de soluciones– propias. ■ E.H.T.

FEIFFER

UN VERDADERO LÍDER DESEA IR CONTRA LOS DE SU CLASE.
ROOSEVELT ERA RICO. ARRIMADO A WALL STREET.
IKE FUÉ UN GENERAL. ATACÓ EL COMPLEJO MILITAR-INDUSTRIAL.
L.B.J. ERA DEL SUR. APOYÓ LOS DERECHOS CIVILES.
APUESTO A QUE EL PRIMER PRESIDENTE NEGRO SERÁ UN TÍO TOM. LA PRIMERA MUJER PRESIDENTE SE OPONDRÁ A LAS FEMINISTAS Y EL PRIMER PRESIDENTE JUDÍO RECONOCERÁ A LA O.L.P.
YO SOY EL PRIMER PRESIDENTE VIEJO.
DEBE DESAPARECER LA SEGURIDAD SOCIAL.
1-24

MARX ESTÁ MUERTO.
KEYNES ESTÁ MUERTO.
FREUD ESTÁ MUERTO.
DARWIN ESTÁ MUERTO.
DIOS ESTUVO MUERTO.
PERO LA TELEVISIÓN LO RESUCITÓ.
FUÉ SU FORTUNA.
SI MARX, KEYNES, FREUD Y DARWIN NO QUIEREN SEGUIR MUERTOS, DEBERÍAN INTENTAR LA TELEVISIÓN
1-31

JUGANDO CON FUEGO

ARIEL DORFMAN

«Los Stones formaban parte de mi historia personal, del itinerario de mis preferencias estéticas».

EXACTAMENTE un año, día a día, después de la muerte de John Lennon, asistí a un concierto de los *Rolling Stones*, el último suyo en su gira por los EE.UU. Mi hijo mayor, de casi 15 años, me convenció de que le acompañara.

Había tenido dudas en aceptar esa invitación. No era que la música me fuera indiferente. Por el contrario, los *Stones* formaban parte de mi historia personal, del itinerario de mis preferencias estéticas. Al son de sus canciones desbocadas y equívocas habíamos aprendido a desafiar y enamorar la existencia, a cometer pequeños sacrilegios y a soñar más grandes insubordinaciones, habíamos explorado los límites de la insolencia y las extensiones de la sensualidad.

Tampoco se trataba de que, con el tiempo, los *Stones* hubieran dejado de gustarme. El problema –si así se puede llamar– era que yo ya no estaba sólo en mi entusiasmo. Para la múltiple generación de mis descendientes, esos mismos cantantes volvían a encarnar un rito reconocible. Yo me alegraba de que así fuera, porque a diferencia de mis padres, podía yo compartir con mis críos cierta sensibilidad y atmósfera, era posible construir puentes comunicativos. Pero tal cercanía con los jóvenes no resultaba un asunto tan sencillo.

Un año antes, el asesinato de John Lennon me había puesto frente a frente con mi propia mortalidad. A medida que los años pasan, uno se acostumbra a que ciertas figuras públicas desaparezcan con inevitable regularidad. Pero suelen ser nombres venerables, septuagenarios distantes que ocupan hace décadas la familiaridad de un horizonte que retrocede. Los coetáneos, en cambio, parecen gozar de las mismas ilusiones de eternidad que nosotros. Y Lennon no era un coetáneo cualquiera. Había simbolizado para mi generación una desfachatada zona de nuestra rebelión y nuestra ternura. A cada vuelta de la esquina de la lucha por la liberación del sexo y por el cese de las guerras, en cada alegre ventanal de la vida y detrás de cada cuestionamiento de los prejuicios, nos había acompañado como un siamés, madurándonos, viviéndonos a fondo las incertidumbres de la época. La bala que le había atravesado el organismo terminó atravesando también mis ideales, haciéndome despertar al hecho de que el futuro de amor y de paz que yo había minuciosamente pronosticado, y preparado, que habíamos vociferado con melodías de los *Beatles*, que ese futuro era hoy, que ahora mismo estábamos habitándolo, y que simplemente no había llegado. En su lugar –era mi temor– caía un cadáver en las calles de Nueva York.

Pensé, entonces, que los *Stones* podían confirmarme, endurecerme en mi edad. Mal que mal, casi todos los asistentes que se derretirían en el delirio a mi lado, no habían sido engendrados en los momentos en que yo compraba el primer disco de ese conjunto. Me acordé de *La Muerte en Venecia*, la novelita de Tomás Mann que muchos conocerán por su versión cinematográfica (con Dirk Bogarde), en que el protagonista ya maduro ve a un hombre de su misma edad dis-

JUGANDO CON FUEGO

[rrazado de joven pintarrajeado como un clown para escamotear el paso de los años, y su asco ante ese personaje no le impide, [illegible] más tarde maquillarse de la idéntica manera para simular una juventud que no tiene. Que no se me entienda mal. A mí me encanta la edad que tengo. Me costó mucho —en años en sufrimiento en exaltaciones— llegar hasta ella y me siento cómodo con lo que he aprendido, con lo que puedo no decir y decir y amparar ahora. Así que vivir camuflado jugando a la juventud eterna o a la adolescencia [illegible] no me atrae en lo más mínimo. Pero tampoco podía ir al concierto para analizar para sentarme a tomar notas, para ser un lejano y ecuánime espectador. Era necesario participar, fundirme con los calentiteros asistentes, beberme esa experiencia a fondo. Había que dejarse llevar.

Tenía miedo de dejarme llevar. Y también miedo a la verdad, simplemente de escuchar aquellas reinantes canciones que no habían envejecido como mi cabeza si lo había hecho. Tenía miedo de recordar, y de no poder recordar un cuerpo mío que alguna vez había sido tan nuevo y reciente como las canciones.

No debería haberme preocupado tanto.

La marejada que se llama Mick Jagger ignoró mis conflictos internos. Si tiene mi edad está a punto de cumplir los 40 y no considera que sea un problema sentirse infinitamente joven.

Con una energía de evangelista chorreó felicidad por el escenario. Un exhibicionista sin dudas de conciencia danzó a cara con sus famosos labios apocalípticos y gruesos la electricidad que le había recibido antes por intermedio de un disco. Pero ningún disco me había predispuesto para el huracán desnudo que embistió nuestras existencias por el espacio perpetuo de tres horas.

Era un animal. A ratos un primate andrógeno, de vez en cuando un felino embriagado, un cross-caballos un pájaro que se montó en una jaula por encima de la multitud, dejaba que la furia del universo lo poseyera directamente sin intermediarios. En otro siglo, habría sido un oráculo un bufón un místico un brujo. Ahora sus torpezas y convulsiones su comunicación con leves secretas y salvajes lo habían convertido en un millonario. Pero me daba lo mismo que fuera un paquete comercial, que un cuidadoso *marketing* de la Prensa de la industria dispusiera hasta de una marca de perfume que auspiciaba la gira, nos hubiera acondicionado para este evento, que nos estuvieran —como siempre— manipulando. Porque la alegría de Jagger, su lealtad a las orazonadas de los rumbores no eran fraudulentas. Era un animal iconoclasta vociferante desbenguado y sacándonos la lengua. Pero era también una bestia dulce, nostálgica, y la agresividad estaba bajo control.

Time is on our side decía una de las baladas suyas que yo había murmurado fervorosamente esperando que fuera cierto que el tiempo realmente estuviera de parte nuestra que fuera un aliado y no un enemigo. *Time is on our side* volvió a cantar Mick 15 años más tarde. No había nada de grotesco o patético nada del personaje de Tomás Mann en esos infantilismos desbordando la pasión de un hombre mayor. Se metía los dedos en la boca para chuparse los besos antes de enviárselos a sus fans les tiraba baldes de agua como un payaso inverosímil, se sacudía como un muñeco de trapo. Ahí concentrando la luz, estaba el niño loco e irreverente que todos todavía somos del que sus hijos están mas próximos que yo pero que cualquiera puede seguir descubriendo en algo más que sus sueños. La diferencia era que él había apostado —y por ahora ganaba la apuesta— de que podía seguir siéndolo para siempre. Al cabo de aquellas tres horas frenéticas yo me sentí es cierto, cansado. Aplaudiendo coreando riéndome como si viera un cachorro recién amanecido estirando las patas en un bosque de pelo todo el tiempo. Cansado Jagger en cambio, que se había dado vueltas de carnero, había encendido los aires con gritos de júbilo, corriendo caboleando parecía estar tan fresco como había llegado.

Aquella suspensión de la muerte su momentánea falaz y convincente derrota se me confirmó en la última canción. Era como yo se lo había augurado a mi propio hijo, *I Can't Get No Satisfaction* en que la cólera por la situación frustrante en que se nos fuerza a crecer se cruza y mezcla con la lujuria de una juerga que lo expresa y desmiente. En el momento [illegible] de la orquesta [illegible] de personas en el [illegible] las luces enloquecieron desde arriba del escenario [illegible] de globos multicolores.

[illegible] Jagger [illegible] de [illegible] gente [illegible] globos [illegible] en [illegible] la gente [illegible] [illegible] años de edad [illegible] la oportunidad en que podamos [illegible] [illegible] [illegible]

Al otro día del concierto, por una coincidencia de esas que gustan a los buenos novelistas y a los malos historiadores, visitó Washington Bianca Jagger, la ex mujer de Mick. Venía para recordar a los habitantes de la capital de los EE.UU. que hay seres humanos en este mundo –y son la mayoría– para quienes el tiempo y la eternidad se divisan desde otra dimensión.

Bianca es nicaragüense, y ferozmente leal a sus orígenes. Yo sé poco de estos asuntos, la verdad, pero me han informado de que es muy famosa, de que era una de las modelos mejor pagadas del mundo, de que salió desde adentro de una torta de cumpleaños en una fiesta, montada en un caballo blanco. El prototipo, decían, del *Jet-set*. Nadie lo diría, viéndola ahora. Se dedica a la causa de la paz en Centroamérica.

Yo la había conocido hará cosa de dos meses atrás, cuando estaba de paso por Washington para convencer al Congreso norteamericano y otras instituciones para que presionaran a fin de que los refugiados salvadoreños que sobreviven por millares adentro de la frontera con Honduras no fueran trasladados hacia el interior. Estaba preocupada, con razón, de que este mudanza, contra la voluntad de quienes habían huido de la represión en su propia patria, crearía una zona mayor de intervención de tropas salvadoreñas en territorio extranjero y que significaría, a corto plazo, una ampliación internacional de la guerra.

Ahora estaba de retorno. Esta vez con una historia diferente, dramática. Había visitado los campos de refugiados el 16 de noviembre, con periodistas franceses, un ayudante de un congresista norteamericano y personas vinculadas a los centros de socorro. Allá vio –y fotografió– el secuestro de un grupo de refugiados, incluyendo mujeres embarazadas y niños. Hombres de civil, con fusiles M16 al hombro se los llevaban de vuelta a El Salvador, con la evidente complicidad de los militares hondureños. Atados por los pulgares, con las manos detrás de las espaldas, iban camino de una muerte segura; unos días más tarde, una semana después, serían descubiertos en alguna zanja, serían la prueba de que el Gobierno de Duarte está ganando su lucha contra la guerrilla.

La intervención de Bianca y de sus acompañantes evitó que eso ocurriera. Los secuestradores, al sentirse identificados, tuvieron que entregar sus rehenes.

Pero la próxima vez, pregunta Bianca, ¿Cuándo no estemos? ¿ahora mismo que no estamos para protegerlos?

Nos estaba diciendo, el día después del concierto de su ex marido, que para algunos seres humanos el tiempo está lejos de ser un aliado, el tiempo está lejos de ser un enigma que no se detiene.

Para algunos, para demasiados, la muerte no es un asunto de hijos y nietos, la muerte no es un asunto de vejez. ■ **A.D.**

«Los refugiados salvadoreños sobreviven por millares dentro de las fronteras de Honduras. Bianca Jagger temió que hombres de El Salvador se los llevaran de vuelta, con la complicidad de los militares hondureños».

LOS JSU TAMBIEN ENVEJECEMOS

TERESA PAMIES

Cuando vi y escuché a Manolo Azcárate en la pantalla de la TVE el día que lo expulsaron del CC del PCE, pensé: «Otro JSU fuera de juego» y sentí una desazón que sólo comprenderían quienes aún quedamos de la primera promoción de jóvenes socialistas unificados. Manolo decía, con la voz quebrada: «Soy comunista desde los dieciséis años y nadie conseguirá que deje de serlo.» Cuando uno se aferra a la autenticidad de su ideal de adolescencia es que todo lo demás se fresquebraja o, sencillamente, te haces viejo.

De repente se me reveló la contradicción entre lo viejo y lo nuevo tal y como lo aprendimos en el «Cuarto capítulo» (1). Me pregunté si mi generación no habrá dejado de ser factor renovador del partido para convertirse en lastre. No sentí lo mismo cuando expulsaron a Fernando Claudín porque teníamos dieciocho años menos. Y esto cuenta, en una promoción política.

«Somos la Joven Guardia...»

Dirigentes y cuadros de la JSU substituyeron a líderes del PCE y del PSUC cuando éstos envejecieron, murieron, desertaron o fueron expulsados a raíz de varias crisis internas. ¿Por qué no constituyeron el relevo del partido socialista de cuyo seno había salido parte de la JSU? Porque la JSU, producto de la unificación de jóvenes socialistas y comunistas el año 1936, se marcó, desde el comienzo, los objetivos de la Internacional Juvenil Comunista pese a su adhesión táctica a la Internacional Juvenil Socialista. La JSU se dio como modelo el «Komsomol» (2) con sus «Pioneros» inclusive, niños destinados a reemplazarnos en la dirección cuando pasásemos al partido. Tal era el esquema bolchevique que el desenlace de la guerra civil no desbarató del todo.

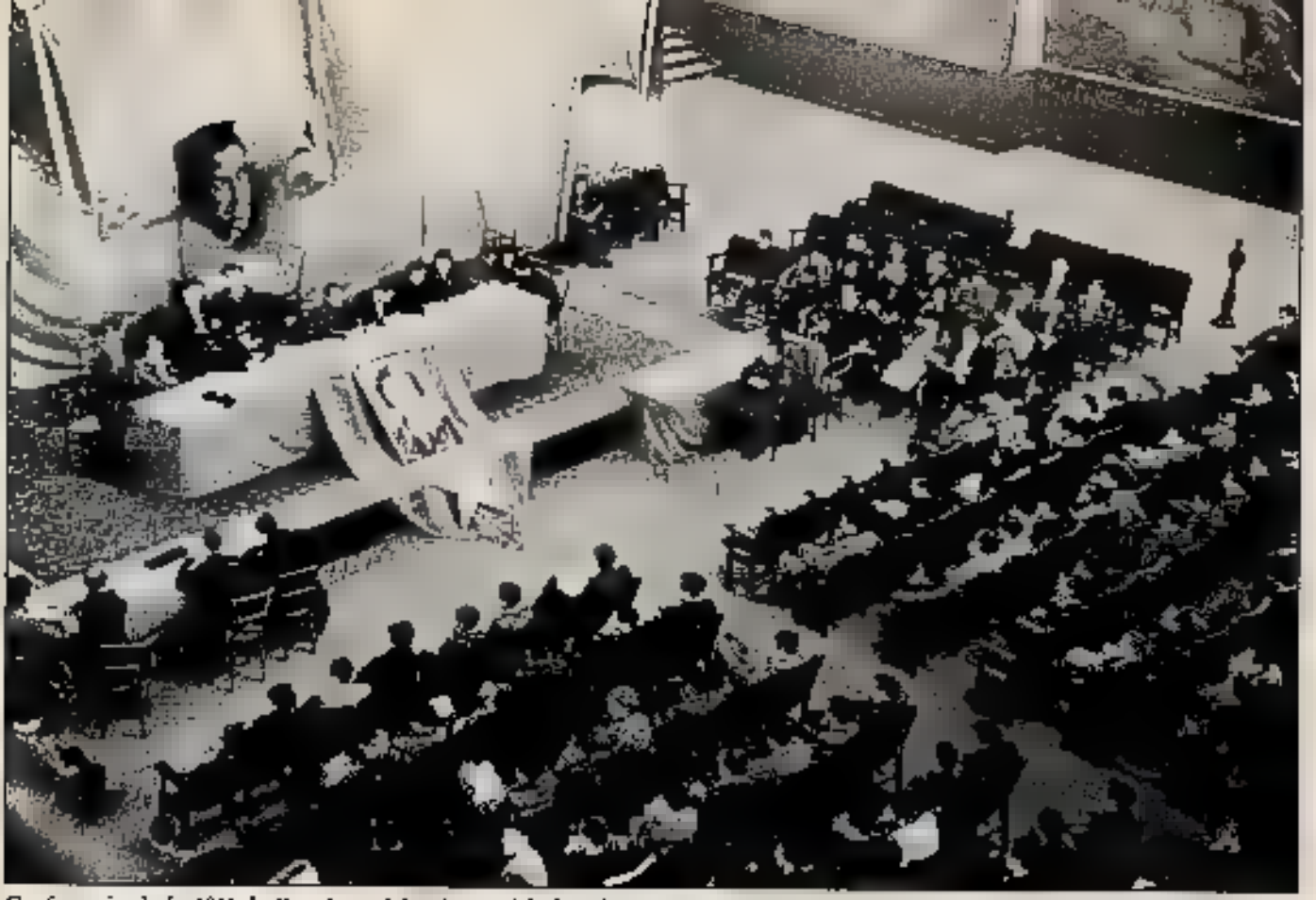
Al unificarnos sumábamos 15.000 y en 1937 ya éramos 300.000 (3) la

(1) «Historia del PCUS» cuyo IV Capítulo sobre el materialismo dialéctico se atribuye a Stalin y fue el catecismo de mi generación.

(2) «Komsomol», abreviación de «Liga de la Juventud Comunista de la Unión Soviética que, a su vez, creó «Pioneros proletarios».

(3) En el quinto aniversario de la fundación de la JSU celebrado en el Teatro Capitol de Valencia, Santiago Carrillo afirmó que de los 50.000 militantes que las JSU tenían en España el mes de abril de 1936, se habían alcanzado los 300.000. En el Comité Nacional celebrado los días 25, 26 y 27 de septiembre de 1937 en Madrid, la Comisión Ejecutiva dio la cifra de 500.000 militantes, 200.000 de los cuales eran combatientes del Ejército Popular.

Jóvenes de la JSUC que salen para el frente de Aragón, en julio de 1936. A la derecha, Lena Imbert, del Comité de Barcelona, muerta en el exilio en la URSS, con A. Paredes, «Gramar», hoy militante del PSUC, de la tendencia anti-eurocomunista.



Conferencia de la JSU de España, celebrada en el Palau de Bellas Artes de Barcelona, en 1937. En la presidencia, fotos de Trifón Medrano y Lina Odena.

mitad de los cuales combatían el fascismo con las armas en la mano. La mayoría de dirigentes y cuadros de la JSU tuvieron que emigrar. Otros miles quedaron atrapados o dispersos en la desbandada de 1939. Serían «concentrados» para su clasificación y fichaje, fusilados o encarcelados. En los combates y bombardeos de la guerra civil habían caído dirigentes y militantes inolvidables (4). La JSU fue la organización juvenil más importante, no sólo cuantitativamente, sino por su papel en la contienda revolucionaria, tanto en los frentes como en la retaguardia. Llegó a ser una auténtica organización de masas pese a los intentos del PCE y del PSUC para instrumentalizarla y a los del PSOE por desunirla (5). No es casual que diera tantos organizadores y combatientes para el futuro.

Los comunistas procedentes de la JSU tenían apenas treinta años cuando pasaron a relevar a dirigentes y cuadros del partido. Conservaban el vigor físico, el entusiasmo revolucionario y el grado de romanticismo imprescindible al combate clandestino y a la acción política más o menos tolerada en los países de exilio, un exilio prolongado que otras emigraciones antifascistas no habían soportado. Con ellos y ellas pudo el PCE organizar el combate en la boca

Ignacio Gallego (ex dirigente de la JSU, diputado por Córdoba, vicepresidente de las Cortes españolas y miembro del Comité Ejecutivo del PCE), en un acto de la JSU en Francia. A su izquierda, Luis Fernández, general de los FFI y Amaya Ruiz Ibárruri.

(4) Trifón Medrano, procedente de la JC, secretario de organización de la primera Comisión Ejecutiva de la JSU murió el 18 de febrero de 1937, durante un bombardeo en Bilbao. Lina Odena, fundadora de la JSU, murió en el frente de Granada en agosto de 1936. En representación de la JC de Cataluña participó en la Comisión Nacional de Unificación.

(5) Queda demostrado en el interesante libro del joven historiador leridano Ramón Cisteró, titulado «Los JSUC ante la guerra y la revolución, 1936-39». Editorial «Nova Terra», 1977, páginas 239 y 328.

LOS JSU

del lobo y evitar su desintegración.

Algunos de los que serían enviados «al interior» con misiones organizativas, de información o de lucha armada, habían militado o *militaban* en la JSU, no sólo la promoción de la guerra civil, sino jóvenes reclutados en los años cuarenta y cincuenta en Francia y América donde la JSU funcionaba y se desarrollaba entre los hijos de los exiliados. La JSU se organizó en estructuras abiertas, creó atractivas publicaciones, promovió actividades culturales recreativas y ejerció gran influencia en el movimiento juvenil antiimperialista del continente americano. Tras la derrota del bilerismo, la JSU en el exilio proporcionó cuadros directivos a la FMJD, al movimiento de la paz, de mujeres y a la FSM, a la Pirenaica y a las radios de los estados socialistas que emitían en castellano y en catalán. Hasta el hombre designado por Beria para asesinar a León Trotski era un JSU (6).

Larga sería la lista de ex-JSU fusilados, torturados, encarcelados por haber entrado en España procedentes del exilio a luchar como ellos lo entendían o les diera a entender el partido que disponía del aparato técnico necesario, en el cual compitieron en audacia, ingenio, generosidad e inteligencia, centenares de muchachos y muchachas que no participaron en la guerra civil, muchos de los cuales no llegarían a viejos. Los que sobrevivieron tienen apenas cincuenta años y aunque no hayan sido promovidos al Comité Central no están «fuera de juego».

Ningún partido de los derrotados en 1939, pudo superar la inevitable decrepitud con una promoción de combatientes de su propia estirpe.

¿Substituir a quién?

Envejecían los líderes comunistas, morían del corazón o de cáncer o, eran apartados en sucesivas crisis resueltas al estilo de la III Internacional. Dirigentes que brillaron con luz propia o por efectos del culto a la personalidad se fueron apagando por falta de substancia o por los vendavales cíclicos llamados «crisis internas». Cayeron del pedestal personajes que pasaban de la categoría de héroes a la de farsantes o traidores, de sabios a papanatas, de infalibles a chapuceros, de clarividentes a ineptos. El núcleo dirigente se habría extinguido por usura del tiempo sin la incorporación de JSU curtidos en la lucha política, con menos lastre en la biografía y una circulación sanguínea más fluida. Pero aquellos JSU son hoy sesentones. Algunos de ellos son co-responsables de los aciertos del PCE y del PSUC, pero también de sus errores.

A veces recordamos a los entrañables camaradas que murieron jóvenes, evocamos su energía, su audacia, su alegría, y pensamos: «Ah, si estuviera Lina, si estuviera Justo, si estuviera...». Olvidamos que «si estuvieran» también tendrían sesenta años y que, acaso, no habrían seguido en nuestras filas como tantos otros que no murieron y son hoy brillantes negociantes o profesionales, banqueros y editores, empresarios y políticos moderados. Algunos dan dinero o facilitan empleo a ex-JSU depauperados. A veces escriben sobre política, antropología, cine o gastronomía. Y uno piensa: «Se nota que fue de la JSU», y eres indulgente con ellos, incluso con los farsantes.»

Viaje a Vietnam de Manuel Azcárate y Santiago Carrillo.

Se acabó la «Joven Guardia» al viejo estilo

■ PCE y el PSUC ya no tienen donde abastecerse de «cuadros». La JC improvisada en el exilio y en la euforia de la transición democrática no constituye cantera para el partido.

(6) La delegación de la JC a la reunión con la JS para preparar la unificación estaba formada por Peñarroya (muerto) Montagut (muerto), Roca (fusilado) y Ramón Mercader (muerto). La JS estaba representada por Antonio López Raimundo (muerto), Manuel Cullebra, pseudónimo del escritor Manuel Andújar, Martínez, Marti-Salvat, hoy miembro del PSC, Sánchez y Luis Salvadores, este último miembro del CC del OSUC, tendencia anti-eurocomunista.

Delegados al XXII Congreso del PSUC, tres de los cuales son ex JSU: Santiago Carrillo, Enrique López y Gregorio López Raimundo. Ramón Mendezona, con boina, director de la Pirenaica.

Su origen y su composición son distintas a lo que fue *nuestra* JSU. En la década de los 80, las organizaciones juveniles políticas no se sostienen, no porque los jóvenes «pasen» de política, sino porque se madura antes, se rechaza el papel de «menor» protegido por la «enjundia» del veterano y se entra directamente en un partido que entusiasme, no para decir amén, sino todo lo contrario.

Ya no pueden amañarse «entes juveniles» como en el pasado, por muchas concesiones que se hagan al «pasotismo» a nivel de lenguaje y de organización. A lo sumo se consigue montar un grupúsculo de adolescentes dirigidos por algún carrozón vinculado al partido y editar una revista semiporno, delicitaria y efímera. El partido sólo paga las facturas y las nóminas. En el seno del «ente juvenil» se reproducen los tufillos derivados de las contradicciones en el padre-partido. De ahí no puede salir el relevo.

Una generación sin historia

El relevo se está gestando entre las nuevas promociones de militantes que ingresaron al partido durante la clandestinidad o tras su legalización, hombres y mujeres que no fueron de la JS ni de la JC, muchos de los cuales no pasaron por cárceles ni comisarías, ni figuran en los ficheros de Comín Colomer, ni de Conesa (ex JSU); no empuñaron armas en ninguna guerra, ni en el «maquis»; no transportaron maletas de doble fondo, no le dieron a la manivela de la multicopista ni tuvieron ocasión de elegir «entre los amigos y el partido». Gente sin historia, pero *incorporada* a la Historia.

Se hicieron del PCE o del PSUC por antifranquismo, por necesidad de verificar en la acción la autenticidad de sus ideas o intuiciones revolucionarias, por rechazo visceral del capitalismo corruptor y apocalíptico. Estas motivaciones pudieron inducirles a ingresar en el PSOE. Es cierto, pero no lo encontraron. El PCE y el PSUC eran realidades tangibles y su organización, pese a insuficiencias, torpezas y errores, se extendía e irradiaba algo más que «luz en la tiniebla», como diría el poeta compañero de viaje.

En la decisión, efímera o duradera, de esa generación de militantes influyó la historia del partido y el prestigio de sus líderes algo mitificados. Sin embargo, lo determinante a la hora de dar el paso fue la calidad de los cuadros medios, responsables de sectores, instructores o enlaces que vinculaban la dirección *exiliada o oculta*, con lo que solemos llamar «las masas». Hicieron más militantes esa legión de abnegados organizadores que las resoluciones del Comité Central, aunque esas resoluciones orientaban y galvanizaban a los encargados de difundirlas.

Hace más de tres años que el PCE y

LOS JSU

el PSUC son legales en España. Tienen diputados, concejales, alcaldes. Han afrontado los riesgos de la legalidad con pericia y sentido de la responsabilidad, pero no se han desprendido del «síndrome» clandestino. Salieron de las catacumbas en plena crisis económica generadora de corporativismo entre la clase obrera, de miedo en las capas medias, de desconcierto en sectores de la cultura, de agresividad entre la derecha económica, política, militar, eclesiástica y de agudización de la pugna entre los dos bloques militares que pueden destruir el planeta. Por si fuera poco, ambos partidos se ven acosados, desde 1968, por el dogmatismo organizado en sus propias filas y alentado desde publicaciones oficiales soviéticas.

Afrontar tantos problemas exige una cohesión y una flexibilidad que el PCE y el PSUC no tienen hoy. Sin embargo, ambos partidos son más necesarios que nunca para sacar el país del atraso, consolidar la democracia y abrir un horizonte socialista a la izquierda española.

Cohesión y flexibilidad se han excluido en los partidos comunista de tipo leninista, pero hicimos serios progresos en la vía de superar la contradicción. Los ex-JSU –expulsados y expulsadores– contribuyeron considerablemente a esos avances.

Pero los JSU somos hoy sesentones. Unos JSU expulsan a otros aunque ya no se insultan ni se despellejan como en las purgas de antaño. Algo hemos mejorado en materia de procedimiento. Hoy puedo seguir en el partido sin romper mi vieja amistad con Manolo Azcárate. Para comprender la dimensión del cambio hay que haber militado 40 años en los partidos de estructura y talante leninista. Aquello era una Iglesia.

Carrillo, Alvarez, López Raimundo y Pilar Brabo, que bien pudo ser el relevo. Todos eran del Comité Ejecutivo del PCE. Hoy sólo queda Santiago Carrillo.

El miedo de los viejos y el de los jóvenes

Hay muchos ex JSU en la base del PCE y del PSUC, pero pintamos poco. No todos estamos en las mismas posiciones más conservamos vivo el espíritu de promoción. Nos encontramos en reuniones, manifestaciones, cenas de homenaje y entierros cada vez más frecuentes y tristes. Evitamos caer en el rollo de los viejos tiempos aunque no falta el pelmazo que insiste en ello. Comentamos la actual situación del partido y se atribuye a la «baja estofa» de los nuevos afiliados que «carecen del entusiasmo, la fe, la abnegación, la entrega a la causa» que caracterizó a los jóvenes socialistas unificados. «Demasiados abogados en el partido, demasiados estudiantes, empleados de Banca, senderos y curas». ¿Los obreros? «No tienen *aquel* espíritu de clase, *aquella* honradez. Van a la puta pela, practican la picaresca para salir de las deudas en las que les metió el consumismo cabrón. No son *aquellos* obreros.

Unos culpan de todo esto al eurocomunismo-revisionista-socialdemócrata o sea: a Santiago. Otros lo atribuyen a la torpeza, a la pobreza teórica de los equipos dogmáticos que siguen agazapados en el partido, o sea: a Josep Serradell «Román», ambos ex-JSU, lo que demuestra que la JSU no es una promoción monolítica. Hasta ahora, ambos han personificado las tendencias en pugna pero cuando eurocomunistas expulsan a eurocomunistas en Madrid y apoyan a dogmáticos en Valencia, puede surgir un tercero en discordia o en concordia y éste ya no será ex-JSU. Tales comentarios demuestran hasta qué punto hemos envejecido los JSU y en qué lío nos encontramos inmersos. ¿Cómo orientarnos? That is the question. Espero que los jóvenes se orienten.

Al menos disponen de más tiempo que nosotros, los veteranos.

Hay que reconocer que los ex-JSU del Comité Ejecutivo del PCE y del PSUC no han impedido la incorporación de jóvenes a la dirección, pero la operación remozamiento se malogra cíclicamente sin que acertemos a explicarlo.

Jóvenes promovidos al equipo dirigente han sido degradados o expul-

Delegación del PCE a Polonia y Bulgaria, con tres ex JSU: Santiago Carrillo, Gregorio López Raimundo y Tomás García. Con ellos Horacio F. Inguanzo. Los cuatro eran miembros del CE del PCE; los cuatro son hoy diputados a las Cortes. Sólo Carrillo sigue en la dirección máxima del PCE.

sados en los últimos veinte años mientras permanece el núcleo de veteranos cada vez más acosados desde *todos* los flancos. No se les puede negar capacidad de aguante, pero no sólo aguantan las presiones negativas sino también las positivas. ¿A qué atribuirlo?; ¿al apego de los jefes al cargo?; ¿a la llamada erótica del poder? Creo que la razón habría que buscarla en el miedo político, en una deformación profesional que consiste en creerse propietario o accionista principal del partido, empresa a la que tanta vida personal se le ha sacrificado. Esto ocurre cuando se vive la política de manera irracional, casi esquizofrénica.

Existe un miedo evidente a «entregar» el entrañable partido a quienes por su edad, origen social inclusive, no tuvieron ocasión de combatir el fascismo con las armas, de sufrir hambre, tortura y destierro. Es un miedo que los jóvenes detectan y ante el cual reaccionan de manera contradictoria, superficial, frívola o cruel; con simpatía o con otro tipo de miedo: la del cachorro que se siente pletórico de ideas y de energías y se ve discriminado por el carcamal aferrado al cargo. Ambos miedos se escrutan y, a veces, se enfrentan.

Nos preguntamos: «¿Qué clase de partido harían estos chicos?; ¿un partido de tendencias organizadas?; ¿un partido abierto a la aventura? No concebíamos que el partido que necesita hoy la clase obrera y las capas populares pueda ser distinto al que nosotros *hicimos*. ¿Por qué ha de ser un partido a nuestro gusto?

Se reproduce el viejo conflicto que protagonizamos los JSU con los viejos del partido, opuestos a cambios de estructura organizativa, a la desaparición de las células y las «tropicas», los «radios» y los «cuñas sindicales»; opuestos a que las reuniones del CC y los congresos fuesen abiertas a la «prensa burguesa». ¿Dónde iríamos a parar?

Algunos veteranos se escandalizan ante propuestas revolucionarias consideradas disgregadoras, liquidadoras de un partido que aman con amor que mata. Presentimos el repliegue al reducto, al entrañable partido de mártires... y de hipócritas, pues no se puede ser santo; sólo fingirlo.

Esto no es nuevo en nuestros partidos y siempre acaba resolviéndose sin ir al fondo de las cosas. La rigurosa clandestinidad facilitó la chapuza. Pero se acabó la coartada de la clandestinidad.

Lo peor que nos podría ocurrir a los JSU sería convertirnos en lastre al envejecer físicamente. Ninguna generación de revolucionarios, ni siquiera los «magníficos» que hicieron posible el octubre de 1917, ha podido ni podrá detener la marcha de la historia. Como diría Guzmán de Alfarache: «No se puede poner coto a los que juzgan; es querer poner puertas al campo, limitar los pensamientos. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no piensen o negar lo que todos afirman. Todo es trabajo sin provecho, como querer atar el humo».

No es muy ortodoxo eso de traer citas de un clásico de la literatura castellana en vez de apoyarse en Karl Marx y en Vladimir Ilich «Lenin». Pero también en esto hay que renovarse o morir, además no encontraría, entre los maestros del marxismo, una reflexión dialéctica más convincente y oportuna. **T.P.** ■

Crónica de gentes

VAZQUEZ DIAZ

notas para un centenario

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Su padre tenía unos bigotes formidables y había nacido en Campofrío. Su madre también. (Quiero decir que había nacido también en Campofrío, no que tuviera unos bigotes formidables: quienes la conocieron entonces recuerdan su extraordinaria belleza).

Cuando Daniel nació la familia vivía ya en Nerva y Nerva todavía no había nacido. Daniel Vázquez Díaz vino al mundo en Aldea de Riotinto (Huelva) el 13 de enero de 1882, tres años antes de que la aldea –al convertirse en municipio independiente– tomara el nombre de Nerva (imp. Nervae Caesari pontifici maximo...).

Los ingleses llevaban allí ocho años y asentaban el imperio de cobre, un imperio que duraría cerca de un siglo (¡aquellos «breeches» impecables de Gordon Douglas!). Durante mucho tiempo en el lejano Madrid pasaron regímenes y reyes, mientras en el cercano Riotinto gobernaba siempre la misma reina Victoria, emperatriz de las Indias y de aquellos antiquísimos veneros rojos de la Turdetania. Ciertamente la «unión jack» ondeaba en las oficinas de la todopoderosa compañía cuando el rey de España cumplía años, pero las fiestas y jolgorios quedaban reservadas para el día 24 de mayo. Hasta los trenes de mineral paraban, según ordenaba el tablón de anuncios: «Trains do not run on Sundays or on Queen Victoria's birthday».

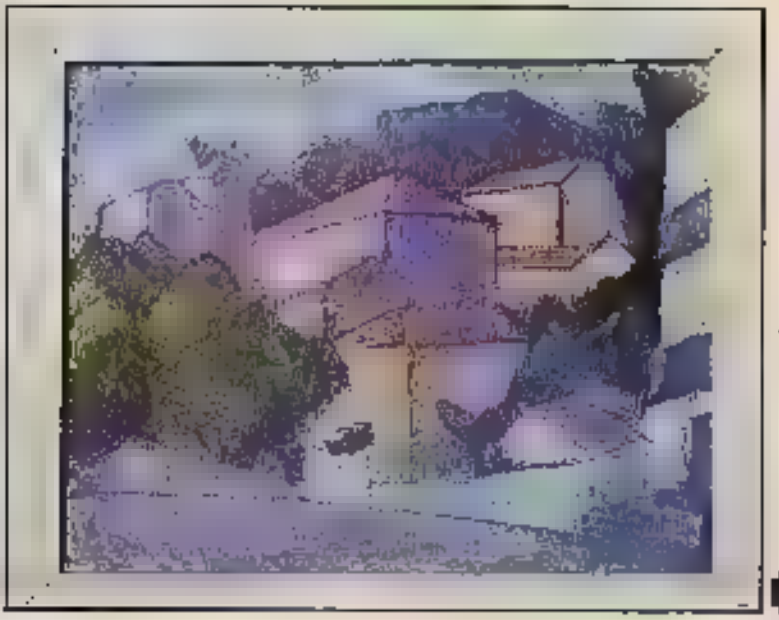
Al calor de las minas (la Mina por antonomasia) había llegado a la aldea el padre del pintor, Daniel Vázquez Delgado. Huérfano al filo de la adolescencia tuvo que sacar adelante su casa, con madre y dos hermanas. Por la Sierra de Aracena iba de Campofrío a Sevilla y de Sevilla a Campofrío, con una mula, vendiendo y comprando, comprando y vendiendo. En Campofrío vivió hasta 1878 y allí casó con Jacoba Díaz Muñoz.

Cuentan que vendió biblias. También tapones de corcho, producto más natural en la región que los libros santos. Me dice Eduardo Haro que su padre conoció en Londres –durante la primera guerra mundial– a un vecino de Higuera de la Sierra (entonces llamada Higuera junto a Aracena) que subía desde la Sierra, por España y Francia, vendiendo tapones. Todo su francés se reducía a una frase: «Voulez-vous acheter des bouchons?». Y con eso se defendía por la vida y el comercio exterior. Vázquez Delgado montó una industria taponera en Campofrío y con el tiempo un pariente suyo –Emilio Arjona Díaz– sería un conato «rey del corcho»...

Cuando llegan a la pre-Nerva, anida la aldea en los comienzos de una espectacular expansión. En ella se concentra buena parte de la población minera. Nerva es casi una ciudad-dormitorio de Riotinto, donde se vive con gran libertad: lejos de Cánovas y no tan cerca de Disraeli como en la mina.

Daniel y Jacoba tuvieron diecisiete hijos. El antiguo vendedor de biblias, ya próspero comerciante, bautiza a los varones con nombres judíos: Daniel, Ezequiel, Isaías, Ismael, Moisés... Tiene relaciones mercantiles con Sevilla. Por eso cuando el joven Daniel va allí para hacerse profesor mercantil hará prácticas de contabilidad en los Almacenes Fernández, de la Plaza del Duque. Antes Daniel estudia el bachillerato con los muy severos salesianos de Utrera, y antes aún –llevado de una vocación irrefrenable– ha empezado a pintar. Dicen que a los ocho años pintó un meritorio retrato de su madre y en el Museo de Huelva está el «Niño de Nerva», óleo infantil por autor y por tema: un vecinito sordo-

Vázquez Díaz en su estudio de María de Molina, a la manera de Velázquez en «Las Meninas». Puede verse el retrato de Juan de Echevarría, el de su mujer, al fondo algo de «Las cuadrillas de Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini». Abajo, un paisaje.



VAZQUEZ DIAZ

mudo, «hijo de ■ comadre Tecla», apellidado Real.

Acaso en los años mozos sevillanos conoció y trató a su paisano el moguereño Juan Ramón Jiménez, que como Daniel quería ser también pintor y que en Sevilla estudiaba Derecho por consejo familiar.

Muchos años después recordaba don Daniel que su padre –en vista del empeño por la pintura– le puso en Sevilla un profesor particular de dibujo. El profesor era malo, pero le hacían muchos encargos (más justo sería poner el consecuente «por lo cual» en lugar de este «pero» adversativo. Vamos a dejarlo así y que tape la conjunción la vergüenza ajena que el hecho produce). Muchos de los retratos que le encargaban los hizo el aprendiz nervense.

■ padre acepta su idea de convertir en profesión la vocación, y viene Daniel a Madrid. Hace copias en El Prado, enamorado ya de Zurbarán y el Greco desde Sevilla. Conoce a Juan Gris, que por entonces ni es Juan Gris ni es pintor, sino un enfermizo estudiante llamado Victoriano González al que su padre quiere convertir en ingeniero industrial. Daniel lo arrastra a la pintura (fácil arrastre con persona tan predispuesta). La amistad de Vázquez Díaz y Gris, continuada luego en París, será muy grande.

Bastante tiempo después Picasso –amigo de ambos– mostraría algo así como celos retrospectivos ante Daniel Zarza Vázquez:

–Te lo quería mucho más a Juan Gris que a mí.

De Madrid a París. Y antes el deslumbramiento –quizá no sea la palabra adecuada– frente al paisaje vasco. Desde entonces Fuenterrabía será una constante en su vida y en su arte, y así fue como el onubense Vázquez Díaz resulta ser para muchos el mejor de los pintores vascos. A mitad del viaje Daniel estuvo en San Sebastián. No quería pedir dinero ■ padre (a quien había contrariado en sus deseos de hacerle un comerciante de tronío) y lo ganó haciendo siluetas recortadas con tijera sobre cartulina negra en el Gran Kursaal de San Sebastián. Cuentan que lo hacía con seguridad y rapidez, que es como pintó siempre.

El primer día de París conoció a Modigliani en un restaurante de Montmartre y ya fueron grandes amigos.

También en París conoció a Eva Aggerholm escultora danesa de familia pudiente, con la que acabaría casándose. Por ella trató al escultor Bourdelle, uno de los artistas que más le influyeron junto a Cezanne.

Todo esto es conocido y está en las biografías. Y el conocimiento de Rubén Darío y los encargos de éste para la revista «*Mundial*», donde hará las cabezas de grandes contemporáneos. Triunfo en París. Una de sus primeras exposiciones, en 1908, la hizo con Picasso. Henri Barbusse le escribió el prólogo de otra individual dos años más tarde. Picasso ahondó, desarrolló y trascendió el legado de Cezanne y así el milagrero universal cambió la pintura del mundo. Su amigo el onubense volvió a España (Después de todo el cupo de andaluces universales ya lo había cubierto Huelva con Juan Ramón). Son muchos los que piensan que con su venida a España cambió la forma indígena de pintar. La lista de discípulos es variada e impresionante: Careja, Olasagasti, Caballero, Juan Antonio Morales, Canogar, Ibarrola, Redondela, Carpe, Clavo... Supo ser un maestro que jamás convirtió al discípulo en seguidor sino que lo puso en condiciones de dar lo mejor y más auténtico de sí. Pero en fin, esto también es sabido. Como lo es asimismo que el pintor aceptado en París fue recibido de uñas en Madrid. «De regreso a Madrid–dirá– sufrí una crisis de desaliento». Y a punto estuvo de irse a vivir a Granada con su amigo Manuel de Falla. Y sabido es cómo fue rechazado en las primeras oposiciones a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando (hubo una manifestación de protesta ante el desmán académico capitaneada por el revoltoso y original Salvador Dalí).

Fragmento de «Los hermanos Solana».

En Madrid tuvo exposición en 1921, prolongada por Juan Ramón Jiménez. Entre otras cosas Juan Ramón escribió: «El arte de Daniel Vázquez Díaz es producto conscientemente evolutivo, revolucionario. El pintor nervense ha asumido, desde muy joven –estancia en París, como en el caso de Manuel de Falla: la literatura viaja, la música menos, la pintura casi nada–, las influencias más varias, progresivas y culminantes, en forma, ritmo y color –Renoir, Cézanne, Gauguin, Bourdelle– y las ha

Vázquez Díaz ■ el gran testigo de su tiempo. Inició la serie de cabezas en París para la revista «Mundial» que dirigía Rubén. Aquí tenemos: Juan Ramón, Baroja, Ortega, Unamuno, Menéndez Pidal e Ignacio Sánchez Mejías.

disciplinado día tras día, ofreciendo, en cada nuevo agosto, el fruto nuevo. Bien dotado para «pintor», para tener de la paleta, pudo perderse– y estuvo a punto– en ese objeto mayor famoso y laureado del fácil nacionalismo pictórico, los rearruinadores ladrilleros de Castilla vieja, los adormilados del casellanismo forzoso, hay, pintores, poetas y músicos «españoles» del día, castellanos o no: o en el otro montón –y el mismo– del último virtuosismo del grupo, del tubo, del ademán de los brazos armados de paleta y pincel –¡la batalla del arte!–; groseros recidematores, aquéllos y éstos, de la olla bien podrida, en la cocina cerrada –¡ni un tragaluz, ni chimenea siquiera!– de la venta nacional.

Varias veces pintó a Juan Ramón (y a Baroja y a Unamuno y a toda la historia de España; hay cuatro retratos de Franco, tres de Alfonso XIII –alguno con su historia detrás–, y hay un extraordinario retrato de Indalecio Prieto en el Ministerio de Hacienda. Siempre a Vázquez Díaz le gustaron los gordos como modelo). También algún retrato de Juan Ramón tiene su historia.

El modelo preferido del pintor era Unamuno. Alguna vez dijo que era «el hombre más guapo del mundo». Y yo le escuché referirse a Unamuno y hablar de «su maravillosa cabeza, por lo de dentro y por lo de fuera». A don Miguel de Unamuno le gustaba mucho posar para Vázquez Díaz, tanto por la pintura de Daniel como por el danés de Eva, que él estudiaba en aquellos años para leer a Kierkegard.

En 1965 coincidí con don Daniel en algunas exposiciones. En una de ellas se formó junto al pintor una tertulia improvisada y alguien habló de cierto pintor de cierta fama –al menos local y regional–. Era un pintor de esos que Juan Ramón habría llamado «farolangueros». Aquel hombre no dejaba que sus discípulos le vieran pintar para que no pudieran copiar la técnica y hacerle luego la competencia.

Comentario de Vázquez Díaz.

–¡Eso que han ganado!

Estaba en el grupo un muchacho andaluz «moreno de verde luna» y don Daniel le dijo que quedaría muy bien vestido de novillero para un cuadro que quería hacer. Nunca posó mi amigo. Años después pasábamos por la calle María de Molina, donde el pintor tuvo su estudio y su casa, y vimos el edificio de pisos construido sobre ■ solar del estudio. Quise yo saber lo que había quedado en la memoria de la vecindad y pregunté a la portera de al lado. Al pronto no caía. Luego dijo:

–¡Sí, hombre, sí! ¿Usted se refiere al viejo que vendía marcos!

Que tomen nota los aspirantes a gloria nacional. ■ V.M.R.

LOS SILENCIOSOS PIANOS DE IRIMIA

RAMON CHAO

MERCED a un enigma de la historia, la del villorrio de Irimia, situado en los lindes búnetos de los maizales del lejano Finisterre, donde el idioma vernáculo no está contaminado de castellano, discurre ligada a la del piano. Cuando en 1709 el florentino Bartolomeo Cristofori transformaba el clavecín para convertirlo en *gravecembalo col piano e forte*, que se llamaría pronto pianoforte y al fin, piano a secas, los peones camineros remataban la corredoira de Miera a Celtieiros, a cuyos bordes empezaría a levantarse el pueblo. Y apenas Ludovico Guistini de Pistoia había concluido sus *12 Sonatas para Cimbalo di piano e forte*, primera composición escrita especial para ■ que iba a ser el rey de los instrumentos, ya el pueblo se estaba poblando de pianos, sin importarle a los irimegos que una persona tan respetada por ellos como Juan Sebastián Bach esbozara muecas desdeñosas en 1726, ante un modelo que le mostraba ■ fabricante sajón Gottfried Silbermann (cierto es que el padre de la música cambió de parecer años más tarde, al serle presentado en Potsdam un pianoforte mejorado y bien temperado), ni que en 1774 el filósofo que más admiraban porque en cierto modo alimentaba sus tendencias panteístas, y que era nada menos que Francisco María Arouet, a quien llamaban ellos familiarmente Voltaire, dijera al escuchar el sonido *martellato* de este nuevo instrumento, cuyos dos primeros ejemplares acababa de introducir Domenico Scarlatti en la Corte de Madrid: «El pianoforte es un cascajo si se le compara al majestuoso clavecín.»

Fue un gravísimo error histórico-musical por parte de un pensador que con sus obras estaba preparando el advenimiento de ■ Revolución francesa, y que si lo hubiera pensado mejor no hubiera escrito, pues el triunfo de aquella suponía el silencio de su instrumento predilecto.

■ clavecín de la nobleza decapitada iba a ser reemplazado por el piano de la burguesía triunfante, necesitada de sonidos amplios, capaces de llenar las salas que requería el público más numeroso. Y al ver esto, con la perspicacia que les caracteriza y el consabido retraso histórico que llevamos, Irimia arrampló con todos los pianos del país para sus pazos y mansiones.

«El pianoforte es un cascajo si se le compara al majestuoso clavecín» (Voltaire).

Las familias acendraban sus linajes con la calidad de las marcas: los de menos ralea y hasta diría que vulgares eran los Chassaigne Freres que se comprahan de segunda mano en los casinos comarcanos: más noble prosapia conferían los Roisel, de la tienda de un lituano instalado en San Manuel de Goente, y la cima de la escala social se alcanzaba con los Gaveau, los Steinway y los Pleyel, por este orden, procedentes de Madrid en camiones del pescado, que al regresar sin carga los transportaban.

A mi entender sólo a Irimia llegaron ecos de la querella internacional que se entabló en torno a las maravillas y limitaciones del teclen percutente. El pueblo se partió en dos fracciones rivales y la discordia perduró hasta no hace mucho entre los que, basándose en qué raros son los compositores que no hayan escrito para este instrumento toda o la mayor parte de su obra, añaden que sus posibilidades son prácticamente ilimitadas; no sólo porque, como su nombre indica, puede tocar fuerte y suave, cosa imposible para el clavecín, sino por los infinitos matices de ambientes, ritmos y colores que se pueden obtener mediante el ataque de los dedos y el juego de los pedales; que gracias a su amplio registro «una extensión de ocho octavas» es el instrumento polifónico por excelencia que admite transcripciones orquestales e improvisaciones de complejas armonías, en las que el pensamiento se plasma inmediatamente en su forma sonora, mientras los del otro bando arguyen que, siendo un instrumento de percusión, su sonido resulta seco, árido y duro, al que acompañan otros ruidos inherentes ■ su mecanismo. No paran ahí sus críticas; aún hay mayores: una vez emitido, ■ sonido del piano no ■ puede modificar, ni ampliar ni rectificar, como sucede con la mayoría de los instrumentos de viento o de cuerda. Breves y efímeras, sus vibraciones están condenadas a extinguirse recién producidas y de nada han valido los intentos de Héctor Villalobos y otros, mediante juegos de pedales, para hacerlos perdurar. Resultado: que el médico no se lleva con el farmacéutico,

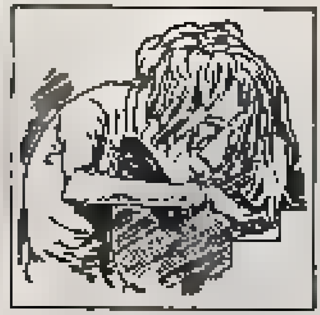
discuten acaloradamente los ociosos en el bar Rozas e, incluso, las lavanderas de la Fonte das Ovellas pierden el tiempo en disquisiciones estéticas mientras les clarea la ropa el sol.

Yo estoy por darle la razón a estos últimos, pero sólo en lo concerniente al exceso de articulación que se les exigía a los pobres estudiantes en los primeros tiempos del piano. Y es que todavía no se sabía que este instrumento necesita una técnica apropiada y se le seguía tecleando con la del clavecín: articulación mecánica, juego únicamente digital, evitando incluso en lo posible la utilización del pulgar. Impartía esta técnica a Trinia doña Sagrario, que además de imprentera tocaba el órgano en la misa de los domingos, y a diario en las novenas. Sus clases de posición fija eran suplicios chinos: consiste este ejercicio en apoyar los cinco dedos al mismo tiempo en cinco notas seguidas: do, re, mi, fa y sol, pongo por ejemplo. Se toca la primera nota cuatro, cinco o las veces que se ordenen, manteniendo los otros dedos a fondo, luego el re otras tantas, después el mi y así seguido. Hay que levantar bien el dedo y atacar las teclas desde lo alto con energía. Todas son difíciles de articular, pero la palma se la llevan el meñique y el anular. Con este aburrimiento pasaban los niños horas diarias y, más tarde, sin abandonar la posición fija que habrían de practicar toda la vida, se veían en el Hanón metidos, un libro de escalas y arpegios de todas sus modalidades, melódicas y armónicas, en sextas, terceras, octavas y muchas más; un método que contiene torturas refinadas por las combinaciones sutiles y sádicas, dolorosas e innecesarias, que dejan los dedos completamente engarabitados.

Tan arraigadas estaban estas técnicas que ni los mismísimos Chopin y Liszt, con todo y ser intérpretes y compositores geniales, lograron desarraigarlas completamente. El primero introdujo la *técnica de la muñeca*, un paso importante hacia la *del brazo* ideada por el segundo, que proporcionaba ya una gran flexibilidad a las interpretaciones, en el entretanto que un pedagogo, hoy un tanto olvidado, Kalkbrenner, pero que a la sazón era el gran rival de Liszt, inventaba la *tercera mano*, que no es ni más ni menos que el empleo sistemático del pedal sonoro, un método donde el pulgar, antaño desdeñado por su inutilidad, desempeña la voz cantante, acompañado por acordes arpegiados que despliegan los demás dedos. Chopin utilizó este procedimiento con gran sutileza. Liszt abusó de él, sacándole efectos de gran sonoridad, pero cayendo a veces en la grandilocuencia. Fueron errores de juventud del gran virtuoso de la historia del piano, el primero que tuvo la ocurrencia de dar recitales de piano, creando así una nueva especie que Saint-Saëns incluiría en su Carnaval de los Animales.

Los habitantes de Trinia arramplaron con todos los pianos del país.

Liszt fue el primero que tuvo la ocurrencia de dar recitales de piano.



Por aquel entonces [illegible] llegó a Trinia una profesora de verdad, que era del pueblo, pero había estudiado toda la carrera en Barcelona. Joven y peripuesta, muy atildada a la moda, se pintaba los labios y las uñas de rojo encendido, incluso las de los pies, cosa nunca vista en la comarca y que causaba muchas excitaciones entre los parroquianos. Purita sólo admitía a algunos de la clase encopetada, y cuanto más baja era la extracción social, más le cobraba. Decíase de unas hermanas, tratantes maragatas enriquecidas con la compra y venta de jamones que pagaban por los demás, lo cual muy bien podía ser un infundio, pues uno de los secretos mejor guardados en el pueblo era la cantidad que se le daba a Purita por las lecciones: a las familias no les importaba que sus hijas tocaran así o asá: sólo querían que se parecieran a las damiselas pintadas por Renoir y aparentar que la profesora se las tenía de balde, y por eso cotizaban alto.

Haciendo posición fija pasaban los niños varias horas diarias.

Dos hermanas maragatas enriquecidas con la compra y venta de jamones.

LOS SILENCIOSOS PIANOS DE IRIMIA

Se hubiera podido temer que las campañas de denigración contra los virtuosos, obligados a embrutecerse durante ocho o diez horas diarias para adquirir una técnica en detrimento de su sensibilidad y formación, fueran a terminar con el ímpetu pianístico de Irimia. Pero no. Debussy pudo decir, recalcando lo de Saint Saëns: «La atracción del virtuoso es como la del circo para la muchedumbre. Se espera siempre que ocurra algo peligroso: que Fulano toque con el violín en la espalda, o que Zutano termine una pieza levantando el piano con los dientes», que no decayeron los ánimos en Irimia. Claro que las primeras grabaciones en rollos de cera y en discos de 78 revoluciones de Paderewski, grabados cuando ya el maestro estaba aquejado de artrosis y tenía que colocar las manos durante quince minutos debajo de un chorro de agua caliente, de Alfred Cortot, de Schnabel, de Kemf, de Yves Nacy del gran Dinu Lipatti, todas ellas con sus imperfecciones técnicas y sus notas falladas, les confirmaban en que se podía ser intérprete y artista y con ellas se quedaron, menospreciando los alardes de gente como Georg Cziffra, que creía que podía engatusarlos con tanto correr y acelerar. Sea lo que fuere sus ánimos quedaron un tanto quebrantados por las proezas técnicas de los nuevos pianistas y en un alarde de mecenazgo el Ayuntamiento becó en París a uno de sus hijos más avispados, que se había distinguido en su niñez tocando de corrido «Lonne da Terriña», del maestro Montes, cuando lo que tenía que haber hecho el alcalde era pavimentar la calle Leopoldo Lombardero. La misión de Mario Veiga era aprender la nueva técnica y llevarla al pueblo.

El Prometeo del teclado estudió dos años cabales con Lázaro Levy, uno de los maestros más representativos de la *técnica del peso*. Con el nada de escalas, de arpegios ni, por supuesto, de posición fija. No merecía la pena perder tiempo repitiendo hasta la saciedad pasajes que tal vez nunca se presentarían en una obra, y las dificultades había que vencerlas en las obras mismas. Con el nada de articulación. El peso de los brazos sobre el teclado partiendo de los hombros, el deslizamiento de los dedos en lugar del martilleo sacan un sonido más sosegante, apropiado para la música de Fauré y de Debussy. Desgraciadamente para los irimegos, el virtuoso que mandaron a París no lo era tanto, pues allí se quedó encadenado sin regresar con los secretos.

Las primeras grabaciones hacia 1980

A los siete años tocaba de corrido «Lonne da terriña» del maestro Montes. (Grabado de Mozart).

Tengo entendido que desde la defección de su niño prodigio se padece desgracia musical en aquel pueblo: los pianos tapados con fundas de terciopelo, callejean solitarios por rúas desconejadas, sus habitantes sin arte que les dilate el corazón, entregándose incluso al feo vicio de la bebida. Y como todo escapa al destino que le han trazado los dioses, debo decirles:

– que asistimos a un fenómeno de redescubrimiento de la práctica musical, ya no privan los pianistas de mecánica implacable, cuyos conciertos no ofrecen ninguna sorpresa, pues ya se sabe por los discos cómo tocan y cómo tocarán irremisiblemente siempre;

– que el piano es un instrumento pedagógico importante, relativamente fácil de aprender por la visualización de las notas (blancas y negras) y que desarrolla, además del gusto musical, los reflejos generales de los niños;

– que la producción industrial del piano ha hecho bajar sus precios considerablemente en relación con el coste de la vida;

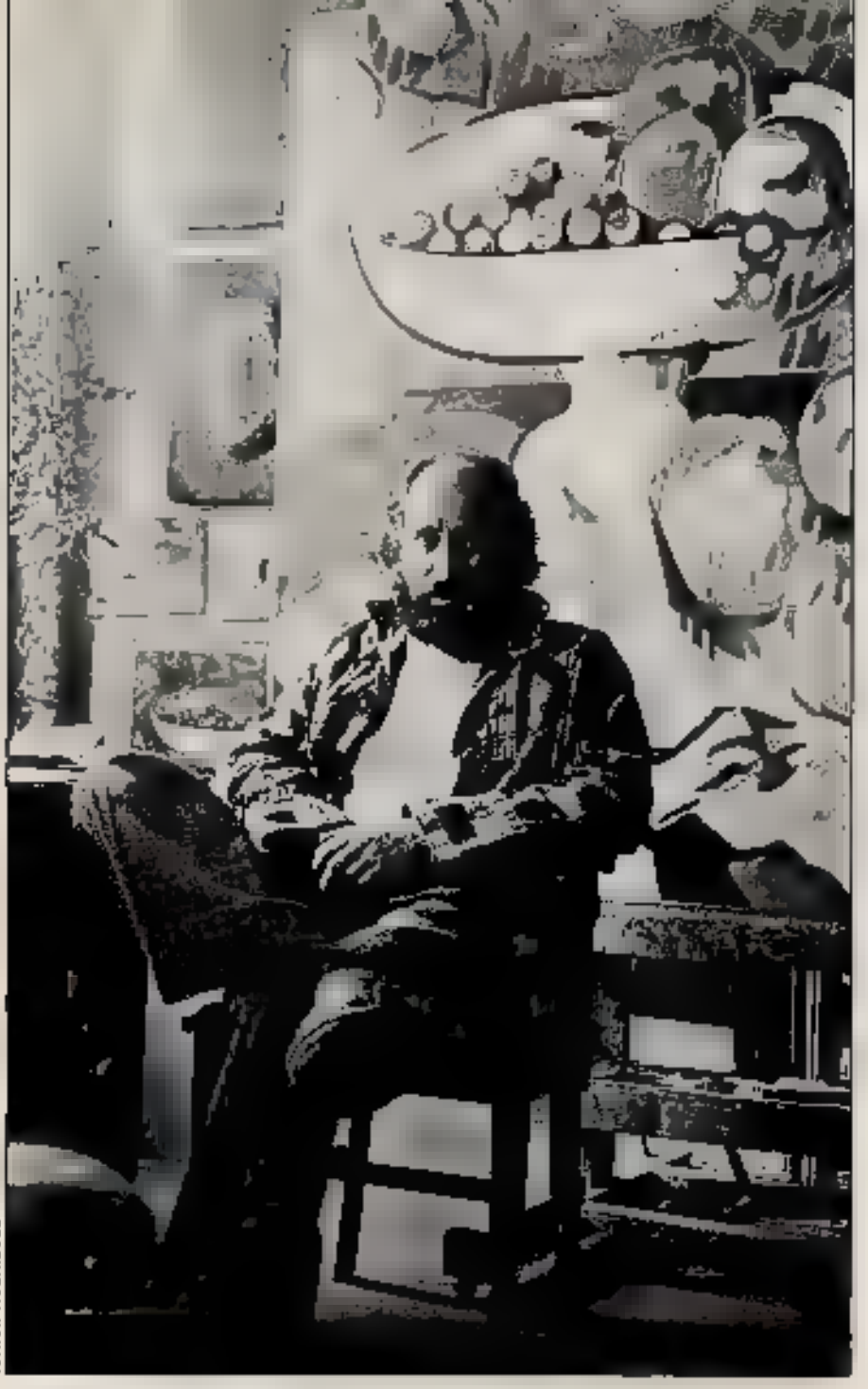
– que no hay edades idóneas para empezar su aprendizaje. Un adulto que inicie sus estudios a los cuarenta años no llegará a ser un Rubinstein o una Alicia de Larrocha, pero en poco tiempo alcanzará un nivel suficiente para obtener resultados que procuren una íntima satisfacción personal;

– que se terminaron aquellos métodos absurdos que consistían en pasar años estudiando solfeo y luego haciendo escalas arpegios y posición fija antes de abordar las piezas, ahora la pedagogía moderna aconseja aprender, incluso el solfeo, directamente en las piezas de piano, tocar las notas al tiempo que se aprenden en Sonatas fáciles, invenciones a dos voces, etcétera;

– que de nada vale tratar de asimilar una técnica impuesta por un profesor: cada alumno debe descubrir su propia técnica, acorde con la configuración de su mano, establecer por ello su propio doigtée, en suma, que llegó el tiempo de los pianistas autodidactos;

– que desconfíen de los maestros que les llegan de fuera con novedades. En música, como en cualquier arte, los medios materiales deben emanar de la intención creadora. Gran pianista y gran creador fue Chopin, porque sentía lo que hacía, y no porque dominara la técnica. Así pasó a la historia de lo grotesco el referido profesor Kalkbrenner, que tanto insistió durante toda su vida para darle lecciones de piano con el fin de que aprendiera a tocar. ■

R. Ch.



RAMON RODRIGUEZ

la vocación tardía de ALFREDO ALCAIN

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

ALFREDO Alcain, pintor de lo cotidiano, retratista de fetiches, a veinte años de su primera exposición, acaba de encontrar su vocación artística. Durante todos estos años ha venido pintando un poco por casualidad, otro poco por indecisión; en definitiva, por mal estudiante de bachillerato.

–Yo nazco en agosto de 1936, en Madrid, en este mismo piso de la calle Lagasca (casa-estudio abarrotada de objetos artesanales, calendarios antiguos, mujeres-torero, plantas agarradas a sí mismas, pañitos de lino encaje artesanal y cuadros de la próxima exposición en los que esté trabajando con prisas. Aquí, en casa de altos techos y resonancias de tantos años de vida, el magnetofón recoge nuestra conversación, entrecruzada por ecos añejos). Así que yo nazco a un mes del golpe de Estado de Franco. Mi familia era una familia normal, sin especiales tendencias artísticas y empecé en esto por cierta habilidad para dibujar, pero no excesiva. Tengo un hermano mayor que dibujaba mucho mejor y hoy es ingeniero y no pinta. Pero yo nunca sabía lo que quería ser, era muy indeciso, nunca supe lo que era vocación de pintor...

–¿Sigues sin tenerla?

–Bueno, ya estoy empezando. Hace unos cinco años o así, me di cuenta de que sí la tenía. Pero cuando empecé dibujaba sin gran entusiasmo, pintaba un poco por ver qué era. Afortunadamente, como me gustaba, lo pude continuar. No hice el bachillerato porque era un desastre para los estudios. Empecé comercio y taquigrafía, preparándome para entrar en el mismo banco en que trabajaba mi padre. También me pusieron un profesor para estudiar el ingreso en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Y seguí pintando luego porque aprobé el ingreso; si me suspenden, posiblemente habría empezado a trabajar en cualquier cosa y nunca habría pintado. Yo creo que es así, ¿eh? si no apruebo, no sería hoy pintor, aunque nunca se sabe. Yo no tenía vocación y era muy indeciso para todo. Porque después de entrar en la Escuela y trabajar y pintar, por ese camino, tampoco me veía yo con esa necesidad. Me asombraba la gente que estudiaba conmigo; muchos venían de fuera, tenían muchísima vocación, vivían en pensiones de mala muerte, pasaban hambre, porque «la pintura para ellos...». Siempre tuve cierto complejo por eso, aunque luego muchos de ellos han sacado el di-

ALFREDO ALCAIN

plomo, han hecho oposiciones, se han puesto a dar clases ■ lo que sea y no han pintado más. Yo siempre he tenido como facilidades, pero nunca he dejado de pintar.

–No es fácil de entender que hayas pasado veinte años trabajando, esforzándote, creando, sin tener interés por algo más que el «oficio de pintor».

–No sé, cuando entré en la Escuela estuve dibujando un año entero, preparando el ingreso. Iba al Casón, al lado de El Prado y hasta que no pasé varios meses en la Escuela, nunca fui a verlo. Me daba un poco igual. Y aquellas navidades primeras, hablando con la gente de ■ Escuela lo dije y me hicieron ir, me llevaron. Pero tampoco había estado en el Museo de Arte Contemporáneo de la Biblioteca Nacional, ni nada. Luego, sí. Ahora veo bastante, voy bastante. Pero entonces me daba un poco igual.

–En las pocas salidas que has hecho hacia otros trabajos, como colaborador de Martín Patino ■ de José Luis Gómez, ¿dejaste de pintar?

–No, pero casi nunca me he salido de lo mío. Yo hice la Escuela de cinematografía por Decoración, un poco por continuar con lo mismo, pero no me sirvió de mucho, no volví a hacer nada, aparte de la colaboración en «Nueve cartas a Berta», «Canciones para después de una guerra», y en teatro con José Luis Gómez y Peter Fits haciendo la escenografía y las máscaras de «El pupilo quiere ser tutor», de Peter Handke. Pero no soy capaz de trabajar en equipo, fuera de aquí, de mis cosas. Sería por falta de costumbre, pero lo pasé muy mal. En el cine había que decidir muy rápidamente sobre ■ marcha un montón de cosas y a mí me dejaba mal. Lo pasé muy mal. Luego, una vez hecho, me interesó mucho, pero creo que no sirvo. Así que he hecho pocas cosas, al margen de eso. Sólo lo que ha surgido por que sí. Dibujé en «Cuadernos...», pero cuando desapareció, nunca más volví a hacer nada. Si me lo ofrecen, lo hago, pero luego, a lo mejor, lo dejo, porque tampoco es que yo haga mucho humor...

Sin embargo, Alcaín es capaz de organizar exposiciones llenas de humor, capaces de atraer incluso al público que actualmente no pasa de asistir tímidamente las galerías, como la que hizo en 1975, en la galería Egam, donde montó la obra entre reclamos de rebajas, saldos y subastas al mejor postor.

–Aquella exposición obedecía un poco al montaje; algunas de las cosas que había en la exposición eran sólo chistes, en el mal sentido, sólo coyunturales. Hice incluso una televisión con un aparato viejo que tenía en casa de las primeras que hubo en España, ya estropeada, la vacié, pinté una madera con un locutor y sobre eso pinté como una bandera, con un cartel que decía «televisión en color, sistema nacional». Era como un chiste y ahora pienso, ¡qué bobada! Usaba mucho las banderas. Ahora también me da un poco de corte por la significación que tienen las banderas.

–En cuanto al trabajo en Prensa, ¿volverías a hacerlo?

–Casi prefiero no hacer cosas ni cosas en Prensa, porque en la época de «Cuadernos para ■ Diálogo» lo pasaba muy mal, pinté muy poco, no tenía tiempo, pensaba continuamente en el trabajo que tenía que entregar semanalmente.

–¿Coincidió con la crisis que tuviste entre el 75 y el 77, en la que casi no pintaste?

–También tuvo que ver eso, pero ■ que lo que estaba pintando entonces no tenía solución, se estaba acabando y no encontraba salida. Entonces hacía las tiendas.

–¿Qué ambiente encontraste en Bellas Artes, en los años de aprendizaje?

–En general, casi no había ambiente; no había casi galerías, la Escuela era muy escolástica, era impermeable a lo que se hacía fuera del país y tampoco se sabía lo que se estaba haciendo antes de la guerra, en

«Cezanne, petit-point I» (1980). «Cezanne, petit-point II» (1981). Los dos óleos forman parte de un último trabajo en serie que presentará en marzo de 1982 en Madrid.

«35 frutas y verduras», Alfredo Alcain, julio 1979-febrero 1980.

la República. Había un desfase grande, no había conexiones con lo que se hacía fuera ni dentro. Me acuerdo de que la primera exposición que hizo el grupo El Paso, en Madrid ni la vi. Quizá coincidió con la mili, que me tocó en Africa, pero es que tampoco había ambiente. Aquello estaba muerto. Todo era muy serio.

–Muy «académico».

–Bueno, la Escuela me ha dejado un lastre enorme. Era una época algunos pocos nos. Y ese lastre no te lo quitas nunca. Hay una gran diferencia entre los pintores que han pasado en esa época por la Escuela y los que no. Estos iban más libres, más por su cuenta y hoy tienen más creatividad; estaban más atentos a lo que se hacía, ■ agarraban más a lo que veían; nosotros, con eso de estar en la Escuela, creíamos que era suficiente. Los otros habían salido de España, se habían movido más. Sí, un lastre que no me quitaré en mi vida.

–No te dejó ningún interés por la enseñanza...

–No, ni siquiera saqué el título. Terminé la carrera, pero no fui a por él. Ni siquiera ahora, que muchos andan revalidando títulos con la Facultad y demás. La enseñanza me da mucho respeto.

Más adelante, Alfredo Alcaín estudia en la Escuela de Artes Gráficas, donde la gente acude tan sólo a aprender el oficio de grabador. Pero él, en el taller de litografía de los Dimitri si encuentra un ambiente más artístico, más profesional, aunque hubiera también muchos estudiantes de la Escuela. Además, la piedra resulta más agradable de trabajar, aunque por esas cosas de la vida no haya vuelto a trabajar con ella y en cambio sí haya vuelto a las planchas, a rayarlas ■ estilo tradicional.

«A la pintura» (1977) obra con la que Alcaín cerró su larga crisis vocacional.

–Mientras estudiaba grabado, litografía, yo seguía pintando en casa y buscando galería. Había que llevarse unas fotos de los cuadros y pagar, pagar siempre, para exponer. Empecé en Toisón, en 1962 que estaba y está en la calle del Arenal. Tardé cuatro años en exponer desde que salí de ■ Escuela, pero entonces era normal. No como ahora, que cuando terminan, ya exponen. Entonces comenzabas la rueda: exponías, pagabas y te ibas y así hasta que expuse en la galería Abril, que daba un premio en el que iba incluido el exponer allí mismo.

–Los grabados de aquella época, de las de después, son siempre en blanco y negro, muy a línea...

–Es que yo soy muy tradicional, muy conservador. ■ grabado, como era antiguo me parecía mejor a línea, blanco y negro. Como ya tengo el color para los cuadros, pues para qué voy a hacer mancha de color en el grabado. Lo hago tradicional porque a mí lo que me gusta es hacer la rayita, morder y estampar. Ahí es donde más tradicional soy. Me gusta, me gusta la raya. Podían ser manchas. Las litografías tradicionalmente sí llevan color y, si volviera a hacerlas, volvería a darles color. Es una super-

ALFREDO ALCAIN

tiene plana y ahí pintas sobre la piedra como sobre la cartulina. Pero a la plancha me parece que no le pega, no le va el color.

–¿Cuándo has decidido dejar una etapa, una línea, en cualquier trabajo?

–Nunca las he dejado del todo, ¿eh? Siempre he vuelto a ellas de una forma u otra. Ahora, sí, estoy con una exposición para marzo que es precisamente una serie sobre un mismo cuadro, un mismo bodegón. Otra gente sigue una línea muy definida, pero yo nunca he trabajado así. He tenido etapas más marcadas, como las tiendas, los escaparates, las fachadas que estaban muy relacionadas, durante los años sesenta, hasta el sesenta y dos, que empiezo los cañamazos, que en realidad eran una consecuencia de lo anterior, de los papeles de vasar. Ese año como no me gustaba repetirme, empecé otra cosa.

–Algunos temas los repites casi de una forma obsesiva.

–La más marcada ha sido precisamente la de las tiendas, etcétera, y fue la etapa que más duró, que aún dura, porque tampoco es que lo haya dejado del todo.

–¿Te planteas el trabajo de cara a las exposiciones o vas pintando libremente, acumulando obra, hasta que tienes suficiente?

–No, voy trabajando a mi aire; en esta exposición del 72 sabía que si exponía otra vez comercios y demás, vendería, pero no me apetecía volver al tema y surgió lo que ya venía de un tiempo antes, los cañamazos, el petit-point. Y fue fatal, claro. A la gente le molesta mucho que cambies, aunque tampoco supuso para mí un corte con lo otro, que lo hubiera dejado de lado. Luego seguí haciendo cañamazos, bodegones, tiendas. La exposición del setenta y cinco, por ejemplo, en la que había de todo, había grabados, objetos, bordados, cosas y, fue tan liada, que la monté toda como unos saldos, rebajas y eso. Es que me gusta mucho hacer que los cuadros no estén solos, allí colgados, sino que tengan un poco de calor. Por eso, hay cosas que las vuelvo a ver al cabo del tiempo y me parecen mal colocadas, muy frías. Hay algunas, de todas formas, que aguantan más que otras al paso del tiempo, unas funcionan mejor que otras que quedan como muertas, como los «chistes». Pero tampoco es que necesiten de un montaje. De todas formas, a mí no me importa que algo antiguo ya no me guste.

En algún lugar Alcaín ha dejado escrito que sus fallos, sus posibles fallos, le interesan también como parte de su evolución, para que se conozcan sus logros y sus esfuerzos y, en definitiva, como parte de su biografía, que queda escrita en lienzos, grabados y objetos.

–Desde el setenta has expuesto siempre en la misma galería de Madrid, ¿hay algo de vicio en ello?

–No, porque nunca he tenido ningún contrato con ninguna galería, me he cuidado de estar al margen. A lo mejor, ahora sí lo haría. Hubo un momento en los años setenta y cinco que estaba muy de moda y todo el mundo tenía su contrato con galería, te lo ofrecían. Pero yo nunca quise porque prefiero ir a mi aire. Con esta de Madrid, nunca he tenido más relación, aunque va a ser la quinta exposición que haga con ellos, que el momento de llevar los cuadros y de traérmelos.

–¿Cuándo terminas de preparar cada muestra?

«Papel de vasar con cesto de rosas y frutero», A. Alcaín. Septiembre 1978.

–Voy pintando hasta que veo que tengo suficiente obra, pero nunca toda. Sería un milagro. Cuando tienes una serie de cuadros, vas continuando por esa línea, ya tienes un camino y con un año de tiempo o así, me pongo fecha. Pero siempre me pasa lo mismo, al final ando con muchas prisas y queriendo acabar.

–Tienes fama de trabajar muy árduamente y muy despacio.

–Sí, tardo mucho, me cuesta mucho esfuerzo, vivo a mi aire muy tranquilo y me paso mucho tiempo con los cuadros; demasiado. Si no tuviera ningún compromiso de exponer no acabaría nunca. Aunque, quizá, necesitara más tiempo para madurar la obra. Lo bueno de tener una fecha es que se obliga, lo malo es que a veces pintas un poco de prisa. Pero no tiene nada que ver con la galería, que no me dice que tenga que ir por una línea ni nada. Claro, a la gente que tiene contrato la pueden hacer ir más por lo comercial, que en mi caso quizás hubiera sido la de las fachadas. Y eso sí que te molesta, porque parece que te encasillan y no sabes hacer nada más.

–Debe ser agotador tener que trabajar siempre un mismo tema.

–Sí, sí. Hay un cansancio natural de los temas, pero a la gente no le gusta que cambies. A mí me decía hace poco un amigo que lo que tenía que haber hecho es evolucionar desde las tiendas y los escaparates. Y quizás tenga razón y yo no supe hacerlo, o realmente sí evolucioné desde ello porque lo fui alternando con los bordados y las frutas y los papeles de vasar.

–Se ha interpretado de muchas maneras la elección de tus temas, su apego a los objetos cotidianos, a las calles de la posguerra, al Madrid paleto de los cuarenta.

–Sí, a mí me ha gustado callejear desde siempre y también esas cosas cotidianas, aunque no tenga una conciencia clara de que obedezca a una influencia especial. Yo he sido y soy muy mirón, muy mirón, muy mirón. Pero tampoco sé por qué comencé a pintar las tiendas; supongo que porque me interesaron. Ni por nostalgia, ni por hacer crítica social, como se ha llegado a decir, ni nada. A mí eso me ha llamado por un sentido estético.

De la serie «Tiendas», «El estanco», de Alfredo Alcaín, agosto 1978

—Hablabas antes del encasillamiento con que a veces se maldice a los pintores; por parte del comprador, por parte del crítico, por parte del vendedor.

—Te encuadran. La gente tiene la obsesión de que sigas haciendo una cosa y te pueden llegar a encasillar de verdad, hasta hacerte sentir incómodo [illegible]. A mí me ha molestado, por ejemplo, que me colocaran en el estilo «naïf»; se ha dicho que era ingenuo.

—¿Dónde te colocarías tú?

—A lo mejor es que no reconozco que yo tenga algo de «naïf», pero yo creo que no. El «naïf» es un señor que pinta fuera de cualquier conocimiento de los cánones de la pintura, con una actuación personal como más pura, más ingenua. Posiblemente yo pueda tener ese toque de ingenuidad, que se puede confundir con ciertas formas populares que yo practiqué un poco durante años. Mi pintura de entonces, mi elección de la forma, de la perspectiva, de esos temas de papeles de vasares podía ser incluso lo contrario del «naïf», una actitud sofisticada desde el conocimiento precisamente de las normas de pintura, de la técnica.

[illegible]

—El pop es más lógico [illegible] más lógico.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

cial no visita las galerías, las mira desde fuera, como con miedo de entrar en ellas.

—Una manera más fácil de llegarle fueron las exposiciones de Primavera; has participado activamente en ellas, ¿las recuerdas como algo útil?

—Bueno, entonces yo creía que sí, lo hacía con mucho entusiasmo; pero al final me cansé, porque no encontraba tiempo ni concentración para trabajar en mis cosas. En realidad, creo que la gente no tiene demasiado interés por lo que se hace en pintura. Van muchísimos a ver las grandes exposiciones, sobre todo las que se están haciendo últimamente. Hay muchísima gente que visita el Museo de Arte Contemporáneo, El Prado, el Palacio de Cristal y demás. Pero no van a las galerías, igual que fuera; en el extranjero pasa igual, y más cuanto más importante sea la galería. La gente en general no les interesa, así que no es por falta de cultura.

—Volviendo a tu biografía, en los años que van del setenta y cinco al setenta y seis, sabemos unas cosas de lo que hiciste, pintando espontáneamente el homenaje «A la pintura», lleno de colorido.

—En aquel momento, que desde luego coincidió como contaba, más con otras cosas que estaba haciendo y me robaban tiempo, no es que no pintara absolutamente nada, pero cada vez lo hacía menos. No tenía salida, estaba muy harto, cansado de un mismo tipo de trabajo. Entonces, un poco por influencia de la moda de color que llegó, comencé a hacer otras cosas. Hasta aquí lo que hacía eran los [illegible] colocándolos al lado del modelo. Luego, a partir del homenaje, me vino el hacerlos más grandes, lo que es un poco distinto, con un color mucho más vivo. Y todo eso lo continué con mi trabajo en madera recortada, es lo que pensaba [illegible] más entretenido de hacer. Cortar la madera, trabajarla era mucho más agradable.

—Por un lado, en esta etapa, encuentras el color, pero pierdes libertad; si recortas el soporte, te limitas en el espacio, ¿no?

—Pero es que yo no pienso mucho las cosas, me van surgiendo un poco porque sí, pero nunca tiene una razón especial; me ha surgido una cosa, me ha apetecido, lo he hecho y ya está. Luego me cansé de cortar la madera y volví a la tela. Llevaba tanto tiempo sin pintar en tela que lo cogí con mucho interés. Dejas una cosa, empiezas otra y todo va continuado, todo va ligado.

—Una de las críticas que más me ha llamado la atención de las que se te han hecho fue la que escribió Moreno Galván hace años en TRIUNFO porque, entre otras cosas, te englobaba con los paisajistas, en tanto que tus modelos eran —son— el paisaje del vivir cotidiano, lo que te rodea, el entorno un poco «kitsch» en que te mueves.

—Bueno, la crítica de Moreno Galván me chocó bastante; él hacía las críticas refiriendo a la gente que hacía un mismo trabajo y me englobó con paisajistas.

—Lo que sí es cierto es que la figura humana desaparece casi sistemáticamente de tus obras.

—Sí, soy más de las cosas. Pero si pinto fachadas es porque dentro hay gente que vive y es una forma de vivirla. Aunque si pinto cosas es porque estéticamente me gustan más las representaciones de las cosas. Tampoco sé por qué no hay figuras en mis cuadros, aunque mis objetos no son nunca objetos de museo, fríos, intocables. Están impregnados de la vida de cada día. El paisaje paisaje lo pinté al principio para la Escuela y nunca más. Pero tampoco es que yo me lo plantee, nunca lo hago, voy pintando lo que tengo a mi alrededor.

—Respecto a la vanguardia que mencionamos antes, ¿dónde estás tú?

—Yo nunca he sido vanguardia y siempre he tenido un complejo enorme de no serlo, así que nunca he estado en punta. Soy más conservador dentro de un orden claro. Siempre me preocupa el ir hacia delante, pero no en la vanguardia, porque es más difícil. Sobre todo después de las cosas que se han hecho. Pero si pienso en cuando empecé, me hubiera gustado ser más abierto en aquellos años, no hacer el tipo de trabajo tan conservador, tan académico que hice. Hoy me arrepiento también de algunas cosas muy [illegible] digamos, que hice por seguir la moda o que tenían a veces un carácter un poco de chistes y eso es lo que luego muere rápidamente. Todas esas cosas, si no las hubiera hecho, tampoco pasaba nada. ■ C. F. B.

DE VIRGENES Y SANTOS

Estos textos provienen del libro *Los nacimientos*, de Eduardo Galeano, que la editorial Siglo XXI publicará próximamente en España. *Los nacimientos* es el primer volumen de la trilogía *Memoria del fuego*, que se completará en los años siguientes y que intenta narrar «toda la historia de América a través de momentitos».

EDUARDO GALEANO

1583/Copacabana

LA MADRE AYMARA DE DIOS

Atraviesa el lago Titicaca en la barca de totora. Ella viaja a su lado. Está vestida de fiesta. En la ciudad de La Paz le ha dorado la túnica.

Al desembarcar, la cubre con la manta, para defenderla de la lluvia; y con ella en brazos, tapadita, entra en el pueblo de Copacabana. La lluvia acribilla al gentío que se reúne para recibirlos.

Francisco Tito Yupanqui entra con ella al santuario y la descubre. La suben al altar. Desde lo alto, la Virgen de Copacabana abraza a todos. Ella evitará las pestes y las penas y el mal tiempo de febrero.

■ escultor indio la ha tallado en Potosí y desde allá la trajo. Casi dos años estuvo trabajando para que ella naciera con la debida hermosura. Los indios sólo pueden pintar o tallar imágenes que imiten los modelos europeos y Francisco Tito Yupanqui no quiso violar la prohibición. El se propuso hacer una virgen igualita a Nuestra Señora de la Candelaria, pero sus manos han modelado este cuerpo del altiplano, amplios pulmones ansiosos de aire, torso grande y piernas cortas, y esta ancha cara de india, de labios carnosos y ojos almendrados que miran, tristes, la tierra lastimada.

1593/Guarapari

ANCHIETA

Ignacio de Loyola señaló el horizonte y ordenó:

–¡Id, e incendiad el mundo!

José de Anchieta era el más joven de los apóstoles que trajeron el mensaje de Cristo, la buena nueva, a las selvas del Brasil. Cuarenta años después, los indios lo llaman *cerairbé*, hombre con alas, y dicen que haciendo la señal de la cruz Anchieta desvía tempestades y convierte a un pez en un jubón y a un moribundo en un atleta. Coros de ángeles bajan del cielo para anunciarle la llegada de los galeones o los ataques de los enemigos, y Dios lo eleva de ■ tierra cuando reza, arrodillado, las plegarias. Rayos de luz despide su cuerpo enclenque, quemado por el cinturón de cilicio, cuando él se azota compartiendo los tormentos del hijo único de Dios.

Otros milagros te agradecerá el Brasil. De la mano de este santo barroso han nacido los primeros poemas escritos en esta tierra, la primera gramática tupí-guaraní y las primeras obras de teatro, autos sacramentales que en lengua indígena trasmiten el evangelio mezclando personajes nativos con emperadores romanos y santos cristianos. Anchieta ha sido el primer maestro de escuela y el primer médico del Brasil y ha sido el descubridor y el cronista de los animales y las plantas de esta tierra, en un libro que cuenta cómo cambia de colores el plumaje de los *guarás*, cómo desova el *peixe-boi* en los ríos orientales y cuáles son las costumbres del puercoespín.

A los sesenta años, continúa fundando ciudades y levantando iglesias y hospitales; sobre sus hombros huesudos carga, a la par de los indios, las vigas maestras. Como llamados por su limpia y pobretona luminosidad, los pájaros lo buscan y lo busca la gente. El camina leguas sin quejarse ni aceptar que lo lleven en redes, a través de estas comarcas donde todo tiene el color del calor y todo nace y se pudre en un instante para volver a nacer, fruta que se hace miel, agua, muerte, semilla de nuevas frutas: hierve la tierra, hierve la mar a fuego lento y Anchieta escribe en la arena, con un palito sus versos de alabanza al Creador de la vida incesante.

San Martín de Porres, fray Escoba, el primer santo de piel oscura del blanquísimo santoral de la iglesia católica.

1639/Lima

MARTIN DE PORRES

Tocan a muerto las campanas de la iglesia de Santo Domingo. A la luz de las velas, bañado en sudores de hielo, Martín de Porres ha entregado su alma después de mucho pelear contra el Demonio con el auxilio de María Santísima y Santa Catalina Virgen y Mártir. Murió en su cama, con una piedra por almohada y una calavera al lado, mientras el virrey de Lima,

de rodillas, le besaba la mano y le rogaba que intercediera para que le hicieran un lugarcito allá en el Cielo.

Martín de Porres había nacido de una esclava negra y de su amo caballero de abolengo y puro solar español, que no la embarazó por disponer de ella como cosa, sino por aplicar el principio cristiano de que en la cama todas son iguales ante Dios.

A los quince años, Martín fue donado al convento de los frailes dominicos. Aquí vivió sus trabajos y milagros. Nunca lo ordenaron sacerdote, por ser mulato; pero abrazando con amor la escoba, ha barrido cada día los salones, los claustros, la enfermería y la iglesia. Navaja en mano afeitaba a los 200 curas del convento, atendía a los enfermos y distribuía la ropa limpia con aroma de romero.

Cuando supo que el convento sufría penurias de dinero, se presentó ante el prior.

–Ave María.

–Gratia plena.

–Venda vuesa merced a este perro mulato –se ofreció.

Acostaba en su cama a los mendigos ulcerosos de la calle y oraba de rodillas durante toda la noche. Lo hacía blanco de nieve la luz sobrenatural. Blancas llamas salían de su rostro cuando cruzaba el claustro a medianoche, volando cual divino meteoro, rumbo a la soledad de la celda. Atravesaba puertas cerradas con candado y oraba, a veces, arrodillado en el aire, lejos del suelo. Los ángeles lo acompañaban al coro llevando luces en las manos. Sin salir de Lima consolaba a los cautivos en Argel y salvaba almas en Filipinas, China y Japón, sin moverse de su celda, tocaba las campanadas del angelus. Curaba a los moribundos con paños mojados en sangre de gallo negro y polvos de sapo y mediante conjuros aprendidos de su madre. Con el dedo rozaba una mueca y suprimía el dolor y convertía en cicatrices las heridas abiertas, hacía blanco el azúcar oscuro y apagaba incendios con la mirada. El obispo tuvo que prohibirle tanto milagro sin permiso.

Después de los maitines se desnudaba y se azotaba la espalda con un látigo de nervios de bues rematado en gruesos nudos, y mientras se arranchaba sangre gritaba:

–¡Perro mulato vil! ¿Hasta cuándo ha de durar tu vida pecadora?

Con ojos suplicosos, lacrimosos, siempre pidiendo perdón, pasó por el mundo el primer santo de piel oscura del blanquísimo santoral de la Iglesia católica.

1645/Quito
MARIANA DE JESUS

Año de catástrofes para la ciudad. Una cinta negra cuelga de cada puerta. Los invisibles ejércitos del sarampión y la difteria han invadido y están arrasando. La noche se ha desplomado en seguida del amanecer y el volcán Pichincha, el rey de nieve, ha reventado: un gran vómito de lava y fuego ha caído sobre los campos y un huracán de ceniza ha barrido la ciudad.

–¡Pecadores, pecadores!

Como el volcán, el padre Alonso de Rojas echa llamaradas por la boca. Desde el púlpito refulgente de la iglesia de los jesuitas, iglesia de oro, el padre Alonso se golpea el pecho, que retumba, mientras llora, grita, clama:

–¡Acepta, Señor, el sacrificio del más humilde de tus siervos! ¡Que mi sangre y mi carne expíen los pecados de Quito!

Entonces una muchacha se alza al pie del púlpito y serenamente dice:

–Yo.

Ante el gentío que desborda la iglesia, Mariana anuncia que es ella la elegida. Ella calmará la cólera de Dios. Ella será castigada por todos los castigos que su ciudad merece.

Mariana jamás ha jugado a ser feliz ni ha soñado que lo era, ni ha dormido nunca más de cuatro horas. La única vez que un hombre le rozó la mano, quedó enferma y con fiebre, durante una semana. Desde muy niña decidió ser la esposa de Dios y no le brinda su amor en el convento ni en las calles y los campos, no bordando ni haciendo dulces y jaleas en la paz de los claustros, sino orando de rodillas sobre las espinas y las piedras y buscando pan para los pobres, remedios para los enfermos y luz para los anochecidos que ignoran la ley divina.

A veces, Mariana se siente llamada por el rumor de la lluvia o el crepitar del fuego, pero siempre suena más fuerte el trueno de Dios: ese Dios de la ira, barba de serpientes, ojos de rayo, que en sueños se le aparece desnudo para ponerla a prueba.

Mariana regresa a su casa, se tiende en la cama y se dispone a morir en lugar de todos. Ella paga el perdón. Ofrece a Dios su carne para que coma y su sangre y sus lágrimas para que beba hasta marearse y olvidar.

Así cesarán las plagas, se calmará el volcán y la tierra dejará de temblar.

1696/Regla
VIRGEN NEGRA, DIOSA NEGRA

A los muelles de Regla, parienta pobre de La Habana, llega la Virgen, y llega para quedarse. La talla de cedro ha venido desde Madrid, envuelta en un saco, en brazos de su devoto Pedro Aranda. Hoy, 8 de septiembre, esta de fiesta este pueblito de artesanos y marinos, siempre oloroso a mariscos y a brea: come el pueblo manjares de carne y maíz y frijoles y yuca, platos cubanos, platos africanos, eco, oleié, ecru, quimbombó, fufú, mientras ríos de ron y terremotos de tambores dan la bienvenida a la Virgen negra, la regla, patrona protectora de la bahía de La Habana.

Se cubre la mar de cáscaras de coco y ramas de albahaca y un viento de voces canta, mientras cae la noche:

Oba ilé, oba ilé,
oba é, oba é,
oba, oba, Yemayá.

La Virgen negra de Regla es también la africana Yemayá, plateada diosa de los mares, madre de los peces y madre y amante de Shangó, el dios guerrero, mujeriego y bocabrónica. ■

Pinocho y Geppetto, dibujo de Attilio Mussino para la primera edición del cuento de Carlo Collodi.

Cien años más tarde

PINOCHO ese desconocido

RAMIRO CRISTOBAL

RELEER de adulto los libros que tenfamos de niños, depara emociones variadas y, como suelen decir los psicólogos, contrapuestas. De entre ellas la que predomina, sin duda, es la indignación: de repente, descubrimos el tremendo fraude a que fuimos sometidos. Lo que se revela ante nuestras propias narices es que no habíamos leído lo que creíamos haber leído. Tarde y, probablemente para siempre, nos damos cuenta, de cómo hubo un alma piadosa que se encargó de escamotear, con pericia digna de mejor causa, los dichos y andanzas de nuestros héroes.

Seguro que habrá personas mayores que crean que «Las mil y una noches» es un libro de aventuras lleno de princesas raptadas por dragones y bravos marinos que arriesgan su vida por salvarlas; hombres y mujeres hechos y derechos pensarán en «Alicia» en función de Walt Disney y, claro está, que Pinocho tras sufrir la «adaptación» española de mano de Calleja y Bartolozzi, acabó siendo una cosa totalmente distinta a lo que fue.

La materia y la crueldad

Posiblemente, sin embargo, hayan sido estas adaptaciones al alma infantil hispana, las que hayan salvado del olvido en nuestro país, a un personaje lleno de incomodidades para lo que se considera debe ser ejemplar y sanamente educativo. Sin menoscabo de hablar posteriormente del escritor Carlo Collodi y del momento en que nació la obra, pasemos una breve mirada sobre algunas de estas circunstancias embarazosas y generalmente desconocidas.

Por ejemplo, según ciertas versiones, adaptadas y la propia película de Disney, el anciano Geppetto quiere un muñeco animado que le sirva de compañía y al cual dar toda la protección y el amor de su ancianidad solitaria. Así, fabrica una marioneta

de madera y, por un extraño prodigio, ésta comienza a tener vida.

En el relato de Collodi las cosas son muy distintas. Para empezar Pinocho está vivo dentro del pedazo de madera del que será tallado. **Nace, pues, de la materia**: *«Cuando hubo encontrado el nombre de su muñeco empezó a trabajar de prisa y le hizo enseguida el pelo, después la frente, luego los ojos.*

Una vez hechos los ojos, figuraos su asombro cuando advirtió que se movían y lo miraban fijamente.

Geppetto, sintiéndose observado por aquellos ojos de madera, se lo tomó casi a mal y dijo en tono quejoso:

—Ojazos de madera, ¿por qué me miras?»

Además, desde su nacimiento Pinocho se muestra cruel:

«Después de la nariz, le hizo la boca.

Aún no había acabado de hacerla cuando ya empezaba a reírse y a burlarse de él.

—¡Deja de reír! —dijo Geppetto amenazado, pero fue como hablar con la pared.

—¡Te repito que dejes de reír! —gritó con voz amenazadora.

Entonces la boca dejó de reír, pero le sacó la lengua.»

Por si todas estas circunstancias no se encontraran en las antípodas de la almibarada versión de Disney y compañía, resulta que las intenciones de Geppetto no son, ni mucho menos, tan desinteresadas como podría creerse. Textualmente se lee:

«—He pensado en fabricarme un bonito muñeco de madera; pero un muñeco maravilloso que sepa bailar, tirar de florete y dar saltos mortales. Pienso correr el mundo con ese muñeco, ganándome un pedazo de pan y un vaso de vino.»(1)

Así que, desde un principio, tanto la personalidad del padre adoptivo como la del muñeco, son bastante más crudas de lo que podía pensarse. El buen viejecito Geppetto quiere al muñeco para explotarle y Pinocho se venga golpeándole, riéndose de él y creando situaciones difíciles. Hasta tal punto que el anciano se arrepiente de su obra: *«¡Me lo merezco! —se dijo para sí—. ¡Debía haberlo pensado antes! ¡Ahora ya es tarde!»*

Quedémonos, de momento, con que el dulce, atolondrado, Pinocho de nuestros cuentos infantiles es, en realidad, un turbulento hijo de la materia menos noble, creado para bailar por plazas y ferias y secretamente burlón de las venerables canas de su propio padre.

Nacido de la revolución

Ese personaje turbulento es, a su vez, hijo de una época turbulenta. Publicado el libro por entregas entre 1881 y 1883, pertenece a un género literario didáctico y por así decirlo regeneracionista. Exactamente lo que debía esperarse de un hombre que deseaba contribuir con su pluma a la nueva Italia que se estaba forjando desde su unidad, veinte años antes. Carlo Collodi, en realidad Carlo Lorenzini, nacido en Florencia en 1826, voluntario combatiente varias veces, mazzinista y republicano parece tener en la cabeza las palabras de Azeglio: «Ahora está hecha Italia, tenemos que hacer a los italianos.»

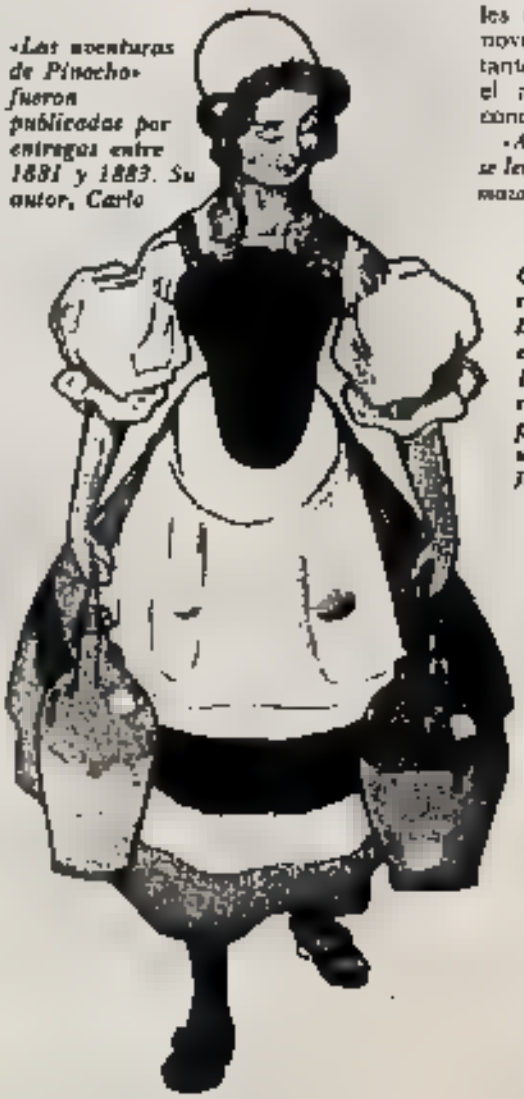
Pero no hay que sacar conclusiones apresuradas. La historia de un niño —de madera en este caso— que va siendo castigado por sus maldades y desobediencias, no es más que la excusa literaria para cumplir un encargo. «Las aventuras de Pinocho», llamadas en principio «Historia de un muñeco» (*Storia di un burattino*), son mucho más que eso. Resulta que Carlo Collodi escritor está tan por encima de ideologías momentáneas y de encargos de ocasión que acaba por escribir una gran novela en la que va quedando cada vez más borrosa aquella primera intención moralizante.

Según el profesor Giordano, «Pinocho» es lo que más se aproxima a la novela picaresca española. Hasta entonces y casi hasta nuestros días, la literatura italiana ha sido y es culta, rara vez popular. Sin embargo, Pinocho con sus altibajos de humor y talante es el propio pueblo en su dura aventura cotidiana.

Porque, señores, en Pinocho hay gravísimas desobediencias, pero también terribles castigos. Por ejemplo, Geppetto vende su casaca para que Pinocho pueda tener un Abecedario. El hombre queda tiritando en pleno invierno y, naturalmente, Pinocho gasta el dinero que le dan por el libro en ir a los títeres. No obstante los castigos son terribles: a Pinocho se le incendian los pies, es encarcelado, ahorcado, ahogado y utilizado en durísimos trabajos hasta el agotamiento. Las calamidades que sufre el héroe son un buen símbolo de la feroz jungla en que se mueve y que nos describe el libro.

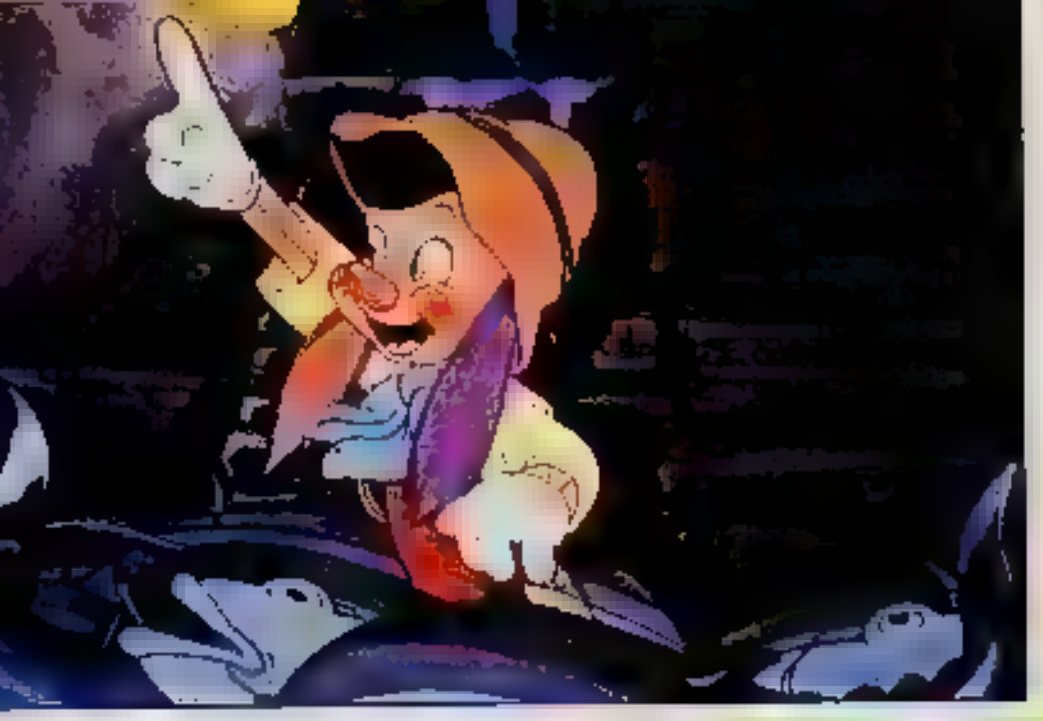
¡Ah! ¿Recuerdan ustedes al simpático Pepito Grillo de la película de Walt Disney?; ¿recuerdan las paternales relaciones con el muñeco? En la novela de Collodi las cosas son bastante más crudas: la primera vez que el animal recrimina al muñeco su conducta, éste responde como sigue:

«Al oír estas últimas palabras Pinocho se levantó enfurecido, agarró del banco un mazo y lo arrojó contra el grillo-parlante.



«Las aventuras de Pinocho» fueron publicadas por entregas entre 1881 y 1883. Su autor, Carlo Collodi —en realidad Carlo Lorenzini, nacido en Florencia en 1826— era un republicano partidario de la unificación de Italia.

(1) La edición es la de «Alianza Editorial» prólogo de Rafael Sánchez Ferlosio y traducción e introducción de Esther Benítez (Madrid, 1972).



El Pinocho de Walt Disney.

PINOCHO

Quizá no pensó que le iba a dar; pero, desgraciadamente, la alcanzó en toda la cabeza, hasta el punto de que el pobre grillo casi no tuvo tiempo para hacer cri-cri y, después, se quedó en el sitio, tieso y aplastado contra la pared.»

El museo de los horrores

Realmente son tan frecuentes las situaciones de crueldad y dolor contenidas en la obra que el profesor de psicología de la Complutense, Gerardo Gutiérrez, no ha dudado en buscarle conexiones con el concepto que sobre lo «siniestro» tenía Sigmund Freud, según un artículo escrito en 1919. En «la historia de un muñeco» cumplen casi todos los requisitos:

–Lo inanimado tiene vida. Ya queda dicho cómo la madera, por arte de lo desconocido, siente y se mueve. Recuérdese los ojos de madera que se fijan y siguen a Geppetto.

–La existencia de un doble. En Pinocho, desde el principio, hay dos seres: el muñeco y el niño; ambos pugnan por imponerse y eliminar al otro. Al final Pinocho muñeco es asesinado por el otro.

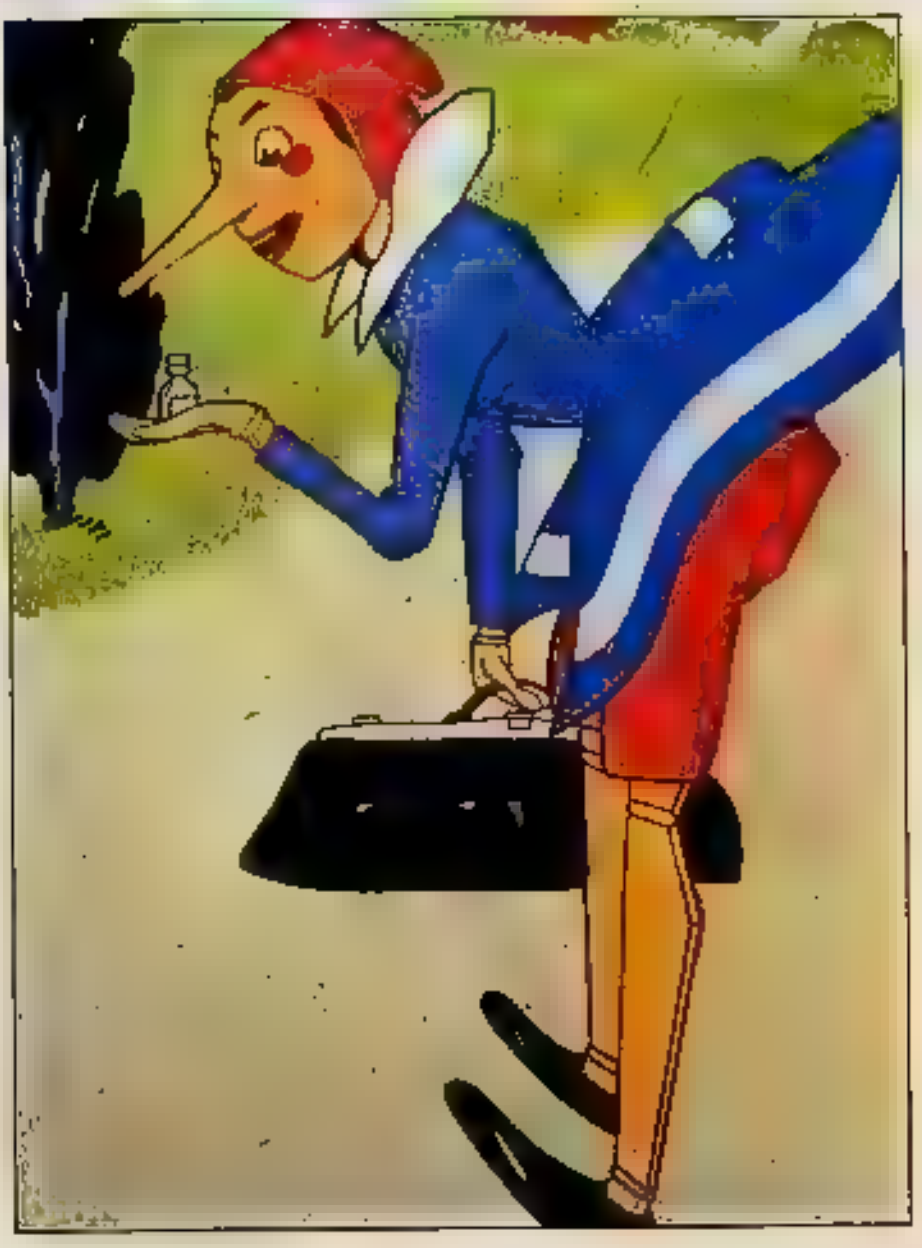
–Los muertos hablan: la niña del castillo se confiesa muerta.

–Hay terribles mutilaciones de los miembros. Pinocho en lucha contra los encapuchados arranca una zarpa al gato y la escupe; en otra ocasión un hombre malvado muerde la oreja a uno de los burritos-niños y se la desgarra.

–El dueño del teatro de títeres que desea calentarse y hacer la comida, quiere quemar algunos de los muñecos. Se produce una angustiosa escena de terror entre éstos.

–Por último, uno de los trucos más comunes en el relato de miedo: la vuelta por el mismo sitio una y otra vez. La angustiosa sensación de tratar de huir y estar dando vueltas en círculo.

Los aficionados a la literatura de terror habrán reconocido gran parte de los artificios literarios que recurren los escritores para lograr los efectos deseados. Pero por si tuvieran



Pinocho, tras sufrir la adaptación española de mano de Calleja, acabó siendo una cosa totalmente distinta a la que fue en su origen. En la foto, el Pinocho de Salvador Bartolozzi que ilustraba las ediciones de Calleja.

alguna duda, ahí van unas cuantas perlas cultivadas del estilo de Pinocho:

«*Al ver aquel muñeco que pataleaba cabeza abajo, a una velocidad increíble, le dio a la serpiente una convulsión de risa tan grande que rió, rió y rió y, al fin, del esfuerzo de tanto reír, se le reventó una vena del pecho; y entonces se murió de verdad.*» (Pág. 115.)

«*Apenas llegó a las redes, ¡crac!... sintió que le oprimían las piernas dos cortantes hierros... el pobre muñeco había sido apresado por un cepo apostado por los campesinos para atrapar garduñas... En parte por el dolor del cepo, que le apretaba las canillas y en parte por el miedo de encontrarse solo en la oscuridad, en medio de los ramajes, el muñeco empezaba casi a desesperarse*» (Pág. 117.)

«*Una de ellas, abrió al muñeco por la punta de la nariz y el otro le cogió de la barbilla y empezaron a tirar desconsoladamente, hacia un lado y otro, para obligarle a abrir la boca; pero no hubo manera. La boca del muñeco parecía clavada y remachada. Entonces el enano más bajo de estatura sacó un gran cuchillo y trató de hincárselo, en forma de palanca y de cincel, entre los labios; pero Pinocho, rápido como un relámpago, le enganchó la mano entre los dientes y, tras haberselo arrancado de un mordisco, lo escupió*» (Págs. 86).

«*Se había levantado un impetuoso viento de tramontana que, soplando y rugiendo furiosamente, acababa de aquí para allá al pobre ahorcado, haciéndolo oscilar tan violentamente como el badajo de una campana que tocara a fiesta. Este bamboleo le ocasionaba agudísimas contracciones y el nudo corredizo, apretándose cada vez más a la garganta, le cortaba la respiración*». (Pág. 90.)

Y así sucesivamente

El perro mundo

No han faltado especialistas que hayan encontrado huellas de Rousseau en la obra de Collodi. Al menos una parte del roussonianismo clásico está omnipresente en ella: la injusticia y la malvada mezquindad de la sociedad que rodea a Pinocho.

En efecto, al lado de las frecuentes truculencias ya citadas, que salpican el relato, el gran asunto central está polarizado en un auténtico vía-crucis del muñeco a través de un mundo hostil, egoísta e ignorante. Casi sin excepción, cada persona o animal que con él tiene contacto trata de explotarlo, engañarlo o aprovecharse de él de alguna manera, aun a costa de matarlo. La zorra y el gato, los malvados oficiales de la novela (ejemplos del «carnalismo religioso», según Francisco Cubells) le engañan, le roban y tratan de asesinarlo. Pero con todo, conllevan cierta parte de profesionalidad mientras que otros personajes de la obra que parecen destinados a hacer el bien son, a cabe- zadas despiadadas. La zorra y el gato roban y matan porque es su oficio; en el resto de los personajes la crueldad es vicio.

Una escena inolvidable, digna de Kafka, es aquella en la que Pinocho reniega a la justicia tras ser robado. Dice así:

«*El juez era un viejo simio de la raza de los gorilas, respetable por su avanzada edad, por su barba blanca y, especialmente, por sus lentes de oro, sin cristales, que estaba obligado a llevar continuamente a causa de una fluxión de ojos que lo atormentaba hacía años.*

Pinocho, en presencia del juez, contó con pelos y señales el inicuo fraude de que había sido víctima; dio los nombres, apellidos y señas de los malandrines y acabó pidiendo justicia.

El juez lo escuchó con gran benignidad; se interesó muchísimo por el relato, se enternació y se conmovió; cuando el muñeco no tuvo más que decir, alargó la mano y tocó la campanilla.

Al campanillazo, acudieron dos mastines vestidos de guardias.

Entonces el juez les dijo a los guardias, señalándole a Pinocho:

—A ese pobre diablo le han robado cuatro monedas de oro; así que apresadlo y llevadlo enseguida a la cárcel.

El muñeco, al oír por sorpresa esta sentencia, se quedó turulato y quiso protestar; pero los guardias, para evitar inútiles pérdidas de tiempo, le taparon la boca y le condujeron al calabozo.» (Página 111).

En fin, en este perro mundo, el pobre muñeco trata de conservarse medianamente puro y generoso. Desde luego, que el pago son los golpes y la dureza.

A la vez, Pinocho se aprendiendo, como quería Rousseau, «desde dentro». Es decir, son sus propias desgracias, su dolorosa experiencia las que le enseñan y no los consejos de otras personas. «Dejemos —viene a decir— que rompa un cristal de una ventana. Cuando sienta frío sabrá que no debe romperlo.» De este modo, a golpes y trompicones, se realiza la iniciación a la vida del infeliz muñeco.

La transformación

Probablemente fueron todas las circunstancias citadas las que hicieron posible la transformación del personaje a que aludíamos en principio. Esto es así de tal modo, que hoy, cien años más tarde, podemos poner razonablemente en duda si el recuerdo que conservamos es el de Pinocho o el de alguna de las adulteraciones posteriores.

Por ejemplo, en España, no se hace una traducción del original de Collodi hasta 1912 y luego en la misma editorial —Calleja— comienzan a editarse en 1917 unas aventuras de «Pinocho y Chapete», en fascículos, obra, texto y dibujos de Salvador Bartolozzi. En este Pinocho español sólo en lo externo el personaje se parece al italiano. El de Bartolozzi es un aventurero y justiciero que recorre el mundo entre Quijote y Pulgarcito.

El prólogo de Esther Benítez en la edición a que nos venimos refiriendo nos ahorra el puntualizar más la historia del Pinocho español, pero sí es necesario subrayar el carácter esencialmente distinto del personaje que pasa a ser un protagonista de aventuras más o menos interesantes, en lugar de un inesperado arpheróe de novela picaresca.

Con el tiempo, la fábrica Disney proporcionó una versión lacrimógena y colorista del «burattino», que vive gimoteando sus desgracias y arrepintiéndose continuamente de sus infelices travesuras.

Afirmar hoy que el verdadero Pinocho es un gran desconocido es, en realidad, una invitación a la comprobación. Y el que pueda identificar sus recuerdos que tire la primera piedra. ■ R. C.

Pinocho, por Attilio Mussino.

DALLAS

JOSE MARIA MARCO

«El éxito de Dallas significaría que por una vez parecen reconciliados en una audiencia estimada en más de 300 millones de personas, todas clases de tendencias y maneras de vivir.»

CON ocasión de la reciente reposición por la TV francesa de *Dallas*, un crítico francés de izquierdas calificaba la serie como uno de los pocos telefilms americanos realmente interesantes. También en París, Georgina Brandolini, relaciones públicas de la firma Valentino, declaraba que *Dallas* era la serie más fascinante que había visto nunca. El éxito de *Dallas* es tal que por una vez parecen reconciliados, en una audiencia estimada en más de 300 millones de personas, toda clase de tendencias y maneras de vivir. No es que el fenómeno constituya una gran novedad pero, por su complejidad, merece una atención más cuidadosa que la que normalmente se le presta.

La prehistoria

Dallas City fue fundada en 1841, cinco años después de que Texas fuera declarado Estado independiente tras la victoria del general Sam Houston contra los mejicanos en San Jacinto. En 1845, Texas quedaba integrado como un Estado de pleno derecho a la Unión, aunque casi inmediatamente después se uniera a los secesionistas. Estado fronterizo por excelencia, Texas vuelve a participar en la guerra contra Méjico para la anexión de los territorios del Oeste, lo que hoy constituye el Estado de Nuevo México. La publicación en 1901 de la novela *El Virginiano* asegura a la mitología de la frontera un puesto en la historia, y aunque Texas fuera desde muy temprano un estado algodonero, con un porcentaje respetable de esclavos, el encanto decadente y cultivado de la aristocracia sureña no responde bien a su imagen de marca. De hecho, es otra aristocracia, la del rancho, la que caracteriza la tierra tejana. Y desde esa otra clase, el cowboy aparece más como un asalariado, a quien se le reconocen ciertos derechos al nomadismo y al esparcimiento, placeres de los que pueden participar con magnanimidad republicana el propietario de la tierra y del ganado.

Ellie Southworth, la abuela matriarca de *Dallas*, pertenece a esta aristocracia, tradicionalmente cerrada en sí misma, y que asegura tanto el mantenimiento de un orden social basado en la propiedad de la tierra como la riqueza de las ciudades, entre ellas Dallas. Hija de rancheros, heredera única del rancho Southfork, la familia Ewing admira en ella la rudeza, la falta de compasión, la capacidad, demostrada, de defender con las armas en la mano sus propiedades y de recuperar, con el látigo si hace falta, el amor de su marido. Para subrayar la dureza que su suavidad de viejecita adorable apenas disimula, la actriz Barbara Bel Geddes declara a un periodista que le pregunta sobre la posibilidad de tener en la vida real una nieta como Lucy Ewing: «La mataría. Su conducta es inadmisible.»

La serie televisiva no es tan explícita como Dallas-novela respecto a los orígenes de la familia Ewing-Southworth. Tras la muerte de su padre, Ellie traiciona su espíritu por amor a Digger Barnes, consintiendo en la perforación de sus tierras ante la esperanza de encontrar petróleo. El

descubrimiento de la nueva fuente de riqueza ha sacudido todo el sistema social tejano, y si Ellie Southworth se siente atraída por Digger Barnes, ■ excavador pionero e intuitivo, es porque éste es un perdedor nato, al concederle al petróleo, como ella hace con la tierra, un valor fetichista. No hay por lo tanto contradicción alguna en que Ellie, arruinada por Digger Barnes, caiga directamente en los brazos de Jock Ewing, el cual no está en absoluto enamorado del petróleo si no es inmediatamente traducible en dólares. A cambio de entrar en el club cerrado de la oligarquía terrateniente, Jock Ewing acepta no explotar la riqueza petrolífera del rancho Southfork, que se convierte finalmente en un territorio tradicional y sagrado por el que fluye, limpio, el dinero de la Ewing Oil.

Metroplex y la Ewing Oil

Este fascinante escenario responde bastante bien a lo que ha sido el desarrollo de Dallas en el siglo XX. Hasta 1920 concentra la riqueza ganadera y agrícola de la región, y desde entonces, con el boom petrolífero, su crecimiento ha acabado por absorber la vecina Fort Worth, a treinta kilómetros, en el actual conglomerado urbano denominado Metroplex. Dallas es una ciudad tradicionalmente rica –el más alto nivel de vida de Estados Unidos–, con abundantes flotillas de Mercedes y Rolls, con una mayoría de trabajadores en el sector terciario y algunos signos de muy alta civilización, como el porcentaje (52 por ciento) de mujeres trabajadoras, sólo superado por Washington D.C. La enorme expansión de los años 60 y 70, con una industrialización rápida especializada en tecnología de punta concede un nuevo protagonismo a los terratenientes. Las ciudades tejanas son, también tradicionalmente, las de mayor tendencia a la ocupación en extensión del suelo, batiendo todos los records mundiales en cuanto a baja densidad de población en zonas urbanas.

En la serie es Bobby Ewing quien se va a ocupar de este sector, fundamental en una región en plena expansión económica y demográfica. La oligarquía dallasina, que evidentemente controla los resortes del poder municipal, ha sabido de todos modos organizar la construcción y el cuidado de la ciudad y, siguiendo planes urbanísticos trazados con rigor desde hace años, ha hecho de Dallas uno de los mejores ejemplos de urbanismo moderno. Y como Houston, aunque esta, con el nuevo boom petrolífero de los 70, haya crecido tan monstruosamente que algunos de sus barrios se hunden rápidamente en el suelo, Dallas, la «Suiza tejana», ha emprendido también la construcción de proyectos espectaculares, como el gigantesco ■ aeropuerto internacional, el mayor del mundo, el «city hall» diseñado por I. M. Pei, un nuevo museo y una nueva sala de conciertos. «Lo que es bueno para el business es bueno para Dallas», declaró a Actuel el alcalde de la ciudad, y el conflicto entre J.R. Ewing y su hermano menor Bobby se puede encuadrar dentro de la lucha entre el capitalismo salvaje y una cierta necesidad de ordenación social y económica. Pero más que las tendencias socialdemócratas, Bobby, antiguo relaciones públicas de la Ewing Oil, utiliza un sistema de valores que J.R. no conoce. En realidad Bobby Ewing es un romántico: tan profundamente arraigado ■ siente a la tierra que acaba dedicándose al rancho y ocupándose de una empresa constructora. Es ese impulso el que le lleva a enamorarse perdidamente de una Barnes, tal y como su madre se enamoró del padre de Pamela. Ese mo-

«Ellie Southworth, la abuela matriarca de Dallas es hija de rancheros y pertenece a una aristocracia tradicionalmente cerrada en sí misma.»

«A cambio de entrar en el club cerrado de la oligarquía terrateniente Jock Ewing acepta no explotar la riqueza petrolífera del rancho.»

«J.R. no siente el más mínimo apego a la tierra, para él no existe frontera alguna entre el deseo y el dinero.»

«Bobby es un romántico profundamente arraigado a la tierra y utiliza un sistema de valores que J.R. no conoce.»

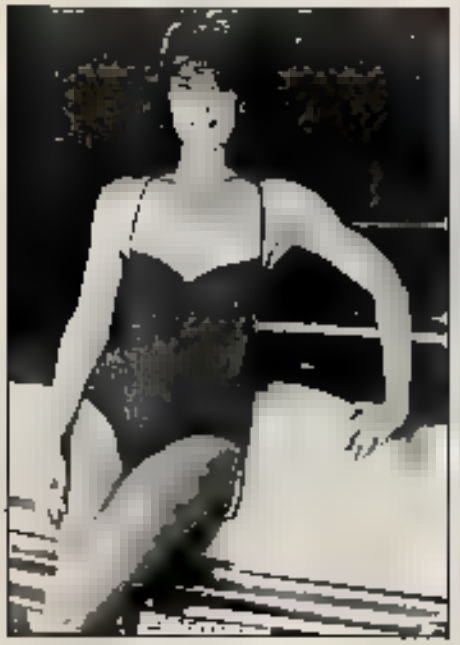
vimiento de interiorización va acompañado también de una brutalidad irreprimible por momentos. En la serie, esta característica está capitalizada por su hombría, pero en la novela J.R. recuerda con respeto la escena infantil en la que Bobby le persiguió por el rancho con un cuchillo de cocina en la mano, con la explícita intención de matarlo. El barniz socialdemócrata de Bobby Ewing queda así ampliamente compensado –su paso por Vietnam no mejoró las cosas– por su primitivismo.

Bárbaro que su hermano no comparte. J.R. no siente ya el más mínimo apego a la tierra: ni su libido tiene una dirección precisa, ni existe frontera alguna entre el deseo y el dinero. J.R. es el capitalista puro, sin escrúpulos morales, el mismo que ha hecho de Dallas una ciudad en la que la diferencia de renta entre la población blanca anglosajona y la chicana es brutal, en la que los transportes públicos son un sueño y en la que hablar de sindicatos es hablar de seres extraterrestres, porque «en Dallas nadie hace políticas». También, por supuesto, una ciudad con uno de los índices de crecimiento más alto y uno de los índices de desempleo (menos del 5 por ciento) más bajo de Estados Unidos. Pero, a diferencia del buen salvajismo de Bobby, dispuesto a manifestarse en cualquier momento, J.R. domina otro código de conducta que le induce a situar la violencia fuera de sus oficinas y fuera del rancho Southfork, donde los patriarcas Ellie y Jock desean preservar la paz familiar. Exactamente tal y como los que en Dallas han tenido éxito tienden a olvidar los inmensos suburbios de chicanos y negros o las policías privadas que resguardan los barrios acomodados de una violencia que produce en un año el mismo número de crímenes que los cometidos durante el mismo tiempo en todo el territorio francés.

La tentativa está evidentemente condenada al fracaso. De otro modo no existiría ni la actual Dallas ni, y de ahí el realismo del telefilm, la propia serie. Pero el proyecto sostiene su misma idea: Dallas es también la ciudad «cristemente famosa», como dicen algunas enciclopedias, por el asesinato, el 22 de noviembre de 1963, del presidente J. F. Kennedy. No es que se produzcan fenómenos de culpabilidad colectiva, borrados con la edificación del también gigantesco monumento al presidente muerto, en el que se exhibe ostentosamente el rifle de Lee Oswald, pero el crimen la convierte en el escenario perfecto para la serie. Más que un escenario, Dallas es un personaje más, que aparece presentada en los géneros prácticamente igual que los demás actores, y cuya funcionalidad formal se reduce a unos cuantos exteriores una y otra vez repetidos, con figurantes –dallasitas auténticos– deambulando como zombies en un discreto segundo plano. La elegancia nunca propia de los mejores telefilms impide que *Dallas* se convierta en un exorcismo o en un panfleto turístico. La serie podría desarrollarse en Houston o en Austin, pero sin la sangre del presidente Kennedy el verdadero escenario del telefilm, el rancho Southfork, sería simplemente el escenario de una multinacional americana más y no el de una tragicomedia universalmente reconocida como capitalista.

Una familia no muy feliz

El viaje de Dallas al rancho es el paso de un escenario mítico a uno estrictamente teatral. También de forma característica del género telefilm, los interiores están tratados de una forma apenas disimuladamente escénica. La familia Ewing se mueve en él sin salirse de los cánones de la alta comedia, con su reparto de territorios reconocibles, sus múltiples puertas e incluso los signos de dinero indispensables para sustituir eficazmente la exhibición de superlujo esperable en la vivienda de unos tejanos multimillonarios. El episodio en el que Sue Ellen decide separarse de su marido para irse a vivir con Cliff Barnes y durante el cual obliga a J.R. a aceptar la paternidad del hijo de su enemigo político más encarnizado supera incluso ese carácter para convertirse, más que una obra de pura crueldad mental a lo Tennessee Williams en un drama de la conciencia propio de Henry James. Pero gracias a J.R. –Larry Hagman se merece los 100.000 dólares que, se dice, cobra por episodio– queda instaurada la común infelicidad que justifica, si no moralmente, al en la práctica, cualquier brutalidad. «Esta noche soy feliz porque todo se ha salido mal», le decía hace poco tiempo Sue Ellen a J.R. Eso parece ser, al límite, la única felicidad posible en la familia Ewing.



«Sue Ellen, mujer objeto.»

«Pamela Barnes: la más humana.»

«Lucy: la perversa ingenua.»

Dallas es la ciudad «tristemente famosa» por el asesinato del presidente Kennedy, lo que la convierte en el escenario perfecto para la serie

alejada sin embargo, de cualquier sordidez humanista. Para evitarlo está, además de la proyección social que le confiere Dallas, la presencia de J.R., un personaje que perturba los cánones más asentados del melodrama familiar. No es ninguna novedad que la familia sea el espacio ideal para la inmoralidad, o que las relaciones familiares encuentren en el chantaje su más perfecta actualización. Lo que sí es más [illegible] es que un sólo personaje [illegible] como capitalismo [illegible] heroicidades históricas de [illegible] que [illegible] sentido a la familia [illegible] a la serie como tal y que ese sentido no sea otro que el de la monstruosidad. Gracias a él, todas las figuras estelares que pueblan *Dallas* –la ranchera Ellie, el capitalista Jock, el [illegible] salvaje Bobby, la mujer objeto Sue Ellen, la perversa ingenua [illegible], el cowboy Ray Krebs, el político Cliff Barnes– pueden desarrollar al máximo su [illegible] capacidad de maldad [illegible] que su ser mítico quede totalmente pervertido o desvirtuado. El papel de Pamela Barnes es precisamente el de [illegible] la má[illegible]quina J.R., en el interior de la familia el material humano que éste necesita para que [illegible] De hecho su entrada en escena con la [illegible] mente incorporea como lo pueden ser la aparición del lenguaje o el grado [illegible] que Larry Hagman [illegible] dólares por episodio. Tal y como dice Sue Ellen en Dallas-novela al intentar un striptease público montada a caballo (dirigiéndose a Bobby): «¿Te imaginas a Lady Godiva desnuda antes de montar a caballo?»

Al [illegible] pulación de mitos culturales tiene la virtud de humanizarlos, gracias a una [illegible] pretación, que no [illegible] a ninguna [illegible] conocida, da la [illegible] del juego perfectamente adaptados a la imagen [illegible] actores irrumpen de vez en cuando con gestos personales que nada tienen que ver con el papel pero que no son en absoluto chirriantes con respecto a la creación del personaje. Andy Warhol utiliza una idea parecida en una de sus últimas series, en la que confiere unos rasgos característicos y discutibles a Miler como Drácula o Papá Noel. Clásicamente televisivo, pero aquí redoblado, el mecanismo hace de forma puramente aprioristica una estrella de cualquier actor sin que tenga en absoluto necesidad ni de comportarse como tal ni, mucho menos, de serlo realmente en el sentido cinematográfico de la palabra que desde este punto de vista aparece como [illegible]

El bestseller televisivo

El hecho es tanto más chocante cuanto que el éxito de *Dallas* ha provocado la aparición de una novela de idéntico título firmada por Lee Raintree. Para atraer el interés, el libro se inicia muy atrás con la muerte del padre de Ellie Southworth para seguir después, paso a paso, el desarrollo de la serie. Pero como principal aliciente, Dallas-novela cuenta con la explícita violencia y la no menos explícita sexualidad de sus protagonistas. El carácter bestial de la historia queda resaltado hasta el punto de que, con pretexto de incorporar la tierra tejana a la historia, todo acontecimiento sexual está tratado con metáforas hípicas. Y gracias a las «potrancas», las «espuelas», los «relinchos» y los «galopes», el posible efecto del libro se diluye del todo como, a pesar de la insistencia, se diluye también cuando, tras la lectura del libro, se vuelve a la serie. Siempre queda, evidentemente, el encanto de asistir a una buena sesión de [illegible], pero se trata de un placer estrictamente intelectual y que necesita además un trabajoso derroche de imaginación. Más apasionante es ver de qué manera el libro, escrito después de la serie, y basado en sus primeros guiones, omite cualquier descripción y, más aún, cualquier caracterización de los personajes. Los solos nombres propios bastan para que el lector pueda formarse una imagen suficiente de cualquier [illegible]

El recurso a [illegible] en vez de acudir a creaciones propias, es característico del bestseller. Pero aquí [illegible] grados insospechados, [illegible] por la perfecta adecuación del material novelesco al déjà vu de la serie: el efecto de realidad que ésta proporciona a la novela es tal que cuando la imagen del libro y la de la serie no corresponden –[illegible] durante el noviazgo de Ellie Southworth y Jock Ewing– el libro se con[illegible] Pero estos fallos, a pesar de lo divertidos que puedan ser, no tienen ninguna importancia, como no la tienen la por momentos genial traducción española (el original no debe ser mucho mejor). Lo interesante es ver cómo ese efecto de realidad se produce también en otros aspectos que no son los de la relación serie-libro, aunque difícilmente hubiera podido funcionar así si no es a partir de esa relación. El que el texto domine las referencias con la misma, o mayor, maestría que el propio autor parece haber sido [illegible] ción del libro. Así, el autor abdica incluso de esa función plenamente [illegible] entre el lector y el referente, con lo cual el sobreentendido, descontextualizado, adquiere una nueva categoría literaria próxima en su mecanismo a la que la televisión impone por su [illegible] quien aparece en la pequeña pantalla. «Estuvo por volverse y abofetearla, coger la cama y ponerla patas arriba y tirar la lámpara de noche por la ventana o algo por el estilo.» Que la complejidad de *Dallas* pueda sea capaz de producir nuevos modos de expresión cultural [illegible] televisivas como algo más que un [illegible] ble en simplistas sistemas semiológicos. Aunque, en un país en el que todavía se discute la capacidad creadora de Calderón de la Barca, conceder una importancia [illegible] a un telefilm puede parecer, más que nada, el gesto propio de un [illegible] refugiado político. ■ J. M. M.

EL TEATRO ANTE LA COLECTIVIDAD

IGNACIO DE LA VARA

A principios de siglo el profesor Moreno –sefardita: Jacob L. Moreno– dirigía un teatrillo en Viena donde se representaban los sucesos de actualidad, incluso del día mismo. Moreno creía que en una época difícil –¿no son difíciles todas las épocas?– esta forma de abordar los hechos ayudaba a disipar su angustia. De ahí llegó al «psicodrama», que convierte a los pacientes en actores, capaces de representar su propio problema, o de verlo representado por otros, cambiando de «rol» –de papel, de actitud– en algunos momentos. Ahora estamos ya en la continuación abundante de este sistema con la «terapia de grupo». Hay otras varias aplicaciones. Por ejemplo, Alcohólicos Anónimos, donde los relatos propios y ajenos hechos en público ayudan una voluntad de reforma. Moreno estaba aplicando lo que ya los antiguos llamaron «catharsis» o «purga»: de emociones angustiosas o paralizantes que se producían con la presencia en la tragedia, donde «la piedad y el horror» (Aristóteles, «Poética», capítulo 6) podían ejercer ese efecto. Algunas sectas o grupos de la Iglesia Católica lo han utilizado también con la confesión pública. En todo esto hay un desdoblamiento de la personalidad: ver puede ser verse, contemplar puede ser participar; y se puede participar viéndose a sí mismo y al mismo tiempo a los demás...

Prácticamente todas las sociedades conocidas han practicado o practican este tipo de depuración, o de terapia o de ayuda. No siempre espontáneamente. Su capacidad sobre las mentes individuales o colectivas es de una naturaleza tan visible que las capas dominantes de todas las sociedades lo han estimulado o lo han limitado. Estamos hablando del teatro; y, por consiguiente, del control del teatro, de su dirección, de su censura.

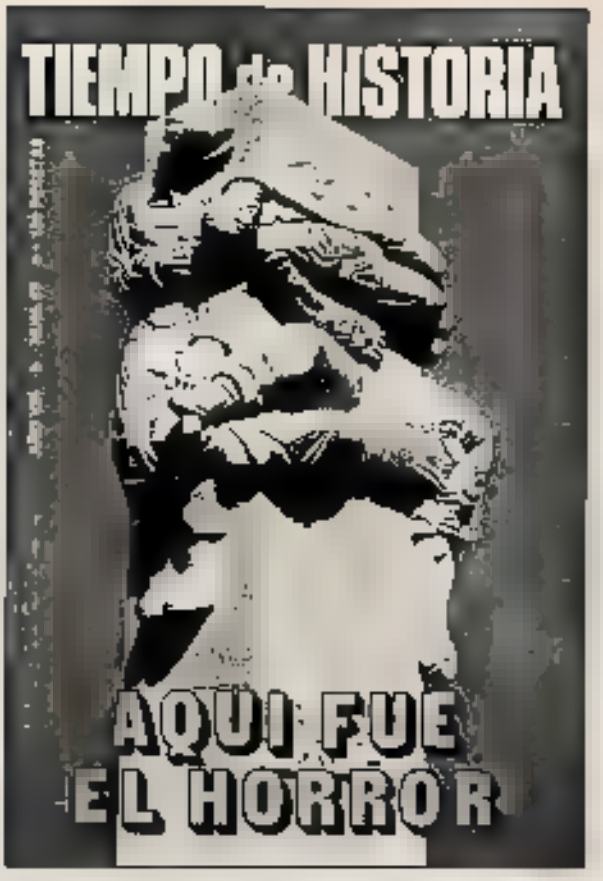
El teatro ha estado solo durante milenios –y no sólo en el mundo occidental– a cargo de este trabajo de depuración y, suavemente, de dirección. Ya no lo está. Su valor intrínseco ha comenzado a ser repartido por otros medios en el mundo en que vivimos, y, precisamente, en lo que va de siglo. Primero fue la radio, luego el cine; ahora, la televisión. La forma en que el efecto llega al espectador (¿al paciente?) es distinta según el medio. Puede que el que tenga mayor fuerza, todavía, es el cine. El valor hipnótico de su gran pantalla en la oscuridad de la sala va mucho más directamente al individuo que al grupo; esta receptividad la paga con el menor contacto social con los otros espectadores. Cada uno en su butaca. La radio es aún más individualizada: los «espacios dramáticos» suelen recibirlos los solitarios en la noche, y es una forma de sentirse participar, pero sin verdadera participación (ahora la «radio abierta» tiene líneas telefónicas para aumentar la sensación de grupo, de comunicación. La televisión es muy específica: sus representaciones están recibidas principalmente en familia, y la familia es un grupo psicológico muy concreto. Algunos psicoanalistas franceses hablan de la «folie à familles», y muchos terapeutas insisten en tratar conjuntamente a todos los miembros de una familia que conviven diariamente, en la creencia de que muchas de las frustraciones o de las angustias están basadas en la incomunicación de ese grupo.

Todas estas diferencias son importantes, aun dentro de una unidad: la dramatización, la representación de la

vida, es la misma en todos ellos. En ese sentido, radio, cine y televisión son formas de teatro. La especificidad del teatro reside en la simultaneidad de la acción, en la capacidad de ficción que tiene de hacer creer que aquello está pasando realmente (lo cual no tiene que ver con que su género sea realista o no). Los actores son seres vivos, sujetos ellos mismos a emociones: a fallos o a superaciones que pueden presentarse en cualquier momento. Hay una mayor identificación. Su única condición es que sea «creíble», y vuelvo a repetir que es creíble cualquier forma fantástica, a condición de que dé sensación de realidad teatral, de que está pasando o puede pasar. La verosimilitud no tiene gran cosa que ver, como se sabe, con la verdad. Su única condición es que esté conectada, sintonizada, con la mentalidad del espectador que oye y contempla. A veces deliberadamente, a veces inconscientemente, todos los intermediarios del teatro –adaptadores, directores, actores, autores– trabajan en ese sentido. Un clásico se actualiza aunque se trate de representar como en su tiempo; y puede conectar con la realidad de cada momento alguien como Beckett, como Adamov o como Jarry.

En estos momentos se advierte una determinada crisis en el teatro. Se dice que siempre la ha habido y que los viejos textos están llenos de alusiones a esa crisis. Pero hay diferencias en el sentido que se dé a la palabra crisis; puede ser un estado de lucha, el momento en que se produce un cambio profundo; pero puede ser también una situación mala y difícil, una gravedad económica. La crisis actual, especialmente en España, tiene este último aspecto. El teatro no ha sido capaz de asimilar que tiene que coexistir con los otros medios de transmisión del mensaje dramático. Esto no atañe tan directamente a los espectadores –los países con más radio, cine y televisión son los que tienen también más y mejor público para el teatro– como a los creadores: en lugar de ahondar en las diferencias específicas del teatro tratan de imitar o de adquirir los recursos de los otros medios. Como en ellos, aumentan la división del trabajo. Buscan equipos, encuentran especialistas. Tratan de que las luces, la escenografía, el sonido, la destreza física de los actores, sustituya a los dos elementos clásicos: palabra y situación. La busca del espectáculo empobrece –económicamente– el teatro; tiene que buscar su dinero por otros sitios, y lo encuentra precisamente en aquellos que tratan –como siempre en la vida del arte teatral– de mediatizar la «cultura», de depurar las emisiones que a ellos les conviene depurar. La sociedad tropieza con ese problema. El espectáculo lo encuentra más fácilmente en el cine, que a veces le transmite también la televisión, y los dos medios dan una sensación mayor de libertad. Puede ser falsa; sabemos lo que pesa sobre la producción cinematográfica; pero es real desde el momento en que se produce en sociedades abiertas y percute sobre sociedades cerradas, que lo reciben en forma de libertad. La producción del teatro en España –económica, artística– está sufriendo esa desorientación. No sabe traducir las necesidades de la sociedad; recibe el dinero que necesita –por su propia desviación– de los que controlan la sociedad, trata al mismo tiempo de llevar a ésta su contenido. Esta es una crisis.

Es costumbre terminar un artículo de esta índole con unas frases de esperanza: «... pero el teatro nunca morirá». No es nada seguro en estos momentos. Hay países donde el teatro ha muerto al mismo tiempo que otras muchas cosas se han congelado, se ha detenido en unas formas rituales para una sociedad ritualizada y repetitiva, que mima una vez y otra los mismos mitos que en la antigüedad. No hay ninguna prueba de que España no vaya a caer en ello. ■



Director:
EDUARDO HARO TECGLEN

En su número 87, de febrero,

TIEMPO DE HISTORIA

Incluye estos temas:

- LOS GRANDES CEMENTERIOS BAJO LA LUNA: EL HORROR FUE AQUI, por Eduardo de Guzmán.
- LOS ORIGENES DEL REPUBLICANISMO ESPAÑOL, por José Miguel Fernández Urbina.
- LA VICALVARADA Y LA REVOLUCION ESPAÑOLA DE 1854, por Manuel Fernández Trillo.
- LA SUMISION DE LA MUJER INDIGENA EN LA CONQUISTA DE AMERICA, por Mariano Aguirre.
- REVOLUCION EN LA REVOLUCION: BABEUF, por Nelson Martínez Díaz.
- SEGUNDO CENTENARIO DEL JARDIN BOTANICO DE MADRID, por Francisco Bellot Rodríguez.
- CONCEPCION ARENAL O LA DEFENSA DE LOS DEBILES, por Isabel de Armas.
- TOROS EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID, por Francisco López Izquierdo.
- TOM WOLFE Y LOS ASTRONAUTAS: ANGELISMO AMERICANO, por Eduardo Haro Ibars.
- ESPAÑA 1932: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara.
- CENTENARIO DEL TIROTEO EN O. K. CORRAL, por Carlos María Tosantos.
- CINE: «EXCALIBUR», por Alberto García Ferrer.
- LIBROS: LOS FINANCIADORES DE HITLER, por José M.ª Solé Mariño.

La Iglesia del silencio

E. MIRET MAGDALENA

UN fenómeno nuevo ocurre en nuestra Iglesia española: se ha convertido en la Iglesia del silencio. Para bien o para mal –para esto último más que para lo primero– el catolicismo oficial español ha perdido su voz, y la poca que utiliza, la usa mal por lo general.

Por eso el desánimo y sensación de frustración que tenemos a nivel civil casi todos los ciudadanos que no tenemos un puesto político, se une ese mismo desánimo y esa misma sensación de frustración entre los que todavía queremos permanecer cristianos.

Y si la voz de la Iglesia se ha apagado, se ha vuelto afónica, no es nada raro que también nuestros oídos españoles se encuentren menos interesados en escuchar esa débil voz de nuestros prelados.

La voz de antaño

En tiempo de la II República dos voces importantes se levantaron en nuestra Iglesia: la desgraciada del Cardenal Segura poniéndose enfrente del nuevo régimen que había estrenado el país en 1931, y la valiente del Cardenal Vidal y Barraquer haciendo un esfuerzo por comprender y aceptar la nueva postura política del pueblo español. Más tarde durante los 40 años de la Dictadura nuestros Obispos se unieron al ejército nacionalista y a su caudillo sin rubor alguno, en parte porque era el vencedor y en parte también porque hábilmente manejó la concesión de privilegios a la estructura eclesiástica y a sus intereses clericales. Cuando se produjeron las primeras elecciones o referéndums se apresuraron a orientar a sus fieles para que corroborasen mediante el voto la situación ventajosa que tenían. Y del mismo modo sus campañas en pro de la moralidad más anacrónica fueron pocos años después tema de humorísticas reflexiones por muchos españoles, que empezaban a vivir la natural desrepresión que inauguró la democracia naciente.

Sin embargo, algunas voces eclesiásticas que pudieron ser de importancia para la situación social de España del franquismo, apenas tuvieron acogida ni en la opinión pública ni en las estructuras del régimen. Eso le ocurrió al opúsculo «Breviario Social» que publicó el Obispo González Moralejo, casi copiado literalmente del que sacaron a la luz pocos años antes los obispos franceses. Era éste un documento moderado, pero suficientemente realista como para haber cambiado muchas cosas socialmente injustas o económicamente desacertadas en aquella situación de dictadura.

Si algo tuvo nuestra Iglesia española fue la falta de visión del porvenir, salvo en contadas excepciones como el del Cardenal Vidal y Barraquer en la II República. Ni por asomo nos dimos cuenta en los años 50 de la postura abierta y progresista de Juan XXIII, ni de lo que iba a suponer el Concilio Vaticano II. Tan fue así que se produjeron situaciones verdaderamente cómicas, como la del superconservador Monseñor Hervás que me decía en una ocasión que no necesitaba aplicar el Concilio porque él ya lo había aplicado, antes de haberse celebrado, a su Diócesis de Ciudad Real que, sin embargo, era modelo de retrogradismo. O la postura casi unánime de nuestros Obispos durante el Concilio, a propósito de la libertad religiosa, que fueron casi los únicos que se opusieron desaforadamente a la misma, y nunca creyeron que iba a ser aprobada por la casi totalidad de los Padres conciliares. Nuestra Iglesia desgraciadamente ha sido un modelo de clericalismo cerrado, y por eso carecía de perspectivas, encerrada como se encontraba siempre en sí misma. Lo mismo que le pasa hoy, aunque los signos de los tiempos sean ahora completamente diferentes.

Nuestro clericalismo

Un clericalismo que estuvo latente de antiguo en nuestras filas eclesiásticas, pero que en siglos anteriores había tenido el correctivo también de un anticlericalismo católico de buena ley, ejercido por obispos como Santo Tomás de Villanueva, frailes como Diego de Estella y seglares como Juan de Valdés. Un clericalismo que tenía dos vertientes: el afán de dominar los clérigos las cosas civiles, y el dominio tiránico que ejercieron dentro de la propia Iglesia. Por eso, como reacción a esta postura, se distingue nuestro país por un fuerte anticlericalismo popular; todo lo contrario de lo que le ocurre hoy en la católica Polonia en la cual la Iglesia es del pueblo y para el pueblo. Y en cuanto a la tiranía interna, tristes son los casos de aquellos cristianos que se encontraron con el pez fuera del agua dentro de nuestra Iglesia, como ocurrió con don Gumersindo de Azcárate en el siglo pasado, o con el teólogo seglar don Jaime Torrubiano Ripoll excomulgado por nuestro Obispo de Madrid-Alcalá hace nada más que 30 años al adoptar posturas que luego el Concilio aprobó.

Tan era así que los sermones en el tiempo franquista brillaban por su devota defensa de los anglosajones nazis, ya que eran los que apoyaban a Franco; y el confesonario servía de propaganda política contra los enemigos del «Caudillo», como me ocurrió a mí en una ocasión confesándome con un benedictino, que echaba pestes contra don Juan de Borbón al publicar el primer manifiesto pretendiendo la liberalización de nuestro país, en el silencio del confesonario.

La Iglesia española sólo se despegó al final del franquismo, con la valiente intervención del Abad de Montserrat Escarré, que tuvo que exiliarse; o con los casos menos claros de Monseñor Añoveros y Monseñor Cirarda. Más hábil fue en cambio un obispo que decididamente no quiso aliarse con el franquismo, Monseñor Tarancón que, usando de su carácter diplomático, supo sortear las dificultades de una postura que el Gobierno sabía claramente contraria a su política.

Hacia el silencio sepulcral

Pero desde el comienzo de nuestra instauración democrática esa voz tan valiente para aliarse al vencedor de ultra-derechas, se fue apagando casi desde el primer momento, y se ha convertido ya en un sonido inaudible. Unas veces porque nada dice, y otras porque de lo que habla no interesa al país.

El último gran discurso eclesiástico

La identidad de la Iglesia española de hace años no nos gusta, porque sólo tenía voz a favor de la ultraderecha, pero el silencio aséptico de ahora nos parece igualmente condenable. En la foto, ceremonia religiosa con motivo de la coronación de los Reyes de España, donde monseñor Tarancón pronunció su último discurso

fue el que pronunció Monseñor Tarancón con motivo de la coronación del Rey Juan Carlos. Un discurso que mereció los plácemes de casi todo el mundo y en el que parece que intervinieron además de la pluma de don Vicente Enrique y Tarancón, las del profesor Sebastián, ahora obispo y el Padre Martín Patino.

Después, ninguno de los grandes problemas del país ha sido tocado, ni se han referido a él, lo han hecho de un modo desvaído y sin ningún nervio que intentase ayudar a buscar una solución de nuestros problemas. Lo único que parece les importó a nuestros Obispos fue la petición de ayuda económica para el clero o para las escuelas de los religiosos, o para conseguir determinados privilegios tradicionales, como es de la validez civil del matrimonio canónico o la oposición a nuestra ley del divorcio. Casi las únicas excepciones que pueden recordarse han sido las nacionalistas o regionalistas, como la de Setien y sus colegas los Obispos vascos o en ocasiones la de los Obispos catalanes.

Pero, ¿qué pensarán en el fondo de su silencio nuestros Obispos acerca del pueblo español y de sus problemas, o de aquellos otros que existen en el mundo e inciden gravemente entre nosotros?

Los que seguimos siendo católicos querríamos saberlo, y desearíamos que desde su tribuna dijesen alguna palabra inteligente que nos abriese un poco de luz al espíritu de los creyentes españoles. Ellos deberían tener una situación privilegiada para hablarnos con desprendimiento e imparcialidad, sin apasionamientos ni sectarismos de grupo, ya que teóricamente debían verlo todo desde arriba y con una perspectiva amplia, pues se supone que podrían avizorar el panorama «sub especie aeternitatis». Pero esto es demasiado optimismo, dada la estructura burocrática y cerrada de esa multinacional que se llama Iglesia Católica, mientras no rompa esos férreos cuadros que resultan una camisa de fuerza para la vida del espíritu.

Necesidad de una vez

Sin embargo, nos harían falta a los cristianos palabras desprendidas y sin interés personal que orientasen nuestra crisis económica creciente en sus aspectos humanos, que superasen la falta de atención a la estructura micro-económica del país, formada por las pequeñas y medianas empresas que se están hundiendo día a día y son la causa principal del paro acelerado, que dieran una pastoral comprensiva y evangélica para los divorciados o las parejas en situación irregular dentro de la Iglesia; que expusieran la doctrina de los moralistas tradicionales, llena de compresión hacia los casos extremos que permiten el aborto más o menos indirecto; que dieran una visión humanista del desarrollo material de nuestra civilización occidental, o hicieran un análisis —como realizaron los obispos americanos y alemanes— de la violencia y de sus causas en la loca sociedad del consumo por el consumo que frustra a muchos hombres y jóvenes.

Y en lo internacional, ¿por qué no tener unas palabras de aliento hacia los que defienden la libertad y la convivencia en El Salvador, en Guatemala y en Polonia? Y no sólo una palabra debía de salir de las calladas gargantas de nuestros Obispos, sino también una campaña eficazmente organizada para ayudar material y moralmente a estos países. Es hasta sospechoso que sólo se ocupen —y de manera insuficiente— de un país bajo el dominio comunista como es Polonia; pero en otros países de América no piensan promover ningún tipo de reivindicación ni de ayuda.

La identidad de la Iglesia española de hace años no nos gusta porque sólo tenía voz a favor de la ultraderecha y ninguna palabra para posturas más avanzadas; pero el silencio aséptico de ahora nos parece igualmente condenable. Querríamos una presencia no autoritaria, una presencia espiritual y humanizante que estimulase a los creyentes cristianos a encarnar en la tierra el mensaje del Evangelio con iniciativa y con creatividad.

Pero como nada de esto escuchamos ni vemos: el joven, el obrero y el intelectual, muestran crecientemente su indiferencia hacia una Iglesia que cada vez se desentiende más de nuestros problemas. Que no sabe estimular a sus seglares para que se comprometan personalmente y comunitariamente hacia el futuro de los hombres que viven en nuestras tierras. Que no saben darnos una ración de quijotismo sin perder los pies del contacto con la tierra, como siempre hizo Sancho Panza. ■

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

DICIEMBRE

22

No era cierto que en Polonia hubiesen muerto 200 personas en enfrentamientos con la Policía, como ayer publicaba «Diario 16»: hay una sintomática y negra necesidad de extremar las noticias como si los muertos ajenos disculpasen los propios, los que aquí hubiese habido de plantearse un golpe militar semejante.

Escena de El Salvador.

Se relaja el personal con los periódicos de la mañana, sabiendo que, al menos, Polonia no es un país del Cono Sur donde los muertos diarios superan esa escandalosa cifra..., sin escándalo para tantos y tantos periódicos.

Relajados, nos dedicamos a seguir [redacted] curso del sorteo extraordinario de la Lotería, esperando de él, como siempre, soluciones mágicas. Tampoco este año las hay; 7.500 millones de pesetas han regresado a las arcas del Estado. Eran los décimos que los parados no pudieron comprar... ■

23

Por el contrario, quizá tengan oportunidad de consumir algo de los 600 kilos de garbanzos que se robaron hace unos días en Cádiz y que no son aptos para el consumo. Se publican notas alertando sobre [redacted] toxicidad, pero [redacted] hay noticia alguna de su paradero. Venenosa cena de Nochebuena para quienes los compren. Lo lógico es que se vendan todos y lógico también que no se vuelva a hablar del tema. Los afectados por el aceite de colza piden ya un poco de silencio sobre el número de muertes que su envenenamiento viene produciendo; quieren un poco de optimismo y más investigaciones. Los periódicos, sin embargo, continúan dando cuenta de las víctimas: 227 es el número oficial. ■

24

No se refiere a ello don Juan Carlos en su discurso de Navidad, pero también es lógico. El tema del golpismo es el que centra su intervención. Eso se esperaba. Naturalmente, lo condena, aunque no se refiera a él de una forma explícita; defiende la Constitución, como también era previsible, y nos desea a todos mucha felicidad, como estábamos esperando.

¡La cena! Se encuentra uno rodeado de esos extraños y desconocidos parientes que se unen hoy porque nada mejor tienen que hacer. La fiesta de la Navidad abre un incómodo paréntesis en la anormal vida de uno. Hay que oír, por ejemplo, qué cosas dicen: cuando hablan de cine, se sorprende uno de que aún haya gente que vea esas películas; cuando comentan el país, se indigna uno reconociendo en ellos a los votantes de lo peor; cuando hablan de la ola de pornografía que nos invade, se escapa uno a la calle buscando [redacted] sana perdición de los amigos, aunque preocupado ya y bastante molesto por no olvidar que esos familiares son como la vida misma. ■

Juan Carlos I.

25

Se extiende el paréntesis navideño a la Prensa, que hoy no sale. Pequeñas vacaciones para que también los periodistas puedan ver a sus tíos y tías, a sus nietos y primos. Para que no se reúnan con sus amantes.

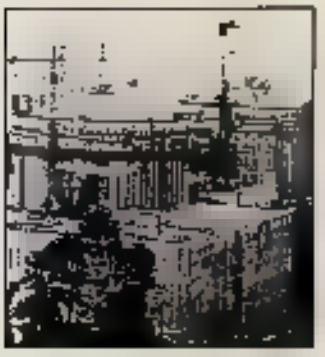
Y no sabemos, por lo tanto, qué pasa con ese movimiento «independiente» de UCD al que pertenecen varios ministros en activo y que quiere promocionar la figura gélida de Calvo Sotelo de cara a esas próximas elecciones que los ucedeos observan con horror; no saben si habrá tiempo para que los españoles olviden las crisis, los desmentidos, la OTAN, la colza y las intentonas golpistas que Oliart conocía por los periódicos. Calvo Sotelo es su esperanza. Y así nos va.

Aunque es probable que tampoco hubiera habido noticias que contar porque la mayoría de los ministros se han ido de vacaciones. Fraga también, pero con tan mala fortuna que en un accidente automovilístico hubo que darle puntos en una ceja. ■

26

La inquietud y la soledad se disipan pronto. Estén o no en sus despachos, los ministros continúan trabajando. El de Sanidad, por ejemplo, puede autorizar un comunicado en el que se dice que en las últimas cuarenta y ocho horas no ha habido ningún nuevo muerto por el envenenamiento del aceite de colza, olvidando así a la mujer de veintinueve años que ayer mismo murió en León.

Los responsables de Iberduero tampoco descansan y envían a los periódicos una nota en la que



Central nuclear de Lemóniz.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

expresan su inquietud por el nuevo aplazamiento de la decisión gubernamental sobre la central nuclear de Lemóniz; no quieren los de Iberduero que se celebre referéndum alguno.

Ni quiere la Policía Nacional de La Coruña explicar qué ocurrió exactamente cuando, metralleta en mano, impidió que la Policía municipal se llevara el coche propiedad de uno de los suyos, que estaba mal aparcado.

O sea, que tampoco son muy necesarios los periódicos hoy. ■

28

Son útiles, de cualquier forma, para prevenirse de la lluvia si uno no tiene paro-

Lluvia en España.

guas. Torrencialmente, cae sobre Madrid. Empapados, comentamos con los taxistas lo bueno que es para el campo: son los taxistas los más preocupados por el tema, aún no sé por qué.

Con la lluvia o sin ella, se sabe que el Gobierno polaco anuncia que ha acabado la resistencia en las minas de Silesia y que el Gobierno vasco acusa de no demócratas a los ejecutivos de Iberduero por sus declaraciones sobre el referéndum; está, sin embargo, más tranquila la Administración de Euskadi por haber firmado con el Gobierno central los acuerdos sobre la Policía Autónoma vasca: ya puede comenzar a funcionar la academia de la que se espera salgan titulados 700 policías el próximo año. ■

29

La tregua en declaraciones y promesas alienta esa falta de información periodística. Por otra parte, algunos directores de periódicos tienen cosas en qué pensar como, por ejemplo, el de «El País», que tuvo que presentarse ayer ante el Consejo de Justicia Militar del que recibió una citación oficial. Su sorpresa, cuando se encontró en dicho organismo con Ruiz Giménez y Aranguren, también citados, fue suficiente para transformar el hecho en noticia: nadie había enviado dichas citaciones que, sin embargo, tenían todo el aspecto de ser legales. ■

30

Como también lo tenían los ultraderechistas andaluces que ahora han sido detenidos por la Policía. Catorce de ellos pertenecen a Fuerza Nueva, Fuerza Joven o Falange Española, y son, al parecer, miembros de importantes familias aristócratas. Se les acusa de haber participado en atentados contra locales sindicales o propiedades particulares de ciudadanos que no comulgan con sus planteamientos. Han sido puestos a disposición judicial; es probable, por lo tanto, que mañana, fin de año, no cenen con sus familias. Pero sólo probable.

Coincide esta noticia con las declaraciones de Rosón que ya anuncia que no hubo demasiada trama civil en la intentona del 23-F. Nadie conoce el mecanismo de medición del ministro, pero han sido 410 las personas detenidas en 1981 por implicaciones en actos terroristas.

El pánico vivido en Andalucía por la intervención de esos civiles terroristas se prolonga hoy con el corte general de suministro eléctrico en la casi totalidad de las provincias. Los apagones se vivieron también en otros lugares de España; 120 kilómetros era la velocidad del viento en Valladolid. En Madrid, una grúa mal instalada cae sobre el ocupante de un coche, y le mata. Nada se indaga, sin embargo, por los responsables de la colocación de esa grúa. Sólo se habla del mal tiempo y aquí no ha pasado nada. ■

31

El personal está liado con la estupidez de las doce uvas y, en todo caso, interesado por saber qué le ha ocurrido al padre de Julio Iglesias, secuestrado por desconocidos (como es habitual y lógico en cualquier secuestro serio) que, según dicen los amigos del cantante, nada tienen que ver las ideas políticas del padre, hombre del llamado orden de toda la vida.

Los comentarios, entre la uva, el secuestro y el «show» que esta noche emita TVE, no dan cabida a alguna frase sobre el discurso que Calvo Sotelo ha pronunciado en Santiago de Compostela: «Los españoles, como tú, *hijo del*

Doctor Iglesias Pugo.

trueno, somos fogosos, y necesitamos llegar a ser también tenaces como tú fuiste.» Y es una pena que no se comente o se publique en su integridad. Lástima de fiestas.

Que en Europa, en cambio, no impide que los portavoces oficiales de los países «occidentales» desaprueben las medidas tomadas por Reagan contra la Unión Soviética (como la anulación de las licencias de exportación de material de equipo petrolero, la interrupción de las conversaciones sobre la venta de cereales, la prohibición de los vuelos de Aroflot...); nadie secunda esas medidas con lo que Reagan, esta noche, estará menos satisfecho de lo que creía.

Como deben estar también los parlamentarios de UCD y PSOE que han venido discutiendo hasta ahora el Estatuto valenciano sin llegar a acuerdos precisos; han desaparecido, por lo tanto, aquellas secretas conversaciones sobre las autonomías que marginaron a los demás partidos cuando se formuló el anteproyecto de la LOAPA. Alfonso Guerra y Fernando Abril han mantenido ahora conversaciones de portera en pleno Parlamento, sin que el primero consiguiera hacer desistir a la UCD y a

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

AP de su interés por imponer sus personales criterios sobre el País Valencianos: Reino de Valencia quieren llamarlo y de lengua valenciana hablan igualmente las reformas ucedeas. ■

ENERO

1

Aplazadas quedaron, pues, de nuevo las conversaciones. Hasta febrero, dicen, no se reanudarán. Mientras tanto, habrá que compensar la tonta borrachera de anoche, claro preludio de las que te rondaré, morena, única manera de no oír los sueños que la gente tiene estos días respecto a lo que se les viene encima; cada uno decide esto ■ aquello, supongo yo que para colocarte algún discurso traído. ■

2

Los que no hacen proyectos abstractos se dedican a vivir mientras les dejen. En Rentería, por ejemplo, a punto han estado tres personas de perder la vida cuando celebraban las fiestas navideñas, momentos después de haber terminado una manifestación pro amnistía para presos de ETA-m. Un guardia civil, cocinado, al parecer, por el abucheo con que fue recibido el coche en ■ que viajaba junto a otros compañeros suyos, disparó una ráfaga de metralleta a ras del suelo, pero con tan mala fortuna que las balas penetraron a bastante altura de un bar cercano (en cuyas paredes aparecen claramente los impactos de bala) hiriendo ■ un hombre de sesenta años y estatura normal, a la propietaria del bar y a un tuno, este sí, más bien bajito.

El año empieza, pues, de forma parecida a como acabó el anterior. Los proyectos líricos de mis amigos borrachos no tienen en cuenta estas cosas. ■

3

Y eso que hoy se sabe que un taxista ha muerto de dos disparos de bala en Berriatgui (Guipúzcoa), con lo que los periódicos se apresuran a iniciar la negra contabilidad del año. Todo apunta, dicen, a ETA-m. ■

4

Pero ya hoy se desmiente o, al menos, no se da por tan seguro que la organización terrorista vasca sea la responsable de la muerte del taxista.

Los amiguetes borrachos encuentran en ello una forma de justificar sus ganas de separarse de lo que ocurre. Prescindo de ellos. ■

6

Y me voy, hoy día de Reyes, a ver a una vieja y típica mujer moderna que conozco hace años, añorante de hogar tradicional con palabras que ocultan ese deseo. Me invita –¡cómo no!– a chocolatito con roscón. Ante nuestra sorpresa, descubrimos, al partir el dulce, una minima figurita de Tejero, con tricornio y bigote, y no sabemos si reír o llorar. Opto por lo segundo ya que tampoco me puedo ir de la casa: han llegado 1.000 mujeres más, entrañables todas, pero demasiado vociferantes para mi resaca. Ni siquiera me puedo quedar con Tejero. Se perdió en la algarabía.

Claro que cuando cambio de panorama, tampoco es mucho mejor, aunque sí más silencioso. Se habla de la señal de vida que han dado los secuestradores del padre de Julio Iglesias, eligiendo a un abogado como mediador entre ellos y los familiares; se habla también del secuestro del industrial vasco José Lipperheide, presidente de más de una docena de empresas y consejero en ocho más, que, esta vez sí, parece obra de ETA-m, aunque tampoco esta vez se haya responsabilizado oficialmente; y se habla del discurso que ha pronunciado el general Gabeiras con motivo de la Pascua Militar en el que ha atacado a la Prensa de la ultraderecha, especializada, según dice, en envolvernos subliminalmente en cualquier reforma del Ejército, sobre todo los últimos ascensos.

Se habían corrido rumores de que hoy, precisamente por la Pascua militar, aparecería alguna nueva intentona desestabilizadora. Al parecer, se ha limitado todo a esos tejerillos de los roscones de Reyes, que ya no ha podido controlar, lo que a muchos hace creer que es una exageración mía. Absurdo sería porque aquí, nada es exagerado. ■

7

No conocíamos aún el discurso del Rey. Fue más explícito contra ■ extrema derecha ■ su intervención en medios militares a través de panfletos e informaciones falsas «con la mentira como lema, la confusión como método y la afrenta como objetivo», según dijo.

Alberto Oliart Saiesol, ministro de Defensa.

Denunció, también, la campaña que contra su persona se viene organizando desde hace tiempo y aseguró que «la voluntad de los Ejércitos no puede ser otra que la de la nación».

También Oliart ha pronunciado un discurso en el que recordó la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder político.

Siguen en prisión 31 de los 100 firmantes del último panfleto anticonstitucional. «El Alcázar» lo comenta con poca alegría.

Otros periódicos, por su parte, destacan la condición femenina de la última ganadora del premio Nadal, investigando incluso si le da tiempo a escribir después de hacer la comida para su marido y llevar los niños al colegio; son reportajes absurdos que no aclaran nada sobre la posible calidad de la novela. Las feministas echan fuego por la boca, pero no voy a verlas; puede que aún les quede roscón. Me solidarizo en la distancia. ■

8

Postura difícil de mantener con Calvo Sotelo que se ha entrevistado ayer por vez pri-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

mera con Joseph Luns, secretario general de la OTAN, hablaron en privado, estuvieron en privado, establecieron, pues, las bases de una relación con nuestras cabezas como dote. Más fácil es coincidir con don Leopoldo en su intento de abrir la verja de Gibraltar; se supone que de ello hablará con Margaret Thatcher con quien hoy se entrevistará en Londres.

Todos están de entrevistas. Felipe González, que se ha ido a Washington como vicepresidente de la Internacional Socialista, hablará con Alexander Haig, el secretario de Estado norteamericano, a quien informará de cuanto ha visto y oído en el viaje ■ Centroamérica que realizó el pasado diciembre. Se supone –dicen todos– que González también le hablará del ingreso de España en la OTAN y dará, por lo tanto, cuantos dígitos requiera a Haig. Pero son cosas que sólo se suponen: poca información hay sobre tanta entrevista.

Leopoldo Calvo Sotelo.

De modo que, para ponerme a tono, también voy y me reúno. Nada pienso decir al respecto. Y eso que en dicha reunión me comentan la dimisión de otros seis representantes del PCE en el Ayuntamiento madrileño en solidaridad con los cinco concejales ya expulsados. La crisis del PCE aumenta de nivel. El Comité Central se reunirá mañana para tratar de reorganizar su «aparato», de actuar la situación en que se encuentra y que Sartorius ha calificado de «delicada y peligrosa». Pero no pienso decir nada más. ■

9

Lo que el lector agradecerá porque nada sé. Sin embargo, Calvo Sotelo y Felipe González han sido al final más explícitos sobre el contenido de sus entrevistas. ■ primero, asegura que la verja de Gibraltar se abrirá el próximo 20 de abril, fecha en la que también se reanudarán las conversaciones anglo-españolas sobre la situación del peñón que desde 1969 se encuentra incomunicado por tierra con España creando una situación frustrante a quienes hasta entonces trabajaban junto a los «llanitos».

Felipe González, por su parte, asegura que sólo habló con Haig de la situación de El Salvador y de Nicaragua; aplazó, pues, el tema del ingreso de España en la OTAN para un posible nuevo encuentro, no mezclando así su doble condición de vicepresidente de la Internacional Socialista y de secretario general del PSOE.

Calmados los ánimos sobre los secretos de sus conversaciones, la sensación de ignorancia se traslada ahora a ■ de los secuestros de José Lipperheide y ■ padre de Julio Iglesias. Hablan los periódicos de que hay «indicios racionales» para creer que en ambos casos los secuestradores se han puesto en contacto con los familiares de sus víctimas, pero dichos indicios no se transforman en datos concretos.

Gibraltar.

Hubo también «indicios racionales», esta vez de actividades involucionistas, en la Academia de Caballería de Valladolid; con tal motivo el director de Seguridad del Estado ordenó en noviembre último que se intervinieran los teléfonos de la Academia, pero la orden fue interceptada precisamente por los sospechosos que ahora se dedican a fotocopiarla y a distribuirla por otros cuarteles junto a una nota anónima en la que insultan al jefe del Alto Estado Mayor, al ministro de Defensa y al de Interior. ■

10

Nada menos que 41 cargos municipales comunistas de la provincia de Madrid han dimitido hoy en solidaridad con los cinco concejales madrileños expulsados del PCE. Se quedan, pues, los comunistas sin representación en los Ayuntamientos; en algunos de estos casos las dimisiones afectan incluso a los alcaldes. Aunque, reunido estos días el Comité Central del partido nada dirá sobre el tema ya que no forma parte de su «orden del día». Sin embargo, parece obvio que ese tema afecta a su situación de forma clara y grave. Se hablará de otros problemas internos del partido pero no de la crisis de los ayuntamientos. También, como es lógico, se analizará la situación en Polonia.

De la que hay, por cierto, llegan noticias que algunos califican de alentadoras: se ha suprimido la censura para la Prensa extranjera y se han reunido por vez primera el primado de Polonia y el general Jaruzelski. En Madrid, por otra parte, aparecen de vez en cuando algunos carteles de Fuerza Nueva en los que un tanque fascista aplasta Polonia: «Tanques socialistas contra el pueblo», dice el texto, que han escrito los jovencitos aperturistas.

Como es domingo, los veo por las calles. Y como es lógico, me cruzo a cara. Allí oigo la radio –ya sin José María García– donde gritan unos señores a propósito del partido de fútbol que hoy han celebrado el Atlético y el Madrid; el árbitro no vio, al parecer, las intervenciones del Atlético y hasta permitió que el Madrid empatara a última hora de un penalty no muy claro. Los espectadores lanzaron bombas de humo (lo que me parece absurdo: en las manifestaciones no se ven nada a causa de ellas) y hasta Alfonso Cabeza amenazó con dimitir. Minutos después, sin embargo, cuando el humo se despejó habían decidido continuar en su puesto. ■

12

Los quince países miembros de la OTAN no han debido enterarse de lo sucedido en el campo de fútbol español. Estaban pendientes de las medidas de

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

General Juste Fernández.

Reagan contra Polonia y han decidido no secundarlas, aunque no dejen por ello de criticar la intervención militar como «manera violación de los derechos humanos y de la supresión de las libertades fundamentales de los ciudadanos».

Actitud que no ha tenido tiempo de entender el general Juste, ex jefe de la División Acorazada (era jefe a secas el pasado 23 de febrero donde tuvo, según se dice, una actitud titubeante y ambigua) porque precisamente hoy pasa a la reserva a petición propia. Tendría que haber pasado de cualquier manera, por mor de la edad, este mes de enero, pero ha optado por pedir el retiro ahora, ya que no parece posible su ascenso a teniente general en ese tiempo.

Si ha debido ser más sensible a la actitud de la OTAN el secretario del PCE, Santiago Carrillo, que ayer convocó una rueda de Prensa en la que expuso su condena al golpe militar polaco, matizando que no es posible la exportación del modelo socialista soviético a otros países ajenos. No explicó, sin embargo, don Santiago, nada referente a la crisis interna de su partido, sobre todo tras la dimisión masiva de concejales en los ayuntamientos. Es fácil secundar las opiniones del señor Carrillo en este caso, pero se mantienen las incógnitas sobre su futura actitud.

13

Sin embargo, no todos apoyan la declaración del líder del PCE. Los «renovadores», por ejemplo, creen que es «únicamente aceptable», que no precisa la postura que va a seguir respecto al Partido Obrero Unificado de Polonia ni a otros partidos europeos. Estos «renovadores» no tuvieron acceso a la declaración oficial del partido, ya que varios de ellos habían sido recientemente expulsados de su órgano de dirección. Señalan como apoyo a su actitud la que el PCI tuvo respecto al mismo problema y la que el propio PCE consideró respecto a la intervención militar en Checoslovaquia en 1968. ■

14

No hay acuerdo, pues, como tampoco lo hay en el largo y confuso problema del síndrome tóxico. El pasado 22 de diciembre (y ahora nos enteramos) se presentó a la comisión mixta Congreso-Senado que atiende el asunto, un informe por el que se dudaba de la eficacia de los sistemas sanitarios españoles para superar la epidemia. Al tiempo, el doctor Muro (expulsado en mayo pasado de su cargo de subdirector en un hospital precisamente por ser uno de los pocos que avanzaba en la investigación de la, entonces «enfermedad del legionario») ha averiguado que no sólo el aceite colza desnaturalizado (y puede que ni ese aceite siquiera) es el responsable de tantas muertes (243 ya, en el día de hoy).

La inquietud que producen estas noticias se escapa rápidamente a la situación de los secuestros –Iglesias y Lipperheide–, enriquecida hoy con el sufrido por el hijo de Margaret Tatcher que está por el Sáhara en sus competiciones de carreras de coches y no aparece por parte alguna. Probablemente influya en la importancia que se da a esta noticia en los periódicos españoles, un cierto agradecimiento a la Tatcher por su aprobación de la próxima apertura de la verja de Gibraltar.

Esta promesa, sin embargo, acarrea el entusiasmo de los marroquíes que entienden que sus reivindicaciones de Ceuta y Melilla son equiparables a la española sobre el peñón. Se supone que por ese entusiasmo habrá, dentro de poco, algún conflicto diplomático ya que la resistencia celtibérica se hará intransigente con el tema. Una cierta mirada a los militares, por ejemplo, se apunta ya en algunos artículos.

Vuelven hoy los militares a ser noticia por el discurso que el capitán general de la I Región Militar (Madrid) ha pronunciado en un acto castrense; en él, otra vez denuncia la campaña de intoxicación de panfletos y comunicados anónimos que hay en algunos cuarteles. Lo explicó así: «No toleres nunca las murmuraciones, prohibidas en nuestras ordenanzas, y persigue esas noticias, insidiosas y falsas, que son los bulos, por el mucho daño que hacen, y que no persiguen más que sembrar el malestar y la desunión entre nosotros.» ■

15

«El Alcázar» discute el discurso del teniente general Quintana Lacaci en un artículo de G. Campanal: «No existe, dice, una campaña bien organizada para desunir a los militares. Existe una campaña para desunir España, para desunir a los jueces, a los catedráticos, a los periodistas, a los pueblos, a los patronos, a los obreros» (...). «campaña capaz de crear marqueses rojos, obispos rojos, derechos rojos, y que resiste pausas de años y reveses de guerra civil para desunir a los españoles. A los militares también.»

El mismo periódico destaca en portada el acontecimiento del día: «Sustituida la Junta de Jefes de Estado Mayor.» La noticia sorprende a casi todos: forma parte de los inexcrutables mundos de la alta política porque las razones aducidas («colocar al frente de la cadena militar a personas que tengan mayor continuidad de permanencia en puestos de tanta importancia para el período que se inicia»), no son comprensibles por todos.

En el llamado mundo laboral sólo cabe la premura, la inestabilidad, la sorpresa de una orden también inexcrutable. Es, pues, en esas noches borrachas donde cada uno explica lo que puede, cuando se detecta el rumor, se hace una cábala o, apasionadamente, se defiende el optimismo histórico frente a los pesimistas coyunturales.

Los generales Alfaro (Ignacio y Emiliano), Gabeiras y el almirante Arévalo iban a ser sustituidos, por edad, en el transcurso de los próximos meses. El Consejo de Ministros decidirá mañana los nuevos nombramientos; en esas improvisadas charlas de la noche se tienen 1.000 versiones distintas sobre la personalidad de los nuevos nombres. Una buena

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

manera de detectar la anormalidad de nuestro tiempo es el enrarecido lenguaje de sordos que se oyen, expresando cada uno su miedo. ■

16

«El País», convertido en maná de la democracia, publica hoy un editorial sobre el tema saludando con regocijo el relevo militar: «El Gobierno, dice, ha actuado con una mezcla de prudencia y audacia, de pragmatismo y posiciones de principio, que la opinión pública ha echado de menos en otras circunstancias.» (...) «Los relevos que hoy comentamos, como el reciente nombramiento del general Sáenz de Santamaría para la Capitanía de Valladolid, parecen responder a un doble criterio gubernamental de consolidar el mando y la disciplina de los Ejércitos, cara a la realización del juicio contra los golpistas del 23-F y de progresar en la modernización de nuestras Fuerzas Armadas, en su estructura y organización, ante el eventual ingreso en la OTAN.»

Precisamente sobre el puñable juicio del 23-F corren estos días nuevas noticias:

Teniente general Alvaro Lacalle Leloup, nuevo presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

las declaraciones prestadas ante el juez por Múgica, Reventós y el alcalde de Lérida han desenterrado la teoría de que en el almuerzo que tuvieron juntos en octubre del 80 con el general Alfonso Armada, se hubiera hablado de la posibilidad del golpe y de un Gobierno de coalición presidido por un militar. Los tres interrogados han desmentido tal teoría, lo que no ha contado a «El Alcázar» para que en la portada de su edición de ayer dijera en grandes titulares que «Múgica insultó a los guardias civiles y a los letrados.» Tal avero tiene como origen simplemente la declaración del diputado del PSOE que hacía referencia a los asaltantes al Congreso como «un grupo de hombres armados, indisciplinados y sin honor, que intentaron secuestrar la representación nacional».

Ante mi asombro, de nada de esto se habla hoy en la bodega nocturna. La noticia de la aparición del hijo de la Thatcher, la declaración última de ETA pm, haciéndose responsable del secuestro del doctor Iglesias y el premio nacional de Teatro concedido a Rafael Alberti –¿qué tendrá que ver el poeta con el teatro? Nunca se enteran de que a quien premian o por qué– y al actor Guillermo Marín, son los temas de hoy. De modo que me retiro esperando cambiar de ambiente. ■

17

Pero hoy domingo es imposible pensar en otro sitio: la liberación del padre de Julio Iglesias en una maniobra policial que ha durado escasos segundos, da pie a multitud de rumores y conjeturas que se apoyan, además, en la extraña unión de las dos ramas de ETA a la que se le adjudica el secuestro. De modo que voy. Y me entero así que la familia había tenido contactos secretos con los secuestradores, que hay graves contradicciones y rarezas entre las informaciones previas a la liberación –que si se trataba de gente con acento sudamericano, que si nada tenía que ver con organizaciones políticas– y las que ahora se dan. Incluso parece que el comisario Ballesteros ha declarado que no cree en la intervención de ninguna rama de ETA, mientras que Rosón opina que eso es «increíblemente». ■

18

En la conferencia de Prensa que organiza el secuestrado nada nuevo se aclara. Parece que el doctor Iglesias ha prometido a la Policía no desvelar los secretos. Antes de dicha conferencia, sin embargo, se anunciaba ésta como algo sensacional en la que, por fin, iban a conocerse todos los extremos del caso. Así lo dijo, por ejemplo, la radio matutina: en el mismo programa se entrevistó a Francisco Fernández Ordóñez que va a presentar hoy mismo su nuevo Partido de Acción Democrática (PAD) al que, según declara, no se han atrevido a llamarlo «democristiano». Los disidentes de UCD tratan con él de encontrar su hueco parlamentario: «El partido del Gobierno –dice Fernández Ordóñez– es de derechas; nosotros somos los auténticos liberales, el único centro, que nada tiene que ver tampoco con los socialistas.»

Tiene problemas, sin embargo, el ex ministro de Justicia; UCD no está a favor de que junto a los nueve diputados recientemente huidos del partido forme un grupo parlamentario. Sólo UCD se niega, y en las manos salomónicas de Landelino Lavilla está la resolución del caso. ■

20

Las declaraciones que hace hoy Mario Onaindia, secretario general de Euskadiko Ezquerra respecto a la opinión que ha hecho pública ETA pm de que el secuestro del doctor Iglesias no rompe la tregua, son combativas, según el parlamentario, este secuestro sí supone su regreso a la lucha armada, y en ese enfrentamiento dialéctico encontramos muchos una nueva confusión en el caso. Se tiene la impre-

Mario Onaindia.

sión de que tampoco ahora va a aclararse gran cosa de lo que realmente ha ocurrido.

Como no va a saberse nada respecto a la muerte de un joven de veintitrés años en Pinto (Madrid) por disparos de la Policía Municipal, que creyó erróneamente que el coche en el que viajaba había sido robado. Esa leve suposición bastó para que se dispararan y se mataran a un ciudadano que, honesta y libremente, venía de tomar una copa y se dirigía a su casa.

Y luego dicen que uno es paranoico. ■

MOTOR

RENAULT 9, COCHE DEL AÑO EUROPEO PARA 1982

El RENAULT 9 ha sido elegido coche del año 1982 en Europa, en dura competencia con los últimos modelos lanzados por los grandes constructores mundiales.

El resultado de la votación ha sido: 1.º RENAULT 9, 335 puntos. 2.º OPEL ASCONA, 304 puntos. 3.º VOLKSWAGEN POLO, 252 puntos. 4.º BMW SERIE 5, 153 puntos. 5.º TALBOT TAGORA, 103 puntos.

El coche del año europeo es el resultado de la votación de 52 periodistas especializados de 16 países europeos.

Este título reafirma el éxito que el RENAULT 9 ha tenido desde su nacimiento, reconociéndole como líder de la nueva generación de coches concebidos para responder a las exigencias de economía de utilización y de mantenimiento derivadas de la crisis energética. El RENAULT 9 gracias a sus modernos sistemas de construcción, en colaboración con la robótica y la informática, ofrece en sus 4,06 m. de longitud una síntesis de las más modernas técnicas del automóvil. Tracción delantera, encendido electrónico integral, suspensión con 4 ruedas independientes, tren delantero con caída negativa, tren trasero autoguiado, aligeramiento, peso y aerodinámica para favorecer la economía de consumo.

Siendo un coche compacto, el RENAULT 9 destaca en comodidad y habitabilidad gracias a sus nuevos asientos «monoguía», que incorporan un nuevo reglaje que permite bascular todo el asiento, y dejan espacio bajo ellos para las piernas de los pasajeros traseros.

Por otra parte, «Bild am Sonntag», el mayor dominical de la República Federal Alemana, acaba de conceder el volante de Oro del año 1981 al Renault-9 GTL, dentro de su categoría por sus cualidades excepcionales.

Este premio, muy codiciado, se concede cada año al mejor coche lanzado en Alemania durante el año según varios criterios juzgados por un jurado internacional. Como confirmación de este éxito el Renault-9 se produce a razón de 1.150 unidades por día para satisfacer los más de 100.000 pedidos que se han registrado desde su nacimiento en Francia (15 septiembre) hasta hoy.

RENAULT 20 GTD

FASA-RENAULT, valorando muy positivamente la acogida dispensada por el mercado a la dieselización en turismos, introduce en el panorama español el RENAULT 20 GTD.

Este modelo viene a completar la gama más alta de automóviles que en la actualidad se ofrecen, identificando confort, altas prestaciones y

Oferta especial a nuestros lectores

TRIUNFO ha aumentado a 200 pesetas el precio de venta. Lógicamente la tarifa de suscripción anual se ha modificado, pasando a ser de 2.000 pesetas para España y 3.415 pesetas para el extranjero.

En atención especial a los lectores de TRIUNFO, y de forma excepcional, se seguirán aplicando las antiguas tarifas (1.750 pesetas y 2.990 pesetas, respectivamente), a todas las peticiones de suscripción que se reciban antes del 31 de marzo de 1982. De esta forma además de recibir cómodamente TRIUNFO en su domicilio, le resultará cada número a 146 pesetas, ahorrando 54 pesetas por cada ejemplar.

SOLO HASTA EL 31 DE MARZO DE 1982

Para aprovechar esta oferta bastará que nos remita el boletín de suscripción que aparece en esta misma página.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

CEMPRO FUENCARRAL, 96 - TELS.: 221 29 04 y 05 - Madrid-4

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre..... Apellidos.....

Domicilio..... Teléfono.....

Población..... C. Postal.....

Provincia..... País.....

Suscribanme a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de.....

Deseo recibir los ejemplares por correo.....

Señalo con una cruz ☒ el período de suscripción y la forma de pago que deseo.

☐ Un año (12 números)

☐ Dos años (24 números)

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.

☐ He enviado giro postal n.º..... a «TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

TARIFAS DE SUSCRIPCION		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 año.....	1.750	1 890	1 750
	2 años	3.225	3 705	3 225
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año.....	2.990	3.590	3.518
	2 años	5.450	6.650	6.506
AMERICA Y AFRICA	1 año.....	2.990	3.590	4.298
	2 años ..	6.450	6.650	8.066
ASIA Y OCEANIA	1 año.....	2.990	3.590	4.898
	2 años ...	5.450	6.650	9.266

● Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos ajunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

● Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del 15 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de archivos mecanizados.

● TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones a revistas por lo que se debe rechazar cualquier oferta de ventajas a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o de librerías con establecimiento abierto al público.

economía de uso en un vehículo: RENAULT 20 GTD.

Se ofrece así un modelo de gran categoría con exigente acabado interno en el que destacan los elevalunas eléctricos, pre-equipo de radio, cerraduras electromagnéticas, espejo retrovisor regulable desde el interior, limpiaparabrisas con pantógrafo, cinturones de seguridad enrollables delanteros y traseros, guarnecido de paño aterciopelado, dirección asistida, 5 velocidades, reglaje de faros desde el interior, etc., junto a las ventajas que proporciona un motor Diesel de 2.068 c.c. que desarrolla una potencia máxima de 63,5 CV DIN a 4.500 r.p.m.

RENAULT 20 GTD es un vehículo de alto standing que, con la economía de uso que proporciona su motor a gas-oil, resulta indicado para el sector de público que demanda un vehículo elegante y sobrio de mantenimiento.

Precio I.f. 1.061.000

FUERTES EXPORTACIONES DE SEAT EN 1981

En Canarias la cuota de mercado llegó al 50 por ciento.

En el año 1981 y pese a la recesión general en los mercados europeos se han mantenido las exportaciones de Seat a un ritmo muy vivo, superando nuevamente la cota de las 100.000 unidades anuales. Tras la salida de Fiat de la empresa española, se mantuvieron las positivas relaciones comerciales con fuertes exportaciones a los principales mercados, de acuerdo con los nuevos contratos suscritos con la marca italiana. El modelo más exportado por Seat fue el Panda, con 66.000 unidades, seguido del 127 con 22.000 unidades y del Ritmo con 2.500 coches.

Se da la circunstancia de que todos ellos son versiones Seat diferenciadas de las similares Fiat. El Panda 35 lleva un motor de cuatro cilindros refrigerado por agua, con gasolina normal, en tanto el Panda 30 de Fiat es un bicilíndrico refrigerado por aire. El 127 en sus versiones de 5 puertas y furgoneta comercial también es un diseño exclusivo Seat. En total, Seat ha exportado en 1981 un total de 101.170 coches, a 30 países, fundamentalmente europeos, miembros del Mercado Común y la EFTA, destacando los envíos a Alemania, Francia, Italia y Finlandia.

En el caso de las Islas Canarias que por su condición de puertos francos carecen de derechos aduaneros y por ello se venden libremente sin aranceles coches de todos los países, la exportación de Seat ha crecido tanto que su cuota de mercado ha llegado en los últimos meses al 50 por ciento, superando a todas las marcas extranjeras y nacionales juntas.

RELACIONES PUBLICAS

FDA INTERNACIONAL, S. A.: UNA NUEVA FORMULA DE SERVICIO PUBLICITARIO

FDA Internacional ha nacido con la ambición declarada de no convertirse en la «366 agencia del mercado de la publicidad». Para ello se plantea el firme propósito de destacar y brillar no solamente en el ranking de facturación, sino también en el aspecto –más delicado y determinante– de las relaciones con sus clientes, aspecto en el que FDA Internacional sabe que puede aportar ideas frescas.

FDA Internacional está presidida y dirigida por Juan Carlos F. de Aranguiz, ex-consejero y sub-director general de Compás Needham, S. A., con una carrera publicitaria larga y bien conocida en todo el ámbito de la Comunicación. El número, la variedad y el carácter de las cuentas que ha administrado con éxito en el pasado, constituyen una garantía objetiva para sus actividades presentes y futuras. Forma equipo con él su hermano Miguel que asume la responsabilidad de la dirección administrativa y financiera.

FDA ha nacido con auténtica vocación de internacionalidad y es la razón por la cual el vocablo «Internacional» figura en su razón social. Los responsables de los presupuestos de publicidad tendrán que contar en adelante con FDA Internacional. En su propio interés.

Viernes, 20.30 horas: Carrusel del Mundial

LOS MUNDIALES EN SU JUGO.

¿Qué pasa dentro de la esfera deportiva?
¿Qué se esconde bajo la piel de la superorganización oficial?
¿Qué juego le va a sacar España a los Mundiales? ¿Y el resto del mundo?
Los Mundiales en la SER.
Los viernes a las 8.30 de la tarde "Carrusel del Mundial", una hora en conexión con los 23 corresponsales destacados en los 23 países participantes.
Presenta José Joaquín Brotons. Con Héctor del Mar, Alex Botines, Paco Ortiz, Amancio, Ortiz de Mendivil y Roberto Gómez. Dirige Vicente Marco.
Y cada día la información del día.
Los Mundiales en la SER.

SER
Mundiales